

1830

A Andrade Coello A.
Motivos Nacionales.

1830

A

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

MOTIVOS NACIONALES

(CRONICAS QUITENAS)

TOMO SEGUNDO

QUITO—ECUADOR

Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios

1927

DUE DATE

CA 1830

UNA FIGURA AMERICANA

I

Para admirar más el esfuerzo de nuestros mayores encaminado a la libertad, es menester trasladarnos a otro ambiente, revivir la época muerta, estudiar el medio, situarnos en el plano en que ellos estuvieron colocados. Aún las iniciativas que hoy nos parecen pueriles, son muestras de pujanza. No siempre apreciamos en lo que valen esos prístinos arrojos, porque no vemos con criterio de antaño, sino con el del día. Gritar ¡viva la libertad! cualquiera lo hace ahora: ayer era jugar-se la vida. Obvio es, en los tiempos actuales, discurrir a nuestro sabor; antes, el pensamiento estaba encadenado. Apartarse del dogma era incurrir en herejía, esto es, en condenación y suplicio. Las más de las veces, olvidamos volver los ojos al pasado para examinar si sucedía lo que ahora no nos llama la atención. Esto descuido acarrea injusticias para con nuestros padres.

Si a la sazón viajamos abrumados de ciencia, ¿despreciaremos por esto a los sabios de la antigüedad? Si el distinguido bachiller *siglo veinte* pretende saber más que Aristóteles, ¿disminuirá por tal motivo la talla del filósofo de Estagira?

Rocafuerte se adelantó en ilustración a su hogar y

a su medio. Vino a la presidencia del Ecuador cuando la República estaba en pañales. Se le ha tachado de cobarde, de caviloso, analizando algunos de sus hechos; pero ¿se tuvieron en cuenta sus desvelos, sus luchas, sus medidas desesperadas? ¿Quien no se mostraría perplejo ante la degeneración social, ante lo indisciplinado y caótico? Sombras, y muchas, en la vida de esta figura americana; pero también invalorables méritos que están desconcertando su timidez y poniéndonos el dedo en los labios para que no le llamemos, como ya lo hizo un periodista, el fundador de las guerras intestinas.

Horrorizado después de éllas, acudió a medidas extremistas. En Decreto de 14 de Marzo de 1838, condenó a la pena capital "a todos aquéllos que directa o indirectamente presten el mayor auxilio, se reúnan o comuniquen noticias a los facciosos. Esta pena se ejecutará inmediatamente que sean aprehendidos por las partidas de observación los que traten de pararse o se encuentren llevando comunicaciones a los traidores, sin otra fórmula que comprobar con los mismos aprehensores el hecho y la identidad de la persona que pro'ceda en este modo contra la patria". Paso fuera de la ley, llamándoles ex -generales, a Juan Otamendi y José María Urbina, condenando a la pena capital a los encubridores (1) aún a las autoridades, bajo el dictado de traidoras, con inmediata destitución y juzgamiento. A los que turbasen la tranquilidad pública, con la privación de los derechos de ciudadanía y venta de sus bienes (2).

Turbulentas las poblaciones de estas comarcas, con el espíritu aventurero en la sangre, no se dieron punto de reposo para alborotar el cotarro. Ingovernables por herencia, muy difícil era meterles en pretina.

(1) Decreto de 19 de marzo de 1838 "Art. 2º Todos los que sepan el lugar donde se han refugiado los facciosos y no los denuncien a las autoridades locales, y todos aquéllos que los oculten y deteniéndolos en sus casas u hogares no los entreguen, serán condenados breve y sumariamente a la pena capital.

Art. 3º Las autoridades en cuyo territorio fueren encontrados uno o más de dichos facciosos, y que no hubieren sido aprehendidos por omisión o negligencia de las mismas autoridades, serán éstas inmediatamente destituidas, consideradas como traidoras y juzgadas como tales".

(2) Decreto de 24 de abril de 1835.

Preocupación de Bolívar fue el análisis de los caracteres étnicos de estos pueblos americanos. Sus miradas sociológicas le inclinaron a compaginar en su mensaje inaugural del Congreso de Angostura, en 1819, que la América, al desprenderse de la monarquía española, se asemejaba al imperio romano, cuando, a su desmembración, formó diversas nacionalidades, de acuerdo con su situación e intereses, tendientes a restablecer sus primeras asociaciones. «Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo; no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento, y europeos por derecho, nos hallamos en conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión, y de mantenernos en el país que nos vio nacer contra la oposición de los invasores; así, nuestro caso es el más extraordinario y complicado». Más adelante argüía: «Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte; que más bien es un compuesto de África y América, que una emancipación de la Europa; por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis: esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia».

Para Rocafuerte, educado en la capital de Francia, las condiciones étnicas, la cultura y costumbres del pueblo ecuatoriano le inspiraban profundo desprecio. Esto le conquistó múltiples e implacables enemigos. Su pesimismo era tal, que no le importaba gobernar con el látigo, ni que se le diese el dictado de tirano. Con traistorio a veces, no sé como adivinaba su timidez a su ruda franqueza (1) con sus arranques precipitados que empañan su memoria; su absolutismo con sus ideas

(1) «Al volver a la Patria, no tomó parte alguna en nuestra Revolución por acatamiento a su venerable madre, que quiso verle alejado de nuestras luchas políticas». (Historia de la República del Ecuador por J. L. R.—Tomo I.—1809-1861.—Quito.—1920.—Pág. 298.

liberales y propaganda enciclopédica. Guayaquil perdonó al Gobernador que proclamaba la insuficiencia de las leyes y procedía según su regalada gana, para agradecer al benefactor que remediaba el flagelo de la fiebre amarilla. Desconcierta su genio rencoroso y atrabiliario parangonado, con su magnanimidad y prudencia, su orgullo con las humillaciones sufridas, su ambición desmedida, con su desprendimiento, su ansia de dinero con su honradez y reformas a la hacienda pública (1).

Espíritu superior, su primer cuidado nacionalizar la instrucción pública y encender la llama fomentadora: ¡Qué de luchas empenó para que germine la semilla, en un campo calcinado por la revuelta intestina, inferendo a fuerza de preocupaciones e intransigencia!

Después llega a brazo partido por mejorar la hacienda, arrancándola de manos del agio y normalizando las contribuciones. Vigila solícito la recaudación de las rentas, abundando en ideas económicas traídas de lejanas tierras.

La economía transforma a los pueblos débiles en fuertes. Con fuentes de riqueza, el Ecuador se habría definido cuanto antes, entrando en el concierto de las naciones del Nuevo Mundo, que deben ser solidarias de la causa americana, que es la del derecho y progreso humanos. El desiderátum internacional es trazar las líneas generales sólidas y estables, de su jurisprudencia americana. Es necesario borrar el concepto de pueblos débiles: ante el derecho, no existen los pueblos débiles. Al contrario, débiles serían, por absorbentes y poderosos que parezcan, los pueblos que se riesen del derecho, porque así estarían escarneciendo a la civilización del mundo.

El Uruguay, nación de poderoso pensamiento, que es como la Grecia moderna, nos ha dado bello ejemplo al declarar que no considerará como beligerantes a sus hermanos de América que han salido al frente de sus intereses, que son los del derecho y de la humanidad, demostrando sus simpatías por aquello que la América

(1) «Conocidas son las faltas en que precipitaron a Rocafuerte la exaltación patriótica, la lisonja interesada, el orgullo herido y el instintivo odio a toda sombra de opresión; pero, satisfecha ya su ambición, entró en sentimientos moderados y emprendió, en terreno más favorable, las arduas reformas que de su carácter, talento y experiencia esperaba un pueblo exhausto y mal administrado». *id* (Pág. 299).

debe considerar como la esencia de la justicia y de su propia vida.

Borrar el prejuicio de que somos débiles—porque es el prejuicio de la inercia, de la derrota anticipada y del suicidio nacional—es reconocer nuestra fortaleza espiritual.

«¡Fuertes y débiles! ¿Fuertes y débiles por qué? ¿Qué es pueblo fuerte y qué es pueblo débil? ¿En qué consiste la fuerza y en qué la debilidad? Parecería a todo hombre, aún de mediana cultura, que un pueblo sólo es fuerte cuando tiene conciencia de sus destinos, lo que puede ser reconocido y afirmado cuando su formación política se halla tan perfecta y acabada que permite el franco y regular juego de sus instituciones, en el orden interno, y, cuando como unidad política en la sociedad de las naciones, desenvuelve su acción en el orden externo. Esa nación que podría ser aceptada por cualquier publicista de los «débiles», no puede ser tomada en consideración por alguno de los publicistas de los «fuertes», para los cuales la fuerza no deriva del derecho, sino que es el derecho mismo. Pueblo fuerte será el que usa de la fuerza para formar una conciencia nacional, según sus intereses, honestos o no, justificados o no por la razón, pero siempre intereses para uso propio, para formar con los mismos fines la conciencia ajena».

En la historia de la guerra europea, no les fue posible disfrazarse por más tiempo a aquellos pueblos que se llaman *fuertes* porque intentaron atropellarnos, por que, con solemne desdén, declararon, por boca del Dr. Warker Kundt, la conquista de la América, alegando que en su totalidad es incapaz de aprovechar los dones que le tocaron en lote, y llegaron a motejar de decadente al mundo latino. Palabras textuales de Kundt: «en futuro próximo, esos países latinos representarán, probablemente, el mismo papel que la Turquía y la China, cuya subsistencia, sola y exclusivamente ha sido posible por las rivalidades de las potencias».

Otro teutón, trazó el mapa de la Alemania austral en 1950. Según el sueño de Tanneberg, comprenderá más de la mitad de la América Meridional; inclusive Chile, la Argentina y el Brasil, o sea, el respetable A. B. C., al que el fuerte invasor tijeitea.

Podría citar multitud de publicistas alemanes que piensan de la misma o de más devoradora manera.

No nos interesan mucho, por desgracia, estos problemas, y continuamos ciegamente admirando la fuerza material, la fuerza aplastadora como de una máquina, de quienes se burlan del *summam jus*

A propósito de «fuertes y débiles», el doctor Sá Vianna, profesor brasileiro, estuvo pidiendo con urgencia que «la América, donde algunos espíritus temerarios y mal orientados, llegaron a pensar en un derecho internacional continental, debía obrar como fuerza viva y mundial y salir de la penumbra en que se encuentra y en la cual los gobiernos tímidos y complacientes prefieren conservarse, en el momento en que el mundo se revoluciona y se transforma políticamente, de modo tan profundo que no deja entrever cuál será el mapa geográfico de mañana, pero que, jurídicamente, podemos en conciencia permitirnos asegurar el triunfo completo de la civilización y la preeminencia del derecho del género humano».

Basta el esbozo de las leyes económicas, junto con las bases de la instrucción pública, para que Rocafuerte cesplandezca en la historia patria, a pesar de que las manchas de la política no respetan ni lo más sagrado. En ajeno teatro se destacó más límpido que en el nuestro, donde sufrió eclipses, a causa de las revoluciones que le envolvieron en su vorágine.

Cuentan que en tiempos del feliz Cónsul Manlio Torcuato—no el severo Manlio que tan rígida disciplina estableció en el ejército hasta el extremo de hacer decapitar a su propio hijo que había combatido sin su orden—cerróse el templo de Jano, después de la conquista de Cerdeña, por haber entrado Roma en perfecto período de paz, suceso que no se había repetido desde la época de Numa Pompilio.

En el Ecuador rara vez se ha cerrado el templo de Jano. ¿Podía suponerse tal ventura en la turbulenta era de Rocafuerte? El fantasma de la guerra civil no huyó a los golpes de la férrea disciplina, de esa de que habla Guillermo Ferrero: «No sólo existe una disciplina del poder para el que obedece, sino también para el que manda, que consiste sobre todo en la obligación de abstenerse de realizar ciertos actos, inocentes en sí

mismo, pero que disminuyen el prestigio del que ha de mandar a los otros» (1).

Cicerón en su libro «De Officiis» examina el aspecto moral, social y político y las virtudes necesarias a la clase dominante en la república ideal, «llegando a la convicción de que, para pacificar al mundo, era preciso destruir el principio moral de la existencia, considerar a la riqueza y al poder que tan fácilmente corrompen a los hombres no como los bienes supremos de la vida, que deben buscarse y desearse por sí mismos, sino como cargas pesadas que es necesario soportar para bien de todos, y sobre todo, para bien del pueblo. ¡Qué revolución tan bienhechora podría soportar ese nuevo principio en las costumbres y en el Estado! Los nobles acabarían por comprender todos sus deberes privados y políticos, que Cicerón enumera y analiza en el decurso de su obra: vivir con dignidad, pero sin extravagancia; consagrarse a la agricultura o al gran comercio; recibir su parte en las funciones públicas, no para granjear riquezas y corromper al pueblo, sino para secundar celosamente los intereses de los pobres y de la clase media; emprender trabajos públicos que sean de utilidad, como muros, puertos, acueductos, caminos, y no monumentos de lujo, teatros, pórticos y templos; socorrer al pueblo durante las hambrés sin arruinar al Tesoro público, y a los deudores inocentes sin abolir las deudas con revoluciones, dar tierras a los pobres sin arrebatárselas a los legítimos propietarios. Así el bien de todos se convertiría en fin del Gobierno, y se alcanzaría por el respeto escrupuloso de las leyes, por la inteligente libertad de los grandes, por el ejercicio de las virtudes austeras, como la fe, la franqueza y la economía. ¡Desgraciadas—escribía el amigo de Atico, mientras seguía debatiéndose entre deudas, olvidando su situación—desgraciadas de las repúblicas en que los hombres que gobiernan están acribillados de deudas y en sus negocios privados reina el desorden!» (2).

¿Cómo gobernar en un país incipiente e indisciplinado, niño caprichoso y perdido por el mal ejemplo?

Delicada su empresa, en medio de los abusos de

(1) Grandeza y Decadencia de Roma, T. III.

(2) Grandeza y Decadencia de Roma, Tomo III.

aquella época. La República comenzaba a dar los primeros pasos por tortuosos caminos llenos de sombras.

Hábil diplomático, México fue teatro de sus glorias.

La paz de Roca fuerte no fué como la que impuso en esta nación la compleja personalidad que se llamó Porfirio Díaz.

Media centuria fatigó la historia mexicana, como militar, como estadista y como temperamento despótico. Soldado y gobernante, las páginas de su vida están llenas de batallas, triunfos, derrotas y medidas enérgicas. El sordo descontento maduraba en el fondo.

«Si la biografía es una labor erizada de escollos, dice Zayas Ríquez, cuando se trata de un hombre que desde los comienzos de su carrera ha seguido una sola vía, se ha consagrado a la ciencia o a las artes, se ha distinguido únicamente como soldado o como estadista, la dificultad resulta mucho mayor cuando se estudia a quien, como el General Porfirio Díaz, reane excepcionalmente los dos caracteres últimamente mencionados, y figura en la historia patria ciñendo la corona de laurel del héroe militar, obteniendo puesto prominente por sus épicas hazañas y la corona de encino del gobernante que inauguró la era de la paz y del progreso; vacilando el ánimo para decidir en cual de los dos conceptos osténtase más digno de admiración y de aprecio para sus conciudadanos y para el mundo».

Porfirio Díaz nació en Septiembre de 1830, año en que el Ecuador puso casa aparte, separándose de la Gran Colombia.

La ciudad de Oaxaca fue su cuna. Donde vió la luz primera, en vez del "Mesón de la Soledad", se levantó la escuela "Porfirio Díaz".

Hubo en él mezcla de sangre india y de española, que le dió vigor de acero, física y moralmente. Sus padres, don José de la Cruz Díaz y doña Petrona Mori, deriváronse de las razas ibera y americana, principalmente la madre, hija de don Mariano Mori, descendiente de asturiano y de doña Tecla Cortés, «indígena mixteca pura».

El General Díaz fue virtuoso, austero en su vida privada. La pública se vió sembrada de terribles escollos, de errores; pero también de actos laudables que conservaron la paz de esa gran nación que, sin tranquilidad doméstica, jamás podrá permanecer en calma, junto a

los Estados Unidos que le atisban no sólo desde la frontera. Fue llamado tirano; pero más negras trañas y cuadros sangrientos se sucedieron, en medio de furibunda tempestad revolucionaria.

Es evidente que de la moralidad del hogar resultan bienes sociales, ya que en muchas demostraciones externas se refleja el estado psíquico del individuo, que lo ejercitó en las relaciones íntimas de la familia.

Gobernante de costumbres rígidas es valía resistente contra los vicios de sus subordinados.

Rocafuerte observó vida bastante austera, pese a los que le han calumniado.

En las democracias indoeuropeas de algunos pueblos chicos, suelen, no de tarde en tarde, encaramarse al poder ciertos mandatarios ajenos de preparación, productos monstruosos de la audacia y de las luchas fratricidas. Así la historia de América ha visto desfilar siniestras figuras que sembraron el terror y convirtieron florecientes naciones en montón de ruinas. Raras han sido las dictaduras sabias—como la garciana—que con férula de dómine han dejado bienes materiales y no pocos científicos, imprimiendo una como paz de los sepulcros a sangre y fuego.

Golpe de cuartel y bota militar han sido faustos preludios para las presidencias de aventura.

Soldadotes disfrazados con la magistratura ¡cuán funestos para las instituciones republicanas!

Pero cuando la ciencia, encarnada en hombre de acción, sube al solio ¡cómo reluce la patria americana!

El Dr. Antonio Flores Jijón perteneció a la falange de los estudiosos y ejemplares varones. Virtuoso en el poder, con gesto raro de desprendimiento, comenzó su carrera pública: se negó a aceptar el mando ecuatoriano. Esta renuncia puso de relieve el temple de aquella laboriosa alma de estadista. Hijo del fundador de la República, General Juan José Flores, bregó, con tenacidad benedictina, por la limpia memoria de su ilustre padre, desmenuzando, con pruebas históricas, los ataques de las parcialidades políticas, sobre todo los que se referían al obscuro crimen de Berrueros, selva maldita en que cayó para siempre el inmaculado Sucre.

Magno corazón, tempranamente arrancado a la vida, Marieta de Veintimilla, escribió las *Páginas del Ecuador*, con rica fantasía, propia de la mujer de talento, so-

ñadora de las *Digresiones Libres*. El Dr. Flores refutó el libro, como acostumbraba hacerlo: con documentos.

Entre los diplomáticos del Ecuador, es tan célebre como Rocafuerte. Por más de medio siglo, su ciencia de estadista le habilitó para suscribir múltiples tratados con diversos gobiernos de la América del Norte, de la del Sur y de Europa. Es el Río Branco ecuatoriano, sin hipérbole.

Así culminará, en el mundo diplomático, Rocafuerte, cuando sea totalmente conocida su labor desplegada en México.

Fue Rocafuerte vigorosa alma cosmopolita. Acosado de insaciable curiosidad, anduvo por el mundo. Se asimiló mucho del saber de Occidente. En Europa, visitó centros de la idea y del arte y llegó hasta la lejana Rusia, Gobernada entonces por Alejandro I, que hallábase a la sazón preocupado en introducir reformas en su imperio, aunque, de seguir las huellas de Catalina, temía a las sociedades secretas que pululaban. Allí Rocafuerte cobró simpatía por la institución masónica, soñando con preparar antes, por medio de clandestinas asociaciones, a los pueblos de América, para que después se lanzasen a la independencia. ¡Cuántas veces, de sobre mesa, habló Rocafuerte a los príncipes rusos de la libertad de un mundo desconocido para ellos!

Del un extremo de Europa vuelve al otro en 1814, a sentarse en ibérica curul, representante por América a las Cortes de Cadiz, en las que sus ideas revolucionarias y su fogoso carácter le colocaron en las primeras filas. Figuró desde el principio en el campo liberal. La altivez de su genio le valió muchas persecuciones. Francia le sirvió de asilo para no caer en las cárceles de España. Se había negado a rendir pleito—homage a Fernando VII, el testarudo rey de triste memoria para los americanos.

Rocafuerte, conociendo en cabeza propia las desgracias de la revolución, se empeñó en contenerla, arrepentido de la que, en su nombre, ensangrentó tierras recién nacidas a la libertad. También atacó rudamente la reelección de Flores, viendo en ella gérmenes de nuevas revueltas. La mala semilla estaba echada: no tardaría en dar frutos de maldición, porque «un pueblo pervertido», como dice Bolívar, si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se es-

forzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud, que el imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos, porque son más inflexibles, y todo debe someterse a su benéfico vigor: que las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes: que el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad»

III

La Colonia nos trasmitió su empobrecida sangre, su miseria física y moral, atenuadas por alguna virtud oculta. El clero inculcó su virus hasta en lo más recóndito de los hogares. El Ecuador ha gemido por largas centurias víctima de este mal monstruoso que hizo exclamar a un publicista moderno que el país tenía alma de sacerdote. Casi todas sus dolencias morales vienen de allí, de la intolerancia eclesiástica. Hasta ahora los frailes extranjeros dan mucho qué hacer, sobre todo los furibundos españoles con sus prédicas subversivas. Ellos, en varias ocasiones, han lanzado a las turbas ignoras contra leyes, instituciones y muestras de progreso. Ayer contra los herejes; hoy contra el protestantismo. La pervertida fe de los intolerantes moteja a todos con el dictado de *masones y enemigos de la iglesia*. Al salir del convento se agregaba el de los cuarteles. Soldadotes mareados por el triunfo, ebrios de orgullo y de tinieblas, querían gobernar a su sabor la patria nueva.

Las malas costumbres venían de muy lejos. Casi en los albores de la independencia no faltaban hispano-americanos, inclusive en Quito, que se gloriasen de infamias—¡oh ceguera del medio ambiente!—que hoy nos cubrirían de vergüenza (1).

(1) "La sociedad estaba, pues, arruinada por los mismos que debieran ser los conservadores y los defensores de la moral: ¿tendría remedio semejante mal? Creció tanto el escándalo, que, torcido completamente el criterio moral en punto a la honestidad de las costumbres, se llegó a estimar como timbre de honor para las familias lo que en cualquiera otra parte del mundo las hubiera infamado necesariamente. Las virtu-

¡Tal fue el cáncer religioso y el amargo dejo de la servidumbre!

Ni el férreo brazo de García Moreno pudo meter del todo en pretina al corrompido y sublevado clero. Hasta nuestros días provocan monstruosos escándalos algunos de sus hijos. (1)

La política era fiel reflejo de la general desmoralización de costumbres.

Angustias son las palabras con que en 1835, como Jefe Supremo del Ecuador, Rocafuerte empezaba su *Mensaje* a la Convención Nacional reunida en Ambato, esforzándose por el aspecto legal de su posición, después de la tormenta republicana: «Conciudadanos!—el primer impulso del naufragio, escapado de las olas, es tributar acción de gracias al Ser Supremo por el beneficio de haberlo salvado la vida. Agitado de igual sentimiento,

des habían sido expulsadas de los claustros: la relajación a que habían llegado los religiosos en tiempo de la colonia fué tan grande, que no ha tenido semejanza en los fastos de la Iglesia católica: en todas partes, en todo tiempo, al mal se le ha llamado mal, y al escándalo, escándalo: solamente nuestros frailes lograron que el escándalo llegara a tenerse como título de honor. Tan relajada estuvo la moral y tanto pudo la audacia del escándalo!....Si, acaso, no temiéramos manchar nuestra pluma, referiríamos algunos de los innumerables hechos escandalosos de aquel tan desgraciado tiempo, pero para qué referirlos...."

(1) En el siglo XX recuérdense los punibles hechos revolucionarios contra el General Eloy Alfaro. Frailes franciscanos vendían paramentos sacerdotales y riquezas de su viejo templo para cooperar al derramamiento de sangre hermana. Recuérdense los escándalos del doctor Alvarez Arteta que por su inmoralidad tanto hizo sufrir al Arzobispo de Quito. ¿Qué decir de los agustinos españoles que cooperaron para que el andaluz Mesa estafara a la sociedad en su Banco Sudamericano? Un regular orador, Fr. A. Velado se conquistó las simpatías de cierto público y dejó en la indigencia a una familia que agotó sus recursos por tratarle a cuerpo de rey. La comunidad agustina, no sólo toleraba sino que participaba de los ruidosos agasajos. ¿Qué decir de los españoles franciscanos que tanto hicieron sufrir al compatriota P. Reyes? Fortunas enormes han ido a parar a manos de un clérigo elevado a la categoría de canónigo y enriquecido por arte de biribirioque. Junto a estos hechos, inocentes parecen los del presbítero Herrera que se ha burlado de las autoridades de policía y de las ordenanzas municipales. ¿Qué pensar de los sermones incendiarios del P. Jaime? No se nos llame clerofobos. Anotamos hechos de carácter público, acallando misericordiosamente los íntimos actos punibles desmoralizadores de la sociedad. Reconocemos las virtudes de algunos sacerdotes, y nuestra caridad se extiende a tantos!

(*Historia General de la República del Ecuador, escrita por Federico González Suárez—Presbítero—Tomo Quinto—Quito—Imprenta del Clero—1894*).

y fuera ya de los riesgos de la más deshecha tempestad, mi corazón enternecido ofrece en tributo de gratitud al Omnipotente que, por misteriosas vías, nos ha sido largo tiempo el único objeto de nuestros ardientes votos. Sí: ella será el término de nuestras des-gracias, y el principio de una nueva existencia legal».

La alegoría no es aquí mera figura literaria.

Con asombro, ante el Congreso que abrió sus sesiones el 3 de Enero de 1837, se congratulaba del año y medio de paz, período risible, que había disfrutado el país, «y que ha sido el más extenso, que se ha visto desde el establecimiento de la independencia del Ecuador»!

¡Paz ni siquiera de veinte meses! ¡Oh, vergüenza!

En el mismo público documento se le escapa esta confesión, ante la cual la honradez está enrojeciendo hasta el blanco del ojo: «El agiotaje es un mal inevitable, que resulta del desorden financiero, que es consiguiente a las revueltas políticas y a la relajación de la moral pública que ellos engendran».

Días después, abundaba en estas tristes consideraciones: «Sin haber limpiado el campo de las malezas que lo cubren, nuestros legisladores arrojaron la semilla de libertad, en un terreno inculto, erizado de abrojos y de espinas, ¿qué extraño es, pues, que aún no haya prendido, y que en 25 años de revoluciones nada hayamos adelantado?»

La pesimista pregunta está de acuerdo con su manera de pensar acerca de que fue temprana la hora de la independencia. Creía que no estaba preparado el terreno.

Esta reflexión sociológica convida a meditar y retroceder a la tristeza de Bolívar que creyó haber arado en el océano.

Amargo es todo esto; pero, si no aprovechaba la América del momento psicológico y de la inspiración del genio ¿cuándo habríamos soñado con la autonomía?

Niños fuimos: la edad de las naciones se cuenta por centurias. Obramos como el pródigo heredero que al verse de la noche a la mañana con millones, se pone a derrocharlos alocadamente. Derrochamos energías, salud, riquezas, en el vértigo de la ambición que, embriagada de triunfo, juega a la comedia de los gobiernos de quita y pón, como si fuesen los comodines de las pa-

siones. La raza fue quijotesca y turbulenta; se forjó ideales sin fundamentar la disciplina. Procedimos infantilmente hasta que el uso de razón madurase . . .

En el *Mensaje* de 15 de Enero de 1839, tornaba a la suspirada canción de la paz, dejando constancia de atentados de revolución reprimidos a costa de hondos sacrificios espirituales. El fantasma proyectaba tan a menudo su siniestra sombra, que, a fuerza de repetido, ya no era ni el coco de los niños.

«Es ciertamente, decía, un grave mal para un gobierno naciente que aspira a los honores de la más genuina democracia, verse en la precisión de sostener una fuerza armada para contener los extravíos de la ambición, y para cumplir con el sagrado deber de conservar las vidas, y de proteger las propiedades de los ciudadanos. Empero, como en política no hay regularmente sino elección de males, menos mal es tener una pequeña fuerza armada, bien organizada y disciplinada, que luchar diariamente contra el furor de las pasiones, hallarse en la necesidad de apelar, el último recurso, a la ominosa dictadura, para poner término a las calamidades de la guerra y a los horrores de la anarquía. La paz es la primera urgencia de la Patria, y sólo bajo de sus benéficos auspicios, conseguiremos fijar el imperio de la libertad».

Cuenta cómo la inconquistable gracia, «tan apreciable y de la que gozábamos por más de dos años», estuvo amenazada seriamente.

Con el Ejército, no logró entrar en los reinos del afecto. ¡Qué torturas las del viva!

«Hay un secreto con el cual podemos hacer que la vida del soldado, por mala y penosa que sea, le parezca bella y alegre; secreto que nos da vigor en las fatigas, constancia en los sacrificios, valor en los peligros, y una fuerte y tranquila serenidad para afrontar la muerte. Este secreto se dice con una sola palabra: ¡amar! Consiste en eso, en amar!»

¿Amar, en pleno campamento, cuando la hoguera encendida no podía apagarse con el cariño de cámara, sino con sangre fraternal?

Aunque, como Amieis, juzgaba Rocafuerte, que amó a la Patria, al Ejército y anheló siempre ennoblecer al soldado y purificar sus sentimientos, fue impotente para contener el ciclón revolucionario. Su aspiración

de inculcar en el soldado la noción de disciplina y moralidad, a fin de que la patria contase con fieles servidores que le diesen gloria y poderío, se estrelló contra la roca de los hechos

Aleccionado con las saludables enseñanzas de sus viajes y con lo que experimentó en cabeza propia, sufría más con el rugido del huracán sedicioso.

Sobre exánime organismo, sobre cuerpo que agoniza, agobiado de sufrimientos físicos y en angustioso estado de debilidad cerebral, sobre el moribundo que casi es un sér inconsciente, materia semimuerta ¿quién se atrevería a hacer gala de corromper el carácter y, con actos anormales, forzados, reírse de las virtudes y del convencimiento que, años de estudio, derraman como torrentes de luz, sobre los que amaron la virtud y la ciencia?

Ante las graves enfermedades de la República, Rocafuerte se creía un moribundo. Nadie osará reírse de sus letales sudores. Los tristes asedios, en trance tan apurado, vendrían sólo de los que odian a la democracia y profanan la majestad de un gobernante que lucha con la muerte moral de la nación, en los comienzos de su autonomía.

¡El turbión le arrastró! Hombres de inferior contextura anímica habrían sucumbido para siempre, dejando en la historia un borroso rastro de tentativas fracasadas.

Sin embargo, la revuelta le empujó al légamo. Las manchas que su descenso le ocasionaran, procuró lavarlas a costa de acciones generosas, en su vida de gobernante que sacudió pronto el fiemo de la dictadura.

Figurones de la vida política de más tarde, presidentes que fueron como flor de un día, sin personalidad que les distinguiera del vulgo ni férrea consistencia que les libertara de huracanes pasionales, se anulan en la comparación de actos repetidos

No obstante las consideraciones que se desprenden de lo turbio de la época, en republicano de la talla de Rocafuerte había base para imaginarnos que están siempre obrando en él la incorruptibilidad de Catón y la justicia de Aristides. Si sus arranques de virtud romana supieron defender con brío la inocencia encarnada, no es menos cierto que nubes cargadas de tormenta empañaron su vida pública al desatarse en tierra ecuatoriana.

Habríamos querido verle majestuoso en su solio presidencial, organizando la Hacienda y la Instrucción nacionales y jamás de Jefe Supremo. Este título es indigno de los gobernantes que en la ley instituyen su orden religiosa y se arman caballeros andantes de la Constitución y de la Democracia.

¡Jefe Supremo! título autoritario, despótico, tras el cual están sonando las bayonetas, al són de una alegría fratricida. Debilidad al fin y al cabo, la de Rocafuerte al aceptar la omnímoda investidura de Jefe Supremo del Ecuador.

Hemos visto cómo, desgraciadamente togado así, empieza su mensaje, brote de reparación sincera.

El peso, ingrato para sus hombros, es como el peso de Sísifo. Llegando a la cumbre del poder, quiere hacerlo rodar para siempre, al abismo, después de la funesta pintura de la agitación política ecuatoriana. Vendrán preludios de bonanza que restablezcan de algún modo las quiebras del derecho y enderecen la carta fundamental torcida y estropeada.

«Congratulémonos, señores, dice, por tan fausto acontecimiento, y al ver reunidos todos los partidos, bajo los auspicios de la paz, depongamos nuestros resentimientos sobre las aras de la patria, y animados del verdadero espíritu de concordia y fraternidad, sólo recordemos los funestos efectos de la guerra civil para deplorarlos, y para que nos sirvan en lo futuro de útiles lecciones». En estas sencillas palabras se refleja la psicología de Rocafuerte: su alegría por la tranquilidad pública después de la ruda tormenta, sus deseos de que se extingan los rencores, sus remembranzas de las iras fratricidas, transparentan los remordimientos de su conciencia de varón íntegro. Parece como que se ruborizara de presentarse ante el pueblo como Jefe Supremo. Por esto, ardientemente quiere no desperdiciar las enseñanzas de la historia, de los hechos consumados y de la suerte. Apenas un lustro—en 1830—que el Ecuador, respirando las auras de la independencia, había nacido al régimen legal, cuando ya el fantasma de la revolución se dibuja en el horizonte desde los primeros momentos y revienta el 14 de Septiembre, narra Rocafuerte. En su afán de justificar sus acciones, da una mirada retrospectiva y acusa a su antecesor, lo que es táctica muy conocida en los jefes de motín que se elevan.

a la primera magistratura por aquellos naufragios anárquicos a que se refiere en su Mensaje. Sin embargo, se le escapa esta confesión, en medio de las violentas luchas de su espíritu: «Tratando de buscar con imparcialidad las causas que han agitado a la Nación, y descubrir los secretos resortes y elementos encontrados de intereses, de hábitos y opinión que han producido la conflagración general, nadie podrá negar a los habitantes de Pichincha el espíritu patriótico de que estuvieron animados al principio. Arrebatados del juvenil entusiasmo por las reformas, ellos sólo pensaron en atacar los abusos del Ministerio, en impedir la perpetuidad en la Presidencia, como entonces se temía, y en defender la libertad de imprenta, y así debe decirse que la revolución tuvo en Quito un origen noble y generoso; desgraciadamente degeneró pronto, como sucede en todas las revoluciones, y como se ha visto en nuestro tiempo en la de Francia, España y Portugal». Continúa declarando Rocafuerte. Sus frases son cada vez más tristes y dignas de meditación. «Todo lo contrario, expone, sucedió en el desgraciado Departamento del Guayas: el pronunciamiento del 12 de Octubre de 1833 fue el resultado del crimen y de la bajeza: fue promovido por hombres corrompidos y despedidos la mayor parte del servicio por sus atentados; por aventureros de todos los países; por criminales que habían sacado de las cárceles y presidios para enrolarlos en las filas del Libertador, y que, por nuestra desgracia, se quedaron en nuestro territorio, después de la batalla de Ayacucho. Estos corifeos del crimen se reunieron, y aparentando secundar el grito de libertad, que por todas partes resonaba, formaron el horrible plan de incendiar la ciudad Guayaquil, de saquear el Departamento del Guayas, y con el fruto de sus rapiñas, embarcarse en la fragata de guerra «Colombia» y volverse a las playas de Venezuela, o infestar las del Pacífico. En la misma noche del pronunciamiento dieron principio a sus proyectos proditorios, saqueando uno de los almacenes del comercio. El pueblo de Guayaquil, irritado contra los agentes de la administración, se adhirió a los que creía equivocadamente sus defensores, y a manera de chispa eléctrica, corrió el espíritu de insurrección. Las gentes principales, más reflexivas que el vulgo, conocieron que las propiedades estaban ame-

mazadas con los nuevos libertadores, y trataron de regularizar el curso del torrente revolucionario, dándole una dirección menos peligrosa, por medio de una autoridad civil bastante enérgica que encadenase el furor militar, y frustrase todo proyecto de pública depredación. En tan terrible crisis, mis conciudadanos me hicieron el honor de acordarse de mí: me enviaron a buscar, y cuando llegué a Guayaquil, me elevaron al Supremo mando, no para que hiciera bienes, sino para que evitara males. Desde ese momento empezó la terrible lucha entre la autoridad civil y la militar». ¿Quién prendió la hoguera revolucionaria en Quito y Guayaquil? ¿Quién soliviantó los ánimos desde la curul del Congreso? ¿Quién fue responsable de tanta vergüenza? Se alzaron contra el Poder constituido, contra el Fundador de la República, contra Flores que, dígame lo que se quiera, representaba en este momento a la Constitución y era el guardián del orden y las leyes. Baldón era aceptar el mando en tales circunstancias...

¡Cómo debió combatir consigo misma el alma honrada de Rocafuerte! Dejóse encerrar en el torbellino, y desde aquel crítico instante el espíritu de sacrificio le estaba aconsejando arrostrar todas las consecuencias de la Jefatura y salvar al país, reorganizándolo por las vías legales. Después de algunas vacilaciones, así lo hizo, a su regreso de Lima, a donde había ido a buscar mediación. ¡Mediador extranjero en causa doméstica! «Animado del vivo deseo, dice, de poner término a los males de la guerra, y de conciliar los intereses de la paz con las reformas deseadas, propuse al Gobierno de Lima hiciera en esta cuestión el benévolo oficio de mediador».

Los escándalos seguían. Véíase impotente Rocafuerte para contenerlos. Por su parte, Flores quería castigar a los facciosos que contra él se habían levantado en armas. Rocafuerte fue traicionado y cayó prisionero en manos de su terrible enemigo. ¿Qué hizo el Fundador de la República? ¿Cómo se vengó? Oigamos a Rocafuerte: «La Divina Providencia que veía sobre la inocencia y patriotismo, preparó el corazón del Presidente a una franca y generosa reconciliación; él me buscó, me hizo poner en libertad y nos convenimos en trabajar de consuno en el restablecimiento del orden, de la paz y de las instituciones liberales. Los tratados fueron muy favorables; aún después de la más brillante victo-

ría, no se hubieran conseguido condiciones más ventajosas, ni se hubiera obtenido mejor objeto de las reformas». No hay que olvidar que el General Flores era el vencedor y Rocafuerte el vencido. Con todo, ¡cuánta magnanimidad! de parte del que pudo muy bien fusilar a su prisionero ilustre.

Rocafuerte también fue el primero que pidió la tan temida intervención yanqui, a la que Manuel Ugarte ha combatido con elocuentes discursos. «A instancias nuestras», dice el Jefe Supremo Rocafuerte, el Comodoro de las fuerzas navales de los Estados Unidos en el Pacífico, tomó una parte activa en esta transacción de paz; todo lo que se puede esperar de noble, de benévolo en un jefe que pertenece a la primera República del mundo, lo encontramos en el digno Comodoro, el señor Alejandro Wansworth, y en el muy distinguido Capitán Walette. La gratitud ha esculpido el nombre de estos ilustres marinos en el corazón de los ecuatorianos que aman sinceramente el orden y la patria».

Envuelto en terrible y confusa guerra civil, por todas partes, como hierbas venenosas, retoñaron los jefes supremos: en Quito, Guayaquil y Cuenca. Bregaba por la tranquilidad, provocando por doquier tratados amistosos; pero de nada le valían, hasta que aventuró un paso indecoroso: rogar otra vez al General Flores, que le aceptase el mando del ejército, y confiar a su actividad y talentos acreditados «el castigo de esos crueles invasores».

Hállase confundido, medita, vacila y al fin escucha la voz popular: entrega el comando militar a Flores para que le otorgase respiro.

En medio de todo, se dió momentos de tregua para entregarse a la filosofía. Séneca le aconsejó «excelentes cosas».

«Bueno es el dinero, si lo manda la razón. Vendo su propia libertad el que recibe ajeno beneficio. Aun de males hay ambición. Ninguno ama a su patria por que es grande; sino porque es suya».

Admiró a Voltaire, empapándose en la lectura de sus obras. Gustábale sobre manera el tratado de la *Tolerancia*, como lo prueba el *Ensayo sobre tolerancia religiosa* que publicó en México en 1830.

Su atrevimiento en el libre pensar demostró en las Cortes de Oádz, a las que asistió como Diputado por la

Provincia de Guayaquil, según la división territorial de entonces.

Estuvo al punto de ser encarcelado, pues Fernando VII decretó su prisión.

El arte no le fue extraño. En sus excursiones por ruinas, museos y galerías de Italia y Francia, admiró las obras maestras de la humanidad, para deducir lecciones de cultura.

En el prólogo de su *Ensayo político*, le decía al doctor José Fernández Madrid: «Deseo merecer el honorífico título de buen Patriota que me ha concedido ya tu indulgente amistad, consagrando a nuestra Patria, como ciudadano independiente y libre, el escaso fruto de mi lectura y mis observaciones».

¡Que esfuerzo de ilustrarse, junto con la auto-educación, en la alborada de un siglo en el que los españoles, fieles a lo que había dispuesto el famoso Carlos IV, no querían que los mestizos del nuevo continente abriesen los ojos! El monarca había escrito esta lapidaria frase que le deshonra: «No conviene que se ilustre a los americanos».

Amó los buenos libros, empuñándose en difundirlos en la América. Guayaquil recuerda cómo enseñó metódicamente francés a sus hijos, para que pudieran gustar de los filósofos de la décimotercera centuria.

Anduvo a llevar las obras de Montesquieu, preferentemente *El Espíritu de las Leyes*, libro magistral que le inspiró benéficas prescripciones.

Frecuentador de la sabiduría prudente y serena, abundó en profundas sentencias en los diversos actos de su vida pública y privada.

“El Senador quiere libertad para producir y adquirir, seguridad para recoger y conservar, igualdad ante la ley, porque ella es la razón soberana, la que reúne todos los intereses, los combina y amolda al bienestar general, y aún al de los partidos”, ha repetido como un ideal supremo.

En 1830 escribió su *Ensayo sobre el Nuevo Sistema de Cárceles* para aplicarlo en México.

A fin de que su obra fuese de sólida estructura, había comparado los procedimientos penitenciarios que palpó en naciones que llaman la atención del reformador como Estados Unidos, Inglaterra, Holanda. Adelantándose a su época, pedía, vivificado por brisas de

moderna mejora, la revisión de las draconianas leyes penales, resto de las de Indias, y una ojeada a las misérrimas cárceles, más tenebrosas que las de Siberia, porque "la suavidad de la pena es el mejor medio de disminuir los delitos; que la ley busca en el castigo la enmienda del reo y no sus padecimientos, porque nunca obra ni debe obrar por espíritu de venganza".

¡Cómo serían las prisiones de entonces, si todavía muchas cárceles ecuatorianas causan pavor, y hasta el período de Alfaro se conocían los grillos y era moneda corriente el látigo en los cuarteles! Ilustres hombres y generales de la independencia fueron vapuleados por García Moreno, Caamaño y Veintimilla.

El viajero que penetre a la cárcel que junto al Panóptico de Quito, a las faldas del Pichincha, está incrustada, saldrá con el corazón en un puño. Aquello no es cárcel sino un muladar, sin nociones de higiene física ni moral; un hacinamiento de podredumbre humana, en el que los presos se mueren literalmente de hambre. Se han dado casos en que indios reclusos han devorado, como perros famélicos, los huesos, machacándolos con una piedra. ¡Y existen las visitas pomposas de cárceles; pero no tenemos científico régimen penitenciario!

Insinuaciones prácticas, llevadas del espíritu económico que le animó, plantea en México el Licurgo ecuatoriano. Quería que el Fisco se gravase lo menos posible en los gastos de mantención del preso, no sitiándole por necesidad, sino obligándole a producir por medio del trabajo reglamentario.

Convencido de que los crímenes, en la mayoría de los casos, son el triste efecto de la ignorancia y del furor pasional de las mentes obscurecidas, clama por la instrucción y por la dieta, insistiendo en que se prohíba el uso de licores.

Sintetizando sus ideas, las reduce, en lo que atañe al problema carcelario, a seis reglas importantes: salud, clasificación, inspección, trabajo, instrucción y disciplina. Discurre acerca de los magníficos resultados educadores de la música, recordando que Linqueti la empleaba con buen éxito en Nápoles para curar a los locos del hospital Aversa. Desde lo antiguo, según la fábula, Orfeo está obrando prodigios: la música amansa a las fieras y mueve las piedras, lo que no deja de encerrar un hondo simbo.

lismo. Es inefable la acción fisiológica y psicológica de la música: remueve los sentimientos y nos vuelve mejores.

Llama la atención el interés que tomó en que los presos emplearan bien el tiempo. Mandó a construir un molino de pie para aplicarlo en las cárceles de América.

Conociendo los excelentes resultados de la asociación —palanca que mueve a este siglo de cooperativas— insinúa que se funden juntas de señoras, a fin de aliviar la suerte de los encarcelados. Proyecta la beneficencia social por medio de la colaboración femenina.

Describe prolijamente, poniéndolas como norma de régimen y disciplina, las cárceles de Nueva York, Filadelfia, Condado de Suffolk y Gaute, que vieran sus ojos avizores.

Si con el interés que tomó en tan trascendental punto se ha conseguido en algunos países relativo adelanto en el gobierno penitenciario, ¿no le contristaron la frialdad con que su patria acogió el llamamiento y la inconstancia en perseverar en estos planes de mejora de la dignidad humana? Quedóle, con todo, el consuelo de haber cumplido con los votos de su corazón “dirigidos a la reforma de la moral pública, a la prosperidad del pueblo, a la integridad y gloria de la república”. Tales son sus palabras, que respiran honradez y hondo convencimiento.

Ansiaba la sanción social, esta fuerza estimuladora que premia y castiga, y que, por desgracia, se ha amortiguado tanto en países que relajaron su disciplina, frecuentaron las sediciones, fueron nidad de ambición, tristes instrumentos de codicia, blancos del engaño de los más temerarios y corrompidos.

Temperamento educador, empeñándose estuvo con la palabra y la acción, en penar para fines ulteriores de salud pública, lo que era digno de castigo.

Si sombras velaron algunas veces el cuadro luminoso de esta gran figura americana, su intento innovador, su amor al bien, su rectitud anímica aminoran los defectos de su quebrantada ecuanimidad, de sus vacilaciones y cansancios o de las impurezas contaminadas por el medio ambiente, pese a sus virtudes de varón egregio.

De todas maneras, en los albores de la vida repu-

blicana, de cárdenos fulgores en su indeciso horizonte; en la infancia nacional que bebió en aguas impuras de militarismo, ambición y desorden, mezclados con crasa ignorancia y fanatismo feroz, Rocafuerte se alza como un talento de cultura europea, animado de proyectos salvadores y abierto al progreso, que tantas resistencias provocaba. No pudo extirpar de raíz el ejambre de males políticos que censuró; pero queda en la memoria de las generaciones la brega infatigable por la represión de muchos de ellos.

Más de medio siglo se necesitó para que la clase militar, regenerada y científica, saliera de los colegios, llena de nuevos ideales, sujeta a férrea disciplina y llevando grabada en el alma, con caracteres indelebles, la consigna del honor, de la educación y del patriotismo. Se abrió el libro en los cuarteles y se suprimió el látigo. Pasaron, para no volver, aquellos jefes feroces, de la escuela garciana, que, al són de tambores y trompetas, vapuleaban sin misericordia a los soldados, contando por centenas el número de palos que caían sobre los infelices, prostituidos e ignorantes. Las levas, tan elocuentemente descritas por Montalvo, no han conocido estas generaciones, frescas y estudiosas, sino como una sombra de lo que fueron. Al liberalismo se debe la implantación de soberbios planteles militares, de bellos círculos de cultura social, de condecoraciones y estímulos para el Ejército.

Rocafuerte no pudo soñar con tan hermosos adelantos, al comienzo de la escabrosa existencia nacional.

En tiempos más apacibles y de mayor cultura, habría refulgido sin máculas la grandeza de sus méritos.

Se le ha consagrado en el bronce—tributo de un pueblo agradecido—como a gobernante y estadista que está saliendo de la opacidad y llega al brillo admirativo, en el vía crucis de lágrimas y vergüenzas, de inacción y vulgaridad de la mayor parte de sus oscuros sucesores, mimados de los cañones y de la suerte, o hijos de la nulidad y del voto impositivo.

La moderna orientación del civismo nos está convidando a estudiar sus obras, a la serena luz de la historia, para conocer más a conciencia a los que fueron combatidos durante su administración y talvez más rudamente después de sus días fugitivos.

A medida que se aleja la centuria, se borrarán del

todo las pasiones políticas: entonces el sereno juicio, sin distinción de bandos ni colores, dictará su fallo definitivo, perdonándoles sus graves caídas, atenuando sus errores.....

Pocos son los gobernantes de la valía de Rocafuerte, a quienes la sana intención inspiró sus actos.

Toca a la juventud recomenzar la tarea del recuento y positiva valorización de nuestros hombres de América, dando a cada cual el sitio jerárquico que le corresponde en la galería de los inmortales o en el dantesco círculo de los réprobos políticos. Esta revisión es la justicia inmanente de la historia.



ELOY ALFARO

I

En el crisol de la lucha y de los sufrimientos se depuran las almas. Después de este lento pero salvador martirio, en el que, como en una hoguera, se quemau hasta las últimas escorias e impurezas, las pasiones, hijas del aplauso exagerado; los insultos, brotes del odio ciego, nacen los hombres y los pueblos a mejor vida, educados en la escuela de los dolores, de los combates morales, de las resistencias físicas y de la amarga experiencia. Al fin, llega la hora de la reparación y de la justicia para los individuos y las colectividades. El hombre abatido, blanco de la inquina, árbol caído para pasto de rudos leñadores, se yergue. Entonces, cual tromba marina, la energía nacional se levanta con el libro de la historia en sus manos: su cólera inunda a los perversos, echa a pique la nave de los corsarios políticos; su santa cólera barre las dunas movedizas de la costa engañadora y se precipita contra los peñascos que obstruyen el camino del progreso, que cierran el puerto de la felicidad de la República; su gratitud, magna como su indignación, canta igualmente, con voces resonantes, los méritos de los buenos ciudadanos.

Epocas ha habido de prueba. Tenaces han sido las resistencias de amigos y enemigos. La querida nación ecuatoriana ha presenciado las boqueadas del régimen

antiguo, que, al despedirse, ha lanzado gritos desgarradores y ha escarnecido a la libertad y sus representantes. El turbión de la prensa todo lo ha enfangado. No ha fulgurado tersa la libertad, sino el libertinaje.

Y en esa tremenda marejada, han naufragado muchas reputaciones. Algunos sufrieron en silencio el pausado desgarramiento de sus entrañas y vieron, al parecer impasibles, el triunfo de los periodistas perversos que pasearon, como Atila, su horda de calumnias, bajo cuyos brutales cascos a las veces no vuelve a retoñar ni una brizna de honra. ¿Por qué, de una parte, tanto desbordamiento de la prensa? ¿Por qué, de otra, defensa tan innoble y ridícula? ¿Por qué la tolerancia personal en los fracasos de las santas reputaciones? ¿Por qué la contienda desesperada y como de fieras en unos pocos, y en los restantes, los impasibles y anti-patrióticos espectadores, actitud tan pasiva, tan poco sancionadora?

Porque se está operando el depuramiento de la idea; porque está formándose la escuela del periodismo. Ya los diarios saldrán del crisol limpios y victoriosos, sin estocadas a la persona, sin propalación de los secretos dramas del hogar, sin satánico sarcasmo, negras invenciones ni desapacibles intolerancias. Con más hábito, con más noble ejercicio, conocerán sus imperfecciones; contarán cuántos son sus malos hijos que con cuatro líneas quieren consumir asesinatos morales o derrumbamientos de la patria. Mañana vendrá la calma, la bendecida reacción de cordura para el periodismo. Entonces la escoria habrá desaparecido. Con labor de selección; separando a los miembros de la prensa honrada de la indignamente mercantil, a los buenos ciudadanos de los malos, en el concepto y estima sociales, sabrá el país quiénes fueron los incontaminados de bajo adulo o cínica mentira. Los protagonistas de la charla nociva, de la dentellada rufa se esfuman ya.

En uno y otro campo; la libertad, en estos difíciles momentos, ha abierto sus arcas tentadoras. ¡Cuántos, con la falsía en los labios y el odio en el corazón, han acudido a manchar su conciencia; cuántos han puesto las manos en los tesoros sacrosantos del pensamiento! Pero el pueblo los vio, los conoce ya, no los olvida. La justiciera historia, ajena a las parcialidades, se levanta a decirles con energía: «¡Confundíos oh, men-

guados periodistas, que no sois dignos de mezclarlos con la gente de bien» El infortunio, que pone en tortura a los espíritus, suele afligir también a las naciones. Son indispensables las horas de prueba para los apóstoles y las sociedades.

Un venerable anciano, en el ocaso de su vida, cuando las rígidas saetas de setenta inviernos se iban clavando en su corazón; en la época, vecina al sepulcro, en que todos descansan y por doquiera hallan respetos y sonrisas—Eloy Alfaro—trabajador infatigable a pesar de sus canas y de sus dolencias, fue víctima, aun después de su martirio, no ya sólo en la radiosa vejez, de las despiadadas mordeduras de antiguos amigos y de irreconciliables enemigos, unidos en una sola idea, en la del ataque descomedido al viejo e histórico General, que en su larga vida tiene páginas de luz junto a errores y sombras propios de los humanos, disculpables quizá, si se analiza el medio ambiente y si, con serenidad, se estudian las circunstancias en que el indomable soldado combatió contra viento y marea.

De este modo, la historia mañana podrá escribir dos páginas diametralmente opuestas en colores, la una, negra, trazada por la implacable oposición, por la ira de secta; la otra, blanca, pintada por el entusiasmo de partido, por la rara lealtad al caudillo liberal.

La Historia, en su eterna balanza, pesará los hechos, graduando virtudes y culpas. Ella nos dirá, con la mano en el corazón, cómo se produjeron los fenómenos de la aversión y simpatía, las corrientes en pro y en contra de Alfaro; el haberle llamado algunos, cuando descendió por primera vez del solio presidencial, cadáver político, y otros, jefe indiscutible de un partido de progreso, aunque jefe muy tolerante que no desarraigó férrocamente el cáncer religioso que envenenaba la política.

Ningún gobernante ha sido en las crónicas ecuatorianas tan combatido como Eloy Alfaro. Golpes hercúleos de maza sobre su cabeza, aluviones de descrédito encima de su nombre, huracanes de rencor contra su persona. Ahí el no perdonarle ni los actos más indiferentes; ahí el contarle matemáticamente los días de su existencia; ahí el no reconocerle ninguna intención de bondad o de estímulo; ahí, minuto tras minuto, el ansiar que sus restos sean devorados por el fuego, que

se hunda en la nada, que le coman los gusanos. ¡Oh, el monstruo, el abominable, el execrado! La maldad triunfó un momento: su cuerpo fue a la hoguera; pero su alma surgió depurada y perennal.

Pero ningún político también, en solemnes momentos históricos para el Ecuador, ha recibido de tirios y troyanos, de azules y rojos, más aplausos, más endiosamiento. Recordad el arribo del ferrocarril a Quito: las Municipalidades de toda la República escribieron en páginas de oro su nombre y formaron con estas preciosas hojas un libro; diversas agrupaciones le enviaron obsequios de valía, y el Ejército nacional le condecoró con ingente medalla artística enajada de brillantes. Durante dos largos días, en pomposa sesión, le estuvieron entregando tan riquísimas prendas, con sendos discursos, literatura encomiástica que llenaría volúmenes, a los que contestaba en frases concisas y expresivas. Recordad de igual modo el mes de Abril de 1910, en el cual Alfaro llegó a la apoteosis, loado por todos los partidos, con ocasión de los disturbios limítrofes con el Perú. Por calles y hogares, un sólo nombre era pronunciado con júbilo y respeto como fundada esperanza de salvación: el de Alfaro. Su viaje a la frontera acabó de sublimarle. Y en verdad que se humedecía de ternura y entusiasmo, la pupila, al contemplar al ilustre anciano con su tradicional sombrero de Jipijapa, su pañuelo de seda roja al cuello, su espada corta al cinto y su revólver al bolsillo, sencillamente dispuesto al combate con más bríos que un doncel de catorce primaveras. Y era el Jefe del Estado un varón enfermo, consumido por la lucha y los sufrimientos, agotado por el exceso de labores, con más de medio siglo de duros inviernos a cuestras, quien se ponía enérgicamente en acción, impulsado por su fuerte alma de espartano. «El viejo dará el triunfo», murmuraban todos con inquebrantable fe, y el soplo de este gran carácter infundía aliento a todos los corazones. ¡Qué épicos momentos aquéllos! El homérico cuadro se desvaneció como pompa de jabón; cesó el himno y se oyó el rugido de la ola política. Pasó la garibaldina visión: Alfaro volvió a ser el Leviantán espantable..... Decoraciones fantásticas de dramas orientales no experimentan cambios tan súbitos. Se le niega hasta la victoria reinante de la inhibición del real árbitro español en el arreglo

límitrofe con la República del Sur, terca a confesar nuestros palmarios derechos.

¿Dónde la explicación de estas veleidades de la simpatía y el cariño? Si los ditirambos nada dejan, tampoco los tremendos insultos pueden servir de fuente de la historia. Pero, en el fondo de la hojarasca, detrás del oropel, algo queda que es reguero de luz, huella reveladora, dato para los anales de una vida.

Si la tenacidad en la pelea da derecho a llamar al testarudo combatiente «viejo luchador», justo el calificativo que durante tres lustros han dado a Alfaro, varón enaltecido por don Juan Montalvo. Si como incansable *montonero* supo desafiar desde adolescente la ira de los gobernantes; si curtió la bronceada piel con los vientos del destierro; si, como alta cima, cubrió la abrasada cabeza con la nieve de los años, algún rastro debe de dejar este hombre en la historia. Para Alfaro, de costumbres catonianas—nadie en la ceguera pasional ha osado herirle por este anverso invulnerable—los dolores, las privaciones, lejos de la patria en tantas playas extranjeras. Impertérrito, sereno, retempló su alma con el clarín de las batallas; se embriagó con el humo de la pólvora, único incienso que había ofrecido a la diosa libertad; jugó su vida en mar y tierra entre el bramido de los cañones y el huracán de fratricidas proyectiles. ¡Cuán bella esperanza para las multitudes! Qué ilusión tan apetecida, allá por los años de 1895, para todos los que, sin distinguos jesuíticos, se decían liberales!

¡Oh, cuán dulce alcanzar el ideal soñado!, cantaban los turiferarios. ¡Oh, cuán grato conocer al héroe legendario!, exclamaban cien y cien improvisados prosélitos.

El pueblo de Guayaquil le llamó, en una espontánea erupción de patriotismo. Vino de la lejanía—desde la América Central—a hacerse cargo de los destinos de la patria que voluntariamente le ofrecían miembros conspicuos de un partido que había sido lustros de lustros execrado. Era el caudillo único de las libertades públicas, el patriarca de una familia maldecida. ¡Tanto había sufrido, tanto había luchado, tanto resonaba su nombre por la América, tanto habían escrito acerca de él, tantos himnos le habían dirigido poetas y cerebros pensadores, como Rubén Darío que fue personalmente

a conocerlo en Lima, Vargas Vila que le inscribió entre los *divinos*, Juan de Dios Uribe, el orador fogoso, que era muy justo, que, agrupándose en torno a su bandera los que gustaban de modernas doctrinas, se le confiara el estandarte de la libertad, a fin de que él lo tremolase, con igual desenfado que en los campamentos, en el palo mayor de la nave capitana—el Estado! A guiso de todos sus correligionarios empuñó las riendas del Gobierno. El titán, el coloso, el semidiós, fue poco a poco haciéndose familiar. Muchos abusaron de su bondad ingénita. Se le pudo conocer de cerca, se llegó a palpar sus actos, a auscultar su corazón gigante, a perentir ese cuerpo que parecía inmortal. Con mayor confianza, pues a todos abrió sus brazos, le miraron de hito en hito. El ídolo es de barro, gritaron los enemigos. ¡Oh, abrumador desencanto!, exclamaron los descontentos. Sólo unos pocos han permanecido fieles a la veneración de antaño. Aquiles fue vulnerable sólo en el talón. Nadie se ha atrevido a atacar la moralidad privada de Alfaro. Muchos escarnecieron su magnanimidad; conservadores y liberales explotaron la mina de su prodigalidad regia, metiendo las manos con avidez en los bolsillos repletos de oro del generoso mandatario. ¡Cuántos le saquearon para después darle candelas! Su magnanimidad fue su dogal; pudo arrancar de raíz el cáncer religioso, la coyunda del Vaticano, la férula jesuítica de la enseñanza, y no lo hizo: tal su sentencia de muerte.

Una fracción del partido liberal rezóle respuestas y le enterró políticamente. Como veían que se acercaba a su ocaso, muchos de sus antiguos aduladores que habían sacado la tripa de mal año, le maldijeron, haciendo gala de su odio. Sus mismos prosélitos le volvieron caras y le desobedecieron en 1901. Su mismo Congreso no le hizo buena atmósfera. Tanto le aborrecían, que de ahí vino la popularidad del General Leonidas Plaza, teniente de Alfaro, como Vargas Torres, como Flavio Alfaro, como Valverde, y cien más. El odio al ilustre caudillo liberal fue el bautismo de Plaza, herchura también de Alfaro. Cristianizado así, pudo recibir el sacramento que imprime carácter—la Presidencia de la República.

Despréndese lógica pregunta hasta en boca de los niños: ¿por qué volvió al poder y con aplauso general?

un hombre tan desprestigiado? Fue una revolución rápida, la más breve y cómica de la República, que un autor nacional la calificó de campaña de veinte días. En breves horas ¡oh pasmó! el Gobierno Constitucional de don Lizardo García se derrumbó sin estrépito como un castillo de naipes, como cosa de juego.

Los hombres no son enciclopedias vivientes ni son aptos para todo.

Dustres literatos, comerciantes honrados y sagaces, abogados diestros para salir con brío del laberinto de los pleitos, poetas, y soñadores con alados versos serios y jocosos, no han servido, en la práctica, para gobernar, por faltarles toques administrativos, ciencia de hacienda, dón de gentes.

Don Lizardo García, persona respetabilísima, merceder probó, no fue apto para el mando. Desconfiaba de todos, no conocía a los hombres, era débil en el manejo de los hilos políticos que requieren tino a veces, energía siempre. Recibía agriamente a los jefes del Ejército, a muchos de los que no conoció ni de vista.

— Quién va a hacerse matar por este hombre, están murmurando, después de la entrevista de ostiló, algunos militares de graduación subida.

El país comprendió que atacar a un Jefe de Estado sin experiencia ni genio para tal, no era atacar un derecho ni obrar de torcido.

Por tanto, tirios y troyanos, azules y rojos, apoyaron la revolución rápida. García tuvo grande Ejército y juventud escogida; pero careció de prestigio y de resolución firme. Por esto, con tan excelentes elementos, cayó vergonzosamente, en una fugaz campaña de ineptitud y desconcierto.

La razón, la ley, el orden estuvieron de parte de García; pero la acción, el arrojo, el ansia de mejoramiento de parte de Alfaro que inició su campaña de un modo casi milagroso, evadiéndose de Guayaquil con cuatro leales.

Las revoluciones son estallidos populares, huracanes de las masas, gritos de la gran mayoría nacional que, sintiéndose atropellada, trata de recobrar su dignidad, o, considerándose víctima del engaño, quiere probar que conoce sus obligaciones y acaricia altos ideales. Los pueblos hacen las revoluciones. Estos

grandes movimientos vienen en nombre de una idea, de un credo, de las nobles consignas, de los pretextos colosales que deslumbran al rebaño plebeyo. Las revoluciones enarbolan un estandarte más o menos vistoso y cantan un himno capaz de entusiasmar a numerosos ciudadanos, a diversos partidos, a considerable gente, cual si oyese una nueva Marsellesa: son resonancias de la voz popular, ecos de algo que perdura y se vuelve comprensible, simpático. La transformación política y social de 1895, por ejemplo, fue una verdadera revolución. Se levantó sobre la causa de la justicia, cimienta de los pueblos. La de 1906 no fue propiamente revolución, aun cuando, por la elasticidad del vocablo, se le llame así: fue un cambio vertiginoso de escenario. ¿En qué se apoyó? El Presidente García tuvo la mayoría de las bayonetas, pero no la fe en una administración liberal y civilizadora. Alfaro la tuvo y triunfó como por encanto, presentándose como protector de las ideas liberales que estaban en peligro en manos de indefinidos y pusilánimes; como amparador de su magna empresa del ferrocarril que iba a ser combatida.

Se le llamó el peor de los piratas que había tomado por asalto el poder, arrancándolo violentamente de manos de quien lo había adquirido por la vía de la constitucionalidad y con las formalidades protocolarias; pero el tiempo, si no justificó, hizo olvidar el terrorismo despertado por el Viejo Luchador: la época necesitaba un hombre de hierro que inspirase confianza, una voluntad firme, que trabajase sin descanso. Cuatro años más tarde, el problema limítrofe transformó a Alfaro en un semidiós. El Perú ganaba terreno, su hábil diplomático conseguía en España partidarios resueltos para su injusta causa que se la doraba maquiavélicamente. Alfaro obtuvo que el Ecuador se electrizará al conjuro mágico de la chispa del patriotismo. El anciano generoso viajó a la frontera y movilizó tropas. Dió ejemplo de energía, de abnegación y de valor indomables. A él se debió la inhibición del real arbitro español, dispuestos a partírnos por el eje, a causa de las tramoyas peruanas. ¿Qué habría sido del Ecuador en tan delicada emergencia, con un Gobierno incoloro, meticuloso e irresoluto como el de García? Cuando serenamente se medita en esto; ni el más apasionado

puede restar las presecas del patriotismo a Bloy Alfaro. Para que se analice el desbarajuste de entonces en el trimestre administrativo de don Lizardo García, basta recordar los pormenores del movimiento que dió al traste con su Gobierno.

El primer golpe de cuartel estalló en Riobamba. Fue acto de temeridad que pasma. Todo se hizo anunciándolo a los cuatro vientos. Hasta se publicó en un diario de Guayaquil el programa revolucionario, incluyendo ironías contra el baile fantástico de año nuevo, que iba a darse con pompa en la Casa Presidencial. Nada ignoraba el Gobierno. Guerra avisada no mata gente, repetían los chuscos. ¿Crecía fabuloso el gabinete de marra que se viniera tan fácilmente a tierra un Gobierno bien apuntalado?

La ineptitud reinante no alcanza a justificar un hecho que no fue leal ni legal, por más que la historia haya encontrado atenuantes.

Sombras son éstas que empañan la luminosa memoria del reformador ecuatoriano. Pobre, desprendido, abnegado, si despreció las riquezas materiales, no pudo sobreponerse a la ambición de mando. Esta pasión de las grandes almas está cegando a cada paso las irradiaciones de conquistadores, guerreros y conductores de multitudes.

Alejandro, César, Napoleón se golpean el pecho a la evocación de sus tendencias ambiciosas.

Fue la única pasión que no pudo reprimir el mártir, ejemplar en su íntima vida, crisol de los hogares, padre de familia que entraría en competencia con cualquier santo.

Sus sentimientos fueron también puros. Aquel «perdón y olvido» que a menudo solía invocar no era frase vana. A sus mortales enemigos colmó de honores, enriqueció a sus adversarios y tendió siempre mano generosa al desvalido. La mujer y el hogar fueron siempre para él sagradas creaciones. Por la cultura femenina bregó sin descanso: los pocos horizontes despejados, los caminos para su mejoramiento del período de Alfaro son y todavía arrancan bendiciones en los hogares.

¡Cómo borrar el paréntesis de la serie de sublevaciones que le encumbraron en un soplo!

Era la noche de San Silvestre. A las doce, el Batallón que comandaba el Teniente Coronel don Secundo Velásquez, en ausencia de su Jefe, se pronunció por Alfaro en Riobamba, al mando del entonces Coronel Dr. Emilio María Terán. Vinieron tropas de Guayaquil para castigarlo. En esa jornada murió el capitán Tejada, el principal factor del movimiento del Cuerpo de línea aludido. Esta primera rebeldía no invocó ningún pretexto. Muchos soldados que habían obrado inconscientemente o por ignorancia de la emboscada que se les tendiera, se arrepintieron y fueron a reforzar a los inocentes y leales del Batallón «Quito».

Tal fue el origen de la revuelta. Aplastada en su cuna, volvió a dar señales de vida con la insurrección de los Batallones «Carchi», N° 7, «Pichincha» N° 3 de línea y el Escuadrón «Yaguachi», que anduvieron algunos días desbandados, sin dirección, sin acierto, sin jefes, entregados en Latacunga a Baco y Caco. Nadie les racionaba, ninguno les inspiraba una idea de reorganización, hasta que, con promesas repetidas de mejores días, se puso a la cabeza un militar: Justiniano Viteri, consiguiendo hacerlos marchar a Ambato. Es de notar que tal aconteció, porque los altos jefes de esos Batallones rebeldes no tomaron parte en la temeraria acción y, al contrario, arriesgaron su vida por contener e intentar castigar a los traidores. Venció la ignorancia, el número y la aventura. Ni el Coronel Dr. Ulpiano Páez, ni el Comandante Espinar, ni el mayor Uribe, jefes del «Carchi», se mezclaron en el golpe. También un puñado de pundonorosos oficiales, jóvenes todos, permanecieron fieles e incorruptibles, sellando con su sangre, señalando con sus cicatrices, proclamando con su arrojo la obediencia a la Constitución. Ellos, prefirieron caer heridos o sucumbir antes que gritar «Viva Alfaro»: era el único lema; el único principio, aun cuando pocos se daban cuenta de los principios que encarnaba ese nombre múltiple, mágico, transformador de voluntades.

Parte del Ejército veterano ardía por combatir. Por desgracia, no tuvo cerebros que lo llevaran al triunfo. Faltó también la popularidad que estuviera agrupando voluntades en torno de algún jefe de prestigio. La acción y valor se personificaban en las filas de Alfaro, temerario en sus empresas, como lo fue en la sangrienta jorna-

da naval del Alhajuela; la indecisión, en las del Gobierno.

Reclutas de buena fe fueron los demás; pero al fin re-cluta; rebaño armado que retarda la victoria, cuando no la obstruye con su inexperiencia.

No simpatizaron en Quito con la revuelta el Regimiento de Artillería «Bolívar», de honrosos antecedentes, y el bizarro batallón «Guardia de Honor», N.º 6 de línea. La Artillería, que desde la primera vez marchó al Obasqui con el Coronel Larrea, teórico militar Ministro de la Guerra, descubrió la conspiración fraguada por algunos oficiales que, sometidos a Consejo de Guerra, iban a ser condenados a la pena capital; pero la precipitación del triunfo les libertó.

En Guayaquil quedáronse del lado del Gobierno la Artillería «Sucre», el «Vencedores», N.º 1.º de línea; en Portoviejo, el «Guayas» N.º 61; en Loja, la Columna «Vargas Torres», y en Cuenca, el piquete del Batallón «Quito», al mando del entonces Sargento Mayor y hoy Coronel Solórzano, por cuanto se había disuelto el Batallón «Abdón Calderón».

Quizá estos militares dijeran como el Capitán Federico Capdevila, elogiado en la principal de las Autillas, cuando los soldados patriotas, al dirigirse a Santiago de Cuba, le saludaron con la luminosa bandera de la revolución: «Me complace el contento de los cubanos; pero esa no es mi bandera: la mía es la española». El mismo Capdevila, desafiando los insultos de la muchedumbre, pero — en fecha inolvidable, en Noviembre de 1871: «Señores: Ante todo somos honrados militares; somos caballeros, el honor es nuestro lema, nuestro orgullo nuestra divisa, y con España, siempre honra, siempre nobleza, siempre hidalguía; pero jamás pasiones, bajezas ni miedos; el militar pundonoroso muere en su puesto; pues bien, que nos asesinen, mas los hombres de orden, la la sociedad, las naciones nos dedicarán un opúsculo, una inmortal memoria».

Simpatizaron con el golpe, el Regimiento de Artillería «Esmeraldas» acantonado en Ibarra, y el piquete que se hallaba en Tulcán. Sin embargo, no intervinieron sus jefes y oficiales que, a pie, entre dificultades y peripecias, en marcha precipitada y riesgosa, se presentaron en la Comandancia General de Quito a ofrecer sus servicios al Gobierno.

Con todo, la acción de armas definitiva del Chasquí perdióse sin remedio, en una vergonzosa derrota de miles de soldados, dirigidos por quien había criticado, con erudición y severidad, los movimientos estratégicos de la guerra ruso-japonesa desde las columnas de la única revista técnica "La Ilustración Militar".

En aquel siniestro lugar, junto a Rumipamba, donde las erupciones volcánicas del Cotopaxi han amontonado piedras en cantidad que se aproximaría a la que en Egipto se reunió para levantar la pirámide de Cheops, con huesos humanos podría erigirse un túmulo a la memoria de los bravos soldados que, siendo un puñado, pagaron con su vida, los unos, el amor y fidelidad a su heroico Jefe Eloy Alfaro que contó con tenientes intrépidos como el Coronel Reinoso; los otros,—que fueron los más—el obediencia a la Constitución, representada por el infortunado García, honrado comerciante, pero no político.

Aquello fué atroz carnicería.

En la Capital de la República, hubo buen ánimo, valor, ansia de pacificación, anhelo de justicia. La épica ciudad en armas contaba con sobrado material para su defensa, pero hay popularidades aparentes que en la hora del peligro dan pruebas de cobardía y corren a asilarse en una legación extranjera. ¿Por qué las cabezas directivas sacrificaron honras, gente, dinero, estérilmente? ¿Por qué no resistió Quito, cuando, a sus espaldas, tenía tropas de refresco, y a su frente, el disciplinado y aguerrido Ejército del Coronel Manuel Andrade?

Toca a los peritos ahondar el punto. ... El General Eloy Alfaro entró victorioso a la cuna de Espejo con cuatro soldados mal armados. Su valor y fortuna sorprendieron. Su fuerza constaba de cuatrocientos hombres, inclusive los *encontradores*. Después, llegaron mercenarios del Norte, gente de enganche y pillaje, al mando del General Nicanor Arellano H.

La historia, severa en sus sentencias, no justificará esa dictadura de bajo origen, con base de mezquina revuelta, por más que haya invocado la libertad a punto de ser arrebatada por la ineptitud y traición; por más que haya venido para dar cima a la grandiosa obra del Ferrocarril del Sur.

El Gran Luchador se vió rodeado de improvisados y anónimos en política, de aventureros colombianos, de presidiarios que hicieron su agosto. No fue su gabinete como el de la primera administración. Se le separaron probombres como Valverde, Moncayo, Peralta. Le combatieron plumas aceradas como las que escribían en *La Prensa Libre*.

Hasta que los oropelos de la constitucionalidad derasen todo, no renació la calma. Aquél paréntesis es «penumbroso» en medio de la luz que siempre proyectó el Viejo Luchador, apóstol y mártir.

Alfaro lavó con su propia sangre los errores que había cometido en su larga vida de lucha; errores de ambición unos, y de bondad los demás; pero nunca de codicia ni de tiranía. Magnánimo en los campos de batalla, magnánimo después de ellos, cumplió a la letra su programa de «perdón y olvido». A muchos de sus enemigos transformó en partidarios; compró a innumerables amigos, pero, adquiridos a precio de oro, no siempre fueron leales. Grandemente le perjudicó su condescendencia, su excesiva amabilidad para con los que él creyó suyos. Metieron las manos hasta el codo en su corazón para abusar, para *locupletarse* de dinero, valga el pleonismo, para hartarse de honores y granjerías. Con un poquillo de sanción, el purificamiento liberal habría dejado cimentada la nítida doctrina y disciplina dos férreamente a sus soldados.

A la impunidad se debieron inconsecuencias y crímenes de tantos que se parapetaron con el dictado de alfaristas.

Bastante hizo por el progreso humano el reformador Eloy Alfaro; pero pudo hacer mucho más, aprovechando la oportunidad, el *momento psicológico* que pocas veces preséntase en la historia. No siempre tuvo tenientes de puro corazón que secundasen su labor bien intencionada. Antes la desacreditaron con su perfidia. Faltó amor al ideal, faltó espíritu de sacrificio en gente a quien deslumbrió la libertad, corrompió el oro y mareó el triunfo.

Alfaro pagó, como Cristo, los pecados ajenos. ¡Fueron los propios tan escasos en este varón casi inmaculado!

El recuento de su labor civilizadora puede compensarse en lo que puntualiza el *Manifiesto* que a los ha-

bitantes del Pichincha dirigió el «Comité Eloy Alfaro», de Quito, que, secundando el entusiasmo de Guayaquil, se fundó para honrar la memoria del extraordinario gobernante. El Centro Radical «Vargas Torres» ha reproducido, a los nueve años del sacrificio del héroe nacional, lo principal del *Manifiesto*:

«Altos títulos acreditan a *Eloy Alfaro* como inmortal y le presentan a la veneración pública. Apóstol de una idea liberadora y de redención, lucha infatigable y heroicamente por tornarla realidad. El despotismo le arroja fuera de la Patria; sus puertas quedan cerradas para él; pero las golpea fuertemente hasta conmovirlas; ruge como león, clama en nombre de la libertad, de la civilización, de los derechos conculcados a sus compatriotas; mas, por desgracia, son pocos los que atienden y responden a sus llamamientos de ascendido patriotismo, porque sus acentos de libertad se pierden y se confunden con la algarabía que produce la salmodia de los cortesanos, chirriar de las cadenas y el chasquido del látigo degradante.

Tiende su mirada ansiosa en torno de la República, busca a sus correligionarios y amigos, y divisa allá, en la penumbra, la imagen dolorida y angustiada de muchos de ellos, que han sufrido el castigo de su amor a la libertad, en el patíbulo. Otros yacen en servidumbre, y muchos han ido a rodar, de playa en playa, saboreando el amargo pan del desterrado y llorando la ausencia de la Patria infortunada. Pero los lamentos no fueron jamás las armas de los titanes; y los Bayardos de la libertad, convocados y reunidos a la voz del amigo y Jefe tornal a la lid; vuelven a bregar, una y cien veces, con fe y constancia, tan solo peculiares a los hombres encargados de una misión sublime, hasta que el dios de las batallas corona sus frentes con el laurel del triunfo y la diosa de la libertad asciende al egregio Alfaro al Poder, en premio de tanto convencimiento, de tanta constancia, de tantos sacrificios, de inauditos esfuerzos, de ciclópeas campañas, y cuando casi todos sus compañeros de martirio habían traspuesto ya los umbrales de la tumba. Casi solo en el Poder, rodeado de enemigos terribles, su labor es improba, inmensa, sin tregua ni descanso. Tiene que formar hombres, capacitándolos para la administración pública, la diplomacia y la milicia, y, con ellos, sentar las bases de la

democracia verdadera, de la libertad y del derecho. Toma a la juventud, la levanta hasta los sillones ministeriales, las curules legislativas y concejiles, las cátedras de las universidades y de los colegios, los negocios internacionales y el ejercicio noble de las armas; y con esta juventud bizarra, inteligente y democrata, lo hace todo. Reforma la legislación, modernizándola, humana y liberal; transforma las universidades en centros de cultura científica; funda colegios y liceos; escuelas normales para formar preceptores de instrucción primaria; escuelas de bellas artes, conservatorios de música y declamación; escuelas nocturnas para obreros; colegios militares. Crea juntas que se entiendan en dotar a las diversas poblaciones de la República de agua potable, canalización, pavimentación y luz eléctrica; promueve el establecimiento de tranvías. Democratiza a los municipios, y los convierte en centros cosmopolitas, llevando a su seno a los extranjeros útiles, residentes en la Patria; rehabilita a la mujer, elevándola al ejercicio de los cargos públicos; favorece a la raza india y a las asociaciones obreras; arregla definitivamente el pago de la deuda sagrada que nos legó Colombia, levantando así el crédito nacional, aniquilado, perdido por obra de la desidia, cuando no del peculado, y sobre esa base, establece el talón de oro, resorte indispensable para el equilibrio del cambio y para la movilidad del crédito. Acrecienta las rentas públicas y las eleva a veinte millones de sueros anuales, cuando él las halló en cinco, cantidad menguada, incapaz de llenar las exigencias del progreso. Con clara visión sobre asuntos internacionales, salva a la Patria, en 1910, tanto de la pérdida de nuestro Oriente, como de una guerra dispendiosa y cruel. Para honrar a nuestros próceres, a nuestros héroes, a los santos de nuestros calendario republicano, lleva a efecto la Exposición Internacional, en conmemoración del Centenario del Primer Grito de la Independencia dado en la América Latina. Reputa como deficiente la enseñanza que imperaba en la República, y, para perfeccionarla, envía a los centros más civilizados de Europa y América del Norte, a jóvenes, con la noble misión de ser más tarde los cruzados del engrandecimiento nacional; y como corona y remate de tanta obra de patriotismo, se obstina en legarnos ardua vía férrea que nos ponga en contacto

con nuestro puerto principal, nos aproxime y compenetre con nuestros hermanos de la Costa y nos sirva de vehículo de civilización y progreso. Y todo esto contra el torrente de los reaccionarios, venciendo las resistencias de algunos amigos apocados, cobardes o envidiosos, y con el fasil en la mano, la azada en la otra y el espíritu divagando en busca de la panacea para curar tanto mal. ¡Oh conciudadanos! ¡Qué tanto esfuerzo de su voluntad y cuánto trabajo! *Alfaro* fue incomprendido y, por eso, combatido. De habérsele apreciado en su justo valor, por unos, y de haber habido verdadero patriotismo, en otros, ¡cuántos mayores bienes hubiera hecho al esfuerzo de su voluntad creadora! . . . Con todo, a él se le debe el escaso progreso que disfrutamos, tanto en el orden moral como en el material. No cabe disputarle este derecho, que es incontestable, y que consta ya en las páginas de oro de la Historia. Si algunos errores, propios de la época terrible en que tuvo que actuar, ensombrecieron su paso por el Poder, fueron como nubes de verano que se disiparon al soplo de la más leve brisa, o como las manchas del sol, ternos *señales que no impiden que el divino astro nos caliente, vivique y derrame su luz, que es guía y consuelo de la vida*. Sí, pudo tener errores, ¿que hombre no los ha tenido y los tiene? Pero están atenuados con la buena intención que guió todos los actos de esa vida de sacrificios por la Patria, y purificados por el agua lustral del martirio. Todos los pueblos de la tierra tienen sus manchas, conciudadanos: hagamos por limpiar las nuestras». (1)

A esto hay que añadir lo que dicen los padres dominicanos misioneros Hidalgo y Mata, invocando a la justicia: «En 1905, el General Eloy Alfaro, de acuerdo con los misioneros dominicos, fundó los pueblos de Manchari y Rimacha, el 1° a orillas del Uasara; el 2° a orillas de una laguna; en 1910, los peruanos ocuparon el primer pueblo denominándole Sucre, estableciendo una Tenencia Política; cuanto al 2°, aún lo conservamos: está a dos días abajo de la Tenencia de Sucre. El General Alfaro, en forma indirecta, favoreció con

(1) Fui Secretario del «Comité Eloy Alfaro», que presidió el señor doctor Pablo Isaac Navarro. Se reunieron algunos fondos para el mausoleo de Alfaro.

dinero a las Misiones; siempre cubría los gastos que demandaba el viaje de los Misioneros. Entre los Presidentes liberales, Alfaro fue el único que en forma práctica favoreció la colonización oriental costeando los viajes de los Misioneros»—(«La República», martes 15 de Febrero de 1921, N° 5.—Quito—Ecuador).

No está del todo averiguada la conveniencia de tales misiones en la fértil región oriental ecuatoriana. Hay poderosas razones en pro y en contra. Pero, como Alfaro era magno patriota, no omitía medio alguno en bien de la madre común, aun con el sacrificio de sus ideas personales. Ensayó también la colonización militar.

Hombre de múltiple acción, en vís-peras del centenario del primer grito de la Independencia Americana lanzado en Quito, improvisó grandiosos festejos, no sólo contra la indiferencia de los más, sino contra la rabiosa oposición de muchos. A sol y sombra, sistemáticamente, atacaban sus enemigos cualquiera luminosa idea que se le ocurría, sin detenerse a estudiar su bondad, o las modificaciones de que pudiera ser susceptible.

Casi de la nada, como en los cuentos orientales, levantó fantástico palacio para la exposición internacional —la primera en el Ecuador—, a la que acudieron, con gusto, poderosas naciones europeas e hispanoamericanas con valiosos ejemplares de progreso. La mayoría dudaba del éxito brillante; el resto censuraba acremente; pero la realidad les deslumbró y si, a despecho de todo, no confesaron el triunfo, la conspiración del silencio fue muy elocuente.

En el extremo sur de la ciudad se alza suntuoso edificio—recuerdo de la pomposa conmemoración—que ha servido para Colegio Militar. Aseguran que es uno de los más elegantes y amplios del Nuevo Mundo. Aquel palacio exhibía un medallón en alto relieve consagrado a su fundador; pero la intransigencia política y la ingratitud lo borraron. Allí también se ha fundado el Museo Militar, que ya posee valiosísimos ejemplares históricos; allí se hospedaron los marinos de la flota norteamericana de submarinos que, en Mayo de 1921, llegó a Guayaquil.

Cuando el pueblo palpa la inacción de algunos Gobiernos, cuando suspira por alguna empresa inaplazable que la impotencia posterga, suele murmurar, muy

de corazón: «El viejo Alfaro lo habría hecho; «Alfaro se habría reído de la dificultad»

Y no le falta razón: así es la verdad, porque, por donde quiera que se dirija la mirada, en varias ciudades de la República, se entran por los ojos las manifestaciones tangibles del adelanto que para su patria quiso Eloy Alfaro.

Fue el primer soldado de la América, como en ocasión solemne expresó una eminente autoridad chilena en la tierra de Arturo Prat. La frase repitióse con solemnidad en la Cámara de Diputados el año de 1919, pronunciada por labios de un inteligente conservador.

En su patria no fue del todo conocido: pasó, para muchos, como un soldado obscuro. En su tumba de héroe y de mártir el fanatismo político no ha querido que se alce sino triste montón de cenizas. Hasta los héroes sin nombre tienen espléndido monumento en el Panteón, y en la Abadía de Westminster. El odio implacable ha osado negar todo recuerdo póstumo al paladín augusto, desconocido acaso en la tierra que él ilustró con su espada y con su genio. ¿Cómo ponerle la inscripción fatal y dolorosa: «desconocido», cual en los simbólicos monumentos de París y Londres?

¡Anatema a la ingratitud de los hijos pérfidos! Desgarrador, torturante, siniestro fue el fin del héroe magno; pero en su túmulo se esculpirán, como en el del reformador Juárez, en frase del poeta Rafael Martínez, versos dignos del bronce, cambiando sólo en la escritura la palabra mejicano por la gentilicia del Ecuador:

¡Y a éste, de una raza titánica gran fruto,
Hemos de honrarle ahora con llantos y con luto,
Con fúnebres guirnaldas y lúgubres lamentos
Cuando su nimbo espléndido costelan pensamientos
¿Cuando su tumba--símbolo de una luz prometea—
Es Oriente magnífico do amaneció la Idea?...
¡No!... ¡Vengau sin tardanza, de los patrios confines,
Legiones de tambores y bandas de clarines,
Y que prorrumpán todos, como inmortal hosanna,
En el ardiente grito de la triunfal diana!...
¡Que despliegue sus alas el espíritu humano
Bajo el toldo purísimo del cielo mejicano,
Y anuncien la éra nueva videntes y profetas
Y los cantos heroicos entonen los poetas,
Las frentes eucarísticas coronadas de rosas,

Y cláusulas eufónicas en liras melodiosas.
Y de los labios místicos y de los pechos fieles
Divina Poesía, brotando en ricas mieles,
Que diga al Universo, con mágicos dulzores,
Que es una hermosa fiesta de Dichas y de Amores
La que hoy aquí celebra la gente mejicana.
Augurio felicísimo para la raza humana.
Pues que en grupo de hermanos y en poética justa,
Ante el altar venimos de Libertad augusta.
Y ese altar, tan sagrado cual templos seculares,
Es la tumba de un héroe, la de Benito Juárez.
Donde vela, cual rayo que en el futuro vibro,
El soberano genio de Méjico, ya libre! . . .
¡Que respiren, hermanos, vuestros pechos de atletas,
Y rían las ondinas y canten los poetas,
Y a las vibrantes marchas de honor de los clarines,
Deshójense las flores de amor en los festines! . . .
¡Que aunque la ira ruja y el furor lo quiera,
Juárez morir no puede! . . . ¡No puede! . . . ¡Es la bandera!..»

Un puñado de amigos, a raíz del año fatídico, del año trágico, se ha acordado siempre, el día 28 de Enero, de rendir a la memoria de Alfaro sentido tributo de admiración, desafiando las iras del Poder. Al principio, fueron tres o cuatro, después creció el homenaje, hasta que en 1921 fue inmenso, sublime.

En Panamá reverenciaron su nombre, en inolvidable velada fúnebre, lo mejor de la sociedad del Istmo. El patriota Miguel Angel Endara, reimprimió en Quito, en 1912, (lo que era entonces inaudito atrevimiento), el hermoso discurso que pronunció el doctor José Peralta, que a la sazón padecía la pena de destierro. El mismo señor Endara abrió un álbum de adeptos al General Alfaro. En 1912, consiguió tan sólo que firmasen cinco personas. La Policía perseguía como apesadados a los alfaristas, prohibiendo toda manifestación externa a la memoria del candillo liberal. La reacción se ha operado con lentitud, en escala ascendente, cada año con más fervor, como la ola que crece y crece hasta convertirse en formidable montaña líquida que aplasta cuanto encuentra a su paso. Así la ola de la justicia va aniquilando, sepultando al rencor, a la iniquidad, al fanatismo político, con el peso de la verdad, que abruma como una montaña.

Fue necesario que transcurriesen nueve años para que la apoteosis al mártir tuviera inolvidable resonancia, como la voz que repara y construye, aunque a veces no se deje oír pronto.

En los salones de honor de la Municipalidad de Quito, se levantó artística y suntuosa capilla ardiente, a la que acudieron con su homenaje las asociaciones no sólo de la capital sino de lejanas ciudades de la República. Colegios, ejército, sociedades liberales y obreras, prensa, compañías ferroviarias, municipalidades, allí estaban presentes, por medio de sus representantes, con valiosas coronas, en las que constaban leyendas significativas. La profusión de flores contrastaba con los atributos militares que en el imponente recinto simbolizaban al héroe.

En su centro, sobria ara romana recordaba los sacrificios de Eloy Alfaro y era túmulo elocuente a su memoria. En el fondo, abría sus alas la Victoria de Samotracia, chorreando sangre, que no era suficiente a apagar la luz de un candel que a sus pies brillaba. Era la idea que jamás se extingue; la personificación del pensamiento confirmado por la historia: no hay triunfo sin sangre, no hay coronamiento de la empresa sin martirio. Una vela latina, expresión de la raza, flotaba serena en lontananza, en medio del mar embravecido.

Lo más granado de la sociedad montó guardia, renovada cada media hora, en el fúnebre santuario, que día y noche recibía visitas. Los concurrentes dejaban su firma en pliegos enlutados que en sendas mesitas esparcidas se hallaban en el vestíbulo.

La luz eléctrica, mezclada a la vacilante de los blandones, contribuía a bañar de majestad la monumental decoración.

El Conservatorio Nacional de Música, oculto tras espesos cortinajes, ejecutaba apropiadas piezas fúnebres de los más célebres compositores.

A la entrada, en el patio municipal, cruzada de flores estaba el ancla del vapor Albajuela, reliquia histórica, traída para el efecto, de apartadas playas ecuatorianas. Y en lo alto, el retrato del General Eloy Alfaro, artísticamente iluminado, tenía a sus pies una simbólica espada de fuego.

La muchebumbre de peregrinos, en orden, subía por una escala, rodeaba el monumento y descendía por otra, de tal manera que, circulando siempre, facilitaba el acceso y evitaba atropellos. Se repartieron recuerdos conmemorativos, con reparadoras leyendas.

En el presidio, transformóse la celdilla en que agonizó Eloy Alfaro en capilla ardiente, y fue piadosamente visitada. Clásica orquesta tocaba marchas fúnebres. Por la noche, se le dedicó una velada conmemorativa. Declamáronse las poesías que el pueblo había escrito en los muros de la cárcel.

El 5 de Junio de 1921 volvió a hacérsele justicia, al rememorar la transformación política de que fue alma. Sin la pujanza invicta de su espada, el pensamiento de Montalvo habría quedado sonando en el vacío: Alfaro fue la acción, Alfaro la prédica viviente, demostrada con hechos; Alfaro el trabajo incesante en el taller de la libertad.

De su tumba se levantarán siempre las protestas convertidas en idea y movimiento, cada vez que se intente arriar el estandarte de los libres que la historia ha tremolado sobre montañas de sacrificio y regueros de sangre, fecundos en obras de progreso, de labor redentora y de emancipación de la conciencia.

De los Presidentes de la República del Ecuador, los más laboriosos han sido García Moreno, Antonio Flores y Eloy Alfaro.

García Moreno, gracias a su constancia y desvelo, alcanzó notables conocimientos científicos y literarios. Incrementó grandemente las obras públicas. Su actividad era tal, que se multiplicaba. Un día anochece en Quito y otro en Guayaquil. ¡Y en qué tiempos! Había que tomar en cuenta los desfiladeros y abismos que se llamaban caminos. ¿Caminos? No existían en muchas misérrimas poblaciones. Para trasladarse de la capital a su inmediato cantón, al Mejía, pasaba el infortunado viajante por el famoso Jalupana, un atolladero de lodo, del que por casualidad se salía con vida. ¡Cuántos, antes de aventurarse en su peregrinación a Guayaquil, otorgaban su testamento! Abundante su vitualla, se diría que iban a atravesar el Sahara. García Moreno, con agilidad que asombra, personalmente develaba lejanas revoluciones, presentándose de súbito. ¡Gran trabajador este carácter férreo!

Antonio Flores, uno de los más hábiles y quizá el más hábil diplomático de la América Latina, poseedor de varios idiomas y un pozo de abrumadora erudición, dormía poquísimas horas. En vela estaba, consagrado a sus múltiples asuntos: redacción de notas, hondas lecturas, traducciones, borrador de artículos históricos y de polémica. A las cinco de la mañana, ya se le veía a caballo, en viaje a la Carolina—una hacienda situada al Norte de Quito—en busca de leche recién ordeñada. Otras veces tendíase en la grama del Ejido y se entregaba a la gimnasia del revuelco, para vigorizar sus gastados miembros.

Eloy Alfaro, llamado el Viejo Luchador, trabajó infatigablemente durante toda su vida. El nombre que por antonomasia le dieron, es la consagración de sus laboriosos años de combate. Gran madrugador, se le veía en pie desde las primeras horas del día, dictando sus órdenes y ocupado en vitales problemas de su administración.

Uno de los más arduos y trascendentales capítulos de interés continental que acarició escribir con hechos toda su vida, fue la reconstrucción de la Gran Colombia, modificando el pensamiento de Bolívar, de acuerdo con los dictados de la sociología moderna.

Estadista insigne—parco en el hablar, prólogo en la acción—, sus pasos se encaminaron al cristallizamiento de la sublime utopía, que habría sido bella realidad, si el Perú no se hubiera valido de todos los medios para que fracasase. Delicada misión encaminada al noble fin confió a su mismo hermano, doctor Marcos A. Alfaro esclarecido ingenio.

El indomable ecuatoriano se puso en relación con notabilidades internacionales, gente de pluma y de espada, muchos de ellos libertadores de sus respectivas patrias. Propagó las ideas de fraternidad internacionales que le animaban, hizo conocer al Ecuador, presentándole como Nación progresista. Platicó fervidamente con generales de la talla de Guzmán Blanco, Joaquín Crespo, Rafael Aizpurúa, Porfirio Díaz, Rafael Reyes, Benjamín Herrera. Conferenció, para el buen éxito de su proyecto unificador, con Nicolás Piérola, Castro, Zelaya, Sánchez, Regalado, Avelino Rosas, Sergio Pérez. Cumbres del mundo americano como José Martí le rendían su amistad y su afectuoso homenaje. Entre los parien-

tes que secundaron sus ideas, destácase el distinguido general mexicano don Bernardo Reyes que supo morir como héroe, de pecho al palacio nacional, al imponer la rendición de la guardia, y el catedrático madrileño, su sobrino, don Elías Alfaro y Navarro. Insistió en la propuesta de formación de una Dieta Colombiana. Inspiró el Congreso Boliviano, reunido en Caracas en Julio de 1911, fecha memorable. A nombre de Alfaro, el doctor José Peralta defendió la causa de América, la unión, la paz del continente, contra la terquedad del Perú y las pretenciones del Ministro Melitón Porras. El voto nobilísimo de la Delegación de nuestra Patria puede compendiarse en estas hermosas palabras que el doctor Peralta suscribió de acuerdo en todo con los representantes de Venezuela, Colombia y Bolivia: «Hemos buscado la paz honrosa y digna; hemos hecho lo posible por la transacción y la concordia; hemos llamado con insistencia a las puertas de la fraternidad, mas el Perú ha desoído nuestras voces y rechazado nuestras amistosas proposiciones. Réstanos únicamente manifestar nuestros ardientes deseos de que la paz siga amparándonos con su égida salvadora, y que llegue una oportunidad más feliz, en que podamos realizar el colossal pensamiento de Venezuela, y darnos un abrazo de hermanos entre todos los hijos de Bolívar».

Tal es, a grandes rasgos, la significativa labor de esta radiosa figura que muy pocas veces entró en la penumbra. No le tentaron vicios: fue un santo del hogar, modelo de padres; fué, en el santuario individual, reflexivo, filósofo, austero y disciplinado. Muchas de sus culpas, por causas, las más de ellas, del medio ambiente hostil y de la felonía y codicia de varios de sus tenientes, únicamente se espigan en el fragoso campo de la política. Pero hasta en sus errores fué grande. No cayó en las mezquindades, vacilaciones, negociados, raterías y economías de los presidentes pigmeos. Si derramó el tesoro nacional a manos llenas, lo hizo en favor del pueblo y de algunos camaradas, los más de ellos desagradecidos y sedientos de oro. Enriqueció hasta a sus enemigos implacables. El no reservó nada para sí, dadivoso y desinteresado hasta lo inverosímil. Vivió y murió pobre, aunque dispuso de millones. En épocas de infortunio, sus amigos le alimentaron en algunas ocasiones, y otras, recurrió a las pocas joyas que

en la familia quedaban. Jamás hundió su dignidad en el menor acto ridículo. Magnánimo y derrochador de caudales y de bondades, la ingratitud le tegió punzante corona de espinas. Cuando ya no tuvo que dar, le sacrificaron. ¡Cuántos de los que vinieron detrás—negociantes sin escrúpulo—se han transformado en millonarios! El, de ninguna granjería aprovechó en sus períodos presidenciales; no calculó nada para el mañana. La calumnia forjaba fabulosas sumas, depósitos en bancos extranjeros, donde no había un centavo; profanaba ese hogar sin mancha, que ahogó, en el silencio y la conformidad necesidades y privaciones. . . .

Del martirio, de entre el montón de carbones apagados en la hoguera del Ejido, se está levantando, como un Cristo redivivo, a hablar a los correligionarios verdades que el tiempo ha confirmado, a predicarles de nuevo la fe en las doctrinas del liberalismo que van cayendo en tibieza,

El 12 de Octubre de 1921, fueron trasladados, con regia pompa, sus venerandos restos a Guayaquil. Dormían, bajo la custodia del secreto, en el Cementerio General de Quito. Debidamente autenticados con el examen de actas, documentos y declaración de testigos poseedores del sigilo, la comisión delegada por la familia los transportó a la urna tallada por el artista nacional Ycaza.

La apoteosis indescriptible requeriría la pluma de Montalvo, colorista insigne, pintor fogoso, fulgurante y sancionador, que inspiró ideas de libertad a Eloy Alfaro.

En el Gabinete Presidencial, allí donde recibía a sus amigos, donde trabajaba sin descanso, donde impartió órdenes salvadoras, donde fué traicionado el 11 de Agosto de 1911, se destacó la capilla ardiente, en un océano de flores, crespones y luces. Con las ofrendas que lo más notable de Quito y de las más lejanas provincias puso a los pies del mártir, pudo haberse levantado una simbólica montaña de reparación y amor póstumos.

La procesión recorrió algunos kilómetros a paso lento, por las calles Chile, Venezuela, Sucre, atravesando la plaza del mismo nombre, por la Maldonado, hasta llegar a la estación «Eloy Alfaro», antes Chimbacalle. En el Palacio Nacional, el Dr. Manuel Montalvo entregó la urna, con sentidas palabras, a la comisión que de Guayaquil vino a recibirla. En el Gabinete Presi-

dencial, despidió al llorado viejo el jefe de la Nación Dr. Tamayo, con vibrantes voces de justicia. La urna, cubierta con la bandera nacional, tricolor histórico que flameó triunfante enarbolado por uno de los batallones más adictos al jefe del Liberalismo, fue conducida en hombros entre dos filas de militares que llevaban coronas, precedida de la carroza fúnebre halada por ocho caballos, ricamente enjaezados, que gobernaban sendos palafreneros. Dos soldados sujetaban de las bridas al caballo que solía montar el general. Guardia de honor, en alas, protegía a la comitiva, lo mismo que el cuerpo de bomberos llegado de Guayaquil. Los Ministros de Estado presidían el cortejo, seguido de una masa compacta y selecta de acompañantes, gente distinguida, miembros de la diplomacia, autoridades civiles y militares, brillante juventud. Por último, iban las bandas militares y el Ejército.

La procesión se detuvo ante el Palacio Municipal. Desde el balcón del centro, adornado con el retrato del Viejo Luchador, dirigió la palabra, a nombre de los obreros, el Presidente de la Federación, repitiendo las mismas significativas frases del *Manifiesto* del «Comité Eloy Alfaro», del Pichincha. La mañana era triste, de invierno. Había llovido toda la noche y el viaje lento topaba a cada paso con fangales y charcas, pues muchas calles, a causa de las obras de alcantarillado, estaban con el pavimento removido y abiertas en canal.

Presenciamos escenas desgarradoras, ayes y lágrimas en el tránsito. En muchos balcones flameaban fúnebres banderas. La gente se apiñaba en todas partes.

Junto al Túnel de la Paz, N° 18, a la derecha, al descender del mesón, una casa silenciosa, deshabitada al parecer, exhibía un pabellón a media asta. Puertas y ventanas entornadas, en señal de estricto duelo, ni rastro dejaban de que hubiera un alma viviente.

Solo detrás de las vidrieras del primer balcón, al fondo, se entrevían, tal vez se adivinaban, las siluetas de dos mujeres de negro, con el pañuelo en los ojos. Por el movimiento de la cabeza y los hombros, se deducía que lloraban amargamente, aunque la calma era absoluta. Esa visión sugestiva nos desgarraba las entrañas. ¿Quiénes eran aquellas figuras que apenas se divisaban en la penumbra? Las viudas de los generales Flavio Alfaro y Ulpiano Páez, compañeros de mar-

tirio del reformador ecuatoriano. La desolación y el infortunio las había congregado allí, en el desierto edificio, mientras majestuosamente desfilaba la enorme procesión funeraria. ¡Qué elocuentes eran aquellas sombras que ahogaban sus gemidos en el histórico trance inolvidable!

El edificio de la estación semejaba una inmensa capilla ardiente. Salones de recibimiento, corredores, arcos y fachada, todo estaba con negros cortinajes, flores y banderolas enlutadas. Se oían apagadamente muchas fúnebres de la orquesta y de las bandas militares.

Muchedumbre incalculable, más numerosa que trece años atrás—el 25 de junio de 1909—cuando la inauguración del Ferrocarril del Sur, se había dado cita. Se leía la consternación en los semblantes.

El Presidente del Concejo Municipal, Dr. Pablo Isaac Navarro, dijo las últimas frases de despedida, que resonaron como un himno que predicaba las virtudes del austero patriota y candillo de los libres.

La hora de la partida se acercaba. Eran las 10 y media de la mañana.

El Ferrocarril, obra de su testarudez, que tantas veces le condujo en triunfo, después de que había devalorado revoluciones y desbaratado ruines emboscadas, sirvió para, como en una teoría inolvidable, pasear sus cenizas.

La empavesada ferroviaria, literalmente tachonada de coronas y gallardetes, exhibía en la férrea trompa la imagen de Alfaro, en un cuadro artístico, circundado de festones.

La locomotora, al comprimir el aire, parecía quejarse, parecía gemir a intervalos, como un monstruo paquidérmico de épocas pretéritas. Se diría sentirse fatigada con la sacra carga; se diría que era titánica empresa, superior a sus fuerzas, conducir las reliquias del transformador y redentor de una República, del genio admirado a lo largo del Continente, de los Estados Unidos—donde tantos amigos tuvo—a la Argentina, que le dedicó sentidos homenajes.

El carro fúnebre central, severamente adornado, transportaba la urna cineraria, tallada por artista laureado y en la que los atributos de la República, y el cóndor agonizante eran nobles símbolos. Entre las innumerables ofrendas florales del túmulo, a sus pies, sorprendía una por su belleza sin igual: un ferrocarril for-

mado de albas rosas y violetas. La bizarra Escuela Militar montaba guardia de honor. Con la numerosa y escogida comitiva, iban delegados de los poderes Públicos, del Cuerpo Diplomático, de la prensa, de las principales instituciones y sociedades, de las colonias extranjeras, amén de muchas personas de viso que voluntariamente se agregaron a la peregrinación.

Cada pueblo del tránsito se disputaba el honor de depositar, siquiera un minuto, los restos en las capillas ardientes arregladas a lo largo del camino; cada pueblo del tránsito le rendía sentidos homenajes y cálidas oraciones de despedida.

La partida del convoy estrujaba los corazones. Parecía que algo de nosotros se iba sin remedio; experimentábamos la sensación de la orfandad y del vacío.

Al pasar por la atrevida obra de ingeniería que sobrecoge al viajero, en el kilómetro 133, grandes cartelones llevaban esta inscripción suspendida en el abismo: «Estas rocas atestiguan la gloria de Eloy Alfaro.» El fondo del pensamiento era igual en todos, si bien con algunas variantes, a lo largo de la «Nariz del Diablo». ¿Qué monumento más elocuente? Es necesario conocer la «Nariz del Diablo» para darse cuenta.

El arribo a Guayaquil no fue de un puñado de cenizas, sino de un triunfador inmortal que, a la evocación colectiva, se había erguido de la pira martirizadora y candente.

En la capital quedaba algo como un soplo de desolación, cual si un padre nos dejase.

Al entornar los párpados, en respetuosa meditación, los ojos de la fantasía renovaban el instante en que el tren solemnemente se puso en marcha. De nuevo se oían las campanas y el pito de la locomotora. La imaginación, al refrescar el viaje imponente, soñaba con la odisea de un gigante, de un Prometeo, caído para siempre, vencido por la fatalidad, al que su pueblo le llevaba en hombros al través de la lejanía, para depositarlo en el solar de sus mayores. Carros y más carros desfilaban ornamentados de tal modo que a veces, deslumbrados los sentidos, divagaban como en un día de gala; pero, al volver a la realidad, meditaban reverentes en el viaje del último héroe de la América, del océlope sacrificado que, a su desplome, hacía retumbar a la montaña, a la patria toda.

PAGINAS DE AYACUCHO

I

LA SANGRE ECUATORIANA

Desinteresada es la historia: como juez imparcial que desecha el influjo de premios y castigos, trabaja en bien de la humanidad, proporcionándola lecciones verídicas, pronunciando fallos que sirven de ejemplo a las generaciones. La historia nos convida a meditar en las conquistas que han costado sangre y lágrimas al mortal, siempre que ha querido obtener su libertad o avanzar un paso para hacer más luz en las conciencias.

Mas los insuperables esfuerzos nunca van perdidos, si la causa es santa.

Si tarda en germinar la semilla, si la lluvia de martirio demora en fecundar la tierra, al fin se levanta el árbol de libertad, alto y frondoso, para proteger con su sombra a los pueblos.

Las montañas de cadáveres, los torrentes de sangre, si proclamaban el horror de las tragedias, son también elocuentísimo testimonio de que la virtud de algunos hombres no es planta estéril, por más que el océano de pasiones ruines y salobres ahogue empresas de salvación y sentimientos generosos que nos redimen de absolutos naufragios morales. El fracaso aniquila muchas buenas obras; pero unas pocas, tras porfiado empeño, al fin llegan a coronarse.

De éstas, es la campaña libertadora que predicó Espejo, soñó Miranda y realizó Bolívar: después de lustras de sufrimiento y muerte, dió a la postre frutos de bendición en América.

Con caracteres de fuego—hoguera de patriotas y de libres—se ha grabado la batalla de Ayacucho entre las luminosas jornadas que prepararon el terreno para el perfeccionamiento humano, queriendo significar con esto la historia—la eternal maestra—que la esplendente alborada del 9 de diciembre de 1824, con la victoria de Sucre y sus ínclitos tenientes, despejó los horizontes de la política hispanoamericana: tomó otro rumbo internacional la suerte de un Continente nacido para la independencia.

Siguiendo las huellas del historiador inglés de cepa clásica, Edward Creary, un opulento colombiano, Aníbal Galindo, ha incorporado entre los hechos de armas decisivos para la civilización universal, el de Ayacucho, tan grande como el de Maratón, de Atenas, contra las huestes de Darío, el poderoso rey de los persas y los medos.

El desfile de las batallas redentoras, Siracusa, Arbela, Waterloo, Pichincha, para no citar más épicas contiendas, es saludado por la libertad del orbe, que se alza aligera, sin cadenas ni grilletes.

Escuchad la voz del escritor que simbólicamente, por una de esas armonías del destino, nació en Salamina, fértil campo que se esconde en la «bellísima hondonada regada por el Coello, que separa las sabanas altas de Ibagué de las del Espinel»; escuchadle, porque por su boca parece que habla la unión internacional, sellada con la sangre de millares de patriotas:

«Ayacucho—dice fundamentalmente—no es una batalla colombiana, ni una batalla peruana, sino la victoria final que coronó la guerra de la emancipación de la América Española, y a la cual concurren los esfuerzos y los sacrificios de todos, desde el Orinoco hasta el Plata».

Si se fatigó allí la vitalidad patriota de centenares de venezolanos, colombianos, hijos del Perú, Bolivia, Chile, Argentina y otros países de común aspiración, de un solo nexo revolucionario y una misma lengua, la

historia está proclamando que a torrentes corrió sangre ecuatoriana, la de los héroes ignotos, la del montón popular, la que es nervio y pujanza; sangre de millares de combatientes de las aldeas de la sierra que atalayan el Imbabura, Cayambe, Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo, Azuay; sangre de las poblaciones del litoral que sombrean nuestros bosques y riegan nuestros ríos como el Daule, Yaguachi, Babahoyo, Guayas; sangre preciosa de los habitantes regados en la vasta extensión del Carchi al Macará, en sus valles, en su callejones interandinos y en las bajas latitudes que van a besar el océano.

Hasta de los pueblos más insignificantes de la que hoy es República del Ecuador, se alistaban soldados que iban a ofrendar su vida por la libertad del Continente. Y junto con el sacrificio humano, el del dinero, víveres y materiales de guerra. Siguiendo la divisa de Bolívar, frenéticos repetían los pueblos la voz de guerra, que era un sagrado juramento: libertados o muertos.

Bolívar, en célebre carta a Santander, dejaba constancia de que casi todo el Ejército que se alistó para marchar a Ayacucho era del Departamento del Sur, es decir, ecuatoriano. Guayaquil dió más de un millón de pesos para la libérrima empresa. De dicho puerto salieron los primeros contingentes de hombres. No sólo soldados, sino jefes y oficiales en gran número partieron al Perú, como los La Mar, los Elizalde, los Sáenz, los Pareja, los Avilés, los García, los Lavayen, los Vernaza y mil más. Llegó a tanto el fervor, que la leyenda ha consignado hasta los nombres de dos heroicas mujeres ecuatorianas, nuevas Amazonas, que empuñaron las armas: Nicolasa Jurado e Inés Jiménez, lojana y ambateña, respectivamente. Los que por azares de la inquietud revolucionaria no nacieron en territorio ecuatoriano, fueron hijos de padres ecuatorianos, como el Coronel Manuel Guerrero García, que aunque vino al mundo en Barbacoas, sus ascendientes figuran como legítimos quiteños; se educó él en Quito, peleó en Pichincha, fué condecorado en Tarqui, cayó prisionero en Guaspud, se distinguió como Ministro de la Corte Marcial y, por último, dejó estable descendencia en la Capital del Ecuador.

II

LA OBRA DEL LIBERTADOR.

¿Quién, de no conocer el carácter de Bolívar y recordar su solemne juramento en el Monte Sacro, se hubiera imaginado al verle partir el 27 de agosto de 1812, que, lustros más tarde, habría de transformar políticamente un mundo? Cuando se hizo a la vela en la goleta *Jesús María y José*, desde la Guaira, iba abatido, meditabundo; pero fiel a su magno proyecto, aunque le faltaban armas, buques, voluntades y oro a manos llenas. De vez en cuando, cruzaba ideas con su tío José Félix Ribas acerca de la emancipación americana, su obsesión, como lo fue en Pativilca, siniestro lugar en el que ni la salud le acompañó. Poco le creyeron entonces; tan débil estaba y tanto había sufrido. Su genio potente jamás apagó al sol de la esperanza que renacía en su espíritu férreo, aun después de los más tristes fracasos y de los nubarrones de la adversidad: se decía que el «árbitro de la paz y de la guerra» los disipaba con el puño, como flores de espino, o, más propiamente, de un soplo. Ni vencedor ni vencido cejó en su dura y prolongada campaña, hasta coronar la empresa magna, que apagó la llama de su ser en hora prematura.

«El resultado obtenido por el Libertador, en esta primera etapa—dice Rivas Vicuña—es superior a los meritos de que dispuso y caracteriza su valor individual».

Luchó contra todo y contra todos: elementos y perfidia de los hombres; naturaleza bravía y voluntades rebeldes. Por fortuna, contó con tenientes abnegados y leales, entre los que brilla el virtuoso Sucre, vencedor en Pichincha y Ayacucho.

Su talento múltiple y la disciplina del carácter, condujeron al mártir de Berruecos de triunfo en triunfo. Los que a sus órdenes combatían estaban garantizados por la entereza espartana, la inquebrantable resolución y el valor temerario del Mariscal de Ayacucho, conocedor de la ciencia de la guerra y de la más difícil del corazón humano. Su exquisito don de gentes no olvidaba el mínimo detalle para enfervorizar a sus soldados. Las sentenciosas proclamas de Ayacucho son modelo de

su agilidad de espíritu y de la fe en el buen éxito. A todos recuerda sus proezas y sus viejas insignias. A los batallones peruanos, les habla de victoria, de libertad y del afianzamiento de la independencia americana, estimulando su valor y subordinada conducta.

A sus compatriotas llaneros, les revive las escenas de bravura de «las lanzas del Diamante de Apure, las de Mucuritas, Queseras del Medio y Calabozo, las del Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra y Junín», lanzas que nadie pudo resistir. Les invita, en seguida, a apoderarse de los bridones del enemigo, para dar refresco a sus fatigadas cabalgaduras. Qued sobre ellos, les ordena, como el rayo de la altura. Exalta la fiereza del guerrero, al par que su generosidad. «¡Lanza al que ose afrontaros! ¡Corazón de amigos y hermanos para los rendidos!», es su antitética máxima.

Al heroico Bogotá entusiasmo con sus pasadas glorias, sintetizando la apoteosis de Nariño y Ricaurte. Llor a las irresistibles bayonetas y a la bandera ensangrentada de Bomboná.

Bendice las cicatrices de los bravos del Caracas. Su patriotismo se enfervoriza y la elocuencia desbordante traza bellas imágenes, a la rápida añoranza de la capital de Venezuela.

«Ayer—les dice—asombrasteis al remoto Atlántico en Maracaibo y Coro; hoy los Andes del Perú se humillarán a vuestra intrepidez. Vuestro nombre os manda a todos ser héroes. Es el de la patria del Libertador, el de la ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América».

Y así a todas las legiones de patriotas enardece con el recuento de su heroísmo y de sus prístinas grandezas, en la prolongada campaña libertadora.

Llega a lo sublime su oratoria militar cuando, iluminado por la visión del mañana, dirigiéndose desde la cumbre del genio, electriza a todos así: «¡Soldados! De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur!»

Como alud, la lucha se empuña, arrastrando con ímpetu obstáculos, peligros y existencias; ahogando todo en el ardor y patriotismo de los combatientes. Leo-

nes contra leones pelearon, haciendo gala de valentía y de generosidad, como si los reyes de la selva se hubieran dado cita para un hidalgo encuentro que no volverán a contemplar las centurias.

Fulge la inmensidad de la lid al meditar en la valía de los adversarios. ¡Mérito insuperable rendir a los gigantes, engrandecidos por las mil proezas, honra de la raza, que ha proclamado la historia desde las épocas remotas de Sagunto y Numancia!

III

SOL DE AYACUCHO

Ayacucho, excelsa cumbre: desde tu alba frente se levantó hasta el cenit el astro de resplandores eternos.

En lo más alto, la victoria, como la de Samotracia, abre sus alas para volar por la América, como heraldo de las conquistas de la civilización futura.

Los triunfales clarines de Ayacucho, anuncian al Continente Hispánico que ya es libre, en la comunión de naciones que brotaron de la espada y del cerebro de Bolívar, San Martín, Morelos, Hidalgo, Artigas, Miranda, Nariño y cien redentores más, todos fieles a la justicia de su causa. En la falange sagrada, Sucre llenando está de normas estupendas las páginas inmortales de la contienda emancipadora, que epilógadas fueron en Ayacucho.

Allí, después de reñida brega de titanes, las bravas huestes españolas vuelven la espalda, cediendo como a un poder sobrehumano. Eran casi el doble de las americanas. Con todo, apagando los últimos fulgores del trágico incendio, se disponen a retirarse de la tierra que hollaron por siglos sus plantas. La memorable capitulación habla con más elocuencia que los cañones de allende los mares. Sucre disponía de uno solo, viejo y deficiente, como para hacer resaltar más la eficacia de la empresa, la gloria conquistada palmo a palmo. Comprendió que sólo faltaban los colores del iris de aquel

su agilidad de espíritu y de la fe en el buen éxito. A todos recuerda sus proezas y sus viejas insignias. A los batallones peruanos, les habla de victoria, de libertad y del afianzamiento de la independencia americana, estimulando su valor y subordinada conducta.

A sus compatriotas llaneros, les revive las escenas de bravura de «las lanzas del Diamante de Apure, las de Mucuritas, Queseras del Medio y Calabozo, las del Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra y Junín», lanzas que nadie pudo resistir. Les invita, en seguida, a apoderarse de los bridones del enemigo, para dar refresco a sus fatigadas cabalgaduras. Caed sobre ellos, les ordena, como el rayo de la altura. Exalta la fiereza del guerrero, al par que su generosidad. «¡Lanza al que ose afrentaros! ¡Corazón de amigos y hermanos para los rendidos!», es su antitética máxima.

Al heroico Bogotá entusiasma con sus pasadas glorias, sintetizando la apoteosis de Nariño y Ricaurte. Llor a las irresistibles bayonetas y a la bandera ensangrentada de Bomboná.

Bendice las cicatrices de los bravos del Caracas. Su patriotismo se enfervoriza y la elocuencia desbordante traza bellas imágenes, a la rápida añoranza de la capital de Venezuela.

«Ayer—les dice—asombrasteis al remoto Atlántico en Maracaibo y Coro; hoy los Andes del Perú se humillarán a vuestra intrepidez. Vuestro nombre os manda a todos ser héroes. Es el de la patria del Libertador, el de la ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América».

Y así a todas las legiones de patriotas enardece con el recuento de su heroísmo y de sus prístinas grandezas, en la prolongada campaña libertadora.

Llega a lo sublime su oratoria militar cuando, iluminado por la visión del mañana, dirigiéndose desde la cumbre del genio, electriza a todos así: «¡Soldados! De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur!»

Como alud, la lucha se empeña, arrastrando con ímpetu obstáculos, peligros y existencias; ahogando todo en el ardor y patriotismo de los combatientes. Lee

nes contra leones pelearon, haciendo gala de valentía y de generosidad, como si los reyes de la selva se hubieran dado cita para un hidalgo encuentro que no volverán a contemplar las centurias.

Fulge la inmensidad de la lid al meditar en la valía de los adversarios. ¡Mérito insuperable rendir a los gigantes, engrandecidos por las mil proezas, honra de la raza, que ha proclamado la historia desde las épocas remotas de Sagunto y Numancia!

III

SOL DE AYACUCHO

Ayacucho, excelsa cumbre: desde tu alba frente se levantó hasta el cenit el astro de resplandores eternos.

En lo más alto, la victoria, como la de Samotracia, abre sus alas para volar por la América, como heraldo de las conquistas de la civilización futura.

Los triunfales clarines de Ayacucho, anuncian al Continente Hispano que ya es libre, en la comunión de naciones que brotaron de la espada y del cerebro de Bolívar, San Martín, Morelos, Hidalgo, Artigas, Miranda, Nariño y cien redentores más, todos fieles a la justicia de su causa. En la falange sagrada, Sucre llenando está de normas estupendas las páginas inmortales de la contienda emancipadora, que epilógadas fueron en Ayacucho.

Allí, después de reñida brega de titanes, las bravas huestes españolas vuelven la espalda, cediendo como a un poder sobrehumano. Eran casi el doble de las americanas. Con todo, apagando los últimos fulgores del trágico incendio, se disponen a retirarse de la tierra que hollaron por siglos sus plantas. La memorable capitulación habla con más elocuencia que los cañones de allende los mares. Sucre disponía de uno solo, viejo y deficiente, como para hacer resaltar más la eficacia de la empresa, la gloria conquistada palmo a palmo. Comprendió que sólo faltaban los colores del iris de aquel

día para la bandera autónoma que había de flotar orgullo-a desde México a la Argentina, empuñada por los adalides generosos que robustecieron la savia de su espíritu en la vieja encina ibera, anticuada, caduca, empobrecida; pero siempre angusta. Pensando en ella, Ayacucho parecerá, de momento, división de hermanos para rectificar puntos trascendentales, reconocer centenarios errores, dirimir rancias dificultades y fanatismos, y reconciliarse después en el abrazo del idioma y de la raza.

Duras y prolongadas campañas, jornadas violentas y difíciles, insuperables ascensiones, campales batallas, prodigios inauditos, privación, hambre, sed, agonía, todo fue común, moneda corriente en la Odisea emancipadora y en la Ilíada de nuestros mayores.

Faltaba únicamente Ayacucho, que fue el último reducto hispano, ya que, sin esta victoria, no se habría entregado el fuerte del Callao, ni se hubieran rendido los reducidos destacamentos esporádicos, como un mal de servidumbre, del Alto y Bajo Perú, las guarniciones del Ouzoo, Puno Arequipa.

¿Qué campo clarea por allá, en la limpidez del horizonte? En el confín se alzan, argentadas, las nieves de los Andes; a sus faldas, se pliega el ondulado terreno, por grietas profundas dividido. Un pueblecito se confunde a la distancia con el azul del cielo y el albor de las nubes: Quina es la aldea que ha perpetuado su nombre, próxima al sugestivo «Rincón de muertos» o Ayacucho. ¿Qué picachos se descubren acá, en medio de la inmensidad del firmamento? Es el Condurcunca. Más allá, abre su bosque la sima espantable del Ayahuarcuna, que quiere decir *sitio donde se cuelgan cadáveres*.

La acción formidable se traba. Distribuidos en las famosas divisiones, mandadas por denodados generales, los españoles comienzan la sangrienta liza. Culminó a sublime altura su tradicional arrojó en Ayacucho. Jefes hubo que prefirieron morir antes que rendirse. Valdez quiere suicidarse. El Virrey La Serna herido está y a punto de ser ultimado. Prisioneros se encuentran el Teniente General Canterac, los Mariscales Valdez, Monet, Villalobos, los Generales Carratalá, Beroya, Ferraz, Gamba, Somocurio, Oacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur. Son incontables los demás jefes que

se hallan en poder del Mariscal de Ayacucho. El Coronel Diego Pacheco huyendo está por las selvas, desnudo y hambriento, inflexible, terco en no firmar la capitulación. Es casi un espectro cuando llega a Puno y de Quilca se hace a la vela, soñando con las costas de su patria.

La grandeza moral de Sucre enriquece sus quilates en Ayacucho, donde su corazón de oro resplandece con los tamos de la magnanimidad y de la gentileza. Borra él, por inhumano, el viejo anatema del bárbaro ante las puertas de Roma: «¡Ay de los vencidos!» El contrincante realista no fue humillado por el despótico orgullo de los que se ciegan con el triunfo.

La ecuanimidad de Sucre, la blancura de sus intenciones, compiten con las nieves eternas de Ayacucho.

Si la victoria es sublime, mayor es la exaltación moral, esta otra victoria difícil y sorprendente, que sólo alcanzan la virtud humanitaria, la prudencia y la nobleza encarnadas en el espíritu de Sucre, el soldado sin tacha, señor de Pichincha y Ayacucho, rendido únicamente por el plomo traidor y fratricida de Berruecos. Después de Bolívar, fue el primero, genio de la guerra y ejemplo de las almas generosas, que venciendo a los enemigos de la patria, saben dominarse a sí mismas; prendiendo el sol de la libertad humana, aclaran antes el de su conciencia sin mácula ni sombras.

IV

UNA FRASE ÉPICA

«Armas a discreción, de frente; paso de vencedores», ordenó a sus soldados el Bayardo americano, el General José María Córdova.

¡Sublime mancebo! Artista preclaro de la epopeya, fatigaste las leyendas del denuedo. Entre la pólvora de los combates, las penalidades de la campaña, el polvo del camino, la humedad de las montañas, el fangal de los pantanos, jamás descuidaste la personal delicadeza de apuesto personaje, de simpático talante. Americano filósofo, pensabas que al rendir la vida por la pa-

tria, había que hacerlo con elegancia, a la manera exquisita petroniana, o como un caballero de las justas medievales.

Te asistió siempre la belleza del valor, aquilatada pulcramente por el valor de la belleza.

Alma juvenil a todas horas, enamorada de los grandes ideales, rebosando de las excelencias del patriotismo; poseíste el ensueño de la gloria como dulce poema de amor, hermoseado por la más gentil corrección hasta en los momentos difíciles, terriblemente patéticos de la pelea, cuando el martirio es igneo volcán de republicanos, y el furor, huracán de los combatientes. Himno de eterna confianza en las empresas admirables, divisa de garbosos centauros invencibles, salutación a la radiosa esperanza es tu gráfica proclama de Ayacucho, enaltecida por la coquetería del heroísmo: «Colombianos, armas a discreción; de frente, paso de vencedores».

Sólo la juventud, intrépida, generosa, poseída de los arranques del genio; sólo la juventud, que es sublimidad, efusión, manantial de sacrificio, fragua de afectos, deslumbradora antorcha de entusiasmo, pudo sintetizar así el porvenir, en trance tan supremo, riéndose, inspirada y poéticamente, de la muerte. La oración desafiadora, es reto de cumplidos paladines, al León augusto, domeador de las selvas del Nuevo Mundo, pasmo en los anales de oro.

«Colombianos: armas a discreción; de frente; paso de vencedores». ¿Imagináis más épica gallardía? El sentencioso y profético verbo, habría sido gárrula música en boca de vulgares campeones, palabrería para muchos, vanidad para no pocos, ridículo mandato invocado desafortadamente por la impotencia, desatino en los labios trémulos de la senectud calculadora, salida fanfarrona para otro militar que no fuese el General Córdova.

Eternizó la galantería oratoria en los escabrosos campos de batalla, jugándose, con juvenil donaire, el todo por el todo. Le asistían su arrojo temerario, la aureola de cien proezas, las fulguraciones de Pichincha, el fervor de su envidiable carrera bélica, la íntima convicción de su sagrada empresa, la fe en los suyos, luchadores formidables, y la incontenible pujanza, marcial divisa de sus actos; le asistían estas lozanas virtudes para hablar así.

«Colombianos: armas a discreción; de frente, paso de vencedores». ¿Quién habría osado la nítida sinceridad de esa frase clásica, irónica al brotar de otros pechos, si se atiende a la desnudez de la tropa americana, a su inferioridad numérica, al fantasma del hambre, a la pobreza de armamentos, al cansancio físico que discurría por las filas y a los tropiezos topográficos de Ayacucho?

Pero allí estuvo el ínclito General José María Córdova a decidir de la victoria, según la confirmación de respetables historiadores. Nada es peligroso ni insuperable para su impetuosa pericia militar. Es un torrente que todo lo arrastra, una inaudita fuerza de voluntad que todo lo arrolla, un ciclón guerrero que todo lo arrebató; es la férrea falange que empuja al enemigo; es la hercúlea y lozana personificación de la libertad que aniquila, que pulveriza a las porfiadas masas que se oponen a su paso triunfal por el Continente, absorbo ante el tropel de centauros. Córdova al frente, a escape en el corcel de las batallas, corre a donde hay más encarnizamiento y es más inminente el riesgo.

En la campaña de Boyacá, Córdova se destaca como primer Ayudante del Estado Mayor General, junto a Bolívar que tuvo que multiplicarse para evitar fracasos, a causa de la disminución de las tropas diezmasadas por el frío, al que no se acostumbraron los de tierra caliente. El Ejército que acampó en Socha era víctima de las enfermedades y no contaba siquiera con cabalgaduras. La actividad del Libertador suplió tantas deficiencias, supo utilizar el terreno, palpar las ventajas de la ofensiva, desalojar al enemigo de sus posiciones valiéndose de sabia estrategia, cortar en Tunja las comunicaciones contrarias, valerse del río Sagamoso como segura protección, fertilizar para su causa el fervor de los pueblos, ocultar sus maniobras frente a Loma-bonita y hasta sacar partido de los involuntarios errores de algunos jefes como Barreiro que había ocupado «una posición que dejaba descubiertas sus líneas de comunicación».

En la campaña del Perú, Córdova se muestra digno segundo de Sucre. Al ascender las faldas del Condorcunca, Córdova atiende a todo: formación de las filas, estímulo a los oficiales, aliento para los soldados, diligencia sorprendente, ya a pie, ya a caballo, ya en per-

sona asiendo del brazo a los retrasados, ya lanzando a los *Granaderos* de Colombia contra los temibles alabarderos, gala de la guardia del Virrey, ya persiguiendo su retirada, ya, en fin, tomando prisionero al respetable anciano La Serna que le entrega su espada flamígera.

El templo de la gloria, ornamentado deslumbradoramente, está de par en par: las coronas, los trofeos, las banderas, las grímpolas atrosas, los cañones destrozados, representan allí el botín de guerra. Marte se ciñe fresca guirnalda, en medio de los laureles, que, como un bosque sacro, forman su comitiva. Se adelanta el vencedor, juvenil y apolíneo, radiante después de la refriega. ¿Quién es aquel feliz hijo del buen éxito? Un bizarro combatiente en la flor perfumada, en la estación más noble de la vida. Se escuchan aires marciales, vítores atronadores, murmullos de alegría, sones de clarines, redoble de timbales, repiqueteo de campanas, estrépito de armas. La interminable teoría de triunfales guerreros de fila majestuosa. Parece que los ecos de Ayacucho transportan las armonías del imperativo inaudito que estremeció las breñas de los Andes: "Colombianos: armas a discreción, de frente; paso de vencedores".

Ufano marcha Córdova, por entre arcos y festones, y penetra en el santuario de los inmortales, sonriendo como el genio aristocrático y elegante de la victoria, como la Gioconda de las batallas, que ha perpetuado su aterciopelada placidez en el divino cuadro del políartista apolíneo Leonardo.

Así las históricas telas, galanura y frescor del pincel, representarán a Córdova, cantando siempre la primavera helénica del General de pocos años que penetró la gracia francesa de su maestro el Teniente Coronel Manuel de Roergas Serviez dentro de la tradicional caballeridad española y la lozanía americana, bella como su pródiga naturaleza, amplia como su tierra y de risueña diafanidad como su cielo.

Ayacucho, sin motejar a los vencidos ni adular a los vencedores, personificó la virtud en Sucre, la poesía juvenil en Córdova, la sabia serenidad en La Mar, el celo por la patria en uno y otro bando, el honor en dos campamentos autitéticos, la generosidad en los americanos y el valor en todos.

UNA OBRA INEDITA DE MONTALVO

DE LA RISA.—SU FISIOLÓGIA Y ASPECTO PSICOLÓGICO.—SONRISAS MALIGNAS.—ARMONIOSO EPILOGO QUE ES UN MADRIGAL —UN PROPAGADOR DEL COSMOPOLITA: FEDERICO PROAÑO.—OPINIONES EXTRANJERAS.—SUS ARTÍCULOS LITERARIOS.—SU HUMORISMO.—EL ESTILO DE ESTE BURILADOR GRAMATICAL

En la florida ciudad de Ambato, patria de Montalvo—una minúscula Portland por sus rosas—, se ha organizado patriótica junta para allegar fondos destinados a la erección de un mausoleo que guarde las cenizas del Maestro, cuyos despojos reposan en Guayaquil, en donde hospitalariamente se quedaron a su arribo de París.

Su antiguo Secretario,—el viejo Senador de la República, doctor Juan Benigno Vela—ha facilitado el manuscrito precioso, a fin de que, con el producto de la edición, se realice la noble idea, como se consumó la de su bronceo monumento en aquella plácida cuna, circundada de vergeles.

El mismo cuenta que entre los opúsculos inéditos del ilustre escritor, además del tratado *De la Risa*, que acaba de publicar el Comité, posee con veneración *La Casa del Duende*, *La Rústica Desdémona*, *Vísperas Sicilianas*, *El Arzobispo de Quito*, *El Papa y la Excomunión*, y algunos más, si bien en copia, pues cedió los valiosos autógrafos al Gobierno, quien hace más de una dé-

cada proyectó reproducir en Europa todas las obras del Cosmopolita, encomendando la tarea al señor Roberto Andrade, historiador de García Moreno y su terrible adversario de *El Regenerador*.

Artista del estilo, no pueden confundirse, ni entre las más selectas, sus obras tersas y eurítmicas: donde él ponía la pluma, el sello de su personalidad matizaba de tal colorido el lenguaje, le impregnaba de un sabor tal, que eran muy suyos, únicos, irremplazables, giros, bordaduras y pensamientos. Tratar de imitarle, empresa harto difícil. Su peculiar manera revistió de elegancia y originalidad todo cuanto a su contacto— así fuere lo más trillado—estuvo surgiendo lozano y primoroso, cual raudal de Oreb.

Genial y observador, empieza así su análisis fisiológico de la risa, sin descuidar la mueca y la musicalidad, al ir mezclando con aquél las pinceladas psicológicas de las distintas risas, angélicas y sanchopancescas, denunciadoras del talento y del alma de quienes transparentan no sólo su alegría, sino tantos otros encontrados sentimientos, pues, como todo lenguaje, el de la risa es muy complicado y traduce de diferentes maneras el múltiple pensamiento:

«¿Hay hombre más ridículo, molesto e insufrible que ese que anda llenando de carcajadas tiendas y casas con motivo de sus propias sutilezas? Pues yo afirmo que, aun cuando tenga alguna malicia intelectual, ése es un tonto, o por lo menos un necio. Querer reír de todo, en todas partes y a cada instante, qué es sino pobreza de espíritu?»

Siendo la risa la más noble quizá de las prerrogativas de la racionalidad, la ciencia está de acuerdo en señalar como uno de los distintivos de la idiotez aquella mueca estúpida, aquel ruido insonoro, repugnante, infaltable en los labios de los degenerados. ¿Qué rayo de gracia y de luz está animando el cuadro inmortal de Vinci? La sonrisa de la Gioconda que está himnolizando los encantos de su alma y el genio del artista.

Los negados suelen reír sin darse cuenta: no hay relación entre este fenómeno fisiológico y su conciencia. Muestran los dientes como algunos animales; pero no trabaja su cerebro. El sabio psicológico Alfredo Binet ha explicado la ruta que sigue lo consciente y lo

inconsciente. El fenómeno fisiológico no es una excitación que unas veces recorre directo y corto camino, desde su punto de entrada en el sistema nervioso, hasta su punto de salida, y otras emprende más largo trayecto, porque en su rodeo pasa por los centros nerviosos superiores. En el primer caso, el fenómeno es simplemente mecánico, y en el segundo, es de conciencia.

Son risas inconfundibles: la una ignora el por qué, la otra abunda en intención.

La vulgaridad ríe a trochemoche y pesadamente. «Desdén las dignidades altivas y los romanticismos comprometedores. Su mueca es fofa, su palabra muda, su mirada opaca. Iguala el perfume de la flor, la inquietud de las estrellas, la gracia de la sonrisa, el rumor de las alas».— ha dicho Ingenieros en su diagnóstico del hombre mediocre.

Pero menos mala esta estridente carcajada que la risilla casi latebrosa, imperceptible, de la persona maligna. Es afilado puñal que hiera y enfría sin amenazas ni retos ofensivos. Es el reptil que se arrastra sin sentir y nos inocular su veneno. El erudito sevillano A. Guichot, en un libro de honda psicología y de moralizadores aspectos sociológicos, coloca a los que tal ríen en el capítulo de las *almas pestíferas*:

«Esos que de cada uno de los que ven o saludan cuentan una especie depresiva o infamante, sonriendo y en voz baja, a otro que la casualidad les depara al lado, y luego de éste, cuando se aleja o se marcha, dicen lo mismo a otro que se les acerque, y así sucesivamente . . . esos son las almas pestíferas, esos son los que no se acuerdan lo que fueron sus padres y sus hermanos, ni de lo que traen sus mujeres y sus hijos, si los tienen, ni de lo que son ellos mismos llenos de maldad y de infección» (1)

Oíd a Montalvo, sabio en la pintura, filósofo en el experimentar:

(1) A. GUICHOT.—Cómo habla Anción.—De algunos aspectos de las sociedades civilizadas.

«Yo aguanto de buena gana el hazteallá de un hombre rostrituerto, primero que el genio viscoso y pegadizo del que no puede saludar sin prorrumpir en una risotada. Lo mismo da que en vez de reirse alto y grueso, se ríen entre las barbas ese *ji, ji* quebrado y ruidoso con que algunos pícaros nos embarran el alma, como si nos echaran sobre ella hilos de miel empalagosa y dañina. Huid como del zorro de ese viejo barbirucio y grasiento que se empieza a reír pausadito y cortado desde que os descubre a una calle de distancia: se ríe al ver, un conocido, se ríe al saludarle, al preguntarle por la salud, por la familia. Le responden que está bien, se ríe; que está mal, se ríe: envía memorias, y se ríe; se va, y se ríe. Algo se había de olvidar, allí vuelve: no se había reído todo. Si su infeliz interlocutor, su víctima, no alarga el paso y tuerece la esquina, le llamará otra vez, para reirse de adición: mientras el cielo le dé barbas, no le ha de faltar una postdata. Me parece que si se las arrancaran de cuajo, dejara de reirse, porque esos *ji jís* vivarachos y espeluznantes que salen como lagartijas de su boca, necesitan una maleza por donde retozar y esconderse. Le piden un servicio, lo niega riendo; le hacen un favor, lo recibe riendo, y riendo murmura del que se lo acaba de hacer. La risa es el cuchillo con que asesina al ausente, el falso juramento con que engaña al presente».

Admirable copia de la vida real.

Conocí a un ministro de Estado—no barbirrubio, sino barbilampiño, casi imberbe—que subió tan alto a costa de repartir sonrisas, que debió ser trabajo fatigante para las mandíbulas y músculos faciales. Daba audiencia al género humano y sonreía a todos.—¡Qué hombre tan campechano, tan bueno!, decían al descender las gradas de palacio, bendiciéndole.

—Señor ministro, está vacante el cargo de amañuese en su despacho. Soy madre viuda y con siete hijos. Imploro el nombramiento para el mayorcito.

—Con mucho gusto, con mucho gusto,—y sonreía con dulzura.—¿Cómo se llama su hijo? De nuevo la sonrisa. Simulaba tomar apuntamientos y tornaba a sonreír.

La peticionaria se retiraba ensalzándole, húmeda la pupila por la gratitud. Inmediatamente redactaba un

decreto suprimiendo el cargo por innecesario. El Presidente de la República lo rubricaba en seguida.

—Soy la esposa de Fulano de Tal, preso por calumnias... Es honrado padre de familia y en lo que menos piensa es en conspirar. Interceda, señor ministro, que le pongan en libertad.

—No tenga usted cuidado, contestaba, con la eterna sonrisa, el bondadoso ministro. Váyase tranquila. Hablaré con el Presidente ahora mismo.

La señora quería arrodillarse para agradecerle. Contentale el ministro con su sonrisa cautivadora.

Al otro día el desgraciado preso iba camino del destierro, porque el sonriente Ministro informaba en el Consejo de Estado, al que sugestionaba con sus risillas. Los que conocían a fondo al pérfido funcionario, veían en él a la víbora. Chispeaban de malignidad sus ojos, y aquella envenenada sonrisa tenía algo de diabólico, de mefitofélico.

Los zalameros son falsos. Judas disimuló con un beso su traición. Seguramente debió sonreír a su maestro.

Tuve un amigo que me mostraba los dientes y abrazaba con cariño cada vez que fraguaba contra mí alguna iniquidad.

—¿Meloso estás? Ya me has jugado alguna mala pasada,—le decía en tono reprobatorio; pero él me desarmaba con sus risas. Me sonrió el mismo día que publicó por la prensa una andanada de insultos, cual descarga de tremenda batería.

Al día siguiente, tuvo la audacia de venir a mi casa a intentar disculparse. Se le heló la sonrisa, porque lo despaché con cajas destempladas. Desde entonces, vivo tranquilo.

«La risa con fundamento, que sirve de sentencia filosófica; la risa de Demócrito, esa es otra cosa»,—dice Montalvo.

John Lubbock, que ha ponderado las ventajas de la vida dichosa, en un libro feliz que ha dado la vuelta al mundo, nos cuenta que el filósofo Campanella—con poderoso fuerza de atracción—consiguió resistir con alegría los dolores físicos, «hasta el punto de soportar el tormento sin sufrir mucho»; y que Sidney Smith bromeaba y reía de su gota, asma y otras siete enfermedades, contestando que, «aparte de eso, estaba per-

fectamente bien». En apoyo de la alegría aduce opiniones de peso. «La risa, para tener valor, debe ser espontánea». Según Chamfort, «son días perdidos aquellos en que no se ha reído». «Después de todo, buena cosa es de cierto eso de reírse», agrega Dryden.

Pródromo de muchas enfermedades, la tristeza, mina el organismo. El mal del siglo — la neurastenia — aleja las alegrías del espíritu. El neurasténico deprimido no suele reír: pálido, flaco, siempre víctima del abatimiento y la aflicción, se aísla, todo lo ve sombrío, es triste, pesimista. Sin fuerzas para nada, teme mirar a la cara, inclina la cabeza, desfallece; su incierta mirada, como abrumada de vergüenza, tan débil como su palabra. Estos pacientes son insufribles: inspiran lástima e inquietud al mismo tiempo.

El buen humor es signo de vida, manifestación de la salud del alma y del cuerpo.

«Hay risa fina y delicada, sal preciosa que asainea el trato humano, y nos hace volver a su regosteo: ella es tónico de la vida, sin la cual la tirantez de los sinsabores nos descompusiera del todo y nos tuviera entregados a ese mal consumidor que se llama tristeza: la risa lo combate, lo destruye: el que puede reír de corazón, estoy seguro de que comerá con apetito: la risa da hambre y alimenta, se burla de los quebrantos y obra sobre nosotros como si nos estuviera sacudiendo cariñosa mente un ángel», —dice el Cosmopolita.

Así como los valles palúdicos, los lugares malsanos, producen bajas estaturas y cretinos, los pantanosos de alma, los siniestros, son melancólicos; y cuando ríen su risa enfermisa está denunciando su baja talla moral.

Las razas inferiores ríen sin talento, son insensibles; el pesar no deja su huella en ellas. El profesor de Amsterdam, J. B. Stokvis, apunta que las mediciones exactas han demostrado que aquellas razas son obtusos para la sensibilidad táctil y dolorosa, y que «todos los cirujanos saben que los negros y los asiáticos manifiestan muy poco dolor en los actos cruentos». Las razas más refinadas ponen toda su espiritualidad en la risa, manantial de ingenio, de gracia y delicadeza.

Montalvo recorre la escala de las sonrisas: la moderada, la chispeante, la afilada, la sutil, la penetrante, la feroz, la vengativa, la hueca, la retumbante, la del

vividor, la de especulación, la por encargo, la fatua, la de imitación.

«Al que se ríe por vía de censurar vicios y defectos, apláudasele, anímesele; pero si es Aristófanes quien se quiere reír de Sócrates, que no halle sino silencio», — aconseja Montalvo. Fulmina contra la risa de Antonio en presencia de la cabeza de Cicerón, y la llama alegría de Satanás. Para la risa de la inocencia derrama flores, con el inagotable fondo de poesía que guarda su alma. Galante como siempre, termina su educador tratado *De la Risa* con dulces pensamientos para la risa de la mujer hermosa, a la que describe como él sabía hacerlo, con el refinado gusto y el primor estético que de su ánfora de bellezas, como vino generoso, rejuvenecedor de corazones, escanciaba para los convites del espíritu. Concluye uniendo la armonía de su estilo a la música divina de la risa que brota de aquellos rostros amables, «de ojos rasgados y lánguidos, asombrados por largas y sedosas pestañas». El madrigal montalvino me recuerda a Campoamor, que en su poemita *La Música* canta sonriente, entre la dulzura del risueño de la selva, que «el metal de la voz es toda el alma».

Reíd, chiquillas. El ritmo de oro de vuestras sonrisas es la mejor melodía terrenal.

#

Atended a algunos rasgos de la vida de un célebre escritor azuayo que rió mucho, aunque llevaba lacerada el alma: Federico Proaño, que murió lejos de la patria, en Quezaltenango.

La cariñosa hermandad de Alejandro Miranda ha reunido, en europea edición, los artículos literarios de este insigne admirador de Montalvo, el humorista Proaño que vivió algunos años en tierras centroamericanas que recogieron su último suspiro.

El libro tiene este título: *Federico Proaño en Centro-América. — Artículos literarios. — 1884*. Pero el libro es de reciente data.

Aquellos sabrosos artículos, brotes de donaire y espontaneidad, se salvaron — no obstante las vicisitudes de la tumultuosa vida de Miranda — de la destrucción del tiempo y llegaron a una casa editora de París, ululan-

tes de la ingratitud natal que apisona lo que es propio y lo cierra después con el mármol de la indiferencia.

El autor de los *Siete Tratados* no cuenta con una edición nacional completa de sus obras. Algunas, agotadas hace años, son tesoro de los hablistas y bibliófilos. Otras—candentes y temibles petardos políticos—requieren el comentario explicativo e histórico de sus connacionales contemporáneos, antes que el tiempo les cubra de conjeturas y enigmas. Abundan alusiones que los de la nueva generación no podemos adivinar. ¿Quién acometerá la empresa con filial amor? Del quijotesco protagonista de su obra póstuma: *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, afirman que es personaje ecuatoriano de carne y hueso y que sus aventuras son amargas sátiras de la realidad de su vida política.

«A través de mis peregrinaciones y desdichas he logrado salvar de mis naufragios y conservarlas, como joyas preciosas, los escritos de Federico Proaño, que reunidos en este volumen se publican por primera vez en esta forma»,—dice Miranda.

El doctor Carrera los empezó a publicar en folletín, en la revista *Guayaquil*, que hace más de cuatro lustros se editaba en dicho puerto.

Constantemente llegan del extranjero artículos de Federico Proaño, reproducidos en diarios y revistas, para honra de la patria. Fervoroso es el culto que le consagran en Centro-América. Vicente Acosta confesó que el escritor ecuatoriano era uno de los pocos espíritus vibrantes, festivos y sutiles que había conocido. Y agrega: «Tenía un criterio amplio y generoso en materia de arte, que contrastaba con sus rebeldías de hombre docto cuando veía estropear el idioma de Cervantes y Quevedo. Porque no era el dómine intransigente que se atrinchera en la fortaleza de los viejos cánones, para defender el pasado y cerrar los ojos a toda vislumbre de innovación: ante todo, buscaba talento, gracia artística, fondo de ideas en el que escribía; y como los encontraba, moderaba sus impulsos, refrenaba sus ardores de bravo guerrillero de la crítica literaria».

La lucha por la existencia, que hoy debe ser más bien lucha por la asociación, por la cooperación, le lanzó lejos. A esto se añade sus lides políticas. En 1873 fundó en Guayaquil *La Nueva Era*, en compañía de don Miguel Valverde. El 9 de octubre de 1874 fué

reducido a prisión por sus ataques contra García Moreno. Desde la cárcel continuó combatiendo la reelección del sombrío gobernante, mezcla de sabiduría y de ciega terquedad. Su firme resolución valía para él más que las leyes, y por esto cerró violentamente la imprenta de *La Nueva Era*, despojando a sus dueños de lo que les pertenecía. Sometidos a juicio Proaño y Valverde, fueron absueltos en tres instancias por la Corte Superior de Guayaquil, en vista de que el Juez de Letras les declaró inocentes, y por la Corte Suprema de la capital del Ecuador. Testarudo e inexorable García Moreno, les desterró a las selvas amazónicas. Imaginaos en aquel tiempo la Odisea por aquellos peligrosos laberintos. Cinco meses duró el penoso viaje hasta llegar a Lima.

En los bosques orientales, Proaño estudió a la naturaleza de cerca: palpó que los monos se asocian en defensa propia contra el enemigo común, el hombre. Cuando éste los destroza, ellos cuidan de los huérfanos pequeñuelos, como los pelícanos alimentan a sus compañeros ciegos. Vió la maravillosa unión de las hormigas, las bandadas de aves que a orilla de los grandes ríos están alerta para pescar en armonía, y hasta los lobos que se reúnen para sus cacerías.

—Sólo el hombre se destroza, pensaba con tristeza. He presenciado una curiosa escena: hormigones rodeados de una gran piedra, empujándola todos, ayudándose mutuamente para levantarla y repartirse los insectos que debajo pululaban. Sólo el hombre se encarniza con sus semejantes.

Rió mucho, y su humorismo tornóse melancólico.

Apurando hasta las heces la nostalgia, subió a lo más alto del Monte de las Tristezas, de que habla Leopoldo Lugones en *La Rima de los Ayes*. Lloraba por dentro y reía por fuera. Esta paradoja es común en los grandes corazones atribulados. ¿Quién más triste e infortunado que Cervantes? Con todo, siempre tuvo una sonrisa en los labios para las locuras de la fortuna, aunque su corazón sangraba; sonrisa que nos envuelve en la bruma de la melancolía, al analizar las grotescas mascaradas de la vida, las rigojadas ridiculeces que mueven a piedad—llena de amargura el alma—durante treinta años de espantosas arremetidas que de todas partes daban en el blanco: de sus enemigos políticos,

muy natural; pero hasta de sus íntimos amigos, de sus aduladores como Floridablanca, Escóiquiz, Ceballos, Vargas Llaguno, Llorente, recibió ingratiitudes, que quizá también es ¡ay! muy natural galardón de los que siembran bienes.

El señor Valero Pujol, en el prólogo del libro que publicó Miranda, reconoce que «Federico Proaño es un verdadero literato: artículos hay en su colección, *La Gloria, Tres plumas, Horas perdidas*, y otros, que constituirían por sí solos la reputación de un escritor y la fama de atinado y profundo observador de cosas, costumbres y tiempos. El fuerte de Proaño es el análisis: no se hizo anatómico en los anfiteatros, pero lo es en la sociedad, en los hábitos públicos, en los sentimientos, en la conciencia».

Los señores José Leonard, J. J. Palma y Ramón Rosa, que emiten juicios acerca del libro, están de acuerdo en reconocer la castidad de su lenguaje.

Proaño, espíritu burlón, ironista consigo mismo, imputó muy escasa importancia a sus artículos: burla burlando, escribió un prólogo en dos sentidos—curioso pasatiempo literario—; lo que demuestra que no los quiso tomar en serio. Acentúa también su temperamento juaguetón y su paciencia, el que haya vuelto a practicar iguales torceduras que recuerdan los acrósticos y oviñejos, en los *Dos palabras acerca de la vida monástica*, en las que leyendo todo el renglón u lo ancho de la página, sin atender al espacio blanco que separa las dos columnas, el sentido es diametralmente opuesto al del autor que lo consigna en verdad si se lee únicamente la columna de la derecha. Son travesuras que, cuando menos, precíaman laboriosa prolijidad. Raras son esta clase de producciones. En el Ecuador no conozco sino la imitación de ellas, emprendida por el doctor Luis Eduardo Bueno—que ha cultivado de preferencia la sátira social y la crítica—en su libro *Naderías*.

Como el viejo picaron de los *Pequeños Poemas*, le preocupan las cosas más insignificantes y saca de ellas, medio en serio, medio en broma, una lección filosófica.

Problema trascendental, de vida o muerte, considera la elección de su cuarto: se vale de esta estratagemma para censurar las costumbres, la higiene de la casa, jugueteando con exquisito donaire. Viaja alrededor de su cuarto, no con la adusta inspiración de un De Mais.

tre, sino guiado por sutil diablillo como el cojuelo que destapó los hogares a Luis Vélez de Guevara.

«Se asegura que los ojos son las ventanas del alma—escribe regocijado—; continuando la metáfora, puede decirse que las ventanas son los ojos de la casa, y en este caso mi cuarto es ciego de nacimiento, lo que es una verdadera dicha, pues no tendrá que hacerse de la vista gorda, ni verá tantas cosas feas como abundan en la tierra».

Hábil en el arte de jugar con el vocablo, procedo con tal tino que desecha pedanterías y conceptismos tan frecuentes en esta retorcidas tropológicas, lo que está probando el dominio que llegó a alcanzar en los alcázares del léxico.

Los dos capítulos que dedica al *estómago*, son vivisecciones sociales en verdad canterizadoras, hasta que, Gramática en mano y chacoteando, se aplaca, conjuga el verbo comer y se ríe de los *presupuestíveros*, “esto es, de los hombres que por medio de intrigas y ruindades, consiguen que la patria, más que de lástima, de despecho, conjugue, a su vez, el imperativo del mencionado verbo, y les diga: “Come tú! Comed vosotros del presupuesto!”

Ingenioso en sus sátiras, después de explicar jocosamente el proceso que sigue un trozo de *beefsteak* desde que entra en la boca hasta que llega al estómago, trae estas sugestivas consideraciones filosóficas, fruto de su humorismo: “El estómago es el órgano del progreso. Alienta el genio más que el amor y la gloria. Elocuente en su manera de hablar, con una sola frase mueve al perezoso, impeliéndole al trabajo; y convence al más avaro de la necesidad de gastar, obligando a que los capitales entren en circulación. El estómago obra prodigios. Lo que el hombre no hace en virtud de sus exigencias, ya no lo hará por ninguna cosa del mundo. Quien como el estómago!”

El ironista delicado ruboriza de este modo a los que marchan tras de Calibán y Sancho Panza.

Después de todo, no ignoraba que las revoluciones políticas y sociales, aquí y en Centro América y en tantos otros países, son revoluciones... del estómago. ¿Tal vez obedeció a igual motivo la más grande que registran los siglos? ¿El hambre de un millón de franceses prendió la chispa de la revolución de los derechos del

hombre? Raspando los ideales de la actual guerra europea, ¿no quedará quizá en limpio una cuestión de estómago, un celillo comercial? El monstruo voraz — como en la conocida fábula — quiere adjudicarse los despojos de Europa, *quia nominor leo?*

Alguna lección de las miserias de la vida encierran los lienzos del flamenco Jan Brueghel, por el contraste que nos invita a meditar. En el teatro de las grandes guerras, de los sangrientos episodios — en Flandes —, pitó las sensualidades del estómago: banquetes, bodas, bailes, mercados al aire libre, vacas de ordeño, elaboración de manteca, atraces de leche, molinos.

Oesarán las magnas contiendas por las armas; pero las batallas comerciales difícilmente se extinguirán.

¿Qué palanca más poderosa para levantar a un país, que su presupuesto nacional? Los *presupuestiveros*, que dice Proaño, son langostas que revolotean en torno de la dorada mies.

Gracejo y galanura, espontáneos, fáciles, transparentes como arroyo cristalino, rumorean suavemente en sus artículos vivaces: *Los pies y Las orejas*, en que los alfilerazos sociales cosquillean con voluptuosidad, como síntoma de que la llaga va sanándose. En *Los peros de mi lavandera*, el dibujo de las costumbres, la característica prosopografía del tipo charlatán y chismoso de doña Casimira Izquierdo — que huele a beata quiteña —, que se inmiscuyen en los matrimonios y resuelve, golpea, estruja, apelmaza, exprime, y enjabona la vida privada, como la ropa sucia que en gorda maleta al río lleva, son toques de maestro en psicologías caseras, menudencias y prendas emporcadas de que está formado el mugriento existir. Por esa chispeante y familiar descripción se logra conocer muchas peculiaridades de San Salvador. Otro cuadro de costumbres de intenso colorido: *Los serenos*, que da exacta idea de esos relojes de media noche que ambulan en algunas ciudades, no sólo de Centro, sino también de Sur América.

Al discurrir acerca de aquella pompa de jabón que se llama la *Gloria*, su inagotable humorismo vela de esplín nuestras almas, por las profundas deducciones que — en medio de su pueril sencillez — brotan de su pluma, que no deja pasar inadvertido ningún detalle, aunque parece que a nada reviste de importancia.

"En algún almacén de Guayaquil—nos cuenta al explicar lo baladí de la gloria—he visto botellas de coñac que, en vez de tener en las rotulatas el retrato de Urbina o de Veintimilla, llevan la imagen de Bolívar; y, ardiendo en ira, he dicho: esta es la gloria del más grande de los mortales!"

Cachivaches inferiores a una botella de coñac están bautizados con el luminoso nombre del "héroe de los héroes, patriarca inmortal de la victoria", en frase de Abigail Lozano.

Cualquier zapatería, cualquier sastrería, está—en esas calles del Bajísimo—bajo los auspicios de Sucre, de Olmedo, de Montalvo, de Alfaro. Cigarrerías, fondas, se ufanan con el título de Rocafuerte.

Y adviértase la intención maliciosa de Proaño al citar a aquellos generales ecuatorianos a quienes no disgustó el añejo Brandy *gallito*.

Aúna la elocuencia, sin pompa ni oropeles, a la naturalidad en su inspirado artículo *Tres plumas*, en el que las del sabio, del litrato y del poeta, con su hermano el músico, son rayos de luz y de fogosa verba, por más que a veces destellen desde un gazofilacio o desde inmundia cárcel.

Refiérese del novelista psicólogo Boyle, que, alardeando despreciar el estilo, era lo que en el fondo más le preocupaba. Lo mismo acontecía a Proaño: fingiendo no poner el menor cuidado—tal es su aparente simplicidad, descuido y desenfadada chabacanería—, reparaba mucho el estilo y la fuerza del lenguaje. La Gramática fué su estricto punto de partida como buen hablista. El arte supremo es la sencillez,—se ha repetido hasta la saciedad.

No descuidó las brochadas históricas, en fácil juego popular. A Luciano de Samosata se le atribuye esta frase acerca de la historia: "Es preciso que un vienteccillo poético hinche las velas del navío." En Proaño, no obstante sus retozos, esa delicada brisa sopla en sus historietas como *La muerte de Milord*, su querido perro, y en aquella *Y va de música*, en que compadece a los pobres de las bandas militares de estas tierras, propon-

sos a la magrez de tanto soplar y volver gules sus carrillos.

Férvida y última devoción de Proaño: el maestro Montalvo. Propagó su culto en la América Central, y en cada oportunidad enalteció el ditirambo para el Cosmopolita, lo mismo en la Secretaría Particular de la Presidencia de la República de El Salvador—cargo que desempeñó breves años—como en los diarios de esta nación, que él transformó en cátedras del buen decir.



LOS CONSAGRADOS

SOPLO AÑEJO DE ALGUNAS DE SUS OBRAS.—OJEADA DE LA ACADEMIA ECUATORIANA.—TRES OCTOGENARIOS PRESIDENTES: EL DOCTOR ANTONIO BORRERO, EL DOCTOR ANTONIO FLORES JIJÓN Y EL DOCTOR LUIS CORDERO.—RESEÑA DE SUS LIBROS.—ESPÍRITU EPIGRAMÁTICO.—UN LÍRICO EXCELSO: NUMA POMPILLO LLONA.—LA ODISEA DEL ALMA.—VISIÓN AMOROSA.—UN PEDAGOGO.—LA FALANGENUEVA.—MODERNAS ORIENTACIONES LITERARIAS NACIONALES.

La Academia Ecuatoriana es un símbolo: el del profundo silencio. Saint-Marceaux habría esculpido para ella algún genio que guarde el secreto de la tumba. Como todo símbolo, es sagrada la institución, compuesta de poquísimos y dispersos miembros. El total de académicos ecuatorianos—con opción a 18 individuos de número—que consta en el memorándum anual de la Real Corporación Española y hasta en el Diccionario de la Lengua—edición décimocuarta de 1914—es apenas de trece personas, número cabalístico.

Estos dichosos y venerables consagrados son, por lo común, espíritus de reposo, conservadores de las viejas tradiciones. De sus doctrinas se desprende uno como olor a moho. Parece que hubieran estado almacenadas, en algún rincón húmedo del cerebro, por años

de años. Al leerlas, sentimos la misma impresión que si regresáramos de algún largo y difícil viaje, por entre repechos y meandros fatigosos. Queda su férreo modo de pensar, tan distanto del avance inquietador de la centuria, que se diría carece de soplo vital, de floración, de tolerancia y de condiciones de risueña perpetuidad. Al oír a algunos intransigentes y sapientes varones, es como si nos llegara un eco de la Edad Media. Años, lustros quizá, de maduro análisis y de absoluta buena fe que no llenarían cuatro horas de síntesis. El gusto la estética, la vivisección de la naturaleza han cambiado hoy tanto, tanto . . .

Entiéndase que hablo en general, porque sería injusto desconocer las eximias excepciones de admirable frescor y larga duración. Tampoco es mi intento desconocer los relativos méritos de todos, sus cristianas virtudes y la constante, la tranquila tarea—pobre a las veces, pero bien intencionada—de preparación para abrir paso a las inexpertas generaciones. Verdad es que Orison Swelt Marden no escribía aún sus consejos sugestivos para ir siempre adelante, con la alegría del vivir y la vida optimista y económica. Fueron genuinos hijos de su época, y en ella algunos brillaron como soles. Hoy van entrando en la penumbra definitiva . . .

Tan caduco es esto, que la inmortalidad de los inmortales consagrados resulta arduo problema, y para algunos, pompa de jabón que tan polferosamente brilla un segundo. Muchos de ellos han descendido ya a la tumba, después de prolongada siega en los campos de la diplomacia, del periodismo, de la cátedra, de la jurisprudencia y otras actividades. Del resto, los más, casi octogenarios ya, callan y se han retirado de sus afanes públicos y de la espigadera de las letras, tal vez por cansancio, muy lógico en el ocaso de la vida; quizá por enfermedad y decadencia física—obligado tributo humano—, o acaso por el horror de la indisciplina reinante, enferma de audacia, de improvisado *exhibicionismo* y de perturbación moral, causa del pasmo de sucesos tan trascendentales como la guerra de las naciones más cultas, que hará cambiar, no sólo la faz de Europa, sino del mundo, imprimiéndole otras ideas, otro calor de sentimiento y tal vez una manera más piadosa de considerar al hombre. Los inmortales de mi patria no han escrito nada acerca de materia tan fe-

cunda como la epopeya europea. (¿Será de homérica visión pelear subterráneamente, desaparecer—como en las novelas de Julio Verne—en la tierra y en los mares y destruir una fortaleza en pocos minutos?) Bélgica la caballerisca, imita lo que hizo Ricarte en San Mateo. El concepto de la epopeya actual es otro: junto con la guerra de ideas que llamó Zozaya, los esfuerzos de la civilización por salvar la eternal belleza del arte, el noble sentimentalismo que realiza proezas, la perfección del espíritu y la libertad de la tierra. Más que la historia, múltiple en episodios sublimes de la hora trágica, la filosofía y la sociología, en vez de cantar, construirán el poema indeleble de la colosal contienda de este siglo que tiene dos X X o sea dos grandes incógnitas, examinando profundamente las corrientes que arrastran al racional a convertirse en máquina, los móviles sorprendentes y psicológicos que inclinan a buscar la vida económica, precipitada, siniestra, bárbaramente, en la destrucción de sus fuentes, en el desequilibrio y la muerte. La literatura gregaria de la guerra europea está abarrotando ya bibliotecas. Cuando se escriba la síntesis del bélico huracán y se desentrañe la verdad ¡qué de ubérrimas lecciones para el globo, que se orientará de diverso modo! ¡Qué abismal meditación al mero intento de tocar, siquiera a flor de epidermis, tan arduos problemas! Nuestros venerables viejos guardan abrumador silencio, como el que nos desconcierta ante las súbitas hecatombes. ¡Sepulcral mudez, que me anonada, la de los sabios académicos que todavía alientan, como un González Suárez, un Honorato Vázquez, un Crespo Toral, que son capaces de llenar un estante con las palpitaciones de esta ciclópea—decir *Ilíada* sería poco—leyenda del *Paraiso Perdido* Anatolio Franco esbozó la *Rebelión de los Angeles*.

Entre los ilustres muertos hay tres raros ex-presidentes del Ecuador; raros por la falta de ambición despótica: Antonio Borrero; Antonio Flores Jijón y Luis Cordero; un poeta insigne: Numa Pompilio Llona, y un maestro de escuela soberano: Francisco Febres Cordero.

Van avanzando por la tortuosa vía, por la que la humanidad corre a entenderse con la Intrusa: Federico González Suárez, muy achacoso y gastado por su benedictina jornada de agitaciones, a medias eclesiástica e investigadora; Carlos R. Tobar, que está en una como

tregua después de su doctrina de intervención extranjera, y, sobre todo, después de la borrascosa temporal política que le cupo en suerte hasta el 5 de marzo de 1912; y Víctor Manuel Rendón, que, en medio de ver-sos confidenciales como telefonemas, no cesa en su noble odisea de representar al Ecuador en el Viejo Mundo; todos socios correspondientes de la Real Academia Española. Formaban la Honorable: Quintiliano Sánchez, Manuel Proaño, Honorato Vázquez, Remigio Crespo Toral y Roberto Espinosa. Como ningún boletín ni eco de sus sesiones se ha dado a la estampa en este lustro, ignoro el movimiento interno de este augustiniano Onerpo, y si existen nombramientos de última hora. Me atengo únicamente a pruebas oficiales que en el exterior han visto la luz pública y que arriba cité. Delicado empeño es analizar a los vivos: me concretaré, aunque someramente, a los que nos dejaron su final recuerdo.

La figura del doctor Antonio Borrero se presenta adornada en merecimientos cívicos. Renunció la candidatura presidencial desde los tiempos de García Moreno. Años más tarde, su elección fué legítimamente popular y aun la patrocinó el gran Juan Montalvo. Como escritor de combate, refutó la vida de García Moreno endiosada por el padre Berthe.

«Dejar sin contestación,—advierte— a quien ha denigrado a nuestro país con tanta virulencia, falseando hechos notorios, desfigurando otros, y sacrificando la verdad histórica en aras del hombre a quien, en cierto modo, se ha propuesto divinizar, hubiera sido, hasta cierto punto, gravísima indolencia». El libro consta de más de setecientas nutridas páginas, en las que toma la historia de muy lejos, *ab ovo*: desde el descubrimiento de América, se desliza por las épocas colonial y de la independencia, continúa con los períodos de Flores y Rocafuerte, escarmenta los hechos de García Moreno y termina con un capítulo intitulado: *El Presidente Borrero*.

Hoy que la bibliografía indoespañola multiplica sus monográficos opúsculos, sus averiguaciones psicológicas, sus trabajos de propaganda en justa loa de Bolívar y presenta su augusta figura, con magistrales pinceladas de Montalvo y Rodó acentuada—para no citar legión de admiradores conspiciosos del gigante de América—, sentaría cual pueril expurgo estas frases del doctor Bo-

rrero, en su afán de defender a Bolívar de las monotonías que contra él derrama el redentorista Berthelet. Bolívar, según asegura el P. Berthelet, no fué católico, porque no proclamó la soberanía de Cristo. Esta es una de las muchas calumnias con que el hijo de San Alfonso de Ligorio ha entretejido la inexactísima historia de la vida y milagros de García Moreno. Poco serio es tomar al Libertador por este lado, cuando Borrero derrocha toques luminosos, por boca de Fr. Vicente Solano, al considerarle como estadista, y cuando con diversos los aspectos del genio, muy por encima de las sectarias miras.

Su visión profética; al rectificar los errores y desvíos del asombroso García Moreno, se condensa en esta equitativo pensamiento: «García Moreno, como todos los hombres eminentes, pero violentos y apasionados, tenía su lado bueno y su lado malo. El lado malo, al correr de los tiempos, hubiera quedado, tal vez, obsoleto por su lado bueno, como ha sucedido con otros hombres de la talla elevada de García Moreno». Estas palabras demuestran la unanimidad del Dr. Borrero, que huyó de ataques virulentos, aun en *El Centinela*, *La República* y *El Constitucional*.

El Congreso de 1899 señaló fondos para la publicación de las obras del polemista, académico y periodista que dejó constancia de su «austero discurso de honda filosofía política»; pero hasta hoy permanecen inéditas, salvo el libro de que dí cuenta y alguna muestra literaria dispersa en folletos de escasa edición, y lo que es más triste aún, en periódicos, rarísimos hoy, muchos de ellos de fugitiva duración y en pobre número distribuidos.

Otro Congreso le señaló una pensión vitalicia. Su gobierno, apenas de nueve meses, con tanta alegría superado, se esfumó como una sombra, dejando profundo desencanto para la generalidad que había confiado en las dotes de mundo de quien resultó débil temperamento y poco firme en sus principios liberales. Como sus colegas Flores y Cordero, murió también octogenario.

En la cronología de los presidentes académicos —siguiendo por sobre Veintimilla y Oaumaño— está el doctor Antonio Flores Jijón, hijo del fundador de la República general Juan José Flores, que por dos oraciones saboreó las delicias del omnímodo poder. Su

padre le envió al Colegio Enrique IV, de Francia. En la Universidad de Quito estudió jurisprudencia y en la de Lima coronó su carrera de abogado. Su victoria diplomática, ensayada dentro del país, comenzó a obtener en 1860, a los veintisiete años de edad, con la representación ecuatoriana ante los Estados Unidos, Francia e Inglaterra. La mayor parte de sus laboriosos y avanzados días respiró ambiente extranjero. Con todo, aunque de lejanas tierras, no descuidó la marcha de los acontecimientos de la patria. Viajeros ilustres que le llegaron a tratar, ponen su nombre al frente de interesantes obras, como la Baronesa de Wilson y Teodoro Wolf. Por la escasa valía, quizá no merece la pena consignar que alguna vez ensayó la versificación en composiciones de carácter íntimo, necrologías familiares; ingenuos brotes para determinadas personas de confianza en los que al arte reemplaza el cariño. Otras son las pruebas de su energía intelectual: la legislación, la historia. Ya en 1858 trazó un *Cuadro sinóptico de los juicios* para el técnico Diccionario de Eseriche.

En 1864, fue ministro del Ecuador en Roma: negoció y obtuvo las reformas del Concordato, que el Congreso del año siguiente aprobó. Su actuación consta en el folleto de defensa personal que, con el nombre de *Refutación de la Reforma religiosa en el Ecuador*, publicó en 1877, y en su folleto *El Concordato Ecuatoriano* (París, 1894.)

Deja inéditas copiosas anotaciones históricas. Gustaba de lo que Max Nordau llamó el sentido de la historia, al diferenciarla de la historiografía. Son muy documentadas sus memorias políticas, porque huye de lo que Ernesto Mach denomina ciencias de impostura.

Este hábil diplomático —el más grande que ha surgido en la República— fomentó el periodismo nacional, rodeándole de las relativas garantías de una amplia libertad para entonces, sin atropellos, aunque ceñida a las fluctuaciones de las leyes de imprenta. Sereno ante los ataques, resistió la tempestad sin desatar rayos vengadores.

Entre lo que alcanzó a publicar, se distingue el *Curso de Historia Universal*, editado en Lima en 1858, ciudad en la cual desempeñó la cátedra de dicha asignatura en el Colegio San Carlos. Le sirvió de fundamento la historia inglesa de Jorge Weber, dándole ca-

racteres didácticos revestidos de cierta originalidad. «Aun el esclarecido Bossuet, tan celebrado por su originalidad —observa—, formó su obra inmortal sobre los restos de la de Trogo—Pompeyo que nos conservó Justino.» Y añade. “También debo advertir con sinceridad que proscrito de mi patria a la edad de diez y nueve años, sin que me hubiese ingerido en los asuntos públicos, y obligado a ganar la vida ejerciendo a un tiempo las carreras de abogado, periodista y profesor, he puesto mano a esta obra en los momentos de ocupados, enfermo del alma y el cuerpo por los padecimientos morales y las dolencias físicas.” Por desgracia, no entregó a las prensas sino el tomo primero, que comprende la *Historia Antigua*, del que sus editores consignaron con aplauso el siguiente parecer: “No muchas obras escritas en la lengua de Castilla pueden competir con ésta en mérito literario; ningún resumen de Historia Universal, que conozcamos, merece comparársele. La pureza de la dicción, la propiedad del lenguaje y la corrección del estilo son muy notables en el curso de lecciones escritas de prisa y sin que después hubiese transcurrido el tiempo que es indispensable para una corrección detenida y esmerada”. Es de notarse que puso en práctica en aquella época lo que en lo moderno se recomienda como filosofía de la historia. “La ciencia de la historia no es ciencia verdadera —opina— sino cuando abraza la ciencia de sus causas.” Así se detiene a glosar el noble pensamiento de Freudenfeld. Sus demás opúsculos son: *Refutación a las Páginas del Ecuador*, *La Naturalización de los Estados Unidos*, *Monografía sobre el Derecho Internacional de Bello*, *Cartas españolas en los Estados Unidos*, *Conversión de la deuda Angloecuatoriana*, *El Gran Mariscal de Ayacucho*; *Nuevo reto a mis calumniadores*, en el que se defiende de los cargos que el doctor Clemente Ponce le hizo con el título de *La Argolla*.

En el esclarecimiento del asesinato de Sucre se ocupó constantemente, refutando con amor y energía las inculpaciones que contra la memoria de su padre acumulara el General Eloy Alfaro, las que por imperdonable desvío juvenil firmó —según propia confesión— Nicolás Augusto González.

Para que se conozca los quilates de civismo del doctor Flores, basta citar un próspero gesto: renunció, en

1888, la presidencia de la República. Si bien los maquiavelismos son muy humanos, no es de sospechar que haya sido mera fórmula, pues se hallaba en Europa, lejos de inmediatas influencias y extraño a las maquinaciones políticas que personalmente puede poner en juego un candidato, por más que Calmaño y compañía de amigos y parientes hayan preparado el terreno. Las elecciones se disputaron, en lid furibunda, otras altas personalidades. Al confirmar el Congreso su elección, el ungido envió su sonora negativa. A la insistencia, regresó, meses después, al suelo ecuatoriano. Pero sea de ello lo que fuere, constante y palmario es que gobernó sin derramar una gota de sangre ni una lágrima.

Al descender de su alto puesto, en 1892, fijó su residencia en Niza. La mayor parte de su vida había viajado por Europa. Falleció en Suiza el 1° de septiembre de 1915, a los 82 años cumplidos.

Otro admirable rasgo de desprendimiento es el del doctor Luis Cordero, que, triunfante, arma al brazo, en una inieca revuelta que atacó su legal desempeño presidencial, dimitió el mando en 1895, para evitar la fusión de sangre hermana y conmovido por la censura que de sus actos gubernativos hizo el canónigo Campuzano. Sin abrigar ambiciones de mando, bajó a la vida privada, a deleitarse en las dulzuras del hogar y de la sabia escondida senda de los modestos y estudiosos.

Tuvo alma de poeta, el fluído orador que con su cálido verbo arrebatada a las multitudes. Hasta en su venerable ancianidad — a los 80 años, en 1910 — electrizó en Chile de entusiasmo al auditorio con sus patrióticos discursos de conmovedora facundia.

Falleció en Ouenza en enero de 1912.

De resonante lirismo, en su composición *Aplausos y Quejas*, cantó las olvidadas galas de la patria, su luminante naturaleza y sus hombres, en una heroica oda—réplica al poema *La Atlántida*, de Olegario Andrade; acerca de los pueblos de la raza latina. Fue laureado por su épica silva a Rocafuerte. En el ocaso de su vida, se le preparaba la pública coronación. Ensalzó, con el ritmo del verso, a Bolívar, a Sucre. Varón creyente hasta la médula — que en su testamento había de señalar mil misas (el número aquí es matemáti-

co) para la memoria de su padre— se entretuvo en componer bordones místicos a los santos, lo que está en consonancia con el sentir del *Azuay*, que es un florilegio para la Virgen.

«El arpa de su canto, enmudecida, en la penumbra de su estancia austera», ya no vibra sollozando, como cascada de ternuras para su hogar, hondas elegías, que son fluidas y salpicadas de hermosos pensamientos.

Lo digno de apuntarse es que musa tan ascética, seria y campanuda, fué más espontánea, más inspirada y juguetona en el género epigramático. Sus cortas travесuras, que reunió en un tomo con el nombre de *Poesías jocosas*, destilan donaire, picaresca intención, sátira viva, sagaz ironía, muy distintas de la pesada mordacidad y del denuesto. Alguna vez, exagerando el grabejo, estuvo muy cerca de la chabacanería en determinados epigramas. Juega con el vocablo —aunque el chiste no es tan jugoso ni salado— en éste, en el que, por tratarse de un académico inflexible en achaques gramaticales, choca el galicismo:

Entró un músico pedante
En un almacén de libros,
Tomó un pequeño volumen,
Leyó en el respaldo y dijo:
—¿Cuánto es lo que pide usted
por la *Opéra* de Virgilic?

En cambio, en medio de las que llamó fruslerías, “compuestas por el autor a ratos perdidos, y olvidadas, luego después, como cosa fútil y baladí”, resaltan pintantes aciertos como el consagrado a los Zoilos:

—Pues, señor, sin estudiar,
Discurrir ni componer,
Llegué muy pronto a cobrar
Una fama singular
De hombre de mucho saber.
—¿Cómo así?

—Con censurar.

Los demoledores y negativos, como Manuel J. Calle, aprendieron al dedillo la receta y llenaron de acres burlas —no digo más bien ciegos insultos— la prensa nacional.

Su *Salutación a Chile*, que le elevó "a las encumbradas regiones de la literatura clásica española", fue el canto del cisne: a poco se hundió el virtuoso bardo en la eterna sombra.

Amó la vida del campo, se dedicó a la apicultura: Por esto, su hijo Miguel le musitó tiernamente: «Del colmenar la música inebriante, te deleitó con blanda melodía.»

Su decidida afición por la botánica y por la propaganda del quichua le obligó a escribir monografías y hasta versos. Pero, más que su vasta labor educadora, sus observaciones acerca de agricultura, sus ensayos filológicos, su amor por las ciencias naturales; más que su rectorado de la Universidad de Cuenca, en el que le sorprendió la muerte, vivirá el regocijamiento de su espíritu: frescos están sus alfilerazos a los médicos, sus anécdotas de confesonario, sus alegres correcciones a los viciosos. En todo lo jovial se nota la directa influencia de Juan Martínez Villergas, quien, por propia confesión, prefería un romance de Quevedo a un pavorrillo. Este batallador castellano, célebre humorista, decía en un sugestivo epigrama:

Cierto escultor no afamado,
pero de numen travieso,
hizo un San Antón de yeso,
poniendo su cerdo al lado.
Y entrambos, en un renglón,
explicó, prudente y cuerdo,
cuál de los dos era el cerdo
y cuál de ellos San Antón.

Ahora véase la sutil ironía de este juguetito del doctor Cordero, que, en el fondo, no se diferencia mucho del anterior:

Mire Ud., don Pedro Pablo,
El cuadro de *San Miguel*
Pintado en ese retablo:
¿No le parece que en él
Lo único bueno es el diablo?

Ambos atacaron a los borrachos. La ponderación del bebedor describe así Martínez Villergas:

Al borrachón Ceferino
dije un día: —Es cosa fuerte
que hayas estado a la muerte
por un atracón de vino.
Y él, encontrándolo extraño,
gritó: ¡El vino! . . . ¡tontería!
¡El agua que en él había
fué lo que a mí me hizo daño!

El Dr. Cordero exagera de singular modo la intemperancia cotidiana de este otro:

Entre cepas de mediana
Forma, tiene en su frasquera
Dolores, la tabernera,
Una que raya en campana.
Cuando tomar *la mañana*
Quiere el tino de don Blas,
No se contenta jamás
Con una de las menores,
Sino que dice: Dolores,
Sírname usted en el *as*.

En asuntos políticos también usó de su carácter jocoso el Dr. Cordero. Su seudónimo habitual era *Pisgón*. *El Progreso*, de Cuenca, publicó muchos juegos satíricos, como él mismo los llama en carta al Dr. Aparicio Ortega, Director de *El Foro*. Hasta los últimos días de su vida, improvisó brindis, coplas y epigramas este augusto magistrado de alma de niño.

* * *

Poeta más fecundo, y de más alto lirismo, fué el académico Numa Pompilio Llona. Nació en Guayaquil el 5 de marzo de 1832. Murió en el mismo puerto el 4 de abril de 1907. Fué coronado en vida y el Congreso votó una pensión vitalicia. La circunstancia de haber visitado, niño aún, tierra colombiana (Cali, a los ocho años) y haberse radicado algunas épocas en Lima y servido los consulados del Perú en Italia y España, y la de que varias ediciones de sus poesías se hicieran en la patria de González Prada y Ricardo Palma, ha inducido erróneamente a algunos críticos a suponerle ya colombiano, ya peruano. Llona amó al Ecuador, cantó sus glorias repetidas ocasiones, fué hijo de padres ecuatoriano: el Dr. José L. Llona, abogado, y la Sra. Mercedes Icheverry, respetable matrona; desempeñó el

alto cargo de rector de la Universidad de Guayaquil, fué director de la Escuela de Bellas Artes de Quito, ministro plenipotenciario del Ecuador en Colombia, rector del Colegio Vicente Rocafuerte y redactor de varios diarios. A este respecto, aventuró un crítico peruano: "Tres naciones reclamaban por suyo a Numa Pompilio Llona y las tres tienen para ello títulos bastantes: Ecuador, porque vió la luz en las alegres orillas del caudaloso Guayas; Colombia, porque el poeta en sus deliciosas comarcas vivió los placenteros días de su infancia; y el Perú, porque aquí concluyó sus estudios, compartiendo largo tiempo con nosotros las glorias y los reveses de la suerte." Ya expresé que sus energías consagró a ambas naciones—el Perú y el Ecuador—, pero, si grande cariño tuvo a la patria adoptiva, fué inmenso para la propia.

Llona es múltiple: himnólogo la vida, la naturaleza, la patria, el dolor, los temas psicológicos; dominó el soneto con tal maestría, que Menéndez Pelayo la llamó admirable y Núñez de Arce elevada y bella. Su lira, con honda filosofía y dulce ritmo, recorrió todas las escalas, siempre con seriedad de concepto, con alteza de ideas, con intensa concepción del mundo y de la odisea de las almas. Hay un velo de melancolía en la generalidad de sus composiciones que nos convidan a la meditación. Desde su estancia, la dorada janla del ruiseñor de Fernández de Andrada, que apellidó prisión, musitaba así eternamente al poeta Calixto Oyuela:

De la terrena cárcel tras la reja,
Mira así el alma con dolor profundo
El infinito que su luz refleja
En los oscuros ámbitos del mundo;
Y así contempla, en la penumbra hundida,
El lejano ideal de su ventura,
Por entre las malezas de la vida,
Donde, a veces, de lo alto descendida,
La divina pasión sólo murmura!...

Tal puede ser la síntesis de sus pensamientos, su confesión de fe, la filosofía que informa sus sonoros versos. Profundos problemas le preocupaban, arduas interrogaciones, dudas infinitas. A doña Soledad Acosta de Samper le inquiría perturbado:

¡Ay! ¿por qué esta mortal melancolía
Que devora mi espíritu, ¡su fin?
¿Bres, quizá, en la tierra ¡oh alma mía!
De alta esfera proscrito serafín?
¿Por qué esta ansia profunda e infinita
Que mis potencias agitando está?
¿Por qué esta voz secreta que me grita
Del orbe en los confines: MÁS ALLÁ!

Y hasta en los cuadros alegres pone la nota serena y reflexionadora que nos queda vibrando como una canción triste. Al recordar los juegos de los muchachos en el río Cali, en el valle del Cauca, cuando de la escuela iban a nadar en bulliciosa bandada, evoca también—a la distancia de más de siete lustros—a su amada, en medio del brillante panorama de la naturaleza que ella iluminaba más “con su casta hermosura soberana”. De repente el río, de apariencia tranquila, arrastra en su rauda corriente al idolatrado sér, “víctima inocente de atroz destino infausto”. Desesperado, lánzase él al torrente arrollador. Pero ella, de admirable grandeza moral, sofocada le grita en un supremo esfuerzo: «Vas a morir conmigo inútilmente; déjame morir sola». (Sucedido en noviembre de 1884 y rigurosamente exacto, advierte el poeta). Redobra su energía y salva, en tanto que el esplendor que le rodeaba seguía impasible y la naturaleza proseguía su indiferente marcha. Esto le da margen para abismarse en intensas consideraciones filosóficas.

¿Qué decir de su *Odisea del alma*, que Víctor Arreguine consideró como “la nota más poderosa y desolada del dolor humano”? A la memoria de su tierna madre consagró el poema de vigorosa psicología. Al despertar una mañana, venciendo el bullicio de la ciudad, llega a la ventana del poeta, en alas de la brisa, el mugido de la vacada, el tenue eco de la lejanía del campo. Ante tan seductora armonía que le refresca pasados mirajes, vuelve a ser niño; desde sus veintinueve años retrocede al valle de la infancia, a los ensueños, a su vieja alquería, al ronco rezar de sus abuelos y al juego de sus hermanitos. Asiste al afanar de los labriegos y oye el ladrido de los canes.

¡Y —presidiendo a esa campestre escena
 Trasunto de los tiempos patriarcales—
 Grave, afectuosa, musical, serena,
 Con acentos sublimes e inmortales
 La voz sagrada de mi madre suena! . . .

¡Haceos cargo de la emoción del bardo ante tan
 radiosa imagen! Vuelve a ver aquel plácido semblan-
 te, iluminado por la celestial sonrisa, se empapa en la
 visión de sus ojos, en la música de su voz, en la
 poesía toda de la reina del hogar, y se sumerge en in-
 finitas ensoñaciones. Con ardiente fantasía acude a
 los espectáculos olímpicos de la existencia:

¡Yo también! ¡yo también! ¡oh madre! siento
 Del lidiador intrépido y del vate,
 Dentro de mi alma, el generoso aliento!
 ¡También, para el olímpico combate,
 El potente vigor y el ardimiento!

Resuena en su interior el himno de los ideales, el
 hervor de la inspiración, la llama del genio, el estímulo
 para triunfar en las lides del porvenir, el entusias-
 mo juvenil, la aspiración del bien, la grandeza de su
 amor a la patria americana, excelsa como el Chimbo-
 razo, rumorosa como el Agoyàn, inagotable como las
 selvas de Esmeraldas:

¡Abridme paso! . . . ¡por mi patria luchol. . . .
 ¡Veréis que, si del mundo en el proscenio,
 Como a mis padres relatar escucho,
 Lució ayer los laureles de Ayacucho
 También cifie las palmas del ingenio!

Pero la mágica visión se esfuma, la gloria que le
 enardeció se desvaneco. Vuelve a la prosaica realidad,
 al rumor de la calle, al tráfico cotidiano. ¿Dónde el
 encantado valle de su infancia, el jardín de las ilusio-
 nes, la alquería paterna?

¡Y al salir de ese ensueño tan profundo
 De antiguas dichas de esperanza y gozo,
 Y al ver deshecho ese brillante mundo,
 Mi corazón doliente y gemebundo
 Prorrumpe en un misérrimo sollozo! . . .

Comienza el vía crucis del dolor, la añoranza de su madre que sucumbió en tierra extraña, de su padre que terminó la jornada "en las perpetuas ansias del destierro", de sus dos hermanos que también cayeron en el camino. Aparece la muda, desolada ruina de todos los afectos y todas las riquezas agotadas. ¡Cuán distinta la noble palestra de sus sueños y la ruina de las pasiones! Horrible lucha.

¡Mas: en las fraguas del dolor templado,
Y en sed de gloria el alma aún encendida,
Joven, audaz, de mi valor armado,
Me lancé, como intrépido soldado,
En el abierto campo de la vida! . . .

El honor caballeresco, el aplauso al paladín, el sentimiento de la grandeza psíquica, el estímulo de la historia, nada era cierto en la vil pelea, entre insidias, traiciones arteras y pálidas envidias que abandonan al bueno entre zarzales y lodo, cuando clama misericordia, le contestan las brutales carcajadas, o cuando menos la marmórea indiferencia. Y resulta a veces que ni la posteridad le hace justicia. ¡Qué consuelo en medio de tanta impavidez y crueldad? La influencia divina es otra quimera:

¡Y si la vista, en su congoja ruda,
Levanta hacia la bóveda del cielo,
La ve, sintiendo pavorosa duda,
Qual cúpula de bronce, surda y muda,
Como inmenso sarcófago del suelo! . . .

Fosa de leones llama el poeta admirable a este antro de miserias, y en viriles princielladas describe este infierno dantesco. Quiere salir de él, encumbrar su alma, y se ve asfixiado de pesares y tiránicos contradicciones. Pero no desmaya y canta a la esperanza. No gusta de las quejas, de los desvanecimientos de la cobardía:

¡Que nunca de dolor un solo acento
Brote de nuestros labios! ¡ni del alma
Revele el congojoso desaliento!
¡Que ni un pliegue de oculto sufrimiento
Turbe de nuestra faz la inmóvil calma!

El poema concluye con un bólico grito al corazón, con un *sursus*, con un llamamiento a la altivez y al gesto heroico de la muerte, de frente a las muchedumbres, increpándolas con ecuanimidad de gladiador romano.

Al recorrer sus páginas de nuevo, parecer que el poeta con cariñosa sonrisa me dijera: Amigo, ¡quieres que mi pobre vida te cuente con franqueza! Eres mi hermano: tienes derecho a examinar la herida de corazón. Tu delicada mano de psicólogo y quirúrgico sabrá apreciar la gravedad y hondura del mal, hasta dejarme bueno y sano. Ignoras cuán inmensa es mi amargura: yo no soy el que ves, serio y tranquilo, que parece gozar. La ventura no visita mi callado asilo donde el amor alguno vez puso sus plantas, y si ternuras brindóme, con sigilo me trajo también copiosas lágrimas. Joven tracé la *Odisea del mal*, y ya son tantas las cosas que he pasado, que me creo achacoso y de blanca y desgredada barba: me parece que he vivido de más. Si no te espantas, te contaré que mi espíritu, avezado al dolor no desfallece; te contaré otra vez la dulce visión de mi infancia, la sacra salutación a mi madre—Y en la hora del retrospectivo delirio, es como si la voz del lírico ingente continuara en apóstrofo lleno de unción:

Grata miosotis de la infancia: salud, criatura angelical de los odones de mi niñez. Va a tí mi recuerdo, como una oración ferviente de mis primeros días. Las suaves armonías de la infancia, cuando el alma se abre, como un cándido lirio, como una rosa virginal, con los deseos de la inocente idealidad; esas dulces impresiones, escritas sobre la página en blanco del libro de la vida, no se borran jamás, madre mía. Dame hercúlea pujanza para la cercana lucha.

En 1872, al pie de los Apeninos, trazó su poema *Noche de dolor en las montañas*, dedicado al crítico español D. Juan Valera. Esas hercúleas octavas reales son propias del filósofo poeta estoico, que, si se anonada ante la sublimidad de la naturaleza, no sucumbe ni implora perdón. Su voz es de protesta: «himno a la vez triunfal y plañidero».

De sus poesías amorosas se desprende suave perfume, mezclado con la remembranza de mejores días. Este joven que ahora vez—parece que dijera el poeta a su

amada—lleno de sinsabores y con la huella de los sufrimientos en el rostro, te conocí niño, como lo era él en la ternura de su corazón y de sus primeros años. No sabíamos ambos de la sonrisa del mal, ni de la burlesca mueca, ni habíamos aprendido la decepción a que obliga el luchar angustioso de la existencia. ¿Recuerdas nuestros días venturosos de simpática despreocupación, de envidiable pureza y de tranquilidad de conciencia? Pasaron ya; pero, en medio de los vaivenes de la suerte, quedó tu imagen, quedó la memoria de tu amistad flotando en mi espíritu. ¡Cuánto hubiera dado por borrar aquélla y romper del todo ésto, para ser impasible y feliz! Mas si subsiste, a pesar de todo, tu memoria, quiero preguntarte, serena y formalmente: ¿qué hacemos de nuestra vida? ¿Por qué la dejamos correr con impavidez? Por qué desperdiciamos nuestra juventud? Urge ser leales y ser prácticos. «El órgano de amor riega sus sones». Anhele oír la grata música.

Numa Pompilio Llona divide sus poesías en filosóficas, patrióticas, juveniles, amorosas y varias. Las ediciones de sus obras son: en 1867, sus *Cantos americanos*, que se imprimieron después en París con las *Nuevas Poesías*, y *Artículos en prosa*. En Lima, a contar de 1881, las cuatro series de sus versos, con el nombre de *Clamores de Occidente*. Estos cuatro libros se descomponen así: *Interrogaciones*, *Cien sonetos nuevos*, *Cantos patrióticos*, e *Himnos, dianas y elegías*. En París, en 1893, *La estela de una vida*.

* * *

El último de los académicos dije que era un maestro de escuela: Francisco Febres Cordero. De sincera piedad y humilde idiosincrasia, perteneció a las Escuelas Cristianas y era conocido con el nombre de *Hermano Miguel*. Falleció en Premia (Barcelona) el 13 de marzo de 1919. Vivió mucho tiempo en Bélgica. Corre, escrita en francés, una biografía que pondera sus virtudes y su desprendimiento. A la edad de catorce años, se encerró en el claustro a consagrarse a la pedagogía. Sus textos para la infancia—el mejor de ellos la Gramática—han quedado a beneficio de la corporación, sin que siquiera su nombre figure al frente de ellos. Se obliteró el individuo en favor del espíritu de cuerpo, de común anonimato.

No obstante la deformidad de sus pies, que le embarazaban el paso, nunca estuvo triste. Su innata alegría fué la de un niño. Verdaderamente, más que un literato, fué un santo. Profundo en gramática, derramó torrentes de esta disciplina en las aulas. Compuso algunos versos místicos de mediana factura en lo que toca al ritmo y calor de la inspiración; pero gramaticalmente muy correctos. Su labor se recordará siempre, unida a la de los pedagogos nacionales como Roberto Cruz, Daniel E. Proaño, Gutiérrez, Wandenberg, el *Hermano Carlos* y tantos otros héroes de la paidología.

Al glorioso quinteto de inmortales, a grandes rasgos analizado, añádense cuatro ilustres ancianos que se han encerrado en misterioso mutismo, después de haber en otra óra resplandecido con chispazos reveladores de cuanto fueron capaces:

El Ecuador intelectual—además de los viejos maestros consagrados—cuenta con floreciente generación de estudiosos y trabajadores, que han ensayado sus facultades y sus bríos en la revista, en el magisterio, en el diario y en el libro. Este reducido cenáculo de jóvenes de buena voluntad, en sus viajes y sus observaciones, en su constante meditar y pulir su espíritu, se han comenzado a preocupar de las nuevas orientaciones literarias y de las urgentes necesidades del país. Ya no el odio ni la charlatanería—diaria comidilla de pigmeos que levantan cátedra para descarriar sus ideales de cultura—les perturban en su camino. La robustez del moderno pensamiento se refleja en sus empresas serias, desbrozadas de superficialidad y hojarasca. Acarician otras creencias de tolerancia, y han bebido en claras fuentes de progreso. No se han dejado sugerir por la prédica disociadora de gacetilleros que, junto con el hogar, enlodaron la vida y malgastaron el tesoro del talento. Esas charlas volanderas y burdas, envenenadas con insultos y suposiciones audaces; ese rasguear la pluma a troche y moche, en busca de populachera celebridad y de escándalo; esas censuras desprovistas de fundamento y de ciencia psicológica, no impresionan a la juventud actual que mira más alto y rechaza lo que en el cieno político o en el estercolero intelectual engendraron la degeneración física y el corrompido criterio de los periodistas sin conciencia. Los jóvenes de sano juicio y amplia erudición van com-

prendiendo la gravedad de la vida y corrigiendo sus errores; van rectificando los prejuicios y las aberraciones que son el tormento de los pueblos, mientras menos han extendido las alas de la civilización y libertad; van usufructuando, con útil y bello objetivo, la herencia de nuestros abuelos; van rompiendo la densa envoltura del medio ambiente; van, en fin, ejercitando su talento en actos que, a la postre, redundarán en bien de la sociedad, a la que descubren más dilatados horizontes. Seleccionan su lectura y se consagran al arte fecundo y eurítmico, lejos de las deformidades psicológicas de polígrafos sin sustancia que vendieron su conciencia por un plato de lentejas.... ¡Oalle la jauría!

«De dos errores fundamentales—dice un moderno pensador español que ha analizado la catástrofe del siglo—, adolece la civilización actual: es el uno haber convertido la cultura de medio en fin. La cultura, el saber, sólo pueden ser estimados en cuanto mejoran las condiciones de la vida sobre el planeta, aumentan el bienestar de los hombres y cultivan en ellos lo que les diferencia de los animales: el sentimiento del honor, de la dignidad, de la justicia, del arte y del amor a todo y a todos. Sin ésto, la ciencia no hará sino añadir dolor, según la frase del *Eclesiastés*. No basta pensar; es preciso vivir. Los ideales tienen que ser «para la vida», como los de aquel no superado Krause, al cual se despreció en Alemania, y ahora comprendemos por qué razón. No basta pensar; es preciso sentir y querer. Porque la ciencia de que los hombres son capaces, es siempre muy poca, y hay que completarla con el instinto, el presentimiento y la adivinación. Es el otro error, el confundir la fuerza con la violencia, y un dinamismo natural científico con otro artificial, empírico y grosero. La fuerza es inmanente en toda materia o sustancia activa; es persistente e indestructible. Pero no puede ser creada ni falseada. La vida misma es una suma de fuerza; pero toda violencia la perturba y esparce, porque «la fuerza sólo es fecunda en su intergración natural». (*)

Los juveniles educadores ecuatorianos—pocos en número, pero múltiples en acción—haciendo carne y

(*) ANTONIO ZOZAYA; *La guerra de las ideas*, 1915.

sangre de sus venas la doctrina del mejoramiento social, la regeneración de las costumbres, el vigor de la raza, la emancipación y el desasnamiento del indio, bregan en la extensión universitaria, en la conferencia y en la prensa, por que se extinga el reinado del machete, que es símbolo de violencia, y suba a imprimir recta dirección a la zozobranante y enlodada nave del Estado un presidente sabio, limpio de responsabilidades históricas, lumbrera del foro y de la tribuna, pensador tranquilo y equilibrado, que destruya con el libro la fuerza de la ignorancia, y regenere con el trabajo los pésimos hábitos de las muchedumbres indisciplinadas y holgazanas. Entonces, en este como *Nuevo Paraíso*, el poeta y el filósofo evocarán a la felicidad y dirán a las generaciones que se ilustran y están retemplando su carácter: «¡Id! . . . Y poned flores donde el abrojo crece; y haced de modo que est. mundo, al que llaman valle de lágrimas, sea en adelante un Paraíso de sonrisas y ternuras . . . Yo tengo ya el mfo, porque vivo en el amor y en la paz de todo . . .» (**)

(**) A. BAQUERIZO MORENO.—*El nuevo Paraíso*. Comedia fabulosa. Guayaquil.

NOTA.—Esta crónica literaria fue escrita en 1915 y publicada en la revista «Cuba Contemporánea», de la Habana, en Febrero de 1916. Algunos de los relevantes ecuatorianos citados en ella, han descendido ya a la tumba, al correr de los doce años transcurridos. ¡El tiempo es el gran reformador! En la Academia Ecuatoriana, desde entonces, ha habido muchos cambios. Aparecieron sus *Memorias*, falleció su Director y se han efectuado algunos nombramientos, porque las vacantes siguieron aumentando con la muerte de Quintiliano Sánchez, Roberto Espinosa, Carlos R. Tobar, Tobar Borgoño, etc.



QUINTILIANO SANCHEZ

Al peso ineluctable de los años, que abruma a los más indomables temperamentos, se rindió para siempre, el 24 de Julio de 1925, esta grande y querida figura ecuatoriana, de austeros lineamientos morales, de enérgica voluntad, de severísimas costumbres, de ardiente patriotismo.

Cultor fervoroso de la estética, quemó en sus altares las más depuradas esencias, dando a la devoción de los generosos ideales los cálidos sentimientos del alma, limpia y retesada en la práctica de los sinceros regímenes.

Añoso roble, de fecunda frondosidad, formó prolífico hogar, engrandecido por un cúmulo de merecimientos. A su sombra se agruparon, como brotes de lozana y de belleza, numerosos vástagos que fueron ilustrando la valía del árbol primitivo, robusto y desafiador de tempestades.

Deja, junto con los quilates de una ética sólida—el oro de su corazón bondadoso—las más preciadas joyas del talento, que enriquecen las letras ecuatorianas.

Desde sus tempranas mocedades, don Quintiliano Sánchez brilló como un maestro, en la genuina amplitud de la palabra.

¡Maestro! ¡Cómo se sublima tan sacro nombre cuando el mérito auténtico engrinalda sienes angustas como las de este probo ciudadano!

Su ejemplar vida, himno de virtud e inspiración, resonó como perpetua enseñanza, desde la cátedra serena hasta los tumultuosos campos de la política y de la

prensa, en los que se levantó a combatir a los déspotas, cantando el triunfo de las batallas libertadoras. Saboreó con entereza las amarguras del destierro, cuando vibró su ardiente protesta contra la dictadura ignara que había hecho tabla rasa de las leyes y derechos.

Miembro conspicuo de la Junta Patriótica Nacional, sus afanados consejos y profundos conocimientos del secular pleito limítrofe, contribuyeron a imprimir recto rumbo a los problemas internacionales, tan delicados de suyo.

¡Oh, cómo se va tragando la tumba a los férreos caracteres que desplegaron su actividad luminosa para servir a la juventud y a la patria!

En el Seminario Menor, en el Instituto Nacional «Manuela Cañizares», en tantos otros planteles, su verbo convincente y ameno fue sugestiva parábola para varias generaciones.

Viejo profesor jubilado, autor de notables textos, latinista relevante, aplaudido traductor de Fedro y Horacio, insigne autoridad en humanidades, novelista pulcro y de terso lenguaje, poeta sentimental y de alto vuelo que ensalzó rítmicamente los esplendores de la naturaleza y la sublime soledad de las nevadas cumbres como el Cotopaxi y el Chimborazo ¡que no abarcó su vasto saber de eximio hombre de letras!

Muchos años director de la Academia Ecuatoriana, aun en el ocaso de su existencia, cuidó del resurgimiento de las meritisimas *Memorias* de la respetable Corporación, centinela firme de la limpidez y donosura del idioma castellano, que pulsó como sonora lira.

En contacto con lo más conspicuo de la literatura que honraron Menéndez Pelayo, Valera, Campoamor, Núñez de Arce, Catalina, Pereda y una legión más, ilustres españoles le significaron su aplauso y respeto por varias de las composiciones de este varón de positivas prendas.

Su novela de marca nacional «Amar con desobediencia» fue considerada en España como un libro de pulcro estilo, adornado con las galas del lenguaje castellano, de clásico y correcto corte; modelo de cláusulas bien concebidas, en las que las palabras tienen su valorización propia, apoyada en la autoridad de los más experimentados hablistas. No permitió trasgresiones al léxico, menos pecados contra la Gramática, en el co-

mento de la cual empleó algunos capítulos en revistas y obras didácticas.

Deja vasta labor inédita, contándose en ella su extensa *Leyenda del Padre Almeida*, sus *Elegías* y sus numerosas traducciones. Su amor a las letras clásicas fue tan ardiente, que la nieve de la senectud no pudo enfriarlo, cuando la vista comenzaba a privarle del dulce placer de sus lecturas favoritas.

Su testamento es breviario de ternuras, admirable código moral que guardarán sus hijos con veneración, cual la voz solemne de un padre como hay pocos en el santuario del hogar.

Fatigaría a la crítica concienzuda, que vierto raudales de arte y galanuras psicológicas, el análisis de las copiosas producciones del esmerado autor, llenas siempre del exquisito perfume del estilo, de la sólida erudición, del completo dominio de las lenguas romances y del numen cristiano que le alumbró como una llama.

Era, quizá sin lugar a duda, el más encumbrado, el único hablista castizo que nos quedaba. Sus lecciones gramaticales irán discurriendo constantemente por los ámbitos escolares como saludable admonición a la juventud, en materia tan ardua y de tanta importancia.

Con asombro y cariño, oí en la encantada época de la niñez, sus doctas conferencias literarias de maestro viril y afanoso: semejaban otras mágicas auroras que se entraban en el alma juvenil, destellando vocaciones y apuntando rutas maravillosas hacia los países del ensueño y la belleza. La resonante armonía de sus declamaciones, saturaba de esencias helénicas, cual de suave aroma, la inolvidable música de los versos que leía en el aula: la prosodia correcta, el tono variado, el énfasis, las estrofas bronceíneas, todo brotaba melódicamente de sus labios. La pericia fonética, el gesto, la expresión daban a sus recitaciones más realce, encumbrándolas en alas del verso inspirado y selecto, de la oración aimpulso y henchida de cadencias.

No desmayó un punto su ferviente fe: la iba a buscar en las galas de la naturaleza, en el arte antiguo y moderno, en la poesía de los siglos, por la que demostró asidua adoración, sumergiéndose, cual en deliquio inefable, en la eterna y recóndita hermosura de las cosas.

Palpitó su épico entusiasmo por Bolívar, arrancando merecidos lauros su poema en homenaje al Libertador en el primer centenario de su nacimiento.

Desde su juventud, allá en la quieta aula leonés, su vasta preparación en latinidad y literatura le facilitó la magnífica cosecha de frescos laureles, durante los ocho años de su magisterio en la vecina provincia del Sur.

No se mostró ajeno al periodismo, como lo atestiguan «El Republicano», «La Revista Literaria», la «Gaceta Oficial», etc.

¡Largo viaje de ascensión a la cumbre de las excelencias artísticas que alcanzan frescos lauros! Ni las enfermedades amortiguaron su enérgica de guardián del idioma, custodia incesante en la que puso su patriotismo austero y su orgullo de raza. Este quiteño venerable, ha descendido al sepulcro dejando sófoleas memoria de la robustez de su cerebro!

¡Duerme en paz, maestro muy amado! Húmeda la pupila, con el llanto que quiere desbordarse del pecho, te doy el adiós postrero, con la íntima congoja de las añoranzas indelebles.

¡Duerme en paz, amigo cariñoso de la juventud! Oprimida la frente al recio golpe del dolor, riego con temblorosas manos, junto con las quemantes lágrimas que en vano quise disimular, las albas violetas del recuerdo, sobre la tumba del varón justo, del poeta nacional, del prosador terso, del purista erudito, del ciudadano por muchos títulos ilustre! . . .



ROBERTO ANDRADE

II

SU LIBRO «MONTALVO Y GARCÍA MORENO»

Hombre histórico, envuelto en la ciclópea conspiración garciana, ha esgrimido la pluma media centuria, desde sus mocedades admiradoras de Harmodio y Arístogitón.

Grabáronse en su férreo espíritu las condenaciones de Tácito y las cesáreas narraciones de Suetonio. Este atormentado ciudadano, habría sido coronado de rosas en los tumultuosos tiempos de Sila o habría alcanzado el mando de algunas de las legiones romanas en los revolucionarios de Lúculo, Pompeyo, Bruto y Casio. Odiado de centenares de compatriotas, ha combatido en un medio hostil. Con cálido verbo, cuenta que ha padecido persecuciones por la justicia. Muchas veces estuvo a punto de ser asesinado. A través de las selvas, fue traído, aherrrojado de grillos, al panóptico de Quito. De la cárcel habría subido al patíbulo, si no llega a despuntar la aurora del 5 de Junio de 1.895.

Sin metáfora alguna, la libertad rompió las cadenas que ataban sus pies tumefactos. En el campo de la ruda polémica, ha peleado con multitud de ecuatorianos. Dedicó aceradas frases a muchos más, delatando sus felonías y crímenes. Se ha creado atmósfera advers

al convencionalismo dulzón, al aplauso rutinario, a la conveniencia que hacen flotar baratas glorias. Su ejemplo constante, su obsesión, Juan Montalvo, del que proyectó editar todas sus obras y al que ha consagrado páginas de páginas. Hizo buenas migas con el pueblo, preparando, para sus hijos, compendios de historia y geografía de la patria, en su delirio por la verdad de los hechos; habló, cruelmente a veces, exhibiendo, como blanco de sus ataques, a notables figuras nacionales, caducas, como todo lo terrenal, y llenas de máculas no obstante su talento. El área de toda su vida ha sido defenderse del estigma de homicidio, justificar la muerte de García Moreno, temeroso de los Octavios y Antonios que vengasen la memoria del enorme César, uno de los más excelsos varones ecuatorianos, llamado tirano por los que no han comprendido su psicología. Podrá haber brotado en América la planta venenosa de la tiranía; pero en el Ecuador, nunca, pese a los insurrectos atávicos y a la indisciplina endémica en estas comarcas débiles de carácter.

Solo, abandonado de millares de correligionarios y amigos, violento, de pasiones viriles hasta la virulencia, preterido por rojos y azules, despreciado por los timoratos, cuyos implacables anatemas le siguieron por todas partes, en vano estuvo implorando la suprema piedad de la razón y la justicia. El Ecuador necesita de hombres de semejante talla, infatigables, de acción, iracundos contra el mal; convencidos de su doctrina hasta el fanatismo, en medio de la abulia en que vivimos y de la amnesia de las más saludables doctrinas. Sus esfuerzos, su talento, le hacían, a la postre, acreedor al mérito que pocos le brindaron. A las veces, encontró en su camino leones amenazadores, de hirsuta melena y garras afiladas: aprendices de periodistas, políticos de medra que le desgarraron sin misericordia, hasta en su vida íntima, estudiándole como a Caín, cual a degenerado lombrosiano.

Al escribir el nombre de Roberto Andrade, se me vienen a la mente los sugestivos versos de Sully-Prudhomme, su hermoso sueño:

*«Et, seul, abandoné de tout le genre humain,
Doni je tramais partout l'implacable anathème,
Quand j'implorais du ciel une pitié suprême,
Ye trouvais des lions debout sur mon chemin».*

Gratos e ingratos le miran hasta ahora con cierta indiferencia, haciéndole blanco de la conspiración del silencio; no pocos le escarnecen implacablemente; no obstante el derecho que por sus obras le asiste a ser respetado. Biógrafo prolijo del mártir Eloy Alfaro, ha publicado importantes documentos. Rugió como el león cuando el oscuro y cobarde asesinato de su hermano, de esa cumbre nacional, que se llamó Julio Andrade, ciudadano a la romana, joven General de la República, que obtuvo frescos laureles en reñidos combates en que la ambición derramó a torrentes sangre ecuatoriana. Si algunos aplaudieron a Roberto Andrade, venciendo el miedo a los denuestos populares, revelaron íntima convicción. En la hora del peligro; le buscaron para la defensa del liberalismo; para las campañas sujetas a la evidencia histórica.

Admira la firmeza de sus ideas, hasta en la ancianidad, que en él es robusta. Posee la sugestión de Montalvo y García Moreno: revive al primero, para adorarle; al segundo, para maldecirle.

Todavía fulmina rayos y centellas contra los opresores de la patria y pronuncia viriles discursos en solemnes ocasiones. Temperamento valeroso, no teme encararse con los pícaros y poner como chupa de dómine a los políticos que él aborrece. Miembros de su partido reconocen la irritabilidad de sus nervios.

Torturado con el recuerdo de García Moreno, jamás ha dejado a lo largo de su vida de mortificarle siquiera con un alfilerazo, cuando se ha referido a los más inofensivos asuntos. Parece que se olvida a ratos de los abrojos que va amontonando en su sendero de combate. Ni aún en los días históricos en que peligraba la libertad, vio en algunos de sus pérfidos correligionarios al momentáneo salvador de la Patria.

No voy a amontonar, sobre el genial historiador Andrade, insultos como carretadas de basura, según despiadada o desleal costumbre de los legos del periodismo, partidarios de la pena del talión; ni imitaré a los inconsecuentes que le zahieren con acritud, con saña, cuando hace diez lustros le aplaudieron; tampoco voy a abrumarle con montañas de púas por las grandes verdades que mantiene con brío; ni a negarle la sal ni el agua: como es devoción de ciertos escarabajos de la prensa, incapaces de apreciar la actividad mental de

aquel gigante cenceño, que ligeramente claudica al caminar, a causa del grillete con que le martirizaron.

Al contrario, reconozco las cualidades de Andrade: fecundidad, gracejo, espontaneidad, talento, estilo nervioso, deleitable. Mas no profano la imparcialidad al asegurar que en su obra de seductor miraje MONTALVO Y GARCÍA MORENO le suele faltar la visión serena para examinar los hechos relacionados con el grande hombre guayaquileño, en los que casi nunca halla buena fe y sana intención.

Crítico es, pero apasionado; el amor a Montalvo: el odio extremado a García Moreno le ciegan no pocas veces. En lo demás, en la forma, es deleitable.

¿Cómo suponer crítica sin arte? Sería un somnífugo. Cuando el crítico de los hechos ecuatorianos de más de media centuria eleva su entusiasmo a las regiones del ideal, es casi un lírico. Dibujó admirables pasajes inspirados en la lozana poesía; pero no siempre es severo con sus doctrinas ni consigo mismo, como lo fue Cervantes en su magnífico escrutinio que no perdonó ni a las obras de su cosecha. Austero en el juzgar, aquel otro Cervantes que tan de cerca siguió al primero en EL BUSCAPÍ y los CAPÍTULOS, exagera y abusa de la magia de su lenguaje al extremar el dictorio contra García Moreno, Urbina, Veintimilla, Borrero. Sus frases lapidarias no conocen la piedad.

Con singular encanto narra Dn. Roberto Andrade la infancia de Montalvo, sirviéndose de un dulce sueño del hogar, arrullado por los acordes de Gounod y el melodioso canto de su esposa. Esto acontecía, simbólicamente, en Lima el mismo mes que moría serenamente Montalvo en París.

La noticia le anonadó, al peso de los dolores superpuestos. «La esperanza no se funda sino en el advenimiento del olvido, observa; el consuelo no puede venir sino cuando el olvido llega y predomina. El dolor es hermano de la desesperación, dicen: bien reflexionado no es así, en lo relativo a las amarguras provenientes del fallecimiento de una persona muy amada; cesa el dolor en el instante en que uno reflexiona que ha perdido la esperanza, o, lo que es lo mismo, cuando el olvido empieza a aletear en nuestra atmósfera. La esperanza esclaviza al hombre, dicen los árabes, y en la esclavitud no hay consuelo. Sentado esto, añadamos:

¿hay alguna esperanza de olvidar a Montalvo para los que amamos a este hombre, y por consiguiente la de obtener consolaciones, como cuando deploramos pérdidas vulgares?».

Adolescente, oyó por primera vez el sugestivo nombre de Montalvo, allá en 1867, en Ibarra, cuando estudiaba humanidades. Tanto le fascinó uno de sus folletos, que se sustrajo un ejemplar de «El Cosmopolita», llevado de la irresistible tentación de leerlo. La atracción de los espíritus se hizo desde entonces. Más tarde, le conoció en Quito, en 1868, «cuando el Ecuador se hallaba estremecido de asombro debajo de aquella erupción salvadora que Dn. Juan había bautizado de «El Cosmopolita». Tenía 35 años.

La circunstancia parece teatral: fue en la calle, en el instante mismo en que ese otro gigante, García Moreno, volvía muy cerca por otra acera. No comulgamos con esta expresión retórica: «Iban a encontrarse aquellos dos adversarios temibles, pero la pantera evitó al domador entrándose por el zaguán de una casa».

García Moreno, hombre de pelo en pecho, no fue de los que huían. Varón sin miedo, arrojaba los más desconcertantes peligros.

El adversario brilla más, en tanto es más elevado su enemigo. No les empequeñezcamos, porque es restar gloria al triunfo.

III

¡Montalvo y García Moreno! Los dos gigantes de mirada de fuego, polos opuestos en la historia ecuatoriana, fueron cada cual digno de su adversario.

Su herencia perduró a través de los años: el uno legó a su patria el robusto pensar y la estética; el otro, la ciencia y el progreso material; el uno, el amor a Grecia y Roma personificadas en sus heroísmos y virtudes; el otro, el fundamento de la escuela, los primeros elementos de las aulas y la erudita selección del magisterio.

Para tal férrea voluntad, rayo que pulverizaba revoluciones en un santiamén; adalid de las sanciones

rápidas y severas, hombre sin vacilaciones ni lástimas; para un impulsivo varón de esta clase, de pluma y espada, de toga y fusta, bien está aquella otra figura de acerado carácter, centella para incendiar lo reprobable y condenar el mal, devoto del razonamiento y del meditar sereno, enemigo de la impunidad, valeroso en el decir y recto en el proceder; genio de las terribles condenaciones y de las dulzuras retóricas, artista del estilo y paladín de las libertades públicas. Su encarnación se llamó Eloy Alfaro, el mártir que se alza, sobre la pira tremenda, fermento de pasiones, como un gran reformador, un patriota austero y un soldado magnánimo que bebió en las claras fuentes de la doctrina de Montalvo, volviéndolas sustancia y acción. Se vulgariza mucho acerca de la manchas del sol; pero no las acusamos; en cambio las de los hombres—soles son eterno pretexto para que la estrechez de espíritu hiera a los lumináres ecuatorianos.

¡García Moreno y Montalvo! ¡Cómo se sobrecogen las almas, en el silencio de la admiración profunda, ante estos colosos!

No se temían, porque las cumbres, asentadas sobre robustas bases, no tiemblan en la altura, ante la pobre planicie sin ondulaciones que se esconde a sus pies, como temerosa de dilatarse más, para que las montañas que se destacan airozas no les proyecten su sombra. Se combatieron frente a frente, como Aquiles y Héctor, de rival a rival, de valiente a valiente.

Deshonrados se habrían sentido al dar el menor indicio de cobardía. Aquellos formidables leones, hasta para insultarse, reconocieron su prosapia. Huyan si quieren los reptiles; pongan pies en polvorosa quienes son impotentes para mirarlos cara a cara, aunque a respetable distancia. Ninguno hizo, ni Montalvo, ni García Moreno, el papel de domador, si no es de las debilitadas anímicas o de las pasiones pígemeas.

¡Ay! amigos no fueron nunca.

No sintieron jamás aquella dulzura a que se refiere Romain Rolland de haber hallado un alma en que refugiarse en medio de la tormenta, un abrigo cirujano y seguro en quien se logia al fin respirar, en tanto que se calman los latidos de un corazón anhelante.

El nervioso escritor Roberto Andrade pinta con destreza el talante del grande hombre a quien, equipa.

rándole a Víctor Hugo, quita el don en su tratamiento.

«Montalvo siguió adelante, dice, erguido, cogitabundo, imponente. Hallábase al ras de los treinta y cinco años, y toda su majestuosa persona exhalaba eso como fluido que cautivaba o repelía, según el temperamento de los que se amontonaban a su paso, atraídos, cuándo por la admiración y el cariño, cuándo por el rencor y el miedo a su palabra. Su estatura era realmente excelsa y descollante, recta, cenceña, bien proporcionada: jamás he visto cabeza de varón mejor colocada sobre los hombros que la del noble Don Juan. A su rostro era moreno y enjuto; pero de facciones muy regulares: la viruela emproteció su semblante, como el mismo lo confiesa, en uno de sus rasgos admirables de egotismo. Ouello nervudo y flexible, barba redonda y saliente, labios en cuyas delineaciones estaba escrita la costumbre de pensar, así como la incorrupción de su existencia, y ligeramente cubiertos por un vigotillo largo, pelo ralo».

Procera también la silueta majestuosa de García Moreno. Pureza de líneas, mirada de águila, penetrante como la de un hipnotizador, nariz recta, rostro severo, bigote recorinado, cuerpo delgado y de flexibilidad de acero, formaban el conjunto armonioso de aquel gobernante, imponente como la de un monarca de los tiempos feudales.

Toques deleitables y pintorescos abundan en el libro «Montalvo y García Moreno» de Roberto Andrade.

El despliegue de la decoración mágica, custodiada por el Tungurahua, que fue la patria de Montalvo, es viva y magistral. Los vergeles de Ambato vienen a nuestra vista, como al conjuro de evocación aladinesca.

La blanca montaña que evocó Juan León Mera para su leyenda indígena «La Virgen del Sol» fulgura allá, entre cíclopes.

«En las faldas de este volcán nació Montalvo. El Chimborazo se halla en la rama opuesta de los Andes, y por consiguiente un poco más lejano de Ambato. Chimborazo, Cotopaxi, Tungurahua, he ahí los tres testigos que concurren al nacimiento de Montalvo, que le enseñaron a mirar arriba desde niño, que desde sus cumbres le mostraron el ideal de la hermosura confundido con el ideal de la grandeza, que no mora jamás al ras del suelo. Montalvo no aprendió el gusto de

las imágenes en ningún libro antiguo ni moderno: lo aprendió en el libro de los Andes»

Continúa el espléndido dibujo de ese cielo, de esas nubes, de los alrededores de Ambato, de las costumbres de sus hijos, del ambiente en que se crió y de los miembros de su familia. Los que hayan leído «El mirador de Próspero» de Rodó, escrito muchos años más tarde que «Montalvo y García Moreno», de Andrade, hallarán similitud de pincel entre el capítulo segundo y el ponderado ensayo del inmortal pensador y estilista uruguayo, una de las glorias más puras de la humanidad. Esta semejanza, este reflejo, esta comparación a la distancia, honran tanto al historiador ecuatoriano como al inmenso crítico de Montevideo.

Rico en anécdotas Roberto Andrade, se apodera del lector y le sugiere. Sabe dar tal encanto a sus narraciones históricas, como el que abunda en las páginas de Solís, el insigne novelista de la conquista de México. Pero también a veces transformándose está en un Tácito: ahí sus anatemas, sus sentencias y condenaciones de rigor.

Al consagrar estas breves líneas al viril volumen «Montalvo y García Moreno», del que conozco tan solo el tomo I, y cuya segunda edición se está publicando en Guayaquil, que constará de cuatro, no ha estado en mi ánimo esbozar labor crítica o de rectificación, pues no tengo ni fuerzas ni tiempo para ello. Mi sana intención es felicitar sinceramente a su autor y gritar por todas partes: leed la obra, para que la conozcáis, para que la censuréis, para que digáis de ella con libertad cuanto sus páginas os inspiren, con franqueza, con imparcialidad, con patriotismo. Si hay enmiendas históricas que hacer, apuntadlas en seguida, en vida de su autor, a fin de que de la polémica, de la discusión decente y documentada, quede la luz pura, venga de cualquier campamento, destelle desde el más apartado horizonte.

Pero el estudiado silencio, la indiferencia, el desconocimiento intencional, el prurito de no leer a autores nacionales de tanta valía como Roberto Andrade son imperdonables. Este vacío intelectual a nada conduce. Conspiración de tal clase está matando la cultura del país. Para aplaudir o reprender, para bendecir o anatematizar es lógico leer antes: leed a Roberto Andrade

¡oh vosotros güelfos y gibelinos, tirios y troyanos, azules y rojos, liberales y conservadores, socialistas y burgueses! para que forméis, con pleno conocimiento de causa, la conciencia del escritor, cualquiera que sea ella, pero la auténtica conciencia, redimida de prejuicios y de negligencias punibles.

Entristece que ningún periódico haya dedicado, siquiera una columna, a saludar la reaparición de «Montalvo y García Moreno», libro desconocido para las actuales generaciones. ¿De este modo se demuestra el interés por nuestras cumbres históricas? Todo libro nacional debe ser materia de hondo análisis y más los históricos.

¿Acaso, ahogado en germen, ha sido víctima de algún *auto de fe* moral o auténtico?

Tiene la palabra la juventud: deben hablar los amigos de Montalvo y García Moreno, y preferentemente sus enemigos.

Es tiempo de que la polémica surja categórica, noble, en vida del autor, para que pueda responder a todos. La generosa discusión es inaplazable. Si nadie se alza a exponer dudas y pareceres, se dirá, o que quien calla otorga, o que la pereza mental es enfermedad que aqueja a muchos.

III

LA MUJER Y LA GUERRA

El vibrante estilista Roberto Andrade no es sólo historiador: ha cultivado también la narración amena, en sus momentos de sociego espiritual. Su novela de costumbres «Pacho Villamar» se enmarca en los viejos hábitos quiteños. Recorre la vida estudiantil y los enamoramientos de la edad inquieta, en la que despiertan las pasiones, junto con las primeras ilusiones del alma. «Pacho Villamar» es trasunto de la época: pinta los hábitos de la Capital del Ecuador que se remontan al último tercio del siglo XIX. Su estilo es descriptivo. El relato no causa. El lenguaje se distingue por su limpidez y corrección.

Admiro en don Roberto Andrade la potencia intelectual. Ni los setenta años que lleva a cuestas han sido capaces de disminuir el vigor cerebral del escritor, siempre vehementemente, lleno de la infatigable actividad de su espíritu.

Otra de sus novelas, de asunto más universal y humanitario que *Pacho Villamar*, es *«La Mujer y la Guerra»*, en la que plantea graves problemas sociológicos.

La guerra, este rojo, fatídico y sangriento monstruo, ha causado males infinitos. Santo anhelo será el de los humanitarios corazones que traten de proscribir la de la tierra. Y si tan generosa idea se encarna en la mujer, alma de abnegación y de ternura, que lleva en su seno a los futuros ciudadanos de la patria y centinelas del hogar, es obligación de todos apoyarla. La ilustre dama argentina, señora Maximina Olmos de Jiménez, ha explicado su proyecto de Confederación femenina de la Paz Americana. Difundiendo tan fecundo pensamiento, el historiador nacional señor don Roberto Andrade, ha escrito una filosofía al par que sencilla y amena novelita, desarrollada en un país chico de la América que trata de declarar la guerra a una vecina república. Intervienen para evitar el atentado las mujeres, desde la del Presidente de la nación, y presentan un memorial al Congreso, pidiendo que en la Constitución política se haga constar el desterramiento de la guerra. Se desencadenan acaloradas discusiones que dividen en bandos a los tradicionalistas partidarios de la matanza y a los impugnadores del exterminio. Se citan trozos bíblicos y opiniones autorizadas. Entre tanto, un General, apostado con sus tropas en la frontera, ataca, precipitadamente y sin orden alguna, al enemigo. Tan violenta conducta levanta la protesta del alma femenina, que pide con más brío la pronta consideración de la solicitud que elevó al congreso. No faltan las armas de la calumnia y del fanatismo contra las distinguidas damas que firmaron el salvador memorial. Pero las mujeres toman al punto resolución suprema: abandonar sus hogares, todas en masa, hasta que la ley se dicte. Así lo efectúan. Entonces, el Congreso se ve en la imperiosa necesidad de lanzar al mundo la reforma constitucional por medio de la que se acepta a la mujer como legisladora y se

puntualiza que no se declarará, en ningún caso, la guerra a naciones extranjeras.

En medio del emocionante relato, el señor Andrade teje una historia de amor: la de la hermosísima chiquilla Rosa que tiene un novio, el Mayor Rafael Maldonado, que regresa gravemente herido y alcanza a expirar en los brazos de su adorada Rosita Gortaire.

¿Será utopía que los gobiernos de las más poderosas naciones, gracias a la resuelta intervención femenina, decreten, por medio de una poderosa dieta, la paz universal, a fin de que disminuyan de la tierra tantas lágrimas y dolores? La novela del señor Andrade, además de vulgarizar el sublime proyecto femenino, encierra frases públicas y profundas, entre las transparentes alusiones a personajes y acontecimientos de la historia ecuatoriana. La naturaleza lo seduce, como pintor magistral, de estilo nervioso. «Contemplar el firmamento es, dice, sentir que se disuelve el alma, y se riega en aquella bóveda sin límites, tocando de astro en astro, inspeccionando el movimiento de los planetas inferiores. Uno que se abisma en el océano ingente, en un horizonte de nubes que deslumbran, en faces determinadas de la esfera terrestre, cuyos gestos aparecen en dilatadas pampas, limitadas por ríos, o rotas por enormes quiebras, y que al fin terminan en cadenas de montes, donde se levantan niveas cumbres, blancas como las neblinas que besan su base o como los retazos que, en forma de cortinas, se descuelgan del cielo a ocultarlas, no pueden acordarse de las insipideces y amarguras humanas».

Con palabras de acero, condena la guerra en absoluto, riéndose del concepto vulgar con que la adulación, el miedo y el servilismo han acostumbrado enaltecer a los héroes de la hecatombe y de la desolación inmensa.

«La guerra, observa sin limitaciones, es el mayor dolor, al mismo tiempo que el mayor atentado, el cual no deja provecho ni al que lo perpetra. Desde hace un siglo, siempre se había anunciado guerra entre dos naciones, algunas veces había pasado el anuncio a realidad, y ninguna de ellas había obtenido nunca buen éxito. Nada es más calamitoso para un pueblo, que quedar, después de una guerra, con asuntos pendientes, como Alemania con Francia, el Perú con Chile, el Ecuador con el Perú, etc.»

En otro pasaje, la elocuencia del general anatema al azote humano sube de punto. «Guerra, exclama, un huracán envenenado, que en un pestaño inmola millones de hombres; guerra, un océano de petróleo encendido, en violenta tempestad, cuyo oleaje arrasa campos y ciudades; guerra, un dragón tan grande como el globo; que devora todo debido al genio, a la constancia, al esfuerzo humanos, en el sinnúmero de siglos pasados! — «Heroísmo puede haber en luchar con el terremoto, con el incendio, con las olas del mar, con las fieras en el bosque; pero no en derramar la sangre de hombres, cuando es tan fácil evitar esta acción, sacrificando cualquiera otra cosa.» No expresa, con todo, de qué magnitud deba ser lo que se pueda sacrificar; consideración que se presta a comentarios.

«El primer instinto del linaje humano, y a la vez, el más poderoso, fue el de la propia conservación, de donde dimanó la propiedad, porque experimentó el anhelo de satisfacer mil necesidades: el que comía el fruto que otro había adquirido, se convertía en reo de muerte. La primera experiencia vino a ser peor que la ignorancia, porque las primitivas religiones, las primeras leyendas, historias y poemas, los primeros cánticos sagrados, divinizaron a los que habían mostrado más valor, más astucia, más perfidia y crueldad en la disputa por propiedades insignificantes. Entonces vino la justificación del éxito, aunque el hecho fuera abominable; entonces aparecieron los usurpadores y tiranos, que hasta el presente horrorizan a los pueblos. Vino, pues, a ser estímulo el elogio; y el hambre se consagró a dar muerte a otros hombres. Moisés, Josué, los Macabeos, mil israelitas; los Sesostris, los Sardanapalos, los Faraones; Agamenón, Aquiles, Héctor; Ciro, Darío, Alejandro; Epaminondas, Milcíades, Temístocles; César, Pompeyo, Escipión; Aníbal, Atila, Tamerlán; Carlomagno, el Oid, Pelayo, Gustavo Adolfo, el famoso Napoleón . . . tantos otros inmoladores de hombres fueron formados por aquellas funestas alabanzas.»

Si la guerra, en todos los planos, es huracán terrible que todo lo arrasa y si es irremediable jornada sepulcral, ¿qué pensar de las denominadas gloriosas batallas por la libertad? Como todo es relativo en el miserable valle de quebranto, ¿han de quedar o no descar-

todas las guerras por la independencia americana, a no ser que el original y severo meditar filosófico se base sobre otros universales fundamentos que encumbren la vida humana? Tratándose de los horrores de la guerra, ¿cabe establecer excepciones? ¿Hay derecho a calificar de benditas a algunas de ellas? Si esto resultase discutible o evidente, el principio piadoso de la condena a la bélica se derrumbaría como un castillo de naipes. ¿Será, sin distingos escolásticos, permitida la defensa personal? ¿Y la colectiva?

La educadora novelita del señor Andrade, no obstante sus profundos pensamientos, no entra en tan hondas disquisiciones, dada su corta extensión.

El ideal que sustenta es grandioso. ¡Levanta la bandera de paz, sacra y caritativa, tremolada por manos femeninas!

Cuando las mujeres, aun de los más atrasados pueblos, mejoren en cultura y educación; cuando su independencia económica les permita luchar abiertamente contra las opresiones y prejuicios ancestrales, las almas femeninas serán un baluarte contra las tristezas de la guerra. Pondrán, como escudo, su corazón, oponiéndose a que los cruentos martirios profanen a la fecunda tierra.

Sólo entonces, creeremos escuchar pujante el sublime grito de angustia de las madres de este feroz planeta, reclamando al querido fruto de su seno y oponiéndose con eficacia a que no se destruyan miserablemente, acentelladas, las criaturas dignas de civilizadoras empresas.

Las madres, con justicia, repetirán que "la guerra es un crimen de todas las naciones y de todos los siglos y quienes lo cometen son los padres de nuestros adorados hijos. ¿Y nosotras no somos la mitad del linaje humano, y no tenemos derecho a impedir este crimen?"

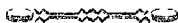
¡Paso a la mujer que agita, en la cumbre del sentimiento humanitario, el estandarte de amor que hará felices a los hogares y a los pueblos!

IV

Algo dejó enunciado acerca del espíritu combativo de Roberto Andrade y de su constante trabajo intelectual.

Amante de los temas históricos y de poner en evidencia sus puntos oscuros, ha trazado, en estilo nervioso, la defensa del partido liberal ecuatoriano a propósito del cincuentenario del envenenamiento del Sr. Checa, Arzobispo de Quito, persona de inmensa mansedumbre y sólidas virtudes. Ese pavoroso crimen, al que después de cincuenta años de cometido se trata de desvirtuar, fue pasional y no político, según he oído a muchos testigos de esa época. Las circunstancias en que se lo cometió —un viernes santo de la semana mayor, en plena catedral— alejan las sospechas de que haya sido gente civil la perpetradora de la horrenda venganza. A la luz desapasionada del análisis, no deben mezclarse los fanatismos con el esclarecimiento del crimen. Se le atribuyó alguna parte al General Veintimilla, calumniándole sin misericordia. El ex magistrado, momentos antes de morir, expuso, desde su lecho, en hora solemne, que era inocente. Tan categórica voz, en presencia de la tumba, es respetable.

D. Roberto Andrade prende su antorcha en medio de la intencional tiniebla. Tiene también escrita la historia de la vida ecuatoriana, desde los albores del siglo XIX. Su obra despierta justa curiosidad.



LA NOVELA NACIONAL

¿Conviene nacionalizar la literatura? Esta pregunta huelga, una vez que la han dado respuesta, en eruditas discusiones, los más altos representantes de cada pueblo. Hasta los descastados y extranjerizados que *lloraban las miserias del Sena y describían las tardes de Estambul o las noches de Cristianía*, se han convertido a esta doctrina. Porque sin la nacionalización de la literatura, acaso no podrían concebirse la inmortalidad de los poetas, pongo por caso, ni las lumbreras del mundo, desde el que cantó al héroe de su raza, Aquiles, hasta al sufrido Platero, reencarnación del rucio de Sancho Panza, con el que el melancólico poeta recorrió los campos de Moguer iguales a «pan de trigo», pasó el arroyo de los Llanos, fue por debajo del puente de las Angustias, contempló las montañas de su tierra, la colina roja y viña vieja de Cobano.

En ella he leído cuanto he leído y he pensado todos mis pensamientos, dice Juan Ramón Jiménez. «En todos los museos vi este cuadro mío, pintado por mí mismo: yo, de negro, echado en la arena, de espaldas a mí, digo a tí, o a quien mirara, con mi idea libre entre mis ojos y el poniente».

Los libros más grandes de la humanidad reflejando están la comarca propia, el paisaje nativo, las costumbres del pueblo preferido, la patria literatura. Los miopos creen que, al nacionalizarla, se han de cerrar las puertas al arte extranjero. ¡Oraso error!

Hasta las palabras bárbaras toman carta de naturalización, ¿y no se dignarán adaptarse al genio nacional las visiones de la lejanía? Podemos adornar nuestro palacio interior con cuadros que de allende los mares vinieron, sin que la vetusta morada deje de pertenecernos. El corazón humano es el mismo en todas partes. Se habla de las complejidades del sentimiento europeo, de la multiformidad psicológica de la parisienese, como si, aun en teatros reducidos, no se conocieran los mismos conflictos psicológicos en el fondo, aunque estén variando los matices y escenarios. Quizá haya más intensidad pasional, más contacto con la naturaleza, en recónditos y diminutos campos, en los que florece el alma primitiva. En todas partes hay Elisás, Gala, teas, Fléridas que inspiren a nuevos Garcilasos. ¿Ha parecido exótica en América la perversa psicología de Olandina, de la graciosa Colette, desde que entra en la escuela hasta que desaparece? La sustancia queda: sólo varía la decoración, que es lo superficial. Cuando el asunto cambia del todo en todo, ahí el sutil análisis, el profundo conocimiento del medio ambiente, el estudio de las condiciones fisiológicas de cada sujeto.

Pueblo que no arraigue su literatura en el espíritu nacional, no merecerá perpetuarse. La historia, a cada paso, nos está hablando de minúsculas naciones que surgen sólo por su literatura propia, genuina, vivida y escrita con sangre de sus venas. No son únicamente las demostraciones exteriores, el paraje, los que ponen sello nacional a la literatura: son estudios más hondos, penetración en la entraña popular, escarmentamiento propio, o mejor dicho, ambas cosas, casi inseparables: el mundo físico y el mundo moral.

Sotileza de Pereda, por ejemplo, no es la pintura santanderina, la montaña, el miraje marino: son todas las cosas, tanto el panorama de afuera como el interior, las costumbres de los pescadores y el alma sencilla y adorable de esa rica hembra, sanota y dulce: *Sotileza*. Preciosa novela regional es *Colomba* de Próspero Mérimée, por el cuadro externo y la descripción psicológica, por la visión poética y la observación personal. Ni *Sotileza* ni *Colomba* son ajenas al entendimiento de los lectores más apartados y simplistas.

El Quijote, la más grande epopeya novelesca del mundo, es nacional sin que por esto deje de ser uni-

versal. ¿Por qué se la tradujera y comentara tanto, si sólo tocase a los españoles, a los de idioma castellano? Los de razas contrapuestas, gustan más quizá de aquella pareja inmortal que un buen día salió de la Mancha, departiendo incomparablemente. ¿Cuál la razón de este fenómeno? La de que el estudio del corazón humano pertenece a todos los tiempos y a todas las regiones. El genio de Cervantes creó un tipo español, *fotografió* costumbres y escenas españolas, reconstruyó irónicamente lecturas muy difundidas en la Península, trasladó a su paleta paisajes de su tierra, tipos, ciudades y campos de España. Todo, en la perdurable obra, evoca la cuna del artista sorprendente que tantos primores caseros reveló, que fijó tantos diálogos auténticos, con el donaire y la galanura que le fueron dones maravillosos. Sin embargo, junto con la castellana, la vida real y el hombre de los más lejanos países encarnados están en el Quijote, que no obstante describir los ideales de una raza soñadora, acentúa la dualidad inacabable del cuerpo y el espíritu.

Conciencias estrechas suponen que la novela regional es joya en diminuto estuche encerrada por mano egoísta que no quiere exhibirla públicamente, algo así como el genio del cuento oriental aprisionado en una redoma. ¡Cuántos que se dicen andariegos cosmopolitas han visto la tierra sólo por el ojo de una cerradura! Para los pobres de espíritu, el viaje al rededor de su cuarto, como aquel famoso del inexorable ultramontado Maistre, consiste en darse de topetadas contra las paredes o cazar las moscas de la pobre habitación sin horizontes, porque carece de ventanas. No son aptos para comprender ese como esperanto psicológico que está dentro de marco local, trabajado por artistas genuinamente nacionales, que supieron del dolor propio, sincero, antes que de fingidas cuitas y amarguras que no apuraron jamás. ¡Realismo mentiroso que barnizó cachivaches robados! Demos interés y amplitud a lo que nuestras ojos del alma y del cuerpo palparon. El extranjero que lee a Cervantes no podrá por menos que admirar la casona española. La vida nacional refleja su clásica literatura. Así comprendemos la nacionalización de la literatura; así ansiamos que la novela desentrañe el alma ecuatoriana. No se sponga que el escritor realizará el aludido viaje al rededor de su sotabanco

para contarnos sólo el espacio limitado por cuatro tabiques. Puede encerrar un mundo y recordar ampliamente lo que aprendió, lo que vivió, lo que sintió en el viaje de la vida.

¿Deja de interesar al extranjero la *María* de Isaacs porque respira atmósfera colombiana? El conflicto del amor, tan enternecedoramente narrado, es argumento para lanzarlo a la faz del orbe, entre lágrimas y meridionales añoranzas.

Acabo de releer el libro sentimental de Jorge Isaacs: *María*, aquella delicada narración de un amor puro que, por asociación de ideas y recuerdos, me transporta a los mejores días de la infancia, en los que la bella Oloris volteaba su canastillo de flores de tranquilidad e inocencia para perfumar nuestras almas.

Son las once de la noche, fría y triste, como todas las de invierno, en especial en las soledades del campo. La hacienda *Pimán* duerme envuelta en brumas. El silencio reina, interrumpido sólo por el monótono y ledó martilleo del reloj de pared y por uno que otro sonido de la flauta india de algún peón que retardó el retorno a la choza a causa de la lluvia torrencial. Como éco perdido en la inmensidad de la montaña, llega hasta mí, con extrema tristeza, la queja pertinaz del yaraví, cual si esa extraña y desacorde música, sollozara por tantas cosas idas, por tantos cuadros y viejas figuras cubiertos de la pátina del tiempo.

María es obra sentimental, novela que se ha conquistado la simpatía americana. ¡Cuán tierno aquel relato de un corazón de poeta! Comprenden la honda belleza de esas páginas los habitantes del Mundo de Colón que han sabido palpar la poesía de los paisajes tropicales, ante cuya espléndida decoración se desarrollan las más nobles y grandes pasiones. *María* tiene aire de las pampas, aroma de bosque, retratos de costumbres colombianas, rumores del Zabaletas, pastoriles recuerdos de la cabaña de la Honda, quizás reminiscencias secretas de la tierra natal del autor.—Cali, ecos de los valles do

«Rueda impasible, turbio, peregrino»
El Cauca solitario, en su corriente,

Columpiando al pasar lánguidamente
El triste sauce y el gradual umbroso» (1)

La primera ocasión que, con miedo, recorrí algunas páginas de esa inocente novela, era yo niño: estudiaba clase ínfima. Hojear entonces *María* era, más que pecadoillo venial, caso de expulsión brusca del seno del plantel severo, para el imprudente mozalbete que se atreviera a leer «novela de amores». Tal se presentaba la intolerancia en aquellos tiempos de tiranía intelectual y de exclusivismo sectario. ¡Quizás lo hacían de buena fe! Pero la falta de ideas pedagógicas y la mal entendida disciplina que llegaba hasta el rigorismo, en lugar de conquistar prosélitos, creaban odios profundos que los años han amortiguado! Además, la prohibición de lecturas profanas servía de acicate para quebrantar la consigna y burlar el cuidado de los superiores. Bien sabe Jove que mis condiscípulos, mis contemporáneos, mis concolegas que fueron alumnos internos en aquella época, si leen estas líneas, me sacarán con verdad, pues lo que afirmo es hecho indiscutible que, por otra parte, no tiene nada de raro si se examina la opresión de los pupilos de entonces.

Rico propietario de ahora, de nombre aristocrático por el mérito de sus antepasados, fue en el internado del colegio mi compañero. Hallábase su escritorio junto al mío en la sala de estudio. Como niño de fortuna, de nada le privaban sus padres, tratándose de anteojos y comodidades. En cierta visita reglamentaria, dejáronle gordo cencerucho de monedas de plata, que él supo emplearlas juiciosamente, comprando, además de guantes para el juego de pelota, palitroques y algunos trompos, unos cuantos libros. Entre éstos, figuraba la hermosa novela *María* de Jorge Isaacs, edición europea de lujo, con pasta de la casa editorial española *Jubera y Hnos.* y labores al estilo de los que hay en la portada de algunos dramas de Shakespeare, editados en Barcelona por Montaner y Simón.

Es el caso que no concluí su lectura, porque la había a hurtadillas, unas veces escondiendo la obra en la carpeta, otras poniéndola algún texto de estudio enci-

(1) Soneto *El Cauca* por Jorge Isaacs

ma y, por último, recorriéndola al soslayo, favorecido por la sombra de mi brazo izquierdo, cuyo codo afirmaba en la mesa apoyando la mano en la frente. Medroso como todo niño creado en el rigor, temblaba al ver al adusto bedel, a quien llamábamos *cuidador de sesión*, que nos regentaba en las horas de estudio. Con paso menudo y callado, caminaba, breviario en mano, aparentando aire humilde y simplón, pero regresándose a cada momento y recurriendo a la astucia para sorprender a los alumnos en cualquier flagrante contravención disciplinaria. Sólo el inteligente padrecito Ríofrío, sonreído y bondadoso, nos toleraba algunas travessuras infantiles. Era el mimado de los niños: gustaba siempre de los suaves consejos, mas no de las medidas violentas. Lectura profana permitía de tarde en tarde: Fábulas de Iriarte, Samaniego y aventuras de Julio Verne, pero nunca novelas de amores como *María*. El compañero aludido hizo regresar este inocente libro a su casa, a fin de que no fuera comisado. De esta manera el rigorismo educacionista impidió que concluyera la lectura de aquella obra que, según notables críticos, pueden consultarla sin rubor hasta las más púdicas doncellas, pueden recorrer sus páginas los niños, no con miedo, sino apaciblemente, conmoviéndose al contacto suave de esas escenas puras y sentimentales que vierten sobre el alma el rocío de los santos afectos.

Perjudicial es la lectura de novelas para los cerebros débiles. Soy el primero en reprobar tan funesta costumbre, sobre todo entre los adolescentes; pero libros como *María* son morales.

Libre ya del encierro, la segunda vez lo leí íntegro, cuando estudiaba filosofía en el externado del Colegio Nacional. Saboreábalo entonces con detenida fruición, porque ya empezaba a comprender de achaques literarios y ponía atención en el fondo y en la forma, en la naturalidad de la narración y en su fácil estilo. *María* es un poema virginal. Trae de suyo lágrimas a la pupila y tiernas frases a los labios.

«¡Ah! los que habéis llorado de felicidad así, llorad de desesperación, si ha pasado vuestra adolescencia, porque así tampoco volveréis a amar ya! ¡Primer amor! noble orgullo de sentiros amados: sacrificio dulce de todo lo que antes nos era caro a favor de la mujer querida: felicidad que comprada para un día con

las lágrimas de toda una existencia, recibiríamos como un don de Dios: perfume para todas las horas del porvenir; luz inextingible del pasado: flor guardada en el alma y que no es dado marchitar a los desengaños: único tesoro que no puede arrebatar nos la envidia de los hombres: delirio delicioso inspiración del cielo ¡María! ¡María! ¡Cuánto te amé! ¡Cuánto te amara! (1).

¡Cuán triste la historia de ese amor inocente y desgraciado que se marchitó en flor, en la primavera de la vida, dejando, como en apagado hogar, puñado de tristezas en el corazón del joven soñador que, en las regiones de su fantasía, levantara los más espléndidos palacios! La felicidad huyó como una sombra.

¡Oh, el idilio y la tragedia dándose la mano! Alma juvenil desgarrada sin misericordia por las espinas del dolor fué Efraín; ángel que vuela al cielo en temprana edad, María.

Pero el autor vivirá en muchos corazones de candor, desmintiendo el amargo despecho del poeta elegíaco que asegura que

«Ni *Efraín* ni *María* idolatrada

Tu muerte llorarán, ¡oh amigo! ¡oh noble!

Trás de tanto baldón, venga la nada!» (2)

¡María, María, cuántas pasiones infantiles y qué mundo de ternezas evocas! ¡Cómo volviéramos a leerle, libro virginal, quebrantando la rígida consigna de la infancia, en la dulce prisión del seminario! Días de encierro y de sufrimiento aquéllos, pero días felices de albura de conciencia. La serpiente de la ambición no rastreaba todavía, azotando a las almas, castañeteando de envidia, erizándose de coraje, aumentando los cascabeles del dolor. La vida entonces no era un combate, sino tréguva inapreciable. Con la venida de la razón, empieza la lucha.

Otra novela colombiana, de admirable marco nacional, es «*La Vorágine*», de la que ya se han hecho en Bogotá más de tres ediciones.

(1) Jorge Isaacs.—*María*.

(2) José Antonio Restrepo.—*Poesías*.

«La Vorágine», nombre sugestionador, atrayente como un remolino, de doloroso mareo como el vértigo, fatalmente devorador como el abismo, como la selva, como la muerte.

La Vorágine es la historia patética y real de los caucheros, de las infortunadas bestias que son explotadas bárbaramente en la desesperante soledad de la ma, raña tórrida, lejos de la moral, de la ley, de la justicia, de la piedad humana.

La sed del oro en el que se transforma ese líquido lechoso arrancado a la selva, tienta al crimen y a los sucesos más inauditos.

Hace algún tiempo, en nombre de la civilización, la prensa de Inglaterra denunció los crímenes ocultos e impunes, repugnantes y repetidos que se cometían en el intrincado Putumayo: martirios, matanzas, robos, esclavitud, trata blanca, hambre, desnudez, salvajismo. Estos cuadros horribles y sangrientos, como visión dantesca, se suceden en *La Vorágine*, admirable relato del escritor colombiano José Eustasio Rivera.

Se presenta como limador de los manuscritos del infortunado y talentoso Arturo Cova que fueron remitidos al ministerio de su patria por el cónsul de Colombia en Managá. Esta circunstancia y el fragmento de la torturadora carta que reproduce, contribuyen al mayor interés, al *despistamiento*, a la seducción del libro, que desde sus comienzos se apodera del lector, llevándole por parajes desconocidos, habitados por la desolación y el exterminio: tumbas rodeadas de maleza. Desde que el protagonista Cova sale, con Alicia, de Bogotá hacia el Casanare, hasta la odisea en busca de la madre infeliz y el ansia de sanción para el feroz Barrera, todo impresiona y despierta curiosidad creciente.

Rápidas descripciones, siniestros brochazos, vivas hipotiposis, darían motivo para más extensas narraciones, que el autor las sintetiza hábilmente, desplegando, como en cinematógrafo de pesadilla, una cinta fatal, que levanta protestas y lágrimas.

Se siente el horror trágico del árbol que engaña, la vida agresiva que en su fecundidad todo lo devora, la muerte ineluctable en medio del verdor injuriante. Hambrientas hormigas —congas bravas y temibles tambochas—, fiebres tropicales, beriberi, traidora ho-

jarasca, bejucoes hostiles, locura de la selva inhumana, ríos llenos de dificultades, sombras espantables y tiránicas ¡qué de adversarios, superiores a la más indomable energía!

«¡Oh selva, oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la nobilina», exclama José Eustasio Nivera, al pintar la prisión inaudita de un puñado de valientes y desalmados, en la mortal peregrinación en busca de libertad redentora. Si fugaban de un martirio, caían en otro peor. Hasta los asesinos se asesinaban, dice el autor, al invitarnos a una hecatombe inspirada por la codicia. Luego, las lubricidades inconcebibles y las dictaduras monstruosas.

Acentuadas pinturas de caracteres surgen en *La Vorágine*, destacándose la del viejo Clemente Silva, padre misérrimo que ambula floriqueando por la espesura, como por una sucesión de vía crucis, en busca de su hijo Luciano. Estos episodios ascienden a la grandza de una tragedia oculta en el misterio de la montaña. La ironía del infortunio llega hasta el indescriptible sarcasmo, al palpar la peregrinación macabra de unos pobres seres, humanos esqueletos, perdidos en la selva: los prófugos caucheros desorientados en el tenebroso mar de vegetación!

La lectura de los pavorosos naufragios no impresionan tanto como ese naufragio en el piélago de verdor. Queda el horripilante recuerdo de maldiciones y fratricidios apretándonos el alma en el puño. A cada paso, cadáveres de racionales que cayeron, víctimas del crimen, de la impotencia, de la vesanía selvática, de las enfermedades, hambre y sed en el rancho fatal de la montaña impacable.

El aislamiento, la falta de sanción, descorazonan más, apagando hasta los últimos chispazos de la esperanza.

Bien escrita *La Vorágine*, no tiene desperdicio. Al contrario, se experimenta el deseo de obtener mayores noticias que al fin den paso a un rayo de optimismo y de justicia.

Pocos tecnicismos —la jerga de los caucheros— necesitan de explicación: se los comprende fácilmente. Con todo, no les haría daño al ir acompañados de algunas notas. El verbo *picurear*, por ejemplo, es desconocido entre nosotros.

La importancia del libro es tal, que olvidamos por completo la novela, para sólo abrir las bronceas puertas de la evidencia. Esta ilusión cautivadora, que des- tierra causancio y ficción, el mejor elogio de *La Vorágine*.

Se nos antoja que quien se dejó atraer de la selva, perece en ella, en la vorágine que le traga, porque la paradoja se cumple: tanta vida tropical es sentencia inapelable de muerte, en la ubérrima y tenaz lucha de la naturaleza por absorber al pobre rey de la creación, ridículo gusano en el mar selvático de profundidades alucinantes, letales caricias, paisajes que acobardan y misterios que desorientan.

Para el fracaso de tantas vidas de obreros que a sepultarse van en la montuosa sima, el nombre de *La Vorágine* sube a las alturas de la épica elocuencia.

Saber bautizar a las cosas es un triunfo más, concedido a pocos mortales.

En el Uruguay, Víctor Pórez Petit nos ha referido gráficamente los horrores de la guerra civil, la barbarie del alma campesina, en su sabrosa novela campesina *Entre los Pastos*, que rastrea el temperamento de la infortunada Baudilia, las complicaciones amorosas de Juan de Dios y la pasión salvaje del capataz Margarito. Abí los bandidos de las revoluciones, el ir y venir a salto de mata, los encuentros sangrientos, las proezas de terribles lanceros como Orlacio Cruz. Ved esta cinta trágica:

«Ya bajaba el tropel de ganchos en medio de un imponente alarido. Las descargas cerradas, como guadañazos colosales de fuego, barrían a los jinetes; pero los demás seguían su avance desbocado, estrechando filas, llenando los claros, como un turbión de poseídos. Y así se produjo el choque. Hubo una espantosa confusión de jinetes e infantes; un trueno de descargas a boca de jarro, al que contestaba el gauchaje con chuzazos y mandobles; un griterío frenético de gentes locas que se asesinan y se despedazan. Rodaban los caballos, saltaban los jinetes, caían los infantes, bramaban los heridos, fulguraban los máusers, flotaban las banderolas de las lanzas. Era un remolino de hombres y de bestias persiguiéndose, rodeándose, escapando, volviendo, amontonándose, en medio de gritos y de relámpagos, entre juramentos de hombres que se desangran-

pisoteados por los caballos y truenos de fusiles que abatían en seco a los centauros».

Otro escritor uruguayo, español de nacimiento, Vicente A. Salaverry, nos convida a gustar con intensidad los encantos del campo, lejos de Montevideo. Por sus páginas susurra un vienteçillo, como de jardín propio, aromado por flores cuya esencia conocemos. La hacienda de *Los Canelones* se muestra con lo que le es característico. Nos lleva el autor a las faenas campesinas, a la «poesía del trabajo», con los esquiladores que guardaban sus fichas, que representan medio real, en curiosas portamonedas; asistimos a la caza de perdices y de zorrillos. Allí el lenguaje pintoresco de los labriegos, sus bravíos sentimentos, su épico valor, su fidelidad a toda prueba; allí los hervores de la *lucha sufragista*, las mesas receptoras de votos, por último, el crimen: Guevara ve caer a su patrón Víctor del caballo con un tiro a quemarropa. La sangre por doquiera, los ayes de dolor por todas partes.

—«¡Para qué habremos nacido!—era la exclamación del coro.

«¡Pobres víctimas de la vida! Hombrés atormentados; mujeres derrotadas; niños que, sin haber hecho mal, pagaban las culpas de quién sabe cuántas generaciones. . . .

«Y en las densas, en las compactas tinieblas; se encendía de pronto una llama azulada, semejante a la del alcohol. Y la trémula llama se iba alzando, alzando, alzando. Y entre sus crestas de fuego, todo nimbado de luz solar, envuelto en una túnica inconsútil, se elevaba el cuerpo pálido de aquel crucificado que padeció en Judea. Era el romántico nazareno de las turbas floridas, que extendía sobre las víctimas sus trucidadas manos penitentes.—¡Sembremos el amor! ¡Sembremos el amor!»

Junto a la miseria humana, el novelista y narrador de fibra Salaverry nos da el consuelo de la lujuriente naturaleza uruguaya, tan próspera en su ganadería. La pintura de hábil artista puede verse en pocos párrafos. «Los valles, dice, aparecían en sombra. Febo iba declinando. Bandadas de cotorras, después de cebarse en los maizales próximos, buscaban para dormir el abrigo de los más altos árboles. En torno de unas chacras lejanas, revoloteaban bandadas de tordos; pájaros hol-

gazanes, que no hacen nunca ruido. Enhiestos cactus ponen, como un castigo, sus gruesos troncos espinosos sobre la estéril roca. Con la negra tijera de sus alas, corta el aire un carancho...»

Son visiones hermosas que, como perlado rocío espiritual, tonifican nuestro ánimo, abatido por la perfidia humana; son promesas de futuras cosechas más opimas.

«El campo se llena de rumores. Es esa música cromática que cobra siempre un encanto nuevo con el crepúsculo. El motor del auto amplía sus latidos, como un gran corazón, al ascender por los repechos. Los jinotes escoltan el vehículo. Gritones teruteros alzanse revoloteantes. Una lechuza asalta a todos con el mirar de sus ojos inexpressivos y extáticos, en una cabeza toda movilidad. Las ranas de un bañado le cantan a la luna que no quiere salir.»

Los escritores de savia juvenil, que observan las cosas y saben transmitir con vigor el resultado de sus contemplaciones, gustan siempre por sinceros y por ilanos.

Salaverri, que ya se inició con otra novela: *El Corazón de María*, es periodista de fuste, sagaz para las entrevistas. Medurado temperamento crítico, su brillante carrera le augura triunfos. Es optimista. Sin embargo, apura a veces la ironía que va hasta el desencanto, cuando se acuerda de la tarea ardua de los que escriben, sobre todo en atmósfera hostil que no comprende el esfuerzo físico y el desgaste mental de los peones de la pluma, como aquel pretérito genio dramático que se llamó Florencio Sánchez. ¡Qué tarde llegan las reparaciones! "Cuando se hacen poesías en el Río de la Plata, se demuestran, por lo menos, dos cosas criticables, murmura: afán de destacar intelectualmente el escaso sentido práctico. De lo contrario, nadie perdería el tiempo en empresas que, sobre no dar provecho, sirven para que mucha gente hable mal; porque si bien es cierto que todos aspiramos a ser distinguidos, es igualmente exacto que a todos nos molesta la ajena distinción. A cada uno de nosotros nos placaría sobresalir; siendo torre señera, en tanto deseamos que los otros resulten a nuestro alrededor esa barrida de cosas chatas, cuando no vulgares, que circundan al monumento erigido por la audacia de quien

concebió el campanile. No es otra la razón de que a toda gran dama se le calumnie, a toda beldad se le busquen defectos espirituales y a todo escritor de talento le persigan cien víboras, que destilan ponzoña por sus estiletos”

En la Argentina, Mannel Gálvez recuerda la aristocrática ciudad tradicional, Córdoba; la vida vertiginosa de Buenos Aires; *las costumbres del pueblo en sus novelas*. El autor de “La Gloria de don Ramiro” da a la América una novela. Surge, en la fijeza del marco nacional, Zogobí, de Enrique Larreta. Su lectura plasma la sensación de la estancia argentina. Se diría que la imaginación recorre el paisaje de la pampa, tierra sin historia, pero plébrica de vida y de promesas. Acude, por el espiritual convite del autor, a las fiestas y costumbres campestres de “El Mirador” en la castiza novela criolla. Conozco la tercera edición, salida de los talleres de Jacobo Penser, que advierte ser la definitiva.

Admiré, hace años, a Rodríguez Larreta que con tanto arte evocó el ambiente de Avila y nos refirió sus impresiones de la España férrea.

Ahora, el acandalado Enrique Larreta teje una historia trágica, en la que—como en Rigoletto cae asesina—da Gilda por causa de su propio padre que se equivoca en señalar a su víctima,—el apasionado Federico, o Fico, cual le llamaba su cariñosa madre Rosario, asesina, en las sombras de la noche, a su idolatrada novia Lucía, creyéndote embozado enemigo. Por debajo del poncho, le hundió el puñal en presencia de la supersticiosa y extranjera Zita. Advertido del error, clavóse el cuchillo en el corazón. El drama es terrible.

Larreta pinta bien a sus personajes y describe con maestría:

He aquí algunos bellos trozos, tomados al acaso:

“Una tarde, una de esas tardes trémulas de fines de verano, en que a punto de anochecer el campo se sume en alucinada melancolía bajo el sollozo del cielo, y en que parece que la conciencia de todo lo que existe se detuviera un momento a meditar en su loca ansiedad, Lucía y Federico regresaban juntos de una carcería de avestruces, en San Miguel, siguiendo los coches de la familia, ora al trotecito, ora al galope de su caballo. En toda la extensión inmensa, el rosado vapor de una laguna, a cuyo borde plañía un rebaño,

del mismo color de la niebla, era lo único que interrumpía la línea del horizonte".

"Mañana radiosa de ese fino mes de mayo, que dice mejor aun que los meses primaverales, la gracia vivaz de esta tierra de los frenos de plata, de las grandes espuelas, de los jinetes flacos y ágiles".

"A medida que la luz se apagaba en el cielo, crecía en la laguna el parloteo de los pájaros innumerables que buscaban sus nidos o se acomodaban para dormir. Los cisnes de cuello fúnebre aparecían y desaparecían, a lo lejos, entre los islotes. Pasaban, ideales y frágiles, en el crepúsculo".

"Por momentos oíase gemir a la lechuzas o cracitar vagamente a los cuervos, que pasaban volando muy cerca, pero invisibles; mientras, en torno del agua, el canto de los sapos y la ranas se concertaba en un solo sonido como la nota continua de un roce en el mojado cristal".

Tarreta mancha bien el castellano, da tersura a las frases, al par que las reviste de sobria elegancia. Sus oraciones son claras y de clásico sabor. En "Zogobí" sabe transmitir la viva emotividad de la tierra que tanto conoce y las pintorescas peculiaridades del campo argentino. Viene a descubrir la mina, poco explotada todavía, de la novela americana, que tantos tesoros encierra.

Construyamos en terreno que nos pertenece, a fin de contemplar sonrosadas lontananzas desde nuestro mirador. No vayamos a dar razón de las antípodas antes de saber al dedillo la ubicación de nuestro hogar. Si el hombre se ha empeñado en recorrer los dominios de la naturaleza, ha subido a besar la frente de los cielos y ha bajado al seno de los mares, justo es que entre en el corazón de su raza: de su pueblo, de su familia, en una palabra, en su propio corazón, a sorprender sus latidos, sus aspiraciones, sus morbos y sus esperanzas. Ciudades emporio de civilización florecen lo mismo en Europa que en América; pero quedan también vetustas urbes, llenas de calma y de poesía, de las cuales el novelista puede tomar suaves colores para sus cuadros. El certero análisis, el sentimiento genético, hallan inspiración en lo pequeño y olvidado. Por esto ha cantado, evocando las rías si-

lenciosas, el sentimental Mariano Granados, la melancolía y riqueza anímica de las añoranzas que otros desprecian.

«Estas calles tan solas, tan vetustas, tan rancias,
sin tenderos, sin gentes, de un identismo humano,
tienen espirituales, exquisitas fragancias
y esa noble acogida silenciosa de hermano.
Al revés de esas otras bulliciosas y huecas,
son calladas, sombrías, de modestia inefable.
¡Cantan siempre al silencio de tan varias materias!
¡Tienen tantos encantos sus penumbras amables!
Yo las amo y las busco como oasis de calma
cuando escapo del hombre que va siempre conmigo:
ese fiero centauro que es la sombra de mi alma
y mi guía, mi esfinge, mi otro yo, mi enemigo.
Y en la vida nerviosa, agitada, altanera,
donde el nervio es la cuerda de un moderno salterio,
estas calles calladas, son compases de espera
que ha marcado, pausado, con su mano el misterio.»

Por fortuna, América se esfuerza hoy, con la pluma de oro de sus más altos escritores, en trazar y esparcir lo que le toca de cerca. Como en las remozadoras aguas de Castalia, enebumbrados vatos hacen sedientos en frentes del continente nuevo, para decir el poema del solar de sus mayores y de las glorias de la patria magna.

Jóvenes, novelistas, desde México a la Argentina, siguiendo las huellas de Nájera, Nervo, Urbina, Sarmiento, Mármol, Rojas, Lugones, Gálvez, que se ocuparon en asuntos de América, cultivan la obra local, la de la sección, para integrar genuinamente la nacional, convencidos de que así edifican sobre sólidas bases una literatura criolla, digna de abundar en monumentos respetables como las nieves montañas de los Andes. Tanto la provincia, el burgo, el barrio, como la república, la unidad como la pluralidad, la parte y el conjunto, son estrofas del himno patrio.

El criollismo ha sido calumniado: se le ha creído planta raquílica, de pobre raigambre y superficialmente trasplantada a estrechos vergeles, circuidos por va-

llas egoístas. Quienes tal propagan, creen a pie juntillas en las limitaciones del arte infinito en sus concepciones. El arte es como la *Comedia Humana* del gigante Balzac, espejo de su época y de todas las épocas; pintura de Francia y del mundo; auscultación de enfermedades parisienses y cosmopolitas, de endemias y epidemias, historia nacional y general, geografía del lugar nativo y topografía del universo.

En la república del arte no se conocen los tratados limítrofes. Puede el genio tocar a somatén desde el humilde campanario de su aldea: las generaciones le oirán del uno al otro confín.

Mistral, cual un felibre de ardientes canciones, burló, en dialecto popular no muy difundido, el idilio de una comarca limitada, de ingenuas costumbres. Nadie, sin embargo, negará que su *Mireya* no es patrimonio de la humanidad, como un sol de todas las regiones, y ha sido traducido — poema soleado y seductor — a muchas lenguas.

Si el criollismo ha de entenderse así, — artístico y de recia convergadura — pasará las fronteras. El navío cargado de tesoros navegará por la amplitud de los mares sin arriar su bandera. En arte, la inspiración nacional es secreto de inmortalidad. ¿No son nacionales, recogidos en la tradición del pueblo, los temas épico-líricos del mago Wágner, del sentimental Chopín y del melancólico Grieg? La lira orquestal de Gounod, que se ocupó en arrancar sus armonías del fondo de los abrasados valles arlesianos y de la modesta granja de las Almezas?

El porvenir de la literatura ecuatoriana, fuerte, lozana, rica en ideas, se finca en su nacionalización, y en la nacionalización de sus empresas, de sus agrupaciones, y de sus ideales reivindicadores. Es necesario constituir la patria, caracterizarla desde las letras que nos atañen, desde el territorio que nos corresponde, desde la escuela y la educación que nos incumben, hasta sus instituciones, sus leyes y su hogar venerable, que espera le estén ilustrando *inmanentemente* sus genios, sus hijos.

Como sombra siniesca, pasó la novedad de la importación de tendencias, copias, gustos y hasta vicios, que no consultó las típicas condiciones del *adaptamiento*, del lógico acomodo.

Los países pobres, chicos y umbrosos, requieren de preferencia artículos de exportación, lo mismo en sus productos agrícolas e industriales que en los del arte en sus complejas demostraciones, esto es, del intelecto. Que nos conozcan dignos de la civilización, que lentes de aumento se enfoquen en nosotros, para que de este modo sean palmariamente rectificados los errores groseros y los prejuicios ridículos.

¿Y qué campo más vasto y ameno, más fecundo y a propósito para la artística prédica, para la difusión magnífica, que el de la novela?

Más hará ella que los políticos ineptos y los diplomáticos indolentes.

En el Ecuador descubrió el esplendor de su zona oriental en «Ommandá», relato triunfal, Juan León Mera, que nos pinta, junto con las maravillas de la selva, un drama entre salvajes. De las costumbres provincianas es fácil rimir la novela «Entre dos tías y un tío» de trágico desenlace.

«Egloga Trágica» es la fotografía del alma esquiva del indio y el grito de la naturaleza bravía.

Fernando Chávez con «La Embrujada» descubre las hechicerías de los curanderos primitivos y la ignorancia de los campos. «Plata y Bronce» del mismo autor es la palpitación de la raza vencida, la inmutable psicología de la *longa*, el bello asunto nacional, traza de con fina observación de lo que al Ecuador toca con derecho.

La novela nacional, más que asunto de mera exterioridad y empleo de voces criollas, es el reflejo de la conciencia de los países americanos.

El Ecuador, no obstante lo que lleva andado, no sale todavía de la infancia. Es, en verdad, niño en la vida de las naciones. No tiene ni un siglo de existencia republicana. Sería temeridad exigirle arte propio. El arte nacional se forma a través de las odas. Mucho es que ya se preocupe de cantar sus bellezas, tendiendo a encerrar la novela dentro de un marco hecho en casa.

El arte es cosmopolita, por otra parte; y jamás puede sustraerse a las corrientes universales. Un sabio de nuestros días, Gustavo Le Bon, ha dicho que «hoy ya no existe ningún pueblo que tenga un arte nacio-

nal, y todos, ya sea en arquitectura, ya en escultura, viven de copias más o menos felices de épocas desaparecidas.»

Si en la novela nacional se dejan sentir influencias extranjeras, que, en medio de la reproducción, el género nuevo no olvide a la patria, pintando cariñosamente lo que ve, cuando no acierta a entrar en su alma.

Artistas ecuatorianos han producido admirables flores de belleza. Que el jardín se enriquezca, a fin de poder presentar al mundo la mayor cantidad de emoción, sea de propia cosecha, sea inspirándonos en los maestros de viejas comarcas, llenos de experiencia.

Por lo pronto, la novela empieza a ser americana: cada nación exhibe las galas de la tierra, aun cuando no siempre salga airosa en la exteriorización de los conflictos psicológicos.



LUIS A. MARTINEZ

SU NOVELA "A LA COSTA"

K

Cayó el íntegro lechador, fiel a la consigna del deber y envuelto en los girones del pabellón de la patria, a la que tanto amaba, como la saben amar los soldados del trabajo y las almas soñadoras de los sacerdotes de la belleza.

El verbo indignado del político ferviente, la escarpela roja del patriota de verdad, el pincel del exquisito artista y la pluma del novelador de aliento, cubiertos están con el crespón de un luto que nos hiela de dolor y embarga la enferma voz en la garganta.

Más que el zarpazo de los males físicos, le mató, en mitad del camino de la vida, la anémica e implacable segadora que reparte las angustias morales y cosecha sacrificios y desilusiones.

Don Luis Martínez fué personalidad muy compleja y alma de acero para la múltiple tarea de cada día. Por el lado que se lo estudie, surge el patriota modesto, el obrero incansable del pensamiento y de la acción, el ciudadano honrado, el artista que estudió las costumbres del pueblo y describió admirablemente la variada naturaleza tropical, recorrió selvas y ascendió mon-

tañas, en ansia de copiar bellezas y de inquirir secretos agrícolas.

Descubriendo en los horizontes de la esperanza una inmediata y bella realidad, salió incesantemente con el suspirado ferrocarril a la rica zona oriental del país, se penetró de la sublime soledad de nuestras montañas, de las altas cimas que un girón de nube las cobija, de los agrios riscos donde anida el cóndor, de la lujuriente flora ecuatorial, para trasladarlos a sus lienzos, con un primor de colorido que seduce y pasma.

Los hábitos de las distintas clases sociales, la génesis del doctorado, las *delicias* del campo en casa de la familia de don Anaclero, la evolución de los instintos revolucionarios, gracias a las peroratas de aquel Demóstenes de aldea don Prudencio Mosquera, jefe del "Club de los patriotas", las desventajas de llamarse Pedro, Alejandro o José a secas en esta tierra de rimbombantes apariencias hasta en los nombres, las picarescas escenas de convento, las genialidades del pueblo, sus aspiraciones y ridiculeces pintados están en *Disputates y Caricaturas*, con satíricos toques magistrales. El cáustico Fray Colás, que tiene honroso sitio en la literatura ecuatoriana, desenfadadamente punzaba, ya con burlas al modo de Aristófanes, ya con el humorismo de Mark Twain, o hería, si bien pocas veces, delicadamente, con alfilerazos muy sutiles en la epidermis, que después del escozor provocaban sonrisa picaresca.

Los paisajes de la sierra y sobre todo del litoral de la República, ahí esplenden con naturalidad y eterna vida en su novela *A la Costa*, que abunda en cuadros de real poesía.

Tuvo Luis A. Martínez entroncamientos con vates de renombre como Juan León Mera, cantor del emocionante drama de las selvas orientales—*Cumandá*.

Educóse bajo la rígida disciplina de su padre, el apreciable juriscónsulto don Nicolás Martínez; por esto, fué austero en sus costumbres y espartano en su carácter.

Y encima de estos méritos de buena ley que agigantan al probo ciudadano, se halla la noble misión de profundo maestro de la juventud. Predicó elocuentemente con el ejemplo. Las tersas páginas de su vida no tienen manchas ni claudicaciones, a pesar de que él también en cierta ocasión enfrascóse en revoluciones.

y por ende en luchas fratricidas. Su muerte fue la apoteosis de su inmaculada existencia. Su sincera doctrina liberal, sin dobleces, no se enfrió jamás, ni nunca vaciló con las caricias de la falsía o de la conveniencia. ¿Cómo hubiera llorado su alma con los escándalos, desvergonzadas ambiciones y crímenes que han llovido sobre el Ecuador como las plagas en este nuevo Egipto de faraones y de colosos de ladrillo!

Su talento didáctico se empeñó en propagar los preceptos de la agricultura, vulgarizando la ciencia experimental, para aplicarla a nuestras vírgenes tierras.

Hombre laborioso hasta la exageración, espíritu magnánimo, altivo y culto, poseyó el raro secreto de inspirar la simpatía de los modestos e inteligentes, de los ingenuamente ilustrados que cautivan desde el primer momento con lo sencillo y hasta campechano de su trato.

Su actuación como secretario y luego como Ministro de Instrucción Pública y Fomento en el primer período del atacadado general Leonidas Plaza G., dejó huellas luminosas. La historia hará justicia a sus dos grandes ideas: el ferrocarril al Cuzaray y el Instituto Agronómico de Ambato. Martínez ilustró con práctica conferencia la facilidad de una línea férrea desde el Tungurahua hasta algún río navegable del Oriente Ecuatoriano. Marchó en seguida a los Estados Unidos a contratar ingenieros para el estudio de la obra. A su honradez catoniana, unía un concepto práctico de la vida, un buen sentido, un refinamiento de artista que derechamente le llevaban al éxito.

Sucumbió de dolor esta alma delicada que solía orar fervorosamente junto al mármol del Acrópolis helénico y gemir por la sombra de Pericles; sucumbió sin remedio al mirar—en medio del duelo de su hogar por la muerte de la florada compañera,—sus ideales ¡ay! imposibles yá por la fuerza de la fatalidad y envueltos en la tiniebla de la suerte de la patria, a la que tanto amó, con el afecto de los buenos, que como él, se tiran de rodillas, en santo arrobamiento, ante las divinidades de la Grecia inmortal.

Como tributo a su memoria, le consagro este ligero estudio acerca de su novela "A la Costa".

II

La novela, a cualquier grupo que pertenezca, ha sido poco cultivada en el Ecuador. Reducido es el número de obras que, en estricta clasificación, corresponden a este género. El teatro, el periodismo y la novela forman la trinidad de este siglo, son los grandes factores de la civilización contemporánea. El estilo descriptivo, la prolija observación, la frase narrativa, el análisis de las costumbres y vicios sociales, el estudio psicológico de los personajes, en una palabra, la novela—es preciso insistir—ha sido planta exótica en esta tierra de exuberancia mística y poética, de versos muy sobados por su tema—el religioso. Año tras año, se escriben en Europa millares de novelas, que si bien es verdad las más son de pacotilla, trazadas sin esmero, porque se las considera como fácil mercancía; *romances* de cajón, que salen por entregas, que brotan de una misma fuente: el negocio de libreros inescrupulosos; novelas que están forjadas en molde único—el escándalo, el suicidio, el ruidoso asesinato y adulterio—y obedecen a igual falsilla; no es menos cierto que hay muchas de lectura saludable, sobre todo en España, Francia, Polonia y Rusia. En la Madre Patria, Blasco Ibáñez, Ricardo León, por ejemplo, se acarrean la estima del mundo.

En América es distinto, a pesar del considerable movimiento literario de hoy día. Si se exceptúan a tres o cuatro novelistas conocidos, la factura es muy escasa, sobre todo entre la juventud pensadora. El pequeño círculo de aficionados no se ocupa en propagar este difícil ramo literario; por esto, son contadas las apariciones anuales en lo que se refiere a la novela. En cambio, el cuento, el episodio, la anécdota, siendo como son primos hermanos de aquélla, están de moda; pero, por desgracia, cuentos muchos de ellos fútiles y despreciables.

En el sinnúmero de revistas literarias que como en generación espontánea pululan de México a la Argentina, casi no hay una sola que no inserte cuentos a porrillo, cuentos en folletines, cuentos de a jomo y hasta cuentos tratados por el editor en las columnas de

gala. ¡Cuántas revistas me bullen en la memoria, las que, en su mayoría, nada útil ni nuevo traen, a pesar de su magnífica lectura material, inclusive las bonitas ilustraciones y el papel satinado! Pero la novela propiamente tal, brilla por su ausencia.

En el Ecuador conozco sólo las de Juan León Mera, Alfredo Baquerizo Moreno, Nicolás Augusto González y Francisco Campos; la desventurada *Carlota* de Manuel de J. Calle; *Pacho Villamar*, de don Roberto Andrade; *Luzmila* de Manuel Rengel; las psicológicas de Eudófilo Álvarez como *Abelardo* y *Ocho cartas habladas*; la abultada *Banila Negra* de Alomía; *Voleptuosidad* y *Las Cosechas* de Miguel A. Corral; las de Arturo A. de Borja; *Para matar el Gusano* de J. Rafael Bustamante; *Los malhechores de la justicia*, de M. A. Montalvo; una novela didáctico-científica, a manera de las de Julio Verne, de Abelardo Iturralde titulada *Dos vueltas en una al rededor de la tierra*, y un drama entre salvajes del P. Vacas Galindo. El joven Eduardo Mera gustó del cultivo de la de costumbres como lo prueba su libro *Serraniegas*. Las quiteñas rememora *Un antiguo observador* en la novela *Reveses de fortuna* que *El Comercio* publicó en folletín. El 13 de Abril de 1927 fue laureada la novela criolla *Plata y Bronce*, del joven escritor Fernando Chávez, al que pertenece también otra: *La Embrujada*. Ensayo de novelitas cortas son la de César Arroyo y Medardo A. Silva (1) El literato don Quintiliano Sánchez dió a luz *Amar con desobediencia*, de fase castigada; don Gabriel Unda su remedo de novela, muy corta por fortuna, *El ciego fingido*, en el que cuenta el trágico fin de la abarrotera que vivía en la Guaragua. Salvo éstas y las de don Carlos R. Tobar, una de costumbres de colegio, *Timoleón Coloma*, y otra histórica como los episodios nacionales de Pérez Galdós y Breckmann Chatrian, no sé de las demás. Las digresiones y episodios de don Juan Montalvo, bellísimos de suyo, no pueden considerarse, en rigor, como novelas. La «imitación de un libro inimitable», *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, ya es otra cosa: su excelencia la coloca en la cima, entre las de más castizo lenguaje del siglo XIX. La primera en este con-

(1) Véase el artículo «La Novela Nacional»

cepto, fue desconocida por grandes críticos españoles. Esto, hablando de ellas en general; mas lo que es algo revolucionario e irreverente todavía, sobre todo para las conciencias timoratas de los noveles escritores y la literatura ascética, es la novela realista, la escuela innovadora que tuvo por cuna Francia y fue engendrada entre los gritos de la revolución de 1789. De allí surgieron Balzac, anatómico del corazón, como alguien le ha llamado, los hermanos Goncourt y Flaubert, con su célebre *Madame Bovary*, que con tanta naturalidad reproduce los ecos de la vida de provincia.

Emilio Zola, Alfonso Daudot, Guy de Maupassant, Jorge Ohnet, Octavio Feuillet, Dumas, Cherbulieu, Halévy, Merimée, Emilia Pardo Bazán, Gómez Carrillo, Trigo, Baroja, Zamacois tienen aquí escasos admiradores entre cierto círculo muy estrecho. No falta quien llame asquerosidades sus cuadros vivos. El tono dulzón, la novela pastoril, es de más agrado para los que se asustan del espíritu revoltoso. ¿Imitarlo? ¿Quién se ha atrevido? ¿Cómo entrarán los bárbaros a sangre y fuego la ciudad eterna, eternamente exclusivista?

Con todo, la literatura ecuatoriana alborca ya con un ensayo de novela realista. Llámase «A la Costa»; al pie de este nombre hay otro no desconocido: *Luis A. Martínez*. Abro el libro, con perdón de la intolerancia.

Y de un tirón me entero de la primera parte, que pudiera decirse constituyese «La Sierra»; y al otro día de la segunda que, propiamente, es «La Costa». Leo de seguida, sin fatiga alguna, lo que es mucho decir, porque interesa y gusta, lo que de suyo constituyese apreciable cualidad. Buen síntoma.

Segunda seña de acierto es que se ha limitado la acción, que tiene sabor propio, lo que se llama colorido local, sin el que no se caracterizaría la novela ni viniera a ser americana.

Ya lo dijo Lamartine: «Si separáis la escena del drama y el drama de la escena, ésta se descolora y el sentimiento se desvanece. Quitad los arrecifes de Bretaña a Renó, las sabanas del desierto a Atala, las brumas de la Suavia a Werther, las olas embebidas de sol a Pablo y Virginia y no comprenderéis ni a Chateaubriand, ni a Goethe, ni a Bernardino de Saint Pierre».

Pasa en el Ecuador, en lugares que conocemos;

donde transcurrieron los días de la infancia. Las ciudades, los paisajes, las montañas, las haciendas, la atmósfera que rodea a esta obra son nacionales. ¿Para qué, como hacen los que no gustan de crear literatura propia, americana, —ir a buscar inspiración en Suiza o describir Venecia? ¿Para qué, si tenemos ciudades encantadoras por sus alrededores como Quito, Guayaquil, Ibarra, mendigar ajenas topografías? ¿Para qué hablar de los Alpes, navegar por el Sena o seguir a un hijo de Baco por los barrios bajos de Londres, si nos ufamamos con los Andes, con el Cotopaxi, con tantas espléndidas cumbres; si el apacible Guayas, el poético Daule nos seducen, si hay misterios y horrores en los vericuetos del Mapocho, en las vecindades del Rímac o en las cercanías del Machángara, del Tomebamba, del Tagnando; si nos deslumbra la poesía y sublimidad de esas nieves eternas y otras tantas hermosuras, desde el Cumbal al Macará, o mejor desde el Oolima, el pico de Orizaba y el Popocatepetl, hasta las pampas de la Patagonia o las tranquilas ondas del Nehuelhapi? La narración nacional, la acuñela de nuestras costumbres, he aquí lo que de preferencia se debe propagar en literatura.

Atiborrada la cabeza con novelas de tres al cuatro, como las de Coloma y Fernández y González; llena la imaginación de aventuras en callejuelas sombrías con damas sospechosas y matones embozados, como los que multiplicaba Pérez Escrich; bullendo en la memoria los sótanos arcanos y los prodigios de Rocambole, las fantasías que narra Ponson du Terrail; enloquecidos con diabluras policiales, robos prodigiosos, asesinatos y milagros de *detectives*; hartos de disparates dulzones y místicos como los libritos del canónigo Schmith y demás vulgaridades anónimas que dan como premio en los exámenes, parte de la juventud, gran parte de ella, no ha podido, por prohibición sacerdotal o paterna, recorrer el mundo prohibido de las novelas modernas, desde "La Taberna" hasta "La Mancebía", desde el "Punto negro" hasta "En Campo de Gules" o "La Bohemia Sentimental", mucho menos entretenerse en hacer estudios de nuestra naturaleza, en tomar apuntes de nuestras costumbres, bosquejos de la vida real, de lo que todos los días pasa por nuestros ojos y no nos fijamos, sopla en nuestras orejas y no oímos.

Verdad es que aquí la política lo invade todo, desde la cruz hasta el utensilio más secreto del hogar, desde el confesonario hasta el basurero, desde la beata más tonta y ociosa hasta el jurisperito más campanudo, desde el *cachifo* y monaguillo hasta el licenciado y canónigo, desde la ronda, trasunto del sereno de la Edad Media, hasta el más inofensivo bubonero; todos hablamos de política, y esta hija del infierno mata muchos cerebros, empuerea muchos corazones.....

Apareció "A la Costa" como un cuadro al óleo, como una reunión de personajes que aún existen, como realidad desconsoladora, como una protesta, como un eco de revolución. No vino como un soplo de novela; fue una realidad. Ha sido respirada y sentida. La rodea aire puramente nacional. Ha sido vivida. En los tipos que resaltan, se ha variado solamente los nombres. Esos personajes andan por las calles todavía. La pintura de los lugares es fiel. Se ve uno asfixiado por la pesada atmósfera de la zona tórrida en los puntos bajos y abrasadores; en las alturas se llenan los pulmones de oxígeno, con las suaves emanaciones de las flores y demás plantas asombrosas de la feraz vegetación tropical. El autor describe todo lo que sufrió; analiza y cuenta los dolores de una sociedad enfermiza y viciada; diagnostica, ausculta, percute el corrompido cuerpo social; estudia, con la patología en la mano, enfermedades que aunque están ocultas, no son menos conocidas. Esto en lo moral. En lo material, también, con vivos colores, se esfuerza en detallar los sufrimientos humanos y las afecciones, como si efectivamente hubieran minado su existencia. Así se intenta escribir la novela realista, así se procura vivir la novela.

III

Fue don Luis A. Martínez profijo analizador de la naturaleza, ya para trasladarla a su lienzo, ya para fijarla en sus libros: estudios geológicos y botánicos de preferencia para los primeros; conocimiento exacto del terreno, pintura verdadera y vivisección de las pasiones para los segundos.

Zolá, el novelador realista para quien los elogios y anatemas han venido de los bandos más opuestos, personificó en *Nana* un tipo de mujer que conocía; pero no satisfecho con esto, pidió los demás datos a sus amigos; para trazar "Lourdes" fue en peregrinación al célebre santuario y se confundió con la muchedumbre. Flaubert para regalarnos con "La educación sentimental" vivió en un asilo de enfermos expósitos y se mezcló con los huérfanos. Galdós se abraza con el pueblo y viaja con él en tren de tercera. Gorki desempeña personalmente variados oficios y se codea con vagabundos. Así también Raymond.

Exacto y patético es el cuadro descriptivo del desastre de Imbabura que era una obsesión para el doctor Ramírez—uno de los importantes tipos de "A la Costa". El hecho histórico acaeció en 1868: un terremoto espantable que todavía tiene testigos que lo recuerdan con horror, Don Luis A. Martínez lo traslada a su novela con frescas pinceladas. Campea la descripción de paisajes y costumbres. Y así registra el lector otras escenas a lo vivo, que revelan espíritu observador y escrupuloso hasta en el resalto de los pormenores; como la muerte del doctor Ramírez, los ejercicios espirituales en el Tejar, el campo que rodea a la hacienda Hnaico, el combate de San Miguel de Chimbo, que da tremenda y práctica lección al pobre Salvador, víctima de la educación hipócrita que mata la inteligencia, esclaviza la conciencia y arruina el carácter; lección filosófica que, hondamente desengañado, le hace exclamar en medio la revolución de sus ideas y de la enérgica protesta a todo lo pasado, a sus humillaciones y sufrimientos:

"No hay idea que valga. Los clérigos de las curias, no ven en las ideas sino el medro personal, el acatamiento estúpido de un pueblo explotado, ignorante y fanático. Los liberales tratan de quitar a los curas la presa para devorarla a su vez. Mientras tanto, el que tiene hambre no es satisfecho, el que está desnudo no es vestido, el ignorante, no es enseñado. El rico burla la justicia, el noble escupe al plebeyo, el potentado aplasta a todos. La Libertad no existe, la Religión es una vana pompa teatral, y la Caridad es orgullo, y la tal República del Corazón de Jesús es

una galera de forzados hambrientos, azotados por frailes y soldados”.

Y termina la primera parte de «A la Costa», dejándonos muchas enseñanzas, porque no es obra puramente imaginativa, sino que pertenece, como diría Ernesto Daudet, a las que reconstituyen cuadros del pasado, a las que no anotan mentiras ni ultrajan a la historia.

No he pretendido hacer crítica minuciosa, sino trasladar al papel una que otra impresión, una que otra idea que su rápida lectura me va proporcionando. Por esto, no he recurrido tampoco al manoseado expediente de los críticos de moda que, con referir a grandes rasgos el argumento o hacer a cada paso transcripciones del libro, llenan extensas carillas y salen de apuros, sin recordar lo que censura el escritor mexicano Francisco Sosa, que «nada hay tan fácil como caer en uno de los extremos a que conduce a los bibliógrafos y críticos el deseo de condenar en breves frases un asunto desarrollado, con mayor o menor amplitud, por el autor de la obra de que se quiere dar idea. O bien presentan un pálido bosquejo, una figura descarnada que previene desfavorablemente al futuro lector y que acaso le hace desistir de emprender la lectura; o bien, y esto acontece con frecuencia, el cuadro resulta tan acabado, que ahorra la lectura de la obra: pues muchos se conforman con lo que un artículo bibliográfico dice, y ese artículo les basta para orientarse, llegada la ocasión, conociendo y aún críticos de todo libro nuevo».

Nada de esto. Descarta que todos leyesen «A la Costa». Es de interés nacional, contiene muchas verdades, está lleno de primores, especialmente para los ecuatorianos que conocen el escenario y se han codeado con muchos de los personajes que actúan en ese drama sociológico, manchado y ensangrentado por la ignorancia en asocio del mal: la primera, representada por el pueblo que se deja esquilmar, y el segundo, por ciertos gremios que ponen en juego las más repugnantes pasiones en cambio del miedo personal.

IV

En el Ecuador, por desgracia, se ha cultivado de preferencia sólo la imaginación. El entendimiento ha

quedado ocidiéndose como cosa de segundo orden. De aquí el enjambre de versificadores, harto galopados, que no saben luchar por la vida, la legión de escritores de fantasía que nada práctico idran y que se mueren de hambre, por más que saquen a relucir sus antiguallas, sus giros de buena estofa y su castizo clausular. Más que culpable presunción, es enfermedad social lo que acabo de apuntar; son vicios de la pésima educación recibida. No se ha embebido jamás la juventud, salida de seminarios y conventos, en lo real, en lo que de la observación es fruto. No se ha redimido la patria de mitos y temas muy gastados. Todavía se dedican sonetos y abominables *versains* a los caudillos políticos y jefes de círculo; se encierra en un anillo vicioso de temas nimios, ora místicos, ora políticos, grandes facultades intelectuales; se esterilizan y acarrean el desprecio muchos literatos, con el diario manoseo de aquellos temas y declamaciones sin interés alguno público, sin mérito social, sin fin laudable y sin más aliciente que el oropel momentáneo, la lucha de bandería y el insulto, brotes innobles, ambiciosos y egoístas.

El sectarismo religioso y político, el misticismo y el partidarismo, el amor a ideas rancias y la fiebre de caudillaje nos van perdiendo. Y la patria llora sus desventuras. Y la juventud no puede avdarla por la precoz postración moral que la mata. Todavía no mínima parte de la juventud se ocupa en poner vallas al pensamiento y levantar montañas a la conciencia libre, en sociedades y agrupaciones nacionales en las que debiera imperar la tolerancia y el espíritu investigador; todavía la juventud pierde tiempo en forjar florilegios a santos y vírgenes infecundos, y en erigir estatuas, en el centro de universidades y colegios, no a sabios, a educadores y pedagogos, sino a creaciones mitológicas; restos de bárbaras teogonías, a perversos y bandidos como Constantino, a la advocación tal o a la prosopopeya del milagro cual, como si faltaran héroes, hombres eminentes, mártires que no cuentan ni con una lápida conmemorativa: todavía

La falta de carácter, desde la escuela, donde el niño se cría tímido bajo la presión del maestro brutal de hábito talar, hasta la oficina pública, el despacho ministerial donde el joven permaece en abyección sujeto

al jefe y procurando servirle y pensar como él piensa, esa falta de dignidad y de valor es la ruina del país. Hasta la instrucción pública es máquina de caricaturas políticas e improvisación de sandios profesores!

Del bachillerato, título obtenido a mal y mal cabo o por arte de birlibirloque, se va al palacio de gobierno a ocupar un empleo: mientras tanto, la agricultura pierde sus brazos más robustos y la ciencia sus más vigorosos cerebros. Médico, abogado y fraile: de esto no se pasa. Y cuando las miserias sociales, las estafas aun de los que, como los notarios, gozan de fe pública, los úniarios infanticidios, los crímenes ocultos, las desgracias privadas, la pobreza envilecedora. De aquí brotan los pleitos perversos, el juego que devora honras y fortunas, las enfermedades vulgares que no se pueden curar y las supersticiones espantables.

Las creencias naturales, la historia, los estudios profundos, el análisis científico, ¿dónde están? Todo esto me sugiere la lectura de «A la Costa».

En su segunda parte, que es la que propiamente da el nombre a la obra, se acentúa más la lucha por la vida; y es una pintura exacta de los sufrimientos, desencantos y decepciones que aguardan a los que, sin hábitos de trabajo, van en busca del pan a esas lujuriantes regiones y concluyen por ser devorados por la feraz naturaleza; en su imponderable fuerza transformadora, después de haber sido martirizados por el hombre tosco, por el selvático habitante de esas tierras tropicales. La descripción de éstas, bellísima y verdadera. Parece una copia fotográfica. La costa es un sepulcro para los habitantes del interior de la república, que allí se entregan al rudo laboreo, sin hábitos quizás de higiene y sin la prudencia necesaria.

Llenos de ilusiones, deslumbrados por los encantos de la vegetación, alucinados por la leyenda del oro que se da a manos llenas a los que trabajan, sedientos de lo porvenir, impulsados por el deseo de mejorar de suerte, van a obrar en un teatro extraño, donde los personajes son desconocidos, el clima letal, los abusos matadores y la falta de preparación completa. Esto sucedió a Salvador que marchó «A la Costa». Allí encontró su tumba, después de días amargos, enfermedades y de engaños; después de meses de una laboriosidad super-

rior a sus fuerzas, en medio de bandidos refugiados en la espesa montaña. Esta novela realista es una lección que se debe aprovechar, una página de historia contemporánea. Deja melancólicas impresiones en el alma. Como las películas del cinematógrafo, van pasando, uno por uno, los cuadros de las fuenas del campo, con todas sus fatigas y dolores, en el litoral de la república. La lucha de la vida se ensangrienta y el desenlace es desconsolador. ¡Triste fin de un esfuerzo mal dirigido desde su comienzo!

«A la Costa» debe conocerse. Las personas sensatas y honradas exclamarán, al final de esta jornada: «¡Es angustioso, pero verdadero!».

Esta epifonema se desprende naturalmente al cerrar la novela realista «A la Costa». ¿Tiene sus defectos en la forma? ¿Qué importa! Su fondo es una enseñanza. Con un dejo de ironía, dice Martínez: «Soy poco fuerte en ciencias gramaticales, pues mi coco ha sido, lo confieso, los estudios lingüísticos; debe haber en mis escritos un mar revuelto de faltas contra las reglas. Pero creo que otros escritores de campanillas las cometen en más abundancia, y esto, aun cuando es un consuelo de tontos, al fin es un consuelo». Los diálogos copiados del natural, a veces chayacanos, el estilo sencillo, vulgar en algunos puntos, las incorrecciones en una que otra parte, están superados por méritos incuestionables y por cuadros hermosísimos que se ven, se palpan y se sienten. Conozco aquello; he pasado por allí, qué exacto es esto, exclamamos, al recorrer las primorosas descripciones que en muchos puntos aventajan a las del reputado valenciano Blasco Ibáñez de *La Barraca*.

Su autor ha acertado. La obra es de mano maestra. Se revela el talento observador, la idiosincrasia que informó al mismo que trazara esos dibujos grotescos y esbozos sociales de indiscutible gracia y propiedad en «Disparates y caricaturas», ensayo de costumbres nacionales, pomposamente coronado con la novela «A la Costa». Se ve uno impelido, aguijonado por la tentación de reproducir a cada momento, de releer el cúmulo de perfectas y lindas acuarelas de la costa ecuatoriana, con su abrumadora vegetación, con sus panoramas teatrales, que cambian como por arte de magia, con sus cielos esplendidos, sus palmeras gigantes, sus enmarañados matorrales, sus bosques impenetrables.

trables, con todas las razas, asombros y hermosuras que se agolpan ante los ojos del viajero desde que, por primera vez, llega a Balzapamba, "el primer pueblo o más bien caserío de tierra caliente, en el camino que de Guaranda va a Babahoyo", hasta que se pierde de vista en la infinita lontananza, ese risueño edén, al zarpar en aguas del Pacífico, con rumbo a otras lejanías, a ajenas playas donde le devora la nostalgia.

Luis A. Martínez prestó importantes servicios a la sociedad con sus narraciones y estudios de la naturaleza. Puso el dedo en la llaga al descubrir la morbosidad social y lacerias del pueblo.

Fue franco y sincero. Emprendió trabajos de disección, con su prolija pluma, que en sus manos ora fue saludable bisturí, ora fascinador pincel. Escribió también "Cartas de Viaje" que se guardan en las hojas del *Album Ecuatoriano* y de la *Revista de Quito*.

No puedo resistir a la tentación de insertar su autobiografía, que escribió casi en vísperas de su muerte, acaecida en 27 de Noviembre de 1909.

"¿Biografía?—Bien corta. Tengo cuarenta años y he vivido ya sesenta. Un cuarto de siglo he luchado furiosamente por la vida. Lo he sido todo, desde peón y jardinero, hasta gerente de grandes explotaciones agrícolas e industriales; desde, Teniente Político de la más miserable parroquia, hasta Ministro de Estado; cazador, ascensionista, pintor, escritor, etc.—La pobreza y las contrariedades no me asustaron nunca; la prosperidad y los honores no me enorgullecieron jamás.—Cuerpo de acero y ánimo bien templado, fueron el secreto de mis éxitos—El rasgo dominante de mi carácter, la independencia,—salvaje, alguna vez. Y, además, amor entrañable a la naturaleza, al arte, a la Patria, a esta última sobre todo, tanto, tanto, que apagó a veces lo más querido de mi alma.—Dos grandes crisis, la pérdida de mi esposa, ángel, guardián mío, y la ruina de mi salud, han echado al suelo toda mi fuerza, matado mi fe en todo; y hecho de un hombre en la flor de la vida, un valetudinario misántropo y casi nihilista.—¿Algo sobre arte? No pertenezco a ninguna escuela, soy profundamente realista, y pinto la Naturaleza como es y no como enseñan los convencionalismos—El paisaje no debe ser sólo una obra de Arte, sino un documento pictórico científico.— Mi maestro es la Naturaleza,

pues todavía la estudio.—Soy enemigo acérrimo del paisaje *biblot*, de aquel género que es el socorro obligado de los que no tienen pizca de inspiración ni talento: género que como una avalancha inunda ahora Europa, y se ha trasladado al suelo de América, como todo lo malo: aumentado, desfigurado. . . . y empeorado. ¿Y qué más?—Nada más, amigo mío”.

En estas pocas líneas se destaca de cuerpo entero el hombre a quien la patria llora, el obrero infatigable, el novelista real y el ingenuo devoto del arte que en sus paisajes *Requiem y Soledad eterna* transparentó la sublime tristeza de su espartano corazón hecho girones. Sus pinturas literarias de la costa ecuatorial fueron tan evidentes y grandiosas como sus cuadros en que retrata las cumbres andinas y la nieve de nuestras montañas.



ROBERTO ESPINOSA A.

De la luz al ocaso, de la juventud a la ancianidad, del noble palpitante, al silencio de la huesa ¡qué escalas tan tristes e ineluctables las de la humanidad en su penoso viaje!

Las rosas de antaño van cayendo, como se derrumban igualmente los robustos robles: calladamente unas, con ruido otros; pero todos sin remedio. La montaña impasible, el tiempo, ve sin lágrimas el desastre, asiste impávido al curso de la tempestad que se desata a sus pies.

Seres y virtudes, corazones y afectos, individuos y objetos a cumplir se apresuran la ley fatal, niveladora y cruel.

Vencido de la centuria, después de largo camino, se ha hundido en el sepulcro don Roberto Espinosa A., caballero sin tacha, infatigable jardinero de los vergeles de las letras, poligloto y traductor de obras en prosa y verso, varón de hondos y enciclopédicos análisis y de sólidos conocimientos, fervoroso por la juventud que empieza a vislumbrar el ideal, y a la que nunca se descuidó de apoyar en sus tímidos ensayos, sin que ni en sombra se imaginase que pudiera ser indecoroso ofrecerle—libre de egoísmos y gestos despóticos—el homenaje de sus colaboraciones.

Casi no quedan ya hombres de aquella época, fecunda en cerebros privilegiados y corazones de profunda convicción y acrisolada honradez.

Quiteño de nacimiento, fue a domiciliarse en Guayaquil—el jardín de la literatura, que no siempre le llamaré pedantescamente Atenas del Ecuador—, en donde

había formado hogar. Allí ha permanecido más de un cuarto de su vida, hasta esperar a la pálida enlutada, que decía el inolvidable Gutiérrez Nájera.

Se puede asegurar—como plausible nota de su afán literario—que no existe revista intelectual, preferentemente del Azuay, que no registre su nombre.

En estos días de cansancio, de indiferencia por la poesía, de marcado desdén por la gramática, de punible negación de un ayer luminoso, de prurito maldiciente contra nuestros augustos mayores, ¿cómo nos hacen falta apóstoles incansables de la estética, de la sana literatura y del borronear meditado como el señor Espinosa!

La conspiración del silencio va sepultando en el olvido a tantos autores que trabajaron mucho, dirigiendo la conciencia nacional y vigilando el buen gusto de las letras.

Una juventud irreverente e ignara se ha encaramado en las torres del escándalo para lanzar desde allí los más desconcertantes despropósitos literarios, sin que los maestros se muevan a censurar y tomen actitudes viriles.

El desgaste en la lucha, la desilusión matadora o el olímpico desprecio, hacen callar a los que saben, impidiéndoles empuñar la vengadora fusta.

Por esto, sentimos, con más descorazonamiento, la ausencia irremediable de personajes de experiencia y de consejo, de crítica y depuramiento como el señor Espinosa.

En edad temprana, se ensayó en la versión del inglés de la sentimental novelita *Carlota Temple* de la señora Rowson. Después, abundaron las traducciones de la lengua de Shakespeare, de la de Goethe, de la de Víctor Hugo. Hasta del húngaro he leído poesías puestas en castellano por el señor Roberto Espinosa.

Y no sólo en el campo literario midió sus armas, sino también en el patriótico, de integridad americana.

Oreo que era, en el memorable 1926, el único sobreviviente de la épica jornada del 2 de mayo de 1866, cuando el bombardeo del Callao. Allí su heroísmo rayó a gran altura, entre un puñado de compatriotas que se habían mezclado con los defensores de su territorio, a rechazar al enemigo común.

En la ilustrada «Revista Ecuatoriana» de Quito, la firma del señor Espinosa honra muchas entregas.

Lo mismo digo de «La Unión Literaria» de Cuenca, y de cien más, antiguas y modernas.

Le placían los autores contemporáneos de mundos más despejados que el nuestro, en los que la tersura del idioma es base de la exposición de las ideas.

¿Cómo descuidar la forma, vaso exquisito en el que se ofrece a las generaciones el vino fortificante, y si es añejo mejor?

Pulir es tarea de doctos y prudentes, desde el siglo de Platón, que tantas veces corrigió sus diálogos.

De los primeros en hablar de Rubén Darío, acentuó su españolismo, sus lecturas de los clásicos; expuso la técnica y doctrina del autor de «Prosas Profanas», aún antes de que el mágico Rodó los prolongara con sutil visión de esteta, admirador de las armonías imitativas.

En contacto con excelsos escritores españoles, seguía con marcado interés las huellas, americanistas de los colosos de la crítica como Menéndez Pelayo y Juan Valera, lo mismo que la veriginosa marcha espiritual de los representativos de nuestros días, cual Pérez Galdós, Benavente, Rusiñol, Palacio Valdés, Guimerá, la Condesa Pardo Bazán, Blasco Ibañez, José Francés, Antonio Zozaya, etc.

Los palpitantes problemas políticos internacionales no le hallaron indiferente ni desprevenido, sobre todo el límite nuestro, el «pleito secular».

Desempeñó con sagacidad el Consulado de Colombia por varios lustros, y sólo renunció indignado en 1924, a causa del último incidente desleal de la hermana del Norte que entre sombras trató con el Perú de la entrega de una sagrada faja de tierra que pertenece a la Gran Colombia, solemne e históricamente.

Por largos años, día tras día, dictó la cátedra de idiomas en el Colegio Nacional «Benigno Malo», de Cuenca, donde fue tan querido por maestros y discípulos.

Fue Director de Estudios y Ministro de Instrucción Pública.

Le seducía—con la tentación de lo hermoso, lleno de gracia y pujante—la literatura francesa, de cuya devoción dejó constancia en sus monografías críticas.

La rima, el cuento, la tradición, el ensayo, el discurso correcto, la impresión bibliográfica le tuvieron de su lado: enriqueció en el Ecuador estos géneros, y puso en castellano otros más, para ilustración y deleite de la juventud seria y estudiosa.

Ha caído el maestro; el aula escolar está de duelo; la pluma se ha roto; el hogar, se halla cubierto de crespones.

Muchos le lloran.

Inmenso desconcierto se apodera aun de las almas de mejor temple, que se abaten hasta el suelo, al considerar cómo, en un soplo, se vuelven puñado de polvo, ruina vana, inteligencias tan activas como la del inolvidable señor Espinosa, que poblaron de bellas imágenes el selecto campo ecuatoriano; voluntades de hierro que, aun en la ancianidad, de suyo penosa, no descuidaron el cultivo de la mente, el arte desinteresado y puro, desdeñando los goces materiales y pasatiempos, como fieles soñadores, como habitantes de alcázares augustos.

Roberto Espinosa A. falleció el 29 de Abril de 1926. Había nacido en Quito el 7 de junio de 1842. Octogenario ya, no dejó de ocuparse en asuntos literarios y de cátedra, lo que prueba su robustez cerebral.

¡Kara consagración a los deleites espirituales del libro y de la enseñanza!

En 1888 publicó una colección de sus ensayos en pro-a con el nombre de «Miscelánea Literaria».

Cité algunas de sus traducciones, a las que hay que añadir el «Arte de aceptar la desgracia universal», vertido del francés; el libro de «La Amistad», del citado idioma y «Leyenda del Cielo».

En 1887 ingresó a la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Española.

Sus ideas, propias del ambiente en que vivió, se reflejan en su artículo sobre la obra social de dos hombres justos: Federico Ozanam y Juan Bosco, que convirtieron la caridad en una como obsesión de sus sinceras vidas. ¡«Dichosos aquellos dos bienhechores de la doliente y padecida humanidad!», exclamó con ingenua piedad casi en vísperas de bajar al sepulcro.

Al despedir sus despojos en el cementerio de Oneca, dijo en su elogio muy sentidas frases su íntimo amigo doctor Remigio Crespo Toral. Llaman la aten-

ción éstas: «Espinosa, literato ante todo, por instinto y por educación, mantenedor de la cultura intelectual para dignidad de la Patria, generoso disipador de su tiempo y de su dinero en pro del ideal, supo conservar siempre encendido el fuego en el ara, renovándolo con el calor de su pecho y con continuas haces que allegaba su munificencia».

Se deduce claramente que fue Mecenas de las letras, afable y paternal con la juventud que empieza a ensayar sus armas en el difícil palenque.

Mas, no por ardiente defensor de la gaya ciencia, descuidó los positivos trabajos de la vida, en la honrada búsqueda del pan cotidiano. La agricultura le atrajo con viva afición. Cultivó, al par que los campos intelectuales, los de la tierra y fue varón de negocios y versación mercantil.

La síntesis de su vida está encerrada en este pensamiento lanzado en el momento de la inhumación por el referido académico doctor Orespó: «Indudablemente, dijo, valía como hombre más que como escritor; y ésta su gran excelencia y superioridad: el corazón sobre el cerebro».

¡Cómo pudiera hacerse este elogio póstumo de todos los que espigan en terreno artístico!

Anverso y reverso de oro puro muy pocas medallas humanas ostentan: el brillo intelectual no está muchas veces a la altura de las virtudes privadas. Si la una cara es refulgente, la otra es opaca. Almas completas son muy escasas, dada la miseria humana. Y se ha de preferir la nobleza del corazón a los deslumbrantes oropeles retóricos.

¡Qué la tierra le sea blanda!—como suspiró el poeta—, sí, muy blanda, al caer sobre aquel venerable cuerpo, frío hoy e inerte, y ayer no más animado de gentilezas, nobles pensamientos, bondades y excelencias!



COMO SE ESCRIBE UN ARTICULO

Vamos progresando día a día, tan improvisada y exorbitantemente, que es una barbaridad. Ciertas ciencias, mejor ciertos eruditos, en su santo anhelo de abondarlo todo, se meten aquí y acullá, se introducen en el vasto saber humano en la mollera, lo investigan todo, como los cronistas aenciosos. La Pedagogía y Psicología arremangan sus narices para olfatear los recónditos secretos. Se intenta estudiar la maravillosa elocuencia psicológica de una pared y las enseñanzas pedagógicas de un establo. Si el muro es de una escuela y la muralla pertenece a un retrete, el análisis sapiente se complica. Un erudito benedictino se pasó la vida observando la pata de una mosca y otro delujo encantadoras cosas del hocico de un puerco, pues así se llama, que diría Cervantes, no don Pepe, sino don Miguel, el manco. Una eminencia moderna está escribiendo prólija monografía con este título francés: *Le Cavalage*, y la extenderá a la función de los microbios y fagocitos, dejando corto al virgiliano Fabre. De la palabra «sociología» se abusa hasta el empacho.

Almibarados, dulcísimos cronistas trazan artículos aligeros, inocuos, de una encantadora superficialidad que combate el sueño. La originalidad se pasea en ellos como Pedro por su casa. Hasta la gramática que usan es original. Se dan modo de inventar epítetos nunca oídos. La adjetivación es una selva explotada con primor, no por aquello de que de los árboles caídos que en ella encuentran todos hacen leña, sino por devoción al divino

Capricho, amo y señor de los monederos falsos y batihojas del arte.

De aquí que verdaderamente sea difícil esto de ponerse a escribir un artículo.

Surgen los problemas de la enorme psicología, las reglas innumerables del lenguaje, el ensayo más allá de manoseado y la difícil cuestión gramatical, que, por fortuna, hoy por hoy, es la menos interesante, como lo demás, en concepto de los superhombres que todo lo saben a la perfección, cual broto infuso, confuso y patidifuso.

—Te olvidas el argumento, y con razón, me observa un hábil periodista. Nunca pienso en él: acude de suyo. Cuando me falta, recorro a los almanaques o al inagotable arsenal de prejuizar al prójimo. Nunca se agota la productiva mina.

—Pero barrunto que ese argumento, tan espontáneo, al extenderlo, será meditado largos días, le digo con honda sinceridad. Supongo que la improvisación sería funesta.

—No creas. ¡No has oído repetir que lo impensado es lo mejor!

—¿De manera que nada preparas?

—Absolutamente. Mi objeto es llenar columnas, aunque no diga nada entre dos platos, o afirme en el epílogo todo lo contrario de lo que sostuve al principio, en el exordio pomposo.

—¡Pero esto es lamentable falta de lógica!— exclamo, con asombro que sulfura al omnipotente.

—¡Qué sencillo eres!—me responde. ¿Te figuras que la lógica sirve para algo? Otros pierden el seso dando y cabando, en el prurito de hilar los asuntos. ¿De qué hablaremos?, se preguntan. ¿Cuál será el tema apropiado? ¿Qué es de actualidad fresca y palpitante, como pescado que colean? ¿Cómo se cuentan las cosas para que resulten de interés creciente? Una serie de interrogaciones sin respuesta, que se agolpan en los cerebros sin caletre, martirizando la febril imaginación, escrupulosa de producir y no de repentizar, como si se tratara de celestial música.

—Cómo se ve que no conoces al gran público que los cómicos llaman respetable!

Porque le conozco demasiado, juego con él a las adivinanzas, le obligo a interpretar mis artículos, soy

raro, estrambótico, enigmático. Lo único para mí comprometido es el comienzo. La frase apropiada para suscribir, huye. Me siento—y no es modestia—tanto de romate, a pesar de las luminosas ideas que bullen en la cacuminada mollera.

Mi amigo, el flamante escritor y admirable periodista—porque es de toda mi admiración su desenfadado proceder—continuó cacareando que se las pelaba.

A ratos, cerraba yo los ojos, haciéndome la ilusión de que llovía, insistente, monótona, interminablemente, como la charla de los sacamuelas o la verbosidad de los que ofrecen quitamanchas. Como su elocuencia familiar, sus artículos: encantadores, hipnotizantes.

Y pensar, como el calumniado vulgo, que la dificultad estribó en profundizar el asunto, en vivirlo dentro del alma, en escoger las palabras, en redondear las cláusulas, en narrar con donaire y corrección el argumento, por trillado que parezca, en imprimir originalidad a la leyenda, sin apartarnos de lo castizo. Incluso de mí que suponía insuperable, fatigante, envejecedor el arte de escribir y que ponía la monta de hacerlo en castellano, para que me entendiesen. Ignoraba, pobre de mí, que bastaba con hojear aquellos manuales de aprender a escribir en veinte lecciones, como puede confeccionarse un terno o un par de zapatos, si bien para el primero se toman siquiera las medidas y se pone en prueba el corte y para los segundos precisan las formas.

—La improvisación es el gran factor, canturreaba mi compañero. Toda mi ilustre fama debo a la improvisación. (Al oído) La debo también a un tratadito intitulado «Arte de pensar» y a un diccionario enciclopédico y de la rima que ya está grasiento. El de la Academia lo tengo empolvado.

--¡Acáso te sientas sobre él, como aprendiste en la opereta «La Princesa del Dólar», que la tararean a maravilla tantos modernos literatos! . . .

—¿Adivina qué busco en el diccionario?

—Erudicción, erudicción, le respondo triunfante, ufano, irradiando luz magnética.

—Algo hay de eso; pero lo principal: los denuestos y consonantes. El secreto para que nos lean, es el insulto, dice campante, tomando un aire olímpico, divino, de axiomática sapiencia.

—Eres un psicólogo de tomo y lomo.

Sale el extraordinario periodista amigo, dejándome sobrecogido, pasmado, como si sintiera la influencia hipnotizante de un dios mayor, mago de la pluma y del verbo.

Los dioses menores, el común de las gentes, nos acordamos de la dificultad de escribir un artículo y palidecemos. Aquella difícil facilidad montevina es de los genios. Platón corrigió hasta ochenta veces sus diálogos, Flaubert sudaba el hipo por afligirse en el estilo, Quintana preparaba sus borradores, esmerándose primero en la prosa antes de intentar el verso.

¿Cómo borrar unas cuantas carillas para remitir al cajista que aguarda ávido? ¿Cómo contentar al director del periódico que confía en que llenaremos esas columnas escurtidas?

Lo primero que hacemos, natural o forzosamente, es sentarnos al bufete o a la mesa que lo reemplaza, extender las albas cuartillas de papel, asir maquinalmente el lápiz o portaplumas, tal vez acariciarnos con amor la barba, quizá rascarnos con impaciencia la cabeza y ponernos a pensar con intensa abstracción, a veces cerrando los ojos, otras llevándonos la mano a la frente y las más el puño cerrado a la boca, para oprimirla contra la mesa, quedándonos así, con la vista baja, en actitud de meditación beatífica.

Esas embrujadas fuentes de inspiración que dieron con Guy de Maupassant, en un manicomio, con Verlaine en un hospital, con Herrera en un lecho y con tantos chiquillos divinales en la cárcel cantada por O. Wilde, no nacieron para nosotros, pobres de espíritu, que palidecemos ante el opio y la morfina y nos armamos de todo el valor posible para rechazar al diabólico alcohol que tan sabrosos motivos dietó a Darío, crónicas tan deliciosas a Gómez, versos tan fúnebres y marabrosos a Plórez, charlas a Calle, cuentos raros a Poe.

Una vez con el lápiz en la mano, lo aguzamos como conviene (no como con vino), lo mordemos y mojamos nerviosamente, trazamos con él algunas líneas peores, torpes, sin sentido, las que, borradas en segundo aspecto. El blanco papel jamás se impacienta. Con eucarística resignación acepta el más deplorable esbozo. ¡Cómo endiosamos a los que escriben al correr de la

pluma, a vueta gavilanes, mojando en un plato tinta, o mejor en una copa, su numen!

Mas, cansados del lápiz infecundo, lo arrojamos con incontenible cólera. Tomamos en su reemplazo la útilida, la acerada, la barnizada pluma, la chupamos con delicia, a fin de que su aceite no pugne con la tinta, abrimos prolijamente su pico, a manera de prueba de su potencia perfiladora y gavilanesca, tirando rayas sobre el tapete, rasgos sibilinos e imaginarios, por si acaso el prodigioso instrumento estuviese maliciosamente oxidado, gracias al poco uso. Destapamos ¡por fin! el fintero y bautizamos a la pluma, cuidando de sacudir la para evitar los borrones si está preñada del negro licor que tantos secretos guarda, pues algo se ha de dejar en el misterioso recipiente.

¡Oh cómo nos damos pisto, cómo en volutas odorantes suben los humos del gran escritor! Vamos a producir magnas cosas, poemas sorprendentes, crónicas aladas, irónicas, sutiles, críticas eruditas y puntiagudas.

Y como el origen del artículo está en nosotros, surge de nuevo la dificultad, viendo que el instrumento material en nada ha influido. Entonces, lanzamos curiosas y extrañas miradas al techo y, de repente, por inspiración del cielo, escarbándonos antes la cabeza, nos acordamos del cigarrillo. Febrilmente lo encendemos, fumándolo con fruición y terminando por aplastar la cerilla con el pie. Seguimos las espirales de humo que huyen por el aire, nos abismamos en pensamientos infinitos, y, distraídos, nos olvidamos hasta de la obligación que gravita sobre nosotros, de la necesidad de llenar por lo menos una columna del diario, del compromiso contraído con los perfumes de la clásica percha rayana en moliche, concluimos los placeres del tabaco, y la colilla va a descansar en el fondo de la escupidera. Viajamos como por los cerros de Ubeda, y nos quedamos en Babia.

Pasado el dulce sopor que la nicotina nos suministra, tornamos a las andadas, investigando el mágico modo de llenar unas cuantas carillas, que correrán camino de la imprenta, a ser devoradas por el cajista. Mas como la postura que habíamos escogido nos cansa, dejamos de doblegarnos sobre la mesa y nos paseamos a lo largo de la pieza, meditabundos y contrariados.

Fruto de este higiénico ejercicio es un cúmulo de reflexiones que han acudido a la mente, con riqueza de imágenes.

Deslumbrados con esto, nos calienta la ilusoria chispa de haber encontrado ya el argumento, que se convierte en obsesión, y nos apresuramos a consignarlo en esas hojas limpias que nos desconsuelan mientras en tal estado permanecen. Pero en el instante —que nos atreveríamos a llamar psicológico, siguiendo la moda— de anotar las impresiones, huyen los vocablos adecuados y vuelve a enmarañarse el asunto y bregamos, por la centésima vez, tratando de empezar el artículo, que ya con la introducción acaso nos infunda aliento y desate al rebelde numen.

Lo más doloroso es que la mañana avanza y su grato frescor se desperdicia. A la ineptitud de la pluma, suple la frecuencia del estómago: nos hacemos servir, al momento, una taza de café, de ese sabroso brevaje —perdón por la paradoja— que inspira y conforta con sus cálidas caricias. Abrigado así el vientre, continuamos la ruda tarea, no sin haber consultado antes ceremoniosamente el severo léxico o abierto algún libro para que sirva de modelo, de amigo confidente, de pretexto, en todo caso. Se hace, pues, con estas fatigas, sentir con apetencia la necesidad de otro pitillo, que, para darle remate, desperdiciamos casi una hora.

Vuelve la canción de nuevo. El empleado de la redacción espera impaciente en la puerta. Faltan todavía dos columnas que llenar, nos dice con seriedad, y es preciso que el periódico entre pronto a la prensa. Es terminante la fe empeñada con el público. Manos a la obra. Urge forjar el artículo, salga como saliere, exclamamos cegados por el primer impulso, hijo del despecho. Hay que escribir de prisa; pero se desata otra vez la dificultad del argumento. Buscamos, con ojos desesperados, algún tema palpitante, algo de actualidad en la crónica de la semana.

Después, como un acto de consuelo, como una tabla de seguridad para el naufragio, nos armamos de antologías, misceláneas, recortes, tijeras, gomeros y calendarios, con los que pensamos obtener el triunfo. Recorremos cuantas curiosidades contienen por ver si

damos en el clavo. Con un aniversario estamos salvados, pensamos para nuestro capote.

¿Qué fecha contamos? ¡Ah! ¡Sí! Leamos qué ha sucedido en el mundo un día como ayer: «Muere en la miseria el señor Felicísimo». ¿Qué vale esta paparrucha? ¿Quién habrá sido este caballero oscuro? Pasemos a otra cosa: «Muere asesinado el Califa de Medina». También quedamos en ayunas. ¿Qué vamos a comentar acerca de esta antigua desgracia? ¡Ojalá termine los fallecimientos! A otra página. Por aquí parece que hay algo interesante: topamos con la fecha del alumbramiento de la princesa Micomicón.

¿Qué le importa al público esta noticia? ¿Qué adelantan con ello los suscritores? Además, no acaparamos datos respecto de esta honorable señora.

Peradores de nosotros, ¿qué estamos haciendo? Lo de ayer ya no es de actualidad, tratemos lo de mañana, a fin de salir con un artículo sensacional, nada flambre.

Mañana miércoles, trece, número de mal augurio... ¿Qué acontecimiento de luto se habrá desarrollado en este planeta un día como el de mañana? Quizás haya alguna invención.

Sí, de las invenciones se puede hablar *latamente*.

«El jesuita Fulano de Tal inventa la bocina.» Gran novedad; pero algo ridícula. ¿Una bocina! ¿Qué tenemos con este instrumento? Más valdrían el bombo y los platillos. Otra cosa, otra cosa, y nada de provecho.

Se nos ocurre una idea peregrina en un momento lúcido: refrescar la memoria con las colecciones de periódicos locales. Efectivamente. Aquí hay hechos notables, lecciones de provecho, hipótesis atrevidas, tesis sociales, monografías eruditas, luminosas charlas, oratoria para el pueblo, grandes actitudes internacionales, comentarios aristotélicos, crónicas inimitables.

Comencemos a escribir:

«Mañana es el vigésimo quinto aniversario»; pero esta frase es muy manoseada. Busquemos otra.

«En un día como el de mañana, lectores queridos, la patria se vistió de luto.» Esto también es común.

De pronto, recapacitamos, dándonos gentil palmadita en la frente: el artículo debe publicarse pocas horas después; mejor es referirnos a algo fresco; a un suceso reciente.

Campantes, dejamos correr la pluma en estos términos: «Hoy es el tercer glorioso aniversario de la célebre fundación del simpático y duradero periódico «El Escorpión», «El Tiempo» o «Los Cachibaches.» (El nombre no hace a la cosa, y si es indefinido como el sucederse de los días y los años, mejor.)

«En este inolvidable, solemne y espléndido día en que el sol parece que nos alumbra mejor, día de regocijos inauditos, nos ponemos de pie con el gorro frigio en la mano, para saludar al infatigable adalid de las libertades»

Tantos trasgos y fatigas para volver a la primera palabra, porque acude a la mente una sospecha tenebrosa y despampanante: como escribimos a la carrera (los lectores creen que hemos improvisado, lo creen siempre así), vamos a ser criticados, zurriagados, pulverizados; pero los cofrades nos defenderán en otro aniversario. En la prensa, como en el fecundo campo de las letras, se siembra para cosechar aplausos.

Meditando en esto, sobrecogidos del susto consiguiente, procuramos refrescar las reglas gramaticales; intentamos, desde el principio, imprimir forma correcta, donosa, al artículo, darle sabor cervantino, galanura montalvina, soltura azorinesca, erudición gonzalo-blانquina, agudeza perez-zuñigal o más bien bédica.

Enterramos en la tumba del olvido (frase sagrada) el año más de vida del co'ega de la prensa, y abandonamos, por escrúpulo, por temor, por espíritu de compañerismo, el tema codiciado, perdiendo, ¡ay! el *de ut des*, tan sutil y filosófico.

No queda otro remedio que hablar de política, argumento dúctil, maleable, de inexhausta vena.

La musa burlona nos enseña lo siguiente: «Decid cuatro términos generales, citad algunos lugares comunes, aplaudid a rabiar si-sois empleados, fiscalizad en frases ambiguas al gobierno si figuráis en la oposición, arremeted ciegamente si intentáis un cargo público y mezclad en todo mucha libertad, mucho pueblo, mucha soberanía nacional, mucha patria, mucha juventud, esperanza de ella, mucha malversación de rentas y mucha tiranía. La receta no falla.»

Como nos apesta, por ponzoñosa o demasiado dulce zona, recurrimos a loar la literatura futurista y dadaísta.

Estando en estos apuros, notamos que mecánicamente hemos consignado en el pálido, delgado y sufrido papel de cara de mártir nuestras impresiones, nuestros sustos, nuestra admiración, nuestro morrocofudo estro, nuestro miedo, cervel, nuestra ineptitud, y que el artículo sin pies ni cabeza, sin novedad ni gramaticalería, ya está perpetrado, con la santa intención de llenar el vacío del periódico, cubrir de negro sus columnas, desquitar la renta y, de ningún modo aburrir al lector, que, al contrario, nos guardará gratitud por este somnífugo. Cúrese así de insomnios.

—Mozo, llévate *ya mismo*, al instante, estos originales a la imprenta. Advierte una y otra vez que salga el artículo en tipo gordo, aunque sea en *pica mayor*, con títulos llamativos y subtítulos, con *sumilla en caprichosos* caracteres, con acotaciones, notas, manecillas, signos admirativos y un centenar de puntos suspensorios. . . . hasta del sentido común, que es una ganga.

El manso sirviente obedece con humildad: marcha musitando, repasando la consigna.

Sólo entonces, nos limpiamos del sudor que humedece nuestra frente, y exclamamos con quietud, satisfechos del deber cumplido:

“¡Vaya, en buena hora, la situación se ha salvado! ¿Cómo se escribe, sin sentir, un artículo?”

El único que siente es el generoso público que paga los platos rotos o la suscripción al periódico, que allá va a dar, pese o no al gerifalte administrador de la empresa.



EL ESPIRITU INQUIETO DE EUGENIO NOEL

Eugenio Noel llegó a suelo ecuatoriano en 1924. En Guayaquil dió pocas conferencias en centros sociales y juveniles. Los universitarios lo rodearon, manifestándole su simpatía. En Quito hizo oír su voz por dos ocasiones en el teatro «Sucre», ante selecto grupo de intelectuales que se congregaron a aplaudirle. Habló de las virtudes y los vicios comunes, no sólo al Ecuador, sino a la raza hispanoamericana. Celebró las bellezas que había hallado en su viaje desde la costa tropical hasta la mesera andina. Algunas de sus crudas verdades quizá mortificaron a los que no gustan que el extranjero censure boalmente, sino que estén acostumbrados a oír sólo alabanzas.

Varias veces le visité en el hotel «Ecuador». Su charla espontánea de hombre campechano amenizaba las horas. Me confió sus proyectos literarios y el itinerario de sus andanzas; me hizo leer el plan de sus nuevos libros, poniendo ante mis ojos algunos cuadernos, en apretada letra, de obras inéditas de diversa índole, que estaban al terminarse.

Conversamos en la intimidad. Me refirió anécdotas de su vida; con encantadora franqueza.

Había adquirido considerable suma de libros ecuatorianos que iba remitiendo a España.

Gustaba de Montalvo. En una de sus conferencias lo citó con entusiasmo. Me obsequió varios autógrafos, puestos en la página de preferencia de algunos de sus libros. El más expresivo fue el que firmó en el volumen «La semana santa en Sevilla».

Uno de sus primeros actos al pisar tierra ecuatoriana fue saludar gentilmente por telégrafo al diario «El Comercio», decano de la prensa de Quito.

De esta ciudad me decía que le recordaba algunas de su tierra española. Ponderó la hermosura de las muchachas quiteñas.

A nuestra sociedad le presentó, en clásico discurso, el doctor Homero Viteri Lafronte, recorriendo, a grandes rasgos, la fecunda labor literaria de Noel.

Para a la capital de Cuba, escribí las siguientes líneas: (1).

El fecundo escritor español está dando la vuelta a la América. Predica en los pueblos de habla española, con la torrentosa elocuencia que le caracteriza, los defectos de la raza latina tan apegada al dolor impotente. Hasta en las más movidas expansiones del ánimo, enal los bulles, no puede prescindir de la música triste. En poesía, abundan los poetas florikeantes, cantores, no de la acción, sino de la esterilidad que se contenta con las lágrimas. Otro vicio mareado, que nos llevará al abismo, es la supremacía que concedemos a los caudillos, a los «machos» que se imponen por la fuerza y no por la ciencia. ¿No se está dejando ahora el libro para dar paso al boxeo? A Pirpo se le ha endiosado más que a Mitre, Ingenieros, Lugones, Rojas u otro eminente intelectual argentino. Buena, indispensable es la gimnasia, regeneradores son los deportes; pero no se ha de poner a la inteligencia a los pies de lo materia.

Veamos algunos datos biográficos de Noel, viajero infatigable. Su vida aventurera, que está en vísperas de trepar a la cúspide cuadragenaria, ha sido imbuída por tres grandes acontecimientos que marcan seguro derrotero en él y cuya poderosa influencia no ha podido olvidar nunca: el claustro, la milicia y la bohemia juvenil, chillada, desesperante, derrochadora y romántica.

Niño pobre y de humilde cuna, fué protegido, desde la edad de cinco años, por la Duquesa de Savillana, a la que la madre de Noel servía. Aquella gran señora de España envió al chico al Colegio de San Vicente de Paúl, en Tardajos, situado a dos leguas de Burgos. Allí le entró por los ojos la suntuosidad artística de su catedral, que ya nunca pudo quitar de su

(1) Publicadas en la revista mensual «Cuba Contemporánea», de la Habana, N.º. 143 (Tomo XXXVI), de Noviembre de 1921.

memoria. Esa visión de Burgos, que caló muy hondo, es la alborada, el origen, la fuente de inspiración de su literatura. Ensayando estuvo versos místicos, lucubraciones románticas, composiciones soñadoras; todo calladamente, con la fiebre del tejer y destejer, como un poseso de misticismo y letras calenturientas.

Del convento se escapó para correr a abrazar a la que le alimentó en su seno, llevando siempre, cual obsesión, el deslumbramiento de la catedral de Burgos que se grabó desde su infancia en la mente.

En Madrid, ingresó en el Seminario Conciliar de San Dámaso. ¿Cómo resonaron en sus oídos aquellas palabras del Obispo de Sión que le señalaban como una esperanza de la oratoria sagrada?

Poco después está empapándose en las disciplinas escolásticas, con su ética, ontología y metafísica, en Lovaina, a donde, por recomendación del Obispo de Madrid, marchó con el Cardenal Mercier—el tan célebre de la guerra europea—entonces canónigo de Malinas. ¿Cómo se embebió en toda esa doctrina del padre Sigliari!

Se produjo la confusión, el caos en su espíritu: lo poco que había asimilado, lo que hasta ese instante supuso saber quedó como echado en el vacío con aquella filosofía.

Despierta su adolescente curiosidad, viaja por Bélgica y luego por Francia, Alemania y los Países Bajos.

De esas correrías fructíferas, Noel regresa a España a estudiar, ya en el Instituto de San Isidro, ya en el Liceo de San Isidoro, ya en la Universidad de Madrid.

Lector insigne, va desempolvando bibliotecas y royendo volúmenes, como insaciable ratoncillo. Por sus copiosas lecturas, gana el premio, en calidad de lector soberano, en las Bibliotecas del Museo Pedagógico, de la Nacional y de la Academia de la Historia.

¡Cuánto le sirvieron como guías aquellos formidables eruditos que se denominaron Marcelino Menéndez y Pelayo y Ramón Menéndez y Pidal, sus profesores, a quienes debe lo que atesoró en materia de bibliografía!

¡Envidiable suerte de haber hallado tan seguros mentores!

A los 15 años, del fondo de las bibliotecas se des-
cuelga a un mundo turbulento y extraño: el *Gato Negro*,
memorable café de los literatos. Se inicia su bohemia,
que será inacabable, desconcertante, inaudita.

Visita asiduamente el *Café Suizo*, en el que escu-
cha la tertulia de los sabios mayores de España: La-
món y Cajal, Cerezo, Marañón, Maestre, etc.

En medio de su literatura alborotada y de sus char-
las de ensoñación, no descuida la ciencia. En busca de
conocimientos médicos va al Quirófano de la facultad
de San Carlos y se le ve como alumno del doctor Luis
Simarro, catedrático de Psicología experimental. Estu-
dia Patología general con el doctor Calleja.

Los médicos famosos de hoy día como Gregorio
Marañón, Goyanes, Lafora, Achúcarro, Vanuz, Pí y Su-
ñer fueron sus condiscípulos.

Continúa su atolondrada vida de abandono.

Amanuense de Don José Zahonero, le es propicia
la oportunidad de conocer a los grandes literatos como
Echegaray, Cano, Sellés, Grilo, Benavente y a todos
los del 98, y de tratar a los familiares del palco de au-
tores de los teatros de Madrid.

Va a vivir en su sótano de la Calle de Leganitos,
singular sitio que su alocada juventud escogió, llena de
ilusiones y amoríos. En este sótano se engendran los
seis tomos *La novela de la vida de un libro* que Noel
está escribiendo y que consta de los siguientes libros:
*Sierra Madre, Colegio y Casa Misión, Los encantos de la
primavera de la vida, El Seminario de San Dámaso e
Idilio de un Sótano.*

Sumergido en ese antro, hasta los 25 años, cae fa-
talmente en una vesania lírica y sentimental que pone
en duda el equilibrio de su intelecto. Pierde las pen-
siones de la Duquesa de Sevillano y del Secretario de
ésta, igualmente su protector, Don Luis Bahía, y se
meja un inadaptable al medio ambiente y a la brega
por el garbanzo.

Pobre hasta la mendicidad, para no morir de
hambre, se ve impelido a dar lecciones aquí y allá,
preparando a muchachos escolares. Su bohemia poéti-
ca le empuja hasta la miseria, se olvida de todo, como
si la existencia fuese un mito y sólo el egoísmo su nú-
men de bardo de la pordiosería.

Desesperado, en un momento de lucidez, llama en su auxilio a Ortega y Gasset. Dictaba a la época el maestro de *El Espectador*, que recuerda a Montalvo, la cátedra de Metafísica que honrará Salmerón. Fue el ilustre pensador hasta el destartalado sótano y llevó a Noel a su casa que a la sazón estaba en la Calle de Goya. En el afán de proporcionarle trabajo intelectual y pan positivo, dióle a traducir los dos enormes tomos de la obra sobre Juana de Arco (*La Pucelle*) del Horado Anatolio France.

En un momento inexplicable de arrebató, de genialidad, de delirio, sentó, en 1906, plaza de voluntario en la campaña de Marruecos. Esta aventura folletinesca transformó al hombre: la realidad de la vida le entró por los ojos y prendió en su pecho el amor a la raza. Desde ese instante, cambió su ideal literario por completo. Tostado por el sol de Africa, robustecido por la intemperie, prieto, hecho a las privaciones y molestias, curtido, llegó a España a revelar lo que había contemplado allí donde su patria sigue enterrando tesoros y raudales de sangre que fecundará una extraña y abrasadora tierra, de otra religión y costumbres.

¿Qué de nuevo podía escribir Noel para los periódicos si tanto y en todos los tonos se ha hablado ya de la agotadora guerra árabe, sepulcro del vigor y riqueza españoles? Tantas novedades dijo, tantas amargas verdades lanzó al rostro ibero, que le iniciaron más de cincuenta procesos militares por sus viriles artículos delatores que aceptó la *España Nueva*. Un año estuvo en la Cárcel Modelo, de donde le sacó Luis Simarro, su viejo maestro de anatomía y ciencia psicológica.

Después de su activa campaña contra las corridas de toros y todo lo que él llama pintorescamente el «flamenquismo», el 21 de junio de 1923, abandonó España con rumbo al Nuevo Mundo. Había arribado por Veracruz a la rica Nación Azteca. Sabido es que recorrió palmo a palmo el dilatado reino español, dándonos pintoras fieles del paisaje y cuadros vivos de sus ajeos y religiosos hábitos, sobre todo de Sevilla, la ciudad de la gracia, del dolor intenso al través de sus juergas y típicas procesiones, y de los inolvidables atardecores. De igual modo se propone trotar por este Continente. De México, han pasado ya por su rápida observación toda la América Central y gran parto de la

del Sur. La Universidad le rindió en Guatemala significativo homenaje al editar su libro *Alma y Raza*, de la serie de sus cuatro tomos *Aguas Fuertes Ibéricas*. En Colombia, el primoroso nido espiritual donde tan dulcemente se arrullan cien áureas lirás, todo el intelecto, precedido por el Jefe del Estado, asistió a escuchar el incansable y sancionar verbo de Noel. En el Ecuador, la Universidad y el Colegio *Vicente Rocafuerte* de Guarayaquil le demostraron su simpatía. Quito abrió su elegante *Teatro Sucre* al tribuno de la raza. Artistas propagaron bellos «afiches», como hoy se dice, con la imagen del conferenciante sugestivo. Análogos «gasajos» en el Perú, en Chile. No hay duda de que lo mismo acontecería en Buenos Aires, en Montevideo....

Tiene en mientes, como fruto de su odisea, no sólo escribir sus impresiones de América, sino conocerla a fondo, a fin de completar sus estudios del alma de la raza.

Larguísima es la lista de sus obras de todo género: desde las políticas *El rey se divierte*, *El crimen de un partido político*, *Don Oliverio* y otras, hasta sus novelas *Amapola entre espigas*, *Las Melanías*. *El Allegreto de la Sinfonía VII*, *La señorita mema*, etc.; desde las humorísticas como *El Torero y el Rey*, *Vida de un Fenómeno*, *El Charrán* y algunas más, hasta sus descripciones andaluzas como *Gitanos y Flamencos* y la *Semana Santa en Sevilla*, relato que le conquistó anatemas y dificultades; desde las de crítica de los vicios de la raza como *Pan y Toros*, *Cornúpedos y Vestiarios* y tantas otras, hasta las que abundan en desventuras y glorias de la Madre Augusta, como *La Epopeya de las Capeas*, *Piel de España* y muchísimas que sería fatigoso enumerar.

Sus conferencias llegan a un número inverosímil: dicen que pasan de mil, sobre variados temas de arte, de ciencia y de palpitantes dolores sociales y enfermedades del carácter.

A los 23 años, después de un silencioso noviciado y de prepararse con ensayos que hacía y deshacía y enviaba al canasto de los papeles inútiles; después de madurar sus ideas y alistar su obra *in mente*, publicó su primer libro *Alma de Santa*, con grabados del magnífico Julio Antonio. Noel y el gran escultor aparecen en la primicia de arte como heraldos de la inmortalidad. El autor conjetura a la primavera y cálida *Alma*

de Santa como su mejor producción. Es la historia apasionada de una cantatriz, santa laica, voluptuosamente mística, que ambula por Rusia, Egipto, Jerusalén, y cuyo espíritu admirable ha recogido Noel. Pinta su enérgica voluntad,—el caso es digno de ejemplo,—el férreo mutismo, el freno que se impuso para no publicar atropelladamente, como un morbo precoz, nada que no fuera digno de leerse en el despertar juvenil que derrocha dones intelectuales. Saludable sería la norma, que recuerda al viejo Horacio, de ser observada rigurosamente por los que comienzan a trepar por la montaña de la vida, conduciendo, nuevos Sísifos, un fardo de ensueños; por los que precozmente se ponen en ridículo, precipitando sus famas literarias y sus ideas madigeridas aún.

Noel nació en 1885.

Llegando a este punto, me parece increíble que laborar multiforme, una juventud tan tumultuosa haya alcanzado a derrochar a manos llenas ingenio y manuscritos, a producir en cantidad tan abrumadora. ¿A qué tiempo se opera este fenómeno?

Reid incrédulos, reid espíritus burlescos; pero grabad cómo cierta la máxima eterna: por sus frutos los conoceréis. Abundantísimos y cargados de erudición los del árbol lozano de Noel. ¿Cómo los engendró su bohemia infantil, grotesca a veces, llena de erranzas y variantes, en medio de aflictiva inopia?

Hombre gordo, membrudo, un sí es no es brusco, francote, sin cumplimientos ni palabras almidaradas, nervioso, luchador, tosco a ratos, pueril en otros, abriga vastos planes para el porvenir.

Lentamente va trazando estos nuevos libros, que un día soborearán los lectores: *Corpus en Granada*, *Mezquita Aljama* (visiones de Códova), *Serranía de Ronda*, *Por los montes de Toledo*, *Las hocos de Cuenea*, *Bajo los Arcos del puente de Mérida*, *El Ebro en Ruvielos de Mora* y *el Mar de Alicante*, en el que Noel penetra en el gran problema del alma mediterránea.

Su espíritu inquieto no descansa nunca, asustando a los que examinan la fecundidad de su tarea de fustigador de los males de España; tarea provocadora del escepticismo por la diversidad de sus matices, algunos inverosímiles, y hasta contradictoria en tendencias.

Admira las galanuras sublimes de la tierra ecuatoriana, se prosterna ante su naturaleza exuberante; pero acerca de lo demás—costumbres y progreso cultural—... guarda profundo mutismo.

Fácilmente se explica esta actitud, porque no le gusta la festinación de opiniones ni menos el adulo a nadie, individuo, colectividad o país. Si méritos halla, no tendrá empacho en consignarlos ufano; si entuertos que corregir y lacerias que curar, no recurrirá a los paliativos y atenuantes, sino que, con ruda franqueza, los señalará, ya se conquiste aplausos, ya despierte odios implacables.

Nadie quizá como él ha gritado contra la postración y el analfabetismo españoles, pulverizando preocupaciones y enfermizas vanidades nacionales que no conducen al remedio eficaz, sino a la fatuidad deplorable.

Conociendo su carácter, no os asombraréis de esta sombría tela desplegada al comienzo de su obra *Piel de España*:

En un libro—digo—editado por el Rey, demuestra el doctor Reyes Prosper que las estepas de España, arcillosas, calcicas y salinas, se extienden por más de 7.200.000 hectáreas, una superficie igual a la de Andalucía. Don Julio Cojador ha probado en otro hermoso libro que Castilla está en escombros. En un solo año los Tribunales de la nación han visto cien mil causas criminales. Hay 483 cárceles. Hacer justicia cuesta 9.392.000 pesetas, y sostener las cárceles 6451.000. El pueblo deja en los sorteos de su Lotería 160 millones y 300 en sus 415 Plazas de Toros. En los Bancos hay capitales inmovilizados por valor de 3.000 millones de pesetas. Emigran al año 150.000 españoles, de los que 128 mil son labradores. El arancel castiga el trigo con 20 millones y grava los alimentos importados en 80 millones de pesetas. De los 9.261 Municipios, sólo una bien pequeña parte tienen el agua potable en condiciones de salubridad. Tenemos incultas, entre eriales y baldíos, las tres cuartas partes de la nación, o sea unos 25 millones de hectáreas que nada rinden. La usura rural es dinero recibido en préstamo; el fisco y el empeño de ropas alcanzan cifras fabulosas. Son ciego o diez millones los españoles analfabetos. En los inviernos se mueren de hambre y de frío muchas personas, en el mismo arroyo, y no hay pueblo en el universo que cuente con mayor número de Asilos. El tributo dado a las Inclusiones y Casas de caridad es espantoso.

¿Para qué copiar más tristezas? Siguen cifras desconcertantes, en frases cortas y de acero. Pero no todas las tintas del cuadro son lastimosas. En otro plano más consolador, pondera la virtud de artistas como Daniel Zuloaga, Anglada, Julio Antonio; de sabios como Ramón y Cajal, Ortega y Gasset; pinta las galanuras de la tierra española con paleta magistral, elogia todo aquello que ennoblece la legendaria y angusta raza ibérica.

Tal es la vitalidad física y mental de este andariego demolidor de lo malo. Sobre las ruinas, la juventud construye edificios inconvertibles, tomando como admirables modelos a los hombres de acción cual Bolívar, legislador y héroe, que triunfaba lo mismo en la guerra que en la paz; cual Martí, patriota y poeta, que con su pluma y con su espada sirvió denodadamente la causa de la libertad; cual Eloy Alfaro, que con su machete y su energía consolidó las reformas políticas, empujó la locomotora a la cima de los Andes y mejoró la vida social; como Juan Montalvo, dechado de carácter y maestro de belleza, y como tantos varones eminentes que no sólo sublimaron la palabra, sino que, al mismo tiempo, pusieron en práctica sus ideales.

Eugenio Noel no gusta de aplausos: expone la verdad desnuda, sin esperar la aprobación de los oyentes. Al contrario, les suplica, con el gesto y ademán, que prescindan de tales fervores. Hombre fecundo, se produce con fluidez, vertiendo la espontaneidad de sus sinceras convicciones. Condena el prurito, el único *modus vivendi* de tantos mozuelos que se ocupan únicamente en hacer versos y gemir, como atacados de nostalgia. Morbo terrible de la Raza el lirismo, mata a la acción y enferma la voluntad. Parece que las energías de Hispano-América se gastaran sólo en componer frases melodiosas, novelas y dramas. La ciencia está descuidada: a los matemáticos insignes, a los naturalistas no se los rinde ningún homenaje. Cuando ya están viejos y poco les aprovechan las felicitaciones y honores, se acuerdan de los bienes que prestaron a la América que los españoles bravamente conquistaron, pero no supieron engrandecerla mucho en el campo científico. El trillado lirismo nos está enervando: frases huecas, palabritas almibaradas, adulos rítmicos, y nada más. Regularmente, éstos son los que triunfan, los que salen afuera, los que recorren el mundo con pompa diplomática, en tanto que preteridos y olvidados quedan los legítimos valores que educan al pueblo.

Los hispanoamericanos que visitan las cataratas del Niágara, el salto del Tequendama, del Iguazú, del Atoyán, lo hacen únicamente para utilizarlos en sus poemas: los sajones van a sacar partido de la fuerza hidráulica y establecer obras de ingeniería. ¿Qué aprovecha más: cantar la belleza o alimentarla? ¿Quién ama

con más intensidad: el que junto a los oídos de la amada murmurando está versitos dulces y pondera su hermosura, o el que le da el pan ganado en honrada brega con el sudor de la frente? ¡Ah! los líricos de pega, enfermos de insinceridad y de abulia. Prefieren las oraciones sonoras y desdennan el trabajo fecundo.

En las corridas de toros, difundido defecto de la Raza, se desperdicia el valor estérilmente: podía ejercitarse en el dominio de una máquina o en la redención del pueblo que se deja engañar por el arrojo temerario que a nada conduce, que se enloquece al oír las coplas de los vates que se mueren de hambre, que se deslumbra con el oropel de los oradores políticos. Como por la prensa, se mide también la cultura general por la mayor o menor afición a los actos en que se exponen doctrinas y que no se asemejan a los espectáculos frívolos, de cantitos callejeros, tangos, desfile de flautadas pantorrillas o de caritas de máscaras, en las que el afeito obra milagros, y aquel «blanco y carmín de doña Elvira» no blasona más mérito que haberla «costado su dinero».

Los viajes alientan como la eterna lección objetiva cuando el cerebro va trabajando incesantemente en presencia del panorama que, como cinta cinematográfica, se despliega ante los ojos, llevando la luz de infinitos horizontes, el movimiento de complejas vidas y el desfile de otros jardines de afecto. Aunque el alma humana es una misma en las más dilatadas comarcas del planeta, con todo, el espíritu observador descubre mil complejidades influidas por los varios ambientes en los que abanicó sus alas.

Noel, errante por los Continentes, va aglomerando datos para la composición de su cinta interior que ha de proyectarse después en la pantalla del libro o en el amplio telón de las conferencias.



NUESTRA ORGANIZACION SOCIAL Y LA SERVIDUMBRE

Tal es el título de una importante conferencia del señor doctor Agustín Quevedo, renombrado profesor de Sociología en la Universidad Central del Ecuador. Comienza evocando la noble labor de aquellos esforzados *pioneers* que, precedidos por el patriota Luis Martínez—de inolvidable memoria—, emprendieron la siembra de la semilla educadora de la clase india, a fin de que cese su servidumbre, ante la cultura social y ante el derecho.

Las conferencias, los estudios monográficos y las poesías se han ocupado en el trascendental problema del «concertaje», a cuya trágica evocación, el publicista Abelardo Moneayo, con pinceladas magistrales, trazó cuadros dantescos que trituran los corazones y encienden los rostros con llamaradas de santa indignación.

El verbo *concertar*, que no supone discrepancia sino mutua relación, se convirtió en inquisitorial fórmula de esclavitud, disfrazada con la derivación de *concertaje*, trasunto del señorío medioeval. «Esta palabra no ha sido incorporada oficialmente al habla española; no se registra en el Diccionario de la lengua castellana; pero sugiere, espontáneamente, al que no conozca la institución, la idea de un concierto de inteligencias y voluntades, de una obra de concordia y armonía, la realización de una faz de la belleza moral». Pero por más que las leyes españolas suavizaron lo que de la

reglamentación de este servicio se desprendía, en el fondo, y más aún, en la práctica quedaron rigiendo la esclavitud desconcertante, la opresión de la raza vencida y su aniquilamiento paulatino, pues pasó a la condición de acémila ¿qué digo acémila? peor todavía: de cosa.

Sólo la ignorancia del moderno desarrollo científico osa echar sombras y ver elementos degenerados en la raza india. Toda raza es apta para la civilización. Bastián, al analizar las analogías de las instituciones de los diversos grupos, comprobó la uniformidad psicológica de la organización humana. Broca nos trazó deducciones luminosas al discurrir acerca de la etnología y etnografía. La antropología, «ciencia concreta y descriptiva del hombre como ser particular, considerando el tipo el más elevado de la vida», no deja dudas al respecto. Por esto, dice muy bien el sociólogo doctor Oueva: «Toda raza es educable, toda raza es transformable, toda raza es un alto valor social; debería ser la divisa de un pueblo joven y enérgico llamado a ser una nacionalidad». ¡Ejemplarizador pensamiento que sintetiza el espíritu de la humanidad, robustecido de la savia de la cultura de la especie, árbol lozano y secular!

La corriente actual tiende a preferir la consideración de las nacionalidades al de las razas. Del conglomerado de todas brotan las naciones florecientes y juveniles como la Argentina, fruto de enriquecimientos biológicos, de evoluciones históricas y de influencias del medio ambiente, tonificadores del tipo humano. Desde este punto de vista, la supremacía,—el monopolio, por decirlo así,—de las razas se esfuma, y surgen las nacionalidades, a las que la educación, el centro de desarrollo y el clima les imprime uno como sello indeleble. De esta manera las razas se transfunden, se van renovando, se compenetran, se asimilan, se amalgaman y de tan vario contacto se levanta el vigor de la especie, como ha sucedido desde Grecia, mezcla de tantas civilizaciones y pueblos, hasta los Estados Unidos, que enriquecieron su sangre con la concurrencia de anglos, teutones, eslavos, sajones, semitas, latinos, etc.

Motejar al indio es demostrar supino desconocimiento de la historia y de la evolución. Monumentos documentados se han erigido para demostrar la ascendente

civilización precolombina, hasta por españoles austeros como Pi y Margall.

¿Qué hicieron los conquistadores?

En un corazón con la verdad, oigamos al doctor Oueva: «Tres soluciones salían al paso: entregarla a su propia suerte, a una agonía lenta, con un sistema de rechazo, de persecución y exterminio, tal como el que realizaron los anglosajones con los indígenas de América del Norte; o repartir a los vencidos entre los vencedores, confiando a ese militarismo triunfante la obra de asimilación del indio; o incorporarlo paulatinamente a la herencia social adquirida por España, mediante una labor educativa directa del Estado, libre y sancionada de la tutela de la codicia individual. La nación española no se halló en aptitud de seguir la última vía y enderezó sus pasos a la colonización por la segunda. Al guerrero afortunado y a sus descendientes se les adjudicó grandes lotes humanos para que formen el nuevo grupo étnico, para la transformación de una raza estupefacta ante valores económicos, intelectuales y morales nunca vistos por ellos. El encomendador y su familia, el cura y los indios, dentro del marco de la tierra desdichada: he allí el señorío feudal americano».

La codicia aguzó la crueldad y el ingenio para inicuas explotaciones y corrupciones que la historia recuerda con vergüenza. Los aborígenes fueron prostituidos, esquilados e idiotizados por siglos de siglos, a través de la conquista, de la colonia y de la república. ¡Odisea de lágrimas y sangre!

De la legislación cuatorniana debe desaparecer, observa el doctor Oueva, ese fárrago de leyes draconianas que atacan la libertad individual y deshonran las instituciones republicanas. Como senador por la provincia de Loja, ha mantenido en alto el estandarte de la resistencia social, empeñándose porque se suprima «esa disposición bárbara» de la prisión por incumplimiento de servicios personales. Boga también porque la escuela remedie tantos males.

Podrán las legislaturas dictar leyes sabias: la astucia y ambición humanas las burlarán siempre, en tanto que impere la ignorancia de los de arriba y de los de abajo; de los primeros que, por falta de sólida educación moral, oprimen a sus inferiores, y de éstos, por

que todavía no se dan cuenta de sus derechos para hacerlos valer.

Allí donde la escuela ha iluminado al indio, éste se ha levantado de su postración. En la ciudad de Otavalo, la suerte del aborigen ha cambiado: los indios saben leer, son aseados, visten, en su rango, bien; han comprado haciendas que las administran en comunidad; el concertaje ha desaparecido, porque los trabajadores son relativamente ricos y laboran sus propios terrenos cuando ellos quieren.

¿Por qué no conseguir igual mejora en todo el país?

Inútil sería intentarlo, sin la compenetración de sus caracteres étnicos por medio de la implantación del idioma. Enséñeseles castellano, y se habrá dado el primer paso.

Albañiles, soldados, artesanos, obreros de fábrica llegan a distinguirse por su inteligencia cuando a la lengua aborigen ha reemplazado el español. Citaríanse múltiples casos de la idoneidad y hercúleo vigor de la prosapia primitiva, dueña de América.

A inmediaciones de Quito hay un pueblecito de indios—Zámbiza—que, gracias a la abnegación del doctor Calero, se ha transformado por la educación. Este apóstol consiguió destruir los vestigios de barbarie, les enseñó higiene, y hoy aquellos indios son felices. Despojados de su larga cabellera era un imposible: primero se dejaban matar que permitir la profanación de esas chincas colectas, de las que refieren tradiciones de honor y orgullo de raza. Pues bien, la esenela ha obrado el milagro. El doctor Calero consiguió que asistieran a ella sin el aditamento legendario, apéndice que encarnaba fuerza y era uno como talismán que tenía la virtud de la cabellera de Sansón, trenzas que eran remedo del troglodita.

La prensa auxiliará esta cultural propaganda. En vez del insulto diario y del odiar al hermano, colaboren, en unión de los periódicos serios y educadores, aquellos otros que no han sembrado ninguna idea saludable, sino recelos, suspicacias y rencores. El periodista es cruzado de la civilización; enseña en vez de charlar

a humo de pajas; siembra ideales, en vez de demoler reputaciones; es pedagogo a su manera, en vez de maestro de ruines pasiones que con la burla y la calumnia, con el gracejo irónico y el malicioso prejuicio destruye asociaciones e individuos, provocando, con el escándalo, el redondeamiento de la empresa antes que la mejora popular. ¡Negocios amasados con iniquidad! Títulos llamativos y en gordos caracteres: ¿qué anuncian en ciertos diarios que se denominan nacionales? Una política de manida bajeza, despellejamiento personal sin pizca de buenas maneras, indecentes desconfianzas de la buena fe y mérito de todo el mundo, verborrea machacona que a fuerza de carcajadas y desplantas consigue levantar polvareda, chácharas y más chácharas del insigne charlatán antes que del periodista de buenas maneras y de encumbrados puntos de vista. Basta de esta miopía, corrosiva de las buenas costumbres y desacreditadora de la misión de la prensa.

¡Quedan tantos problemas sociales que ahondar! A ellos consagremos nuestras energías, como lo ha pensado y ejecutado el doctor Cueva, que ya en otra ocasión clamó por la extensión universitaria como factor de la cultura popular y de la divulgación de los conocimientos. No olvidemos que no hay razas predestinadas. «La raza y el clima, dice Juan Bantista Alberdi, han podido influir en el hombre en los orígenes y principios de la civilización; pero las conquistas mismas de la civilización le han ido emancipando de esas influencias físicas, y han hecho de la libertad una planta de todos los climas y de cada clima la patria posible de todas las razas. . . . Lo que se llama el instinto de libertad de los pueblos de origen sajón no es más que una primera educación de que son susceptibles todos los pueblos de la raza humana, no importa de qué origen ni de qué clima».

Ante tales declaraciones fulgurantes y humanas, la crítica torpe que ha convertido en insulto el vocablo *indio* debe sentirse confundida. ¡Dénnos cada día reformadores indios como Juárez y Espejo!

Pensemos un poquito más que en las dentelladas de la ira, del despecho y de la envidia, en los corolarios de la gigantesca tarea que el doctor Agustín Cue-

va recapitula en estos excelentes conceptos, al discurrir, serena y sabiamente, acerca de *Nuestra organización social y la servidumbre*: Acercar y armonizar los elementos étnicos de nuestras nacionalidad; fundirlos en un ideal de unidad y fuerza; hacer brotar del caos de la desigualdad y de la injusticia social una alma ecuatoriana, dignificada y pura, al soplo creador del verbo y del pensamiento: he allí lo que debe ser la obra esencialmente humana de la sociedad y la prensa, que ha seducido mi espíritu.

He aquí los fundamentos de una clara educación patriótica ¡oh maestros y periodistas que amáis la belleza, la patria y el bienestar nacional!



ESTUDIOS SOBRE LEGISLACION ECUATORIANA Y MEDICINA LEGAL

La antropología criminal, inspirada en los fenómenos de la naturaleza, va llegando a conclusiones que sorprenden, al extremo de considerar para la eficacia del análisis, los hechos de la criminalidad como actos naturales: las plantas, los animales asesinan, devoran a sus semejantes, está diciendo categóricamente aquella experimental disciplina. Esto no significa que el positivismo actual deseché el depuramiento, consejo de la naturaleza. Al contrario, la docilidad, por ejemplo, que Galton notaba en los animales, la atribuye a la selección. Cada día el universo es dominio de los mejores. A este respecto, percibió Darwin con ojo avizor: «Por lo que concierne a las cualidades morales, cierta eliminación de los peores va siempre progresando hasta en las naciones menos civilizadas. Los malhechores son injusticia dos o tenidos en largas prisiones, por lo que no pueden transmitir sus malas cualidades. Los enajenados y los hipocóndricos van a un encierro o se suicidan. Los violentos y pletistas tienen a menudo un fin sangriento».

Aquí viene a propósito la doble influencia de la educación y del medio, que ha pasado a tema familiar de la pedagogía, si bien dicho ponderado efecto es muy pobre en organismos inferiores y casi nulo en los seres de anomalía ingrata, no obstante la íntima relación que existe entre el animal y el mundo que le circuye.

Por esto, la sociología criminalista ha hallado pruebas palmarias de que "el delito tiene sus causas en la constitución física y moral del delincuente; pero también, en gran parte, en el medio físico y social que le rodea".

Organismos sanos y vigorosos como el de Goethe, como el de Garibaldi, que fueron estudiados por grandes antropólogos, presentan normalidad de sentimientos, nobleza de acción y potencia intelectual. Con todo, el instinto a las veces suele imponerse, y el hombre se acuerda a menudo de que es bestia feroz y vuelve a compenetrarse con su naturaleza, echando al traste educación y atmósfera cultural. Bastaría citar episodios de la guerra europea, sin recurrir a la manoseada frase de Hobbes.

Ya Ferri, que tanto ha iluminado la escuela criminalista positiva, contó 22 clases de muerte entre animales de la misma especie. Refiere Bizzozero que en su presencia un perro despedazó a su compañero y tragó con rabia parte de su cadáver. Houzeau cuenta que la hembra del cocodrilo se come a sus propios hijos cuando éstos no saben nadar. ¡Cuántas veces no hemos visto gatas que devoran a sus cachorrillos! Si en la escala natural sucede esto ¿por qué asombrarnos de los crímenes humanos?, preguntan los criminólogos, al examinarlos fríamente.

"La escuela clásica estudia el delito en su objetividad abstracta, y, por consiguiente, no se ocupa del delincuente, sino como de un término algebraico para la aplicación de la pena, proporcionada al delito y no al delincuente; y si se ocupa de éste en ciertas condiciones de evidente anomalía lo ha hecho y lo hace, por el método apriórico y por el menor progreso de las ciencias naturales y psiquiátricas en los tiempos pasados, de un modo tan incompleto y con principios tan peligrosos, que llega a convertir los motivos de una mayor defensa social (como en los casos de locura, embriaguez, menor edad, etc.) en motivos de impunidad de los malhechores. La escuela positivista, por el contrario, considera la criminalidad como un fenómeno natural; y, por consiguiente, en vez de la delicuecía estudia al delincuente, adaptando sobre todo a éste las precauciones defensivas y teniendo el delito cometido

sólo como un indicio de la potencia maléfica de quien lo ejecuta». (1)

Viajando del hecho a la idea, la Patología ha entrado en el análisis de los degenerados y criminales, enfermos de la voluntad, enfermos del cerebro, tristes herederos de morbos dolorosos. Mac-Donald, al aplicar su escalpolo al criminal tipo, se abisma en las regiones de la medicina.

Desde el inmenso Beccaria que tanta claridad derramó sobre el delito, desde el profesor de la Universidad de Cagliari Mariano Carrara, que tan trascendentales problemas de medicina legal dictó a sus alumnos, ¡qué nuevos rumbos ha seguido la criminología moderna y cuánto promete para el futuro!

La medicina legal—ahondando la biología—ha salvado a las numerosas víctimas de una herencia fatal y desprovistas de personalidad conciente.

Lombroso, Garofalo, Ingenieros, descubridores de ejemplares sorprendentes para los museos antropológicos, nos dan resueltos casos inauditos, en los que, de la colisión de la ley y de la realidad científica, surgen atenuaciones y nuevos rumbos dietaminadores para el médico y el legista.

Estos monumentos de experimentación, estas disertaciones que *viviseccionan* al hombre y directamente propenden a educarle, a mejorarle, a mitigar sus ancestrales dolores—y no la literatura de hojarasca, producto de modas estragadas y de un medio ambiente corrompido—son los llamados a regenerar a la sociedad. Vasto es el campo de la investigación humana: en él caben todos los progresos del entendimiento que caminan en pos de la verdad y del arraigamiento del derecho.

A este género pertenece la ordenada y moralizadora codificación nacional y científica del Dr. Mariano Peñaherrera E, que fue noble profesor de Medicina Legal y Decano de la facultad Médica de la Universidad de Quito. Sus *Estudios sobre Legislación Ecuatoriana y Medicina Legal*, robustecidos con casos prácticos y fuerza de dialéctica, apoyados por citas de eminentes facultativos extranjeros, llenos de oportunas car-

(1) Nuevos estudios de Antropología criminal por Enrique Ferri.

menaduras a nuestros Códigos, que al experimentado Catedrático ha comprobado con otras legislaciones cultas, y de sobrios comentarios, producirán bienestar social, porque simplificarán ciertos procedimientos que todavía son inquisitoriales y aclararán las muchas vaguedades de la ley, garantizando el secreto profesional, la tranquilidad del enfermo y velando por tantos seres que la sociedad ha excomulgado.

"Respetando los sentimientos de la naturaleza, la Constitución y las leyes prohíben que se obligue al reo a declarar contra sí mismo; pero no se comprende que el apremio ejercido sobre el médico recaer, en último análisis, sobre el mismo reo, a quien se le pone en la terrible disyuntiva de perecer por la falta de asistencia de un médico, o ser el delator de sí mismo; ya que a esto equivaldría revelar sus secretos a una persona que tiene obligación de declarar ante el Juez", discute el Dr. Peñaherrera con recto criterio, en su libro publicado en 1915.

Si el abogado defensor, que posee los hilos del delito no puede ser testigo, ¿cómo lo será el médico que, más que superficial confesor de culpas, miserias y desmanes, oficia como psicólogo íntimo y es un sagrado poseedor de hondos secretos de las almas y de los cuerpos?

Sin embargo, para nuestra legislación es aún recuento investigador la declaración médica.

Vibrantes son estas justicieras frases del doctor Peñaherrera, como una protesta en aras de la dignidad profesional: «Con indignación y asombro contemplamos ahora, a lo lejos, dice, la monstruosa institución del tormento como medio de obtener declaraciones o confesiones; y para que no quede ni sombras de ellas en las modernas legislaciones filosóficas y humanitarias, no se permite que a nadie se la someta a tormento moral, precisándole a perjurarse o condenarse a sí mismo, o a sus parientes íntimos, y, sin embargo, permitimos que, violentando al médico a declarar sus secretos profesionales, se imponga un tormento peor que al pobre enfermo, y se constriña al médico a conculcar un pacto legítimo e inviolable, a disponer de lo ajeno, por prestar a la administración pública el menguado y odiosísimo servicio de los espías, servicio que, interponiendo entre el médico y las familias el inmenso

abismo de la desconfianza, dificulta el ejercicio de una profesión noble y bienhechora, y acarrea a la sociedad males incomparablemente más graves que los que se evitarían con las indignas y vergonzosas revelaciones de los médicos.»

Aunque médico católico el doctor Peñaherrera, sin herir sus firmes creencias, no ha desechado ciertos progresos de la Criminología, ciencia en marcha; pero, con todo, se atiene con franqueza a las resoluciones de la *Sagrada Congregación de la Inquisición en asuntos de fe y de costumbres*, como en el único de la disyuntiva de sacrificar al feto para salvar a la madre o aventurar la existencia de ésta siendo iguales sus derechos. Defiende en todo trance la vida humana, ataca al homicidio por disimulado que sea, cree en la responsabilidad de los actos humanos, no es partidario de que las enfermedades de padres a hijos coarten el libre albedrío y toca temas sociales muy fecundos para el afianzamiento moral y el triunfo de las buenas costumbres. Arduas disciplinas, de las que desprende, con sencillez y claridad, leyes y derechos que corregirán las inconsecuencias de nuestra legislación, poniendo al médico en su legítimo solio.

A cada paso la sabiduría de este funcionario está resolviendo admirables problemas de criminología; aunque muchos de ellos pasan más bien al campo de la filosofía de la lucha por la vida y de la psicología biológica.

La escrupulosa obra del doctor Peñaherrera compagina las disposiciones del Código Civil, de los de Enjuiciamientos, del Penal y de Policía con las diversas actuaciones del médico y pone de manifiesto muchos errores de aquéllos, votando por que no deban subsistir.

Plantea la cuestión previa de si el facultativo está legalmente obligado a prestar sus servicios a los particulares y a las autoridades. El Código de Policía ecuatoriano habla de un turno que hasta ahora no se ha reglamentado. Con todo, quedarían en pie consideraciones de orden humanitario, por más que «la antigua esclavitud legal haya desaparecido»

En cuanto al peritazgo, de mayor incremento para la garantía y tranquilidad de las sociedades, subsiste la sanción legal contra los que no se excusaron con

causa justa, aunque, por otra parte, la ley no la puntualiza. Exige, además, sin excepción alguna, el deber de que el facultativo practique la autopsia. Las leyes alemanas y austriacas prohíben que se encargue de la autopsia judicial al médico «que haya tratado al difunto durante la enfermedad que procedió inmediatamente a la muerte». En Austria y Alemania también los catedráticos de Medicina legal son los primeros peritos que solicitan los Tribunales en graves casos y a veces son los únicos que corren con las autopsias judiciales. Del mismo parecer el doctor Hofmann, quien recomienda, de paso, que en la redacción de las actas de tales reconocimientos se haga uso «del dibujo y de la conservación de objetos.»

El doctor Peñaherrera observa que la legislación ecuatoriana peca en este punto por dos extremos. «Por una parte, dice, no obliga nunca al perito a excusarse de prestar sus servicios, pues no hay ninguna ley que lo prescriba, siendo así que no podrían intervenir motivos de evidente parcialidad, ignorados por el juez y las partes. Cuando un juez tiene motivos para excusarse y no lo hace, se le juzga y castiga como prevaricador: creo que casi los mismos motivos habría para proceder de igual manera con los peritos.

Por otra parte, la ley lo exige al médico cosas que pueden ser físicamente imposibles; el art. 82 del Código de Enjuiciamientos Criminales que no admite *en ningún caso y por ningún motivo* la excusa de un médico para practicar la autopsia que se le ha prescrito, es una disposición evidentemente absurda y sobre manera injusta».

Capítulos tan interesantes como los ya esbozados, toca el doctor Peñaherrera, a saber: de la responsabilidad del médico por sus actos profesionales, de las razones de la inviolabilidad del secreto que le incumbe, del principio y fin de la existencia de las personas, del matrimonio y sus consecuencias, de la edad legal, de la locura en lo que se relaciona con la legislación ecuatoriana, de los crímenes y delitos en el orden privado y en el público. Plantea, en vista de la letra de la ley, los casos urgentes y corolarios que aquéllos presentan y los pone paralelos a la sabiduría de otras legislaciones.

Cuando el esclarecido Lombroso publicó su *Medi-*

cina legal, expresaba que lo hacía por cumplir con un deber inherente a la profesión ilustradora de su vida, a fin de que sus doctrinas no fuesen tergiversadas o copiadas erróneamente en las aulas. Otro tanto ha hecho el antiguo y distinguido profesor de análoga materia, doctor Mariano Peñaherrera, al compaginar con esmerado y serenidad nuestra legislación en lo que se relaciona con su ciencia, y al anotar las viejas antinomias, omisiones y anacronismos de aquella selva enmarañada, gigantesca y profunda.

Con buenas leyes y espíritu racional, llegaremos, fieles a un sano optimismo, a la multiplicación del tipo vencedor en la especie humana. Las mayorías disciplinadas, trabajadoras y vigorosas podrán así cumplir las tres leyes de Mulpert, retempladoras del carácter. Si larga y dolorosa ha sido la evolución filogenética de los animales dentro de la especie, es menester que el hombre, luchando por la perfección de su existencia, realice bellamente su concéntrico ciclo ontogénico y dicte un código cosmopolita, sabio y espiritual, que redima a los pueblos.



CRONICAS QUITENAS

La bienquista ciudad de Quito, típica en sus ondulaciones y repechos, con su aspecto conventual, encerrada en enormes y vetustos murallones, asilo del misticismo medioeval, encierra tesoros de rica psicología para el que se detiene a recordar las raras y trágicas aventuras de su historia.

Cada piedra habla de los arcaicos escándalos coloniales, del predominio clerical, de las solemnes procesiones y los milagros ingenuamente forjados. Se ven cabezas horribles fijas en una picota; trofeos de bárbara arremetida colonial. Sangran sus calles, que presenciaron el martirio de ilustres varones y el furor de las guerras intestinas. Parece que se ven pasar las atormentadas siluetas del Conde Ruiz de Castilla, de Hall, de Eloy Alfaro, de sus leales tenientes; exhibidos en público nros; ametrados otros, magullados todos, escarnecidos, blanco del ludibrio de la soldadesca enfurecida y del fanatismo despiadado. Mujeres heroicas como Marieta de Veintimilla defienden el poder con asombrosa valentía, en el fragor de la tormenta. Por allá se ve la louja desde donde rodó un gigante: García Moreno. Aquí, un arco regio rememora tradiciones inolvidables; allá, una arcada pomposa es testigo de los prodigios de la piedra pulimentada y del fervoroso culto externo; acullá, un ángulo de estrecha calleja refresca crímenes pasionales de embozados. Ahí el palacio arzobispal donde cayó exánime un justo, a quien se le dió a beber estricnina en la catedral de Quito, en los áurcos vasos rituales. Más allá el ejido, hoy hermoso parque, donde fueron asados los caudillos insignes del liberalismo y un fogoso periodista. Parece que, junto con los

suntuosos desfiles cívicos y religiosos, se oyen las maldiciones populares, mezcladas a las plegarias en horas de conflicto, cuando la tierra tiembla y rugen sordamente los volcanes.

Remontándonos a lo antiguo, como una sombra fugan la teoría de olores en literas forradas de seda y los obispos bajo relucientes palios de plata y oro. La gloria de la ciudad no es infecunda, por más que la piqueta demolidora haya removido sagradas piedras de sillera y angustos escombros que respetaron los siglos. Quedan todavía muchas marmóreas lápidas, trasunto de épicas escenas de la independencia y de hechos ridículos. Otras no se han colocado aún, no obstante estar legalmente decretadas, para no avergonzar a sus autores.

Quito, de índole pacífica, imita la virtud de las abejas: ora y trabaja calladamente, llorando quizá sus esplendores destruidos sin remedio.

Ya no existe la póstuma y primorosa Universidad Central, de umbrosos jardines y amplios claustros, por los que pasaron Mejía, Espejo, León; por donde discurre la penetrante mirada de García Moreno y pensó en su ciencia el protomédico Barahona. Aquel silencioso patio, evocador de hondos estudios, fue profanado por la piqueta implacable. Ya no se escucha el dulce rumoreo de la pétrea fuente, ni el paso majestuoso de los catedráticos que en el corazón de la urbe eran como los penates de la ciencia, respetados por todos. En esas aulas, enmadecidas para siempre, labraron con orgullo el néctar de la sabiduría muchas generaciones, gustosas de la flor del estudio, ajeno a huelgas y escándalos, humildes y abnegadas, sin ningún exhibicionismo social ni marejada alguna política.

Hogares patriarcales han desaparecido. Las vírgenes ingenuas, imitadoras de su paisana Parodes y Flores, de blancor de azucena, se alejan en el vértigo del siglo. ¿Qué se han hecho aquellos hermosos y núbiles capullos, esas cándidas flores que adornaron la humilde casa de Marianita de Jesús? La escondida miel de místicos amores va quedando desabrida.

Tumultuosa la existencia política, conventual y militar, cual prisión de tormento maldecida, empañó el amor, la fe querida, la lealtad, la sagrada amistad, la honradez y la conciencia.

¡Cuántas mudanzas en la comedia de un pueblo indisciplinado y bueno en el fondo, aunque sensible a los prejuicios! De la risa pasan sus habitantes al quebranto, abrumados por crueles tiranías. La música es triste: con ella se entrega la plebe al baile y a la orgía. La fugitiva paz se interrumpe bruscamente con el llanto de los golpes civiles y cambios militares de opereta. La dicha presidencial ha sido muchas veces frase vana, cuando los terribles combates dejaron montones de cadáveres en sus estrechas rúas o la traición incruenta dibujó una mueca de ironía.

Buscó a veces afonosa la heroica Quito armas con que luchar perseverante por la libertad; mas se vió impotente e indefensa, como el navegante perdido en el piélago profundo, sin esperanza de la más débil tabla.

Llamando la atención del Nuevo Mundo, Quito, luz de América, fue solitaria con el bagaje de la amargura, gimiendo las estériles matanzas de sus hijos, víctima del clero, del militarismo y de la ambición política que minaban sus cimientos. Así fue atravesando tan triste vía, como el viajero desorientado en la noche oscura. La libertad se alejó varias veces. Sus representantes partiéronse al destierro y al sacrificio. Los rudos golpes de la desgracia abrieron hondas heridas en el corazón de la patria.

Transcurrieron fugaces sus horas bendecidas, dejando en la memoria la aflicción de los tiempos épicos, que la leyenda ha hermoseado, en consorcio con la poesía.

No olvidaba, con todo, la verdad concisa de sus escasos pensadores que, ocultando sus lágrimas tras el velo de una sonrisa, predicaban libertad de conciencia y de emisión de las ideas.

En el fructífero campo del arte, Quito es genial. Dón de asimilar obras peregrinas favorece a los quiteños. Crean con primor e imitan a maravilla.

No sólo en los templos se guardan los tesoros de arte salvados de codicias y empleos fraticidas, restos sagrados de augustos esplendores de otros siglos; en las mansiones particulares hay bellezas del período incásico, reliquias coloniales, muebles riquísimos, valiosos pergaminos. Señoriales familias custodian aquellas magificencias y levantan edificios especiales para encerrarlas con respeto, como la biblioteca y el museo del caballero quiteño don Jacinto Jijón y Caamaño.

Visitando un viejo claustro

Para un hombre del siglo, lleno de preocupaciones y atormentado por hondas inquietudes; para un hombre que combate bravamente por la vida, enfrentándose contra odios y resistencias, es como trasladarse a otros mundos penetrar en los misterios de un claustro, anacrónicos y hasta absurdos para el positivismo. La mansión de paz, enorme y silenciosa, se abre ante las curiosas miradas como algo inusitado, medioeval, desconcertante. Parece un oasis en medio de la esterilidad ambiente, de la ilusión perdida y la creencia muerta. El espíritu mundano se sobrecoge. Se diría que, por obra de magia y en plena civilización, que tantas tristezas amontona, hemos retrocedido varias centurias, para colocarnos en un plano sencillez, primitivo, sin preocupaciones, ajeno al mañana, libre de la vanidad circulante, inadaptable y de vesánico quietismo.

Visité el máximo convento de San Francisco de Quito. Un padre joven, sonriente, vigoroso y simpático, de marcado acento español, Fray Fidel Varona, fervoroso por la filatelia, apasionado por la ciencia geográfica, fumador y dicharachero, fue mi amable guía por arcadas, pasillos, vericuetos y subterráneos.

Pasmo tras pasmo, sorpresa tras sorpresa, paso a paso, iba recorriendo aquellos limpios y dilatados claustros, en los que las pulidas piedras me hablaban de los arcaicos esplendores coloniales y de la fe potente de pasados días que transportaba montañas y elevaba gigantesas y pétreas epopeyas, triunfo del sentimiento colectivo. Hoy sería imposible construir un convento de esta clase, me decía Fray F. Varona, adelantándose por los sótanos y bóvedas de San Francisco. En esas profundidades, antaño se pensaba en maseraciones infinitas, en penitencias de austeridad increíble. Por las huellas de la pintura que respetó la cal, se comprende que, por esos antros polvorientos, ambulaban contritos peregrinos, de hinojos ante cada una de las estaciones, evocando la pasión de Cristo en cada cruz borrosa.

Ripio, destrozos del tiempo, maderamen carcomido, santos apolillados, restos de andas, marcos y catafalcos,

pedazos de mariscos y ladrillos de otras épocas, allí están, en lamentable confusión, cual mudos testigos de la miseria humana y de las embestidas de los años. Se siente la impresión de un cementerio, de algo que fué, ineluctablemente.

—¡Qué naufragios los del tiempo!, exclama con humilde y resignada voz Fray Fidel, corazón atrayente, ejemplar de encapuchado, nada mojigato. Salgo contristado de esas catacumbas. Sobre ellas, en los amplios corredores y en los frondosos jardines, la vida es quieta, apacible, impregnada, al parecer, del perfume de la santidad y del silencio.

Baldosas de granito, no obstante su eterna duración, hacen olvidar la perennal monotonía de las horas. Pero los pétreos epitafios, las enormes lozas de conquistadores, ilustres familias y penitentes del siglo XVII, incrustados en la pared, me vuelven a la realidad meditativa. Ni un puñado de polvo queda de esos despojos: sólo las frías lápidas de piedra, con vetustas y casi ilegibles inscripciones, con fechas anticuadas.

Allí están los grandes e ingenuos lienzos rebosando motivos de la vida de San Francisco de Asís y de los varones ilustres de su orden. En los cuatro ángulos del espacioso claustro, brillan los dorados altares, retablos y artesones, tan limpios y relucientes como si fueran de un ayer cercano. Esculturas magníficas elogian, en el vulgar arcano, el arte impecable y opulento que pasó. Modestos pintores, con sublime anonadamiento, ocultaron sus nombres al concebir aquellos famosos cuadros, al esculpir tantas piedras y maderas.

No se sabe quiénes fueron esos célebres autores, confundidos en el anónimo, con heroica humildad. Sus posiciones, cálculos, búsqueda de escuelas, recuento de los rastros de la historia para adivinar a tantos artistas coloniales del buril y de la línea, del cincel, del escople, de la paleta, de la plumada y del palustre.

Viendo las reproducciones últimas del pobrecito hijo de Bernardón y Pica, musita Fray Fidel:—Este varón admirable y seráfico es conocido en todo el mundo. Protestantes, socialistas, disidentes, todos lo respetan. ¡Recuerda la circular que ha dirigido Mussolini a los súbditos de Italia y de las colonias acerca de la celebración del centenario franciscano?

Y lentamente, leo los más inspirados acápites del documento en el que la gloria del Dante va junto a la del desarrapado y caritativo Francisco, el del ardiente amor a la humanidad, el bueno por excelencia. El timbre del franciscano juvenil se vuelve musical.

—Abrigo el proyecto, agrega, de que se levante una estatua a San Francisco, al igual de lo que han hecho otros países. Se estudiará el lugar más conveniente.

—La base del monumento iría ilustrada con episodios de Fray Jodoco, hechos memorables del santo y una leyenda quiteña.

La mañana avanza lentamente, en medio de tanta calma espiritual, en la augusta paz escondida en aquella mansión exótica, solitaria, sacra.

A lo lejos, se contempla la silueta de algún grave mendicante, encapuchado y de burdo sayal, que desaparece por las cien puertas del laberíntico claustro, como un fantasma, trasunto de otros siglos ingenuos.

—Para los extraños, se necesitaría de un plano a fin de no perderse, murmura mi compañero de visita.

El juvenil padrecito sonríe. Su rostro resplandece como el de los justos; sus ojos clarean suavemente.

Desde el coro, primor del arte, por entre las rejillas, el monumental templo se ve como una ascua de oro. Su aspecto es deslumbrador. Cambia la óptica, transformándose en una maravilla feérica. La visión es oriental, milimanochesca.

Empiezo a recorrer los tallados sitials, cuando contemplo a tres frailes arrodillados en actitud recogidísima de orar. En seguida me invaden numerosos padres y novicios que van al coro a la hora reglamentaria. Cada cual hincó su rodilla en tierra y va a su sitio.

Es la hora de salir. Dejo para después las impresiones de la galería de arte y de la biblioteca.

La elocuencia de una campanita me vuelve a la evidencia prosaica. ¿Habré soñado?

Una vez en la calle, me restrego los ojos, fatigados de tanto esplendor. Juzgo que he descendido de célicas moradas al bullicio turbador de la tierra, donde el rencor se agita y la lucha por la existencia es dura, cruel, desesperada. ¡Qué contrastes en el reducido perímetro de la querida y colonial ciudad!

La Exposición "Eugenia Mera"

A fines de 1926 se inauguró, en los salones de EL COMERCIO, la exposición de pintura de la distinguida y encomiada artista señora doña Eugenia Mera de Navarro.

Están surgiendo veinte hermosas telas, en las que la maga del pincel puso su alma, para interpretar la recóndita del paisaje, con nostalgias, tristezas y lejanías que sentimos por aquellos lugares que un día hollaron nuestras plantas o se entraron hasta muy adentro por los ojos abismales.

La visión del cielo, con los maravillosos cambiantes de luz, y el estudio de las nubes, que transparentan desde la diaphanidad azulina hasta los *nimbos* que se aglomeran en la cima de las cordilleras andinas, están hábilmente reproducidos, con algo de ensueño que cubre de melancolía el recuento de los paisajes de la patria, los campos de la Sierra ecuatoriana y la volubilidad de las aguas de la Costa, en medio de la tropical vegetación. Por el dulce milagro de la paleta, se siente la paz interna y la alegría del corazón al contemplar muchos cuadros de la exposición «Eugenia Mera».

Doy una ligera impresión de conjunto, sin ponerme a detallar cada encantador lienzo, querido como algo muy nuestro, como un hijo de la patria. Evocarla, es refrescar la tierra aridecida, empaparla con el agua bendita espiritual, como los campos con la benéfica lluvia que borra las crudezas del ostío.

En algunos cuadros he visto las profundas grietas de nuestras serranías; el lujurante verdor de la puerta del Oriente, con su gama esmeraldina y opulenta; la blanca cima de nuestras montañas, el olímpico Chimborazo, solitario como el genio, en medio de matices eglógicos; las faenas de los labriegos, y majada de pastores, como en el ritmo bucólico de Garcilaso; haciendas de las cercanías de Quito, con sus derruidas tapias, con sus rebaños; contornos de la Liria, vecindades de Atocha; el blanco Tungurahua, que dijo Juan León Mera en la leyenda indígena de la «Virgen del Sol»; playas del mar, añoranzas de Salinas; puestas del sol

incomparables; parvas que el crepúsculo besa; espejismo de la exuberante vegetación tropical y los inconfundibles cultivos de la serranía.

Todo es un primer de matiz, tratado con maestría; da, junto con el impresionismo del arte moderno, la honda comprensión del paisaje, real y ensoñador a la vez, con toda la vida y la poesía del color.

La Artista del Paisaje

El alma de las cosas surge de la paleta, poblando de armonías la visión de la tierra, al conjuro divino de la inspirada artista Eugenia de Navarro, que con el pincel rima.

¡Qué nubes! ¡Qué matices! Los ojos se deleitan ante el despliegue de los horizontes y la magnificencia de la vegetación que anuncia la feracidad de la región oriental ecuatoriana, desde que se inician las proximidades de Baños. Y en medio de tanta realidad pictórica, me detengo a dar rienda suelta a los mirajes de ideal, que se leen en el fondo de las encantadoras telas, como en la «De mi heredad», y «Caminito de mi casa».

La costa ecuatoriana extiende sus perfiles; en el azul lejano, el mar se desvanece. La líquida llanura me llena de nostalgia: hay en la entraña íntima del paisaje, algo que muere, algo triste que nos habla quedamente de abandonos y de inmensa soledad que dan grima al corazón.

Allá, medio derruida, dejando ver su desigual y desnudo maderamen, como el esqueleto de lo que fue, se alza la silente casita de la costa, en el imperio absoluto de la desolación augusta. Quizá no escucha más acariciantes himnos que el rumor de las olas. ¡Qué de añoranzas encierra este cuadro de reducidas proporciones, en medio de su grandeza solitaria, salvaje, ruda!

Interpretado por la delicada artista, señora doña Eugenia Mera de Navarro, es todo un poema de recuerdos que viajan al infinito. Le ha intitulado «Costa Ecuatoriana».

Más allá, Salinas: «La Pintilla». Después, escenas de pescadores en Jaramijó, en los que, sin la figura humana, surgiría el píelago glauco. Por último, la lengua de tierra que penetra en las bravuras del mar.

La gama de verdes fascina en «El Gallo encantado», como esmeraldino asiento de los azules contornos de las cordilleras. Sorprendentes mirajes los de «El oro de los campos» que ilumina aquellos tones de la diosa Ceres, en hábil contraste del agrio boquerón y la sonriente llanura. Resurrección campestre, alegría, baño que limpia están sutilmente discurriendo en el cuadro «Después de la lluvia».

Y en medio de los diversos parajes de la sierra y el litoral, que dejan traslucir el sentimiento de quien los contempló con sutil psicología, se admira la prolijidad de técnica y la brillante ejecución. Las augustas cimas de nuestras montañas, con su típica vegetación en la base, revelan esmerado estudio de la naturaleza. ¡Qué diaphanidad en la tela criolla y de íntimo cariño vernáculo «El sol de mi tierra»! Es quizá lo más personal y artístico de la «Exposición»: calor, ambiente, primor en la arboleda, todo está allí retratado.

Aquellos gigantes andinos, aquellas grietas profundas, aquellas cúspides aisladas se ostentan mejor sin testigos, sin nada que denuncie la presencia de seres organizados: ni hombres ni brutos, por mansos que sean los animales e inofensivos los pobres indios, no deben profanar el reino andino, en la majestad de la composición pictórica. Pintar miniaturas de labriegos o de rebaños sería empequeñecer la vasta y sugestiva concepción estética, poblada sólo de genios invisibles; aménorar las emociones que los ecuatorianos panoramas despiertan. Otra cosa sería tratándose de reproducir las costumbres nacionales. Me refiero sólo a la austeridad soñadora del paisaje.

La bellísima «Exposición Eugenia Mera», ha sido confirmación triunfal del talento artístico de la aurora. Los primorosos lienzos, más nuestros y elocuentes los de la sierra americana,—que los de la costa bravia, lujuriente y solitaria,—quizá por la familiaridad de contemplarlos y comprenderlos, eclipsan a las visiones marinas, salvo aquella maravilla de saudades «La Costa Ecuatoriana».

Vivan, en el prodigio del color, las geniales reproducciones de la serena quietud de nuestras tardes estivales, cuando el sol, como un incendio, derrocha sus fulgores por los vastos dominios que atalayan el Chimborazo, el Tungurahua, el Cayambe, el Cotacachi; perduren nuestros cielos inconfundibles, en los que las nubes y la luz parecen cosa de magia y más trasladados de la paleta de Eugenia Mera, la magistral dominadora del paisaje ecuatorial.

Una manción artística

Cierta límpida tarde quiteña, de esas hidrópicas de azul y sol, visité un viejo hogar de hidalgúa, auténtico jirón solariego de la raza castellana.

Iba en pos de emociones artísticas, a conocer las estrofas de luz de un férvido devoto del pincel, que está enviando sus producciones a los Estados Unidos, después del éxito obtenido en la exposición de pinturas de San Francisco de California, a la que concurren grandes artistas hispano-americanos.

Al subir la escalera amplia del español edificio, cercano a una de las más excelsas contrucciones arquitectónicas de Quito, espléndido derroche de vegetación, en jarrones y búcaros, ostenta la lujurante flora ecuatoriana, con sus helechos, anturios, orquídeas, enredaderas y espárragos, en umbrosos y opulentos verdores y matices, que en la gama de la coloración entonan, con los asuntos morales y decorativos, un himno armónico.

Luego en la ornamental sala, admiran las miniaturas en que se han fijado las galas de la naturaleza ecuatoriana, que, en explosión de majestad, levanta las nevadas cimas de la cordillera andina.

Allí está, en la lontananza ecuatorial, confundido en el misterio y la soledad, el Ilaló.

Más allá, entre lienzos diminutos de técnica difícil y detenido estudio de las tintas, se deja aplaudir una magnífica "Puesta de sol", de esas casi inverosímiles que se observan en algunos parajes de la sierra ecuatoriana, y otro cuadro no menos sorprendente por su poesía, la creación titulada "La caída de la tarde". Bellas

cumbres que revelan fina observación de nuestra abérrima tierra y de nuestro pródigo cielo, son las que emergen de la tela denominada "Nido de águila". Distinta de la palabra, que es tan obvia, la pintura se vale de recursos de luz y sombra, de estudios de perspectiva, de efectos impresionistas y honduras gráficamente psicológicas, para expresar ciertos estados físicos y anímicos que nos inclinan a pensar en los temperamentos y caracteres, en lo que delatan las humanas fisonomías. Tal, por lo general, el papel de la caricatura. Así también intuimos las respectivas almas al examinar algunas cabezas de estudio de viejos y de jóvenes, de tipos extraños y de otros que el espectador se imagina conocer de cerca.

El quiteño que, por los alrededores de la ciudad, haya salido a paseo después de un vóspere en que la lluvia empapa hondamente los campos y desempolva el ambiente, contemplará uno como desperezo de la naturaleza, un ocioso despertar, sentirá soplo frío y somnoliento, un no sé qué de melancólico en el corazón que parece haber llorado en el secreto de su alcázar interior. Tal representa el suave y elocuente cuadrito "La tarde helada", que nos muerde cien cosas idas, cien recuerdos de una primavera que ya nunca volverá, como aquellas errantes golondrinas del soñador Bécquer.

Barranco caprichoso, raro escorzo, fuerte raigambre que se transparenta, en el breve óleo cuyo título es "Bosque de eucaliptos".

En el prolijo género de la acuarela, donde la primera mano ha de trabajar de firme, sin la válvula de enmiendas y retoques, se distingue la composición "El Vértigo", copia del natural.

He aquí las ligeras emociones que trato de bosquejar, al recorrer la mansión del joven artista Alfonso Mena, del mismo que, en hora no muy lejana, exhibió, en el salón "Las Palmas", del céntrico hotel "Metropolitano", varios cuadros aplandidos por la concurrencia.

Los croquis y apuntes del cuaderno de Mena, los ensayos fotográficos de buen gusto, presentan, ya no al aficionado de la paleta que, en el silencio del hogar, ha trabajado devota y calladamente, como si murmurara una plegaria de belleza, con íntima fe de esteta, sino al artista que vive en íntima comunión con los libros y la naturaleza.

Un Artista Humilde

Era en el interior del majestuoso San Francisco de Quito.

Desde el ornamental y artesonado coro, a través de sus pintadas rejillas, la inmensidad del augusto templo semejaba un relicario de oro. Todo relucía en rededor, haciendo olvidar la afiligranada antigüedad de la joya.

Dirigiendo la mirada desde lo alto, se dominaba el abismo artístico y reluciente.

Sólo una mancha negra, en mitad de la nave central, cerca del altar mayor, contrastaba con las áureas decoraciones arquitectónicas, los primorosos retablos, las archivoltas minuciosas, los arcos atrevidos, los cornisamentos inimitables, los chapiteles de inconcebible esmero, las esculturas famosas, los cuadros sorprendentes, los marcos estupefactos, recordándonos la miseria humana, la nada, el fúnebre luto.

Tallados sitiales, en dos planos, con expresivos relieves de las figuras de la orden en los respaldos, alternados con serafines de argentadas alas, hablaban de la oración y el recogimiento.

En los brazos de la secular sillería, sendos devocionarios, en humildísimos estuches de trapo unos, sin vestidura alguna y desencuadernados otros, mostraban las huellas del uso cotidiano y las señales de las predilecciones favoritas.

En el centro, el cuadrangular y tallado facistol giratorio, soportaba los grandes libros distribuidos para el canto. El coronamiento, entre lucecillas diminutas en arco, ostentaba una virgínea miniatura del inmortal escultor indígena Oaspicara.

En un ángulo, junto a la pasamanería que da a la iglesia, está el órgano, demostrando la blancura de su doble teclado. No es de los modernos que, como el gigantesco de la catedral de Colonia, descubre una selva de tubos sonoros, de millares de ellos que complican la colosal orquestación.

Apenas es un viejo Poligno, llegado a Quinto allá

por 1895 o 96, cuando la República del Ecuador se conmovía toda al golpe de la reforma.

—¿Quiéren oír tocar al gran dominador del órgano?, pregunta con dulzura a mis compañeros y al cronista, Fray Fidel Varona, el simpático burgalés.

Como le demostramos entusiasmo, añade:

—Voy a ver si está de buen humor, *asequible*.

La última palabra murmura sonriendo, como una caricia seráfica, atenuadora de egoísmos.

No tarda mucho. Se abre snavem ente ancha puerta, custodiada por un arcángel de flamígera espada, que remeda al que guardaba la del paraíso.

Con paso lento, entra un franciscano. Se arrodilla al llegar a la mitad del coro. Somos presentados por el amable cicerone. El formidable músico es de aspecto juvenil, un tanto marchito por el estudio y la prisión austera. En las líneas de su fisonomía se destaca su fuerza de voluntad, su temperamento vasco; paisano del férreo caballero Loyola, célebre soldado de Azpeitia. Vino a Quito casi niño, más o menos de catorce años.

Se transforma el religioso, desde que se sienta frente al órgano. Asuma el artista inspirado, henchido de la unión musical.

—No toco nada de memoria, dice, no tengo tiempo para repasar nada.

Abre las portezuelas alargadas del instrumento, arregla los registros. El motor eléctrico empieza a funcionar imperceptiblemente.

Abajo, en el templo, se oyen ruidos de cerrojos. Los fieles desalojan el recinto. Las mamparas quedan clausuradas. En el fondo, un túmulo pone su nota funeraria en mitad de la urna de oro.

Suenan los acordes de la «Patética». Es interpretado. Beethoven por un puro corazón. Quieren los burdos hábitos estorbar los movimientos del músico: se los arregla Fray Fidel, prolijamente.

Se desgranán las notas, llegan a lo sublime. La sonata abre sus recónditos encantos, y al dirigir la mirada a lo profundo, pienso en la muerte. El gozo espiritual tiene no sé qué de melancólico e inexplicable. En seguida Chopin, una marcha fúnebre clásica y los

compases conmovedores de Grieg que llora la postrera partida de As. ¡Sonos de miserere; preludios de ultratumbra!

—¿Dónde ha estudiado usted música?, le pregunto sorprendido. ¿En algún conservatorio europeo? ¿En Milán acaso?

—En ninguna parte, me responde con humildad. Llegué muchacho a Quito. Sólo me he consagrado al divino arte. En mi pueblo todos son músicos. Todos tararean aun los más difíciles aires que oyen. Hasta los herreros trabajan rítmicamente, cantando.

Su herencia musical —en su familia hay artistas, uno de ellos laureado en Buenos Aires— despuntó gracias a su auto-educación. De España trajo la base del solfeo. Ha hecho sus estudios vocacionalmente, sin maestros. Es asombro de carácter y de afición.

Su ilustre abolengo, no borró ni con el toscó-sayal la gallardía de los movimientos aristocráticos.

Tal es el P. Agustín de Askúnaga, el noble artista vasco, que en el silencio y en el aislamiento, ha seguido en la Capital del Ecuador, desde el misterio del claustro, triunfal carrera artística, severa, disciplinadamente.

Fray Agustín de Askúnaga ha compuesto algunas obras musicales que andan hasta en pianolas. Últimamente, se han entregado a la música incásica. Tocó un *San Juanito de Navidad*, típicamente alegre.

Termina el momento artístico con una chispeante jota de su solar, tumultuoso, animado aire español, y un zorco de su tierra nativa.

Las horas habían fugado rápidas, fantásticas, sin darme cuenta, como si un paréntesis de paz que no se calcula, nos hubiera paralizado.

La comunidad había entrado ya al refectorio.

Santuario de Arte

Devotos y desprendidos artistas, luminosos en medio de su obscuridad, inspirados en el santo anhelo de trabajar por la eternidad colectiva, pero de ninguna manera en pro de la individual, no se preocuparon de

poner señas ni nombres que permitiesen conocerlos. La Colonia levantó en América, sobre todo en Quito, gigantescos poemas de belleza, sirviéndose del granito, del lienzo y del cincel. Gran parte de las geniales obras son de héroes desconocidos, humildes estetas que ignoraron las tentaciones del orgullo y de la fama. El fatuo *exhibicionismo*, mal del siglo, no les aquejó. No conocieron *réclames* descarados ni *auto letanías*. Autores de innumerables prodigios de arte, sean éstos arquitectónicos, pictóricos, esculturales, pasaron al torrente de los siglos sin dejar la recomendación de la persona que los forjó, desinteresada, pacientemente. ¿Para qué las presuntuosas huellas personales? Unidáronse de no aparecer, sino de que la creación fuese sólida, consistente, perdurable. Con anónimo desapego, elevaron templos hasta el cielo, sin que sepamos quiénes concibieron los atrevidos planes ni, en titánica lucha, cuáles son los que se esforzaron, desde el montón anónimo, en aupar a los colosos de piedra, tallándolos primorosamente. Quemaron su vanidad en la sublime hoguera de la fe, candida y modesta; porfiada como la del carbonero, que mora feliz sin saber nada de las doctas ignorancias.

En estos momentos de grande expectativa para el Continente, cuando, junto con los problemas económicos, se agitan los más encontrados intereses morales juveniles; cuando el deber se halla eclipsado por las corrientes positivistas y en anhelo de un temprano goce de la vida, es imperativo el hondo pensar, dirigido hacia normas éticas, de tal modo que la ciencia venga a ser estudio constante e interminable de la juventud. Ya las disciplinas intelectuales van cada día siendo más descuidadas, porque el afán de improvisación borra todo trabajo intenso. Se diría que la época sufre de una marcada pereza mental. Ni la literatura simplemente imaginativa es muy cultivada, como una preparación o *entrenamiento*, (cual se estilaba en lenguaje deportivo) para más intensas labores.

La disciplina de la mente anota hoy grave quebranto. Y en medio de la superficial producción o de no hacer nada, que es el distintivo de la infecundidad reinante, la soberbia se enseñoorea de muchas almas juveniles. ¿Cuál el remedio para estos dolores espiri-

tuales? Un sociólogo ha trazado, en síntesis, el camino para la salud de las nuevas generaciones: «estudio intenso, disciplina mental, un poco de modestia since-
ra para reconocer las propias deficiencias, horror al arribismo, prescindencia del deseo de dominarlo todo, cuando aun falta adquirir el dominio de sí mismo y la sólida base mental que facilite las grandes realizaciones». Por esto, satisface cuando se contempla en América a un grupito trabajador, que no deja los libros y tiene sed de sabiduría. Esta juventud ejemplar, por desgracia no muy difundida, es la abeja que en silencio secreta miel, la hormiguita infatigable que realiza obras de belleza auténtica, callada, humildemente. Darnos cuenta de la propia ignorancia, para remediarla, es síntoma de resurgimiento.

Son educadoras estas hermosas palabras del maestro José Ortega y Gasset, dirigidas a un joven argentino, que lo mismo puede ser a un ecuatoriano o de otra nacionalidad americana:

«Oyéame: no hay nada más fecundo que la ignorancia consciente de sí misma. Desde Platón hasta la fecha, los más agudos pensadores no han encontrado mejor definición de la ciencia que el título antepuesto por el gran Cusano a uno de sus libros: «De docta ignorantia». La ciencia es, ante todo y sobre todo, un docto ignorar. Por la sencilla razón de que las soluciones, el saber que se sabe, son en todos sentidos algo secundario con respecto a los problemas. Si no se tiene clara noción de los problemas, mal se puede proceder a resolverlos. Además, por muy seguras que sean las soluciones, su seguridad depende de la seguridad de los problemas. Ahora bien: darse cuenta de un problema es advertir entre nosotros la existencia concreta de algo que no sabemos lo que es; por tanto, es un saber que no sabemos. Quien no sienta voluptuosamente esta delicia socrática de la concreta ignorancia, esa herida, ese hueco que hace el problema en nosotros, es inepto para el ejercicio intelectual.

«La impresión que una generación nueva produce solo es por completo favorable cuando suscita estas dos cosas: Esperanza y confianza. La juventud argentina que conozco me inspira —¿por qué no decirlo?— más esperanza que confianza. Es imposible hacer nada importante en el mundo si no se reúne esta

pareja de cualidades: Fuerza y disciplina. La nueva generación goza de una espléndida dosis de fuerza vital, condición primera de toda empresa histórica: por eso espero de ella. Pero, a la vez, sospecho que carece por completo de disciplina interna —sin la cual la fuerza se desagrega y volatiliza—; por eso desconfío de ella. No basta curiosidad para ir hacia las cosas; hace falta rigor mental para hacerse dueño de ellas.»

En San Francisco, augusto monumento de la capital del Ecuador, existe un santuario de arte, en el que la imaginación se pierde en conjeturas, tratando en vano de averiguar qué manos trabajaron ese oro radiante.

Subiendo estrechas gradas sillares, en la mitad de cuyo descanso se yergue, demacrado y pensativo, un seráfico de Asís, de origen desconocido, imitación quizá de la célebre estatuilla de Alonso Cano, se llega a silenciosa galería, helada y de aspecto lúgubre, donde están las distintas secciones de la enfermería conventual. De allí se pasa a desmantelado salón, que da salida a un corredor que se ensancha, dejando ver, al comienzo, angostos escalones de madera que van a morir en un patio húmedo y cubierto de maleza, que angustia los corazones. Junto a la azotea para los convalecientes, se oculta un cuartito de cortas dimensiones y signado con el N°. 1, en el dintel.

Antes de penetrar en la reducida habitación, recorreré mi mente la historia de los pasados esplendores, las casullas de oro, los paramentos sacerdotales primorosamente bordados, la capa pluvial de Fray Jodoco, los riquísimos rotablos, las andas, atriles y candelabros de plata repujada, los santos con enormes alas de argento, capitales que ya en gran parte han desaparecido. Emigraron para ser repartidos en Europa o se convirtieron en dinero para las guerras fratricidas y ultramontanas.

Se abre el cuarto N°. 1.

Respetuosamente descubierto entro en el olvidado rincón del San Francisco medioeval, a donde no muchos fueron, en el peregrinaje curioso y espiritualmente calisténico, en busca de recónditas sensaciones, ávidos de la quietud que suponemos en los mundos exóticos, que ya parecen un anacronismo. Es el depósito de tesoros de arte que desafiaron a los siglos. Pocos quedan de los viejos despojos y audaces emigraciones a Euro-

pa, o de la venta despiadada y desconcertante, en el prurito de reunir fondos para guerras intestinas. Allí están, como en el desorden que los clásicos puntualizaron para la oda, clavadas indistintamente en la pared, maravillosas joyas pictóricas, en dorados marcos anti-quísimos.

¿Cuáles son los inmortales pinceles, las inspiradas paletas que fijaron, en dibujos y colores, tanta hermosura? Peligroso es aventurarse en el caos de las afirmaciones rotundas. Se barrunta, se calcula, se supone, sin poder asegurar nada. ¿Acaso las referencias históricas, los datos menudos, la tradición y los archivos, son tan potentes para despejar las artísticas incógnitas? ¿Cuántas veces no sirven ni esas fuentes venerables!

¿Fulgura como auténtica o es hábil copia aquella pálida y triste DOLOROSA DEL DEDO, que concibió el divino Luis Morales? Dicen que el original, ideado quizá en Badajós, su patria, presenta el angustioso rostro a opuesto lado del lienzo franciscano que se guardaba en Quito. ¿Seguramente pertenece a Rubens, el dulce evocador helénico de las tres Gracias, aquella valiosísima miniatura de la «Adoración de los tres Reyes Magos»? ¿Quién pudiera dar fe de ello! ¿Resaltan, sin equivocación, el realismo y natural encanto de José de Ribera, el *Españoleto*, en los mágicos rasgos de LA VIRGEN DE LA FLOR? Locura sería sostenerlo!

—Este cuadro, me dice el fervoroso y juvenil padrecito que me guía, ha pasado por muchas peripecias. Ha habido hábiles tentativas de robo. Sin reparar en medios, un millonario inglés quería poseerlo a toda costa, añade el sonriente Fray Fidel Varona.

—Pero aquí no se economizan los cerrojos, verdad? El piadoso encapuchado inclina la cabeza, con íntima convicción. Su gesto revela que antes pasarían por su cuerpo que permitir el sacrílego escamoteo. Ya no son los tiempos de antes, en los que la codicia entró a saco en los conventos coloniales.

Continuamos recorriendo la chiquita habitación, vas-tísima por lo que contiene.

¿Tal vez del florentino Botticelli esa sorprendente NUESTRA SEÑORA DE LA ANTIGUA, en la que descubro, en el azulado horizonte de la ficción, una reminiscencia de NUESTRA SEÑORA DE LA GRANADA?

¡Qué mina de bellezas en el pequeño y radioso escondite!

Allí los recuerdos de la manera bizantina; allí el nostálgico regosto de otras edades; suras de libros viejos que leyeron los desocupados e ingenuos devotos; allí, sin pretensión alguna, las influencias de Fray Giovanni da Fiescole; allí la recidura, el rostro resquebrajado del Veronés, en aquel Cristo yacente, pintado en madera con tanta excelencia.

En un ángulo de la diminuta estancia, como que se esconden unos pocos cuadros de los predecesores del divino Rafael Sanzio.

Encima de la puerta, llaman la atención, por su brillante y extraña técnica, unos barnices arcangélicos, con motivos de la letanía lauretana, en típicos marquistos azogados.

¡Por ventura, de Samaniego aquella «Inmaculada», en cobre, en la que se admiran los detalles de la ropa y la profusión de ángeles? Pasmáu los pormenores de las cabezas en la reducida tela del «Descendimiento», encerrada en marco de espejuelos.

—Lo único de indudable es, en este emporio de riquezas pictóricas, canta con voz armoniosa el radiante cicerone, el famoso lienzo de Francisco Zurbarán. Fíjese bien en esa maravilla penumbrosa.

—Ese San Francisco despierta la remembranza del célebre «Monje Oraudo» del ilustre sevillano.

Nada vale como dibujo el pergamino abigarrado en que consta la serie cronológica de los arzobispos y obispos sufragáneos de la metrópoli de Lima; pero es trabajo de paciencia benedictina.

En otro vetusto cuadro se lee: «Inocencio Papa XI. —Dado en Roma, en Santa María la Mayor, debajo del anillo del pescador.—20 de Junio de 1288 y duodécimo del pontificado».

Varios retratos están esparcidos sin orden, entre los que anotaré el de Ramón de Sequeira, el de Dionisio Guerrero, lector graduado, calificador del Santo Oficio, dos veces provincial; el de Enrique Mera, lector jubilado, etc.

De menor cuantía aquel ecuestre Santiago, de amanzante espada, y el lienzo de Pedro de Alcántara.

Admiro un antiguo reloj en cedro, octogonal mesa de carey con incrustaciones, un labrado atril y varios sillones de cuero repujado.

Como custodiando tantas reliquias del pasado, la severa mirada de un García Moreno, de color mate, retrato tal vez de Cadena, se destaca adusto, con anacrónica modernidad, en medio de tantos caudales de remotos tiempos, ungidos con la pátina de los siglos y la incógnita de la modestia que borró para siempre la paternidad de esas obras perennales. Es el reformador implacable de dos instituciones, el convento y el cuartel, a las que metió en pretina.

Al salir de aquel arrinconado tabernáculo de arte, medito en la miseria humana, caduca y triste, ávida de la efímera gloria, que se siente como avergonzada ante el abnegado ejemplo de disciplina y desprendimiento de aquellos privilegiados y sencillos seres, obsesados por la hermosura, que, arrojando varonilmente lejos de sí las pompas del mundo, se encerraron en el sotabanco de un secular claustro, obscura, calladamente, sin alharacas ni exteriorizaciones, a rumiar sus creencias ignoras, sin importaries un maravedí la resonancia vanidosa de landatorias notas, a veces tan ingratas y fugaces. Trabajaron, sin saberlo, para el futuro, santa, modestamente, conformes con la insignificancia del presente y abominando la exiguidad del orgullo que a tantos hincha como ranas.

¡Oh! sublimes obsecados! ¡Oh!, almas ingenuas, de otros siglos de penitencia y renunciamento, de alucinación y resignada ignorancia, en los que era virtud no saber nada!

“Las florecillas de San Francisco”

La santidad anonada y desconcierta. Temple del carácter, triunfa de flaquezas y pasiones. El esfuerzo de la voluntad, encaminado al bien, será siempre un hosanna para la humanidad. ¡Oh, recónditos tiempos aquéllos, de tanta piadosa ingenuidad que, llegando a lo sobrehumano, se confunden con las leyendas de color de rosa! A la luz de este siglo, vertiginoso y pica-

resco, nos parecen extrañas mitologías, cosas de risa y ridículas, aquellos relatos de ángeles que se detienen bondadosamente a platicar con los mortales y conducirlos sin peligro por la superficie de profundas aguas, cual aconteció a fray Bernardo, fundador de estricto convento en Bolonia. A lo mejor, ya no en los febriles desvanecimientos del místico delirio, los varones ejemplares sentíanse tocados en los labios con un carbón encendido, cual en bíblicas y remotísimas centurias cuentan de Isaías. ¿Por qué hoy, a la luz de la ciencia, nadie levanta cuerpos con el omnímodo poder de su aliento? Entonces, en el campo enfermizo del delirio, desatábanse raudales de hechos maravillosos, más entretenidos y de sano consuelo espiritual, que las fantasías exuberantes de las «Mil y una Noches».

Estas décadas prosaicas de la atropellada conquista del oro y la economía avara del tiempo, no consienten que acontezcan más cosas extraordinarias que las que brotan de la inquieta sabiduría, del abrumador trabajo por el pan cotidiano y de la iniciativa combatidora y honrada, triples oraciones, fundadas en bienes, si el espíritu coopera. Las luchas por la vida, porfiadas y crueles; el precoz desarrollo de la malicia, han dado en tierra con la deleitable pureza de otras épocas, de santa ignorancia y candidez vesánica.

Con todo, para colmo de mortificaciones, las inoportunísimas criaturas se creían cargadas de pecados, eran víctimas de abominables y tentadores males, y se martirizaban por ellos sin misericordia. La paz del alma suponía *campales y paradógicas batallas*.

¿Sólida, inquebrantable virtud que desconoce los encantos del placer?

¡Oh, blancos del alma que para castigar al cuerpo flaco, permitáis que se extiendan cuan largo era en el suelo y boca arriba, cual lo efectuó el seráfico de Asís, rogando que se le pisara en el cuello y la boca, entre desusados denuestos!

Los deportes tonificadores del músculo, el reinado del boxeo que magnifica la defensa personal, no permiten hoy tales rendimientos, ultrajadores de la dignidad, pulverizadores del tiránico «qué dirán». Si vivimos rodeados de enemigos, ¿cómo no prepararnos para el rechazo instintivo? La conservación del «yo» ha dictado otros «entrenamientos».

¿Quién sería ahora tan sublime que consintiese impunemente que en calles y plazas le llamasen loco? Ciertos actos de desprendimiento revelarían desequilibrio, y la seguridad pública los corregiría.

En el Tejar, de Quito, existe un viejo cuadro del Padre Urraca que peleaba con el demonio y, en fervor de santidad, cometía locuras hoy dignas de encierro.

¡*Sursum corda!* gritaban a su modo, en medio de austerísimo ayuno que en largas cuaresmas no gastaba sino la mitad de un panecillo, en la soledad de escuetas islas, cual el santo Francisco en Perú! Más sabroso que el más nutritivo alimento era para los ingenios el mearjar espiritual. Lo demostró así la hermana Clara, la misma de los candeales luminosos, en el refugio de Santa María de los Angeles, que los campesinos del contorno se figuraron presa de las llamas. Ar día; pero no en fuego material.

¿Dónde os ocultáis, ¡oh, asombros de paciencia!, vecinos de la fábula? La obediencia exagerada rayaba en inadaptación intelectual. Este siglo de vigorosas rebelías no lo comprenderá nunca.

Y en medio de la privación desconcertante, de la austeridad tremenda, del triste vagar sin comodidades, dinero ni alabanzas, rebosaban de alegría, sobre todo cuando se contemplaban afrentados, confundidos con la canalla, con bandoleros y perdidos y apaleados con duraderos garrotes. A esto, pindáricamente, llamaban sencillez columbina, como la de Fray León. ¡Dura gimnasia religiosa la medioeval! Se abominaban sin escrúpulo suicida, se ponían ingeniosas celadas para comprobar la rectitud del camino de la perfección y humildad. Fray Masco de Nariño, como niño juguetero o ágil peonza, se ponía a dar vueltas, para buscar el anhelado sendero. Oliquillos de pueril sentimiento, santos incomprensibles, no lograrían compaginar con la complejidad de la turbulenta hora, preñada de rencor y de ironía. Ya no es racional que al aire libre, sin equipaje, dietas ni vituallas, se desarrollen congresos y organizadoras juntas, como el concurrido y célebre Capítulo de las Esteras, en el que los eclesiásticos huéspedes se distribuían en cobertizos, a la sombra de ramas dobladas, sin más cama que la dura tierra o un montón de paja, sin más almohada que un basto tronco o una piedra fría.

¡Bran buenos, bonísimos. Sin embargo, su obsesión, la culpa; su tema, el merecimiento de terribles castigos.

Ni los autores de apólogos para los niños aciertan a contarnos hoy tantas visiones poéticas y eglógicas, en las que alternan las destimbrantes teorías celestiales. Pálidos quedan los ardientes imaginativos; los vuelos ven corto; los vuelos de la fantasía no alcanzan la placidez beatífica de aquel medioevo henchido de fabulosos disparates.

Evangélicos y caritativos, en efusión de ternura universal, conversaban lo mismo con las mansas tórtolas que con los fieros animales, cual el homicida lobo de Eugubio.

Animados de un incomprensible Dybbuk, se arrojaban, pasmosa fortaleza, con temerario valor, en la hoguera y en la nieve, por huir de las bellas mujeres, las debilidades más humanas de la vida, a quienes casi nadie se jacta de dominarlas despectivamente.

¿Qué extraño magnetismo, que sugestión potente les movía a mezclarse con espantosos enfermos y sanarlos? ¿Qué carácter dominador de los respetos humanos les impelía a revestirse de tal dulzura y disimulo capaces de atender a pícaros y adversarios? Así refiere la leyenda que lo hizo el Guardián F. Angel: hartó de alimentos y bebidas a fieros ladrones. Almas de niños, seres de histórica simplicidad, evocaban a los monstruos infernales. Fray Rufino reta al demonio: "Abre la boca y te llenaré de inmundicia". Simulaba ser, más que sanchopancesco, idiota. Fue a predicar en paños menores: todos reían a rabiar ante la extraña catadura del que figuró como gentil—hombre, y de los principales, de la Umbría.

Inconscientemente Fray Gil abraza a un santo rey, y sin murmurar palabra, conoce el corazón del monarca, con extrañeza de sus cofrades que no se apercebieron para recibirle. Fray Junípero, que en la selva cortó resuelto la pata de gordo cerdo que pastaba por allí, para llevarlo al fraterno colega enfermo, es el mismo primitivo varón que, echando a perder primoroso mantel, arranca sus adornadas campanillas de oro para regalarlas a una mendiga, reflexionando que "estas campanillas están de sobra". Como se le reprendiese, agrega: "Aquí no hacían servicio ninguno, sino que eran una ostentación inútil y mundana".

Raya en la impasibilidad marmórea su manera de corresponder a la inquina humana. Se interesa en que preparen harina con manteca para curar al padre general, ronco de tanto injuriarle. Con razón la filosofía, ante las amenazas sociales, ha dicho que hoy hace falta un bosque de Juníperos.

Tales maravillas, y otras no menos poéticas, se leen en las prístinas *Fioretti*, de las que ha dicho Rivas Oberif que son "relatos, infantiles siempre, graciosamente rústicos, y que más que impresionarnos fuertemente nos hacen sonrojar, como los cuentos oídos en esa edad dorada de la niñez que añoramos en la segunda confianza de no poder volver a ella".

Se han hecho de ellas bellísimas ediciones, ateniéndose, por lo común, al texto que adoptó G. L. Paserini, reproducción del Códice florentino del siglo XV. Pero ninguna más hermosa y rica en detalles ornamentales, que la del célebre editor José Villamala, de Barcelona, que, en primoroso estuche, me presenta, en los silenciosos jardines de San Francisco de Quito, un austero padre de lentes, que viene acompañado de otro de juvenil aspecto, campechano y sonriente, feliz en una mansión en la que la paz impera. El artista Mideros me acompaña, buscando motivos para sus cuadros.

—Aquí tiene uno, le digo, señalándole el desfile de ocho frailes que se pierden por una ancha puerta del claustro inmenso. La monumental fuente de piedra apenas murmura, en la calma del convento.

Las "*Florilejas de San Francisco*" están admirablemente ilustradas por el genial artista valenciano José Segrelles, joven de fecunda inspiración, que a veces limita en el dantesco Doré. Artistas como Segrelles, "pastan la luz del sol en su paleta", en atrevida frase de Verdaguer.

El prólogo de la nítida edición, de rico papel, sobre adornado fondo de otra suave tinta con guardas variadas, marcos primorosos y simbólicas viñetas, está suscrito en Madrid, a 4 de octubre de 1923, por el P. Juan R. de Legísima, de la R. Academia de la Historia.

El arte ha henchido basílicas, museos y galerías con los motivos franciscanos, desde aquel antiguo retrato del pobrecito de Asís debido a Giunta de Pisa, hasta las novísimas creaciones de Segrelles.

En las *Floreccillas* halló fuente inagotable el Giotto para sus pinturas murales

¿Qué cuadro es aquél que fulge como gala pictórica en el Museo de Dresde? El del Correggio. ¿Quién ha immortalizado el éxtasis de San Francisco? Ribalt, en su famosa tela.

Desfilan los Ribera, los VanDick, los Carracci, Agustín y Aníbal, los Patmir, los Juan Rizi, los Segrelles ansiosos de dar relieve artístico a la humilde vida del fundador de los "pobres menores", después llamados hermanos, en oposición a los "pobres de Lyon"; a los episodios del sin par espíritu que nunca quiso el presbiteriado y modestamente se contentó con ser simple diácono.

Admirables cuarenta y cuatro años, ejercitados buena parte de ellos en el altruismo, en la actividad social desde el comercio juvenil, hasta sus prédicas por el monte Carmelo; desde sus viajes con rumbo a Siria, por las costas de Esclavonia, por Damietta, en Egipto, y por Italia, en patria, hasta sus fundaciones, sus ejemplos inimitables y la prosecución de la luminosa ruta de Cristo.

Setecientos años se cumplieron, el 4 de octubre de 1926, del aniquilamiento sempiterno de esa fraternal e inmensa alma que dejó embriagadores e inmortales perfumes en las ingenuas y legendarias *Floreccillas*.

La capilla del consuelo.

Quito conserva algunas viejas mansiones de quietud y paz. Hablan sus carcomidas piedras, sus muros desapacibles, sus rincones penumbrosos. ¿Qué dicen al viajero, curioso de la historia colonial y de las costumbres quiteñas, cubiertas por la pátina de los años y del fanatismo? Gritan el recóndito dolor de nuestros abuelos, martirizados por la fe del carbonero, ciega y exigente; el escándalo conventual de algunos descarriados que se entregaron a la desenfrenada explotación femenina, a la corrupción de cuanto sus manos tocaban y

sus labios pronunciaban. La ignorancia se erigió en sistema para vivir a costilla de los infelices. La mujer fue la víctima propiciatoria en monasterios, conventos y pobres hogares, hace más de medio siglo. Pero, en el fondo de tanta ruina que habla, quedan en la ciudad arcaica algunos lugares de reposo. Uno de ellos es la humilde y típica, la destartallada capilla del Consuelo.

El profano en materia de arte, sobre todo de los esplendores arquitectónicos que a través de las edades ha consagrado Splenger, no quiere echar su cuarto a espadas en esto de las bellezas monumentales; pero sí recomienda con fervoroso cariño a la Academia Nacional de la Historia que se duela y vigile aquel vetusto rincón—una tranquila reliquia quiteña—que se halla al final de la calle Sodiro y frente al nuevo Hospital Civil. Me refirió a la llamada Capilla del Consuelo, lugar de inspiración y de reposado estudio de artistas de la talla de Oxaudaberro, Mideros y otros de esta generación, y Pinto, Salas, Manosalvas, de la pasada.

Conviene que no se destruya aquel típico edificio, uno de los pocos que nos quedan de épocas pretéritas.

Si se trata de su conservación, sin cambiar su aspecto consagrado, bien estaría la aglomeración de materiales para la atinada restauración; pero si se quiere derruir la Capilla del Consuelo, ahí está la Academia de la Historia para impedirlo.

Dejemos que las piedras evoquen las leyendas de nuestros mayores, que los asilos de paz conserven su fisonomía propia, que lo añejo nos hable de tantas cosas seculares.

No se puede echar a tierra impunemente lo que tiene el sello venerable de los años, a título de nuevas construcciones, que, por airosas que se las imagine, no son las mismas que vimos desde la infancia y que ayer vieron nuestros padres.

Sería igual este extraño procedimiento al del que hiciera retocar un viejo lienzo de familia so pretexto de remozarlo: el semblante nuevo no sería ni un trasunto de la sombra querida que nos corresponde guardar con religioso respeto.

La tradición artística del pueblo de Quito

El arte, que es verdad y es belleza, se alza como supremo educador. Pule el sentimiento popular y afina las cuerdas de su corazón. Estimar las producciones artísticas es propender al afianzamiento de la cultura nacional.

La historia, en sus lecciones luminosas, está ponderando cómo los pueblos artistas se distinguieron por sus acciones cívicas, por sus virtudes, por sus grandes heroísmos, rechazadores de la barbarie, del egoísmo y de la glosería.

Cerebros oscuros, como el del escedero del hidalgo manchego, piensan que el arte nada produce y que es censurable desperdicio difundirlo y premiarlo. Oras error éste que reduciría a los pueblos al estado salvaje, por más que habitasen palacios de oro. El alma de las muchedumbres está destacando la conciencia de su civilización, tanto más grande cuanto concibe con más primor el sentimiento estético.

Opera, drama, zarzuela, divinos versos, música que nos ennoblece, canto que nos encumbra, cuadros y estatuas que son deleite espiritual, construcciones eufónicas, armonía helénica, cómo conquistáis el gajo de laurel para adornar las frentes soñadoras que inmortalizaron a las cunas más humildes!

Quito, no es ciudad de millones de habitantes ni goza de todas las modernas comodidades materiales; pero fulge como un relicario del arte. Por esto, aspira a la perpetuidad de su nombre.

Conservar este augusto prestigio, sostenido desde la época colonial, es deber de la ciudadanía. El fomento artístico, el franco apoyo a sus múltiples manifestaciones será obra de santas vestales que mantengan siempre vivo el fuego sagrado: la belleza.

Su valor moral es axiomático. Las fealdades judaicas argumentarán en contrario, porque la hermosura del alma no ha entrado todavía a irradiar en sus pechos.

"El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la cabeza del maes-

tro,—observa el uruguayo artífice del verbo: Rodó—, es todavía una de las fórmulas del sentido común. La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. Si acaso la respeta, es como a un culto esotérico. Y sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra—según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller—la virtualidad de una cultura más *extensa* y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma.

“Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiesen a una noble espontaneidad del ser racional y no tuvieran, con ello, suficiente valor para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría a proponer la cultura de los sentimientos estéticos, como un alto interés de todos.—Si a nadie es dado renunciar a la educación del sentimiento moral, este deber trae implícito el de disponer el alma para la clara visión de la belleza. Considerar al educando sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia. La dignificación, el ennoblecimiento interior, no tendrán nunca artífice más adecuado. Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirlo como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía. Nunca ella será más plenamente buena que, cuando sepa, en las formas en que se manifieste activamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso.

“Oierito es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias. Puede él, indudablemente, realizar su obra sin darle el prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor caritativo llegar a la sublimidad con medios toscos, desapasibles y vulgares. Pero no es sólo más hermosa, sino mayor, la caridad que anhela transmitirse en las formas de lo delicado y lo selecto; porque ella añade a sus dones un beneficio más, una dulce e inefable caricia que no se substituye, como un toque de luz”.

Quito es pueblo selecto y genial: sabe entusiasmar se ante su positiva herencia de arte.

Ahí están los templos, ahí las casas solariegas, ahí las variadas manifestaciones artísticas; ahí, a cada paso, los recuerdos de belleza. Imperativa obligación es custodiar aquellos tesoros y aumentarlos, merced a la cooperación de los de arriba y de los de abajo.

Quito tiene suavidades de madrigal; intuye admirablemente sus creaciones estéticas. Fomentar su vocación; propagar su genio, es añadir a la sólida educación del pueblo el auténtico sentimiento de la grandeza nacional.

Contribuciones a la Historia del Arte en el Ecuador

¿Quién puede, en la noche oscura de los siglos, desentrañar el alma artística de las razas? Qué de extrañas, qué de complicadas, qué de insospechables influencias! Si se creía generalmente que el Renacimiento era la resurrección de la cultura helénica, Oswaldo Spengler, en su combatida obra «La Decadencia de Occidente», se ha encargado de probar que no es así. En arquitectura, el arco cree que viene de Siria, el patio de Arabia; en música, que procede del gótico; en pintura, dice que los frescos nada tienen del espíritu de Pilignoto; en escultura, al señalar el oculto dinamismo de la toscana, expresa que no existe una obra ateniense que se pueda comparar a la estatua ecuestre de Verrocchio. «El Renacimiento no sólo no comprendió; no sólo no «reanimó» la intigüedad verdadera, pero ni siquiera entró en contacto con ella. El espíritu de aquella selecta sociedad florentina, actuando bajo el influjo de la literatura, forjó un nombre seductor para dar al aspecto negativo del movimiento un sentido afirmativo. Y ese nombre demuestra cuán poco saben de sí mismas estas corrientes artísticas. No se hallará en el Renacimiento una sola obra que los contemporáneos de Pericles y aun los de César no hubiesen rechazado por extraña a su íntimo sentir».

Sin embargo, los textos escolares de historia conti-

nían enseñando maravillas acerca de que el renacimiento despertó el alma artística griega, volviendo los ojos amorosamente hacia ella, lo que prueba la enorme dificultad de pronunciar la última palabra respecto de las normas artísticas de los pueblos y sus fuentes de inspiración.

Al discurrir acerca del arte colonial americano, un cúmulo de problemas acuden a la mente. ¿Qué corrientes de belleza se pusieron en juego en el continente colombino? La novedad y la riqueza de América, como la miel a las moscas, atraieron artistas de todo el mundo. Además de esta peregrinación estética, ¿influyeron el gusto criollo, el medio ambiente, el esplendor de la naturaleza, la visión propia del paisaje y la fusión étnica? ¿Dejó su simiente, por pequeña que se la suponga, el arte incaico, enamorado de las cumbres, en lo que hoy es la República del Ecuador?

¿Cuánto de la primitiva grandeza azteca se refleja todavía en la actual cultura mexicana!

En Bolivia las riquezas artísticas de Copacabana, despojadas sin misericordia, ¿han sido extrañas al sentimiento aimará? (1)

Los incas, que hallaban sus dulzuras en el trabajo, en la constante labranza de la tierra, que levantaban sus plegarias al sol y a la luna, que personificaban a nuestras altas montañas, que prorrumpían en insistentes melodías, mezcla de gozo y de dolor, que tallaban la piedra y amasaban el oro, como si fuese el barro de sus ánforas, ¿contribuyeron, a través de sus descendientes, al esplendor del arte colonial?

(1) El comisionado fiscal de Bolivia don Agustín de Rada, en su intenso informe acerca de las riquezas de Copacabana, dice, entre otras cosas:

«En 20 años no se ha practicado un inventario con las formalidades legales. Los presentados como tales por el párroco del convento son simples nóminas de las joyas y objetos ingresados sólo desde 1917 sin valor probatorio, por consiguiente inaceptables para una seria confrontación.

La circunstancia feliz de haber llegado a mis manos un documento valioso como son todas las cosas únicas, ha retardado un tanto la expedición de este informe; me refiero al LIBRO AUTOGRAFO de inventarios del santuario de Copacabana cuya copia ha demorado algunos días.

La comparación de lo contenido en este documento, con los inventarios autógrafos a que me refiero podrán aproximadamente dar una idea del monto de las riquezas acumuladas durante el régimen colonial en aquel santuario, riquezas que bien pueden avulsarse en un mínimum de cuatro millones de bolivianos. ¿Dónde está este caudal?»

Olaro que la preponderancia española, impulsada por la codicia, la fe y el espíritu de aventura, se hizo sentir en el virgen suelo americano en todo orden de cosas; pero, a su vez, los rudos castellanos traían gotas de sangre árabe, reminiscencias orientales, recuerdos de la riqueza judía, viejas leyendas góticas y hasta no pocos trasuntos indostánicos y chinoscos.

Con todo, no sólo fueron artífices europeos los que tallaron nuestras canteras. Los indios obraron prodigios: los viejos monumentos coloniales alzados fueron en gran parte por la cabeza, las manos, los brazos y las espaldas de la raza vencida. En el día, el siglo XX ha contemplado maravillas artísticas pulidas en el granito por nuestros indios. ¿Conocemos hoy en el Ecuador a algún picapedrero europeo? Los albañiles, con talento sorprendente, albañiles indígenas todos, ¿no rectifican las disposiciones de los más peritos arquitectos del Viejo Mundo?

¡Qué de interrogaciones artísticas para desembarazar el hilo de la belleza colonial!

El doctor José Gabriel Navarro, con paciencia benedictina y elevado patriotismo, lanza a la corriente de la estética universal sus «Contribuciones a la historia del arte en el Ecuador», yendo, en devota peregrinación, por los templos y santuarios, por las criptas para estudiar y reproducir la vieja hermosura que guardada está en esas moradas de quietud y paz.

Deja entrever importantes problemas artísticos para que los eruditos los tomen a pecho, los discutan y resuelvan, sacándonos de dudas; investiga el indígena, analiza la cultura colonial quiteña y entra a describir las joyas que posee el Ecuador en monumentos, retablos, esculturas, lienzos, piedras seculares, oro reducido a finos hilos y plata de sagrada chafalonía. Y al decir «chafalonía» quiero también aludir a los tesoros de argento que fueron fundidos y transportados a Europa y a las riquísimas reliquias que intactas emigraron a ornamentar ajenos museos.

¡Cuánta responsabilidad para los gobiernos, llamados a custodiar las venerables y preciosas opulencias que nos legaron nuestros mayores!

En los templos se han refugiado: allí se conservan algunas de ellas, que siendo pocas, en comparación de las que tuvimos, resultan muchas y excelentísimas si se

las aquilata y recuenta, comparándolas con las que posee la América Hispana. Quito, a pesar de los despidados despojos, es un inmenso santuario: encierra sa-
eras prendas, maravillas tales, que son, con justicia, hora y envidia del Continente.

El espíritu curioso del doctor Navarro se ha encargado de propagarlas, no sólo con la esmerada reproducción gráfica, sino también con la ilustración histórica, que calcula, deduce, supone, aun cuando no diga la última palabra el esteta.

Sale por los fueros de la ornamentación de los primitivos moradores de estas tierras, nos explica la típica manera americana de bañar a dos tintas sus varias obras de arte, de modelos infinitos, su interesante arquitectura funeraria, su simbolismo escultural y tantos procedimientos que nos sorprenden todavía. ¿Y los que se han quedado en el misterio, no obstante la infatigable búsqueda arqueológica?

«La escultura, anota, fue bastante cultivada por nuestros aborígenes, principalmente por los de la costa ecuatoriana». No obstante su esbozar infantil, se aprecia la sutil habilidad y se descubre una alborada de arte. «¡Cuántas de estas estatuillas son muy superiores a muchas de las primitivas de Chipre y de Fenicia!», exclama con entusiasmo.

Después de bosquejar el estado de cultura artística española al tiempo del descubrimiento del Nuevo Mundo, la inmediata conquista y la colonización subsiguiente, trata del efecto que produjo en el arte americano, y especialmente en el ecuatoriano, la invasión de los bravos conquistadores. Prosigue el doctor Navarro:

«El arte indígena americano no era un arte rudimentario ni improvisado: su arquitectura, su cerámica y sus artes menores tenían su léxico que lo observaban sus artistas, de modo que no pueden decirse que era un elemento despreciable, que no se lo pudiese utilizar para encauzarlo y dirigirlo, según su aliento propio, al más alto grado de perfección y originalidad».

Mal hicieron los audaces y fanáticos combatientes españoles en ahogarlo en sangre, en destruirlo, en no dejar, en ocasiones, piedra, sobre piedra, arrasando con furia lo que, para disculparse, llamaban paganismo e idolatría.

De ser estimulado por los vencedores el arte aborígen ¡qué de inmortales y raras creaciones nos habría legado! Detener una raza en su desenvolvimiento, matar en germen la prístina semilla artística, no aprovechar los viejos elementos, no sentir la sed de investigación, entrar a sangre y fuego en los tesoros aborígenes, sin la mínima atenuación científica ¡qué de crímenes de lesa-civilización perpetrados ¡ay! por la Madre Patria!

Se indigna el doctor Navarro, corazón de artista en el que arde la llama cívica, ante la conducta de bárbaros que, hace siglos, observaron los españoles en América, como en el siglo XX, con agravantes monstruosos, la desplegaron tenazmente en Marruecos, con su piqueta demolidora de la magistralidad árabe a la que tanto deben.

¿Por ventura se ha de ahogar así la aspiración humana a la libertad? Tienen los marroquíes perfecto derecho a independizarse, el mismo que nos asistió en el alba de la centuria décimonona a los de aquende el océano. El mundo ve impasible este anacronismo guerrero y avasallador de la cruz contra la media luna, sin unirse para protestar. ¿Y son la caballeresca España del Quijote y la espiritual Francia, cerebro de Voltaire y Víctor Hugo, las que ahora atormentan a los árabes? El criterio americano con que los hombres libres ven estos delitos internacionales es el mismo de Miranda, Bolívar, Nariño, Espejo, Mejía....

De estas triquiñanzas deducen pensadores y sociólogos que España no sabe colonizar. «España ha cometido en Marruecos más errores de los que cometió en América. Y eso después de cinco siglos. ¡Y con una cultura eminentemente más respetable que la americana!»

En un corazón con el doctor Navarro, no desconoce los bienes castellanos que la Madre augusta sembró entre sus hijas de América: muy lejos de ello; pero esto no quita que sea franco y justiciero para condenar lo que sanción merece y abominar lo que es digno de anatema.

No se me pinte tampoco cual enemigo de España. Oálidas páginas, en prosa y verso, he escrito de admiración para la inmortal cuna de Cervantes y Quevedo y mil prohombres más, en lo antiguo, y para la de Unamuno, Giner de los Ríos, Ramón y Cajal, Ortega y Gas-

set, Altamira, Posada, Ganivet, Ricardo León, Narciso Alonso Cortés, Blasco Ibañez y cien más, todas glorias españolas, en lo moderno. Mas el amor profundo no me ciega; por lo mismo, duele refrescar errores pasados y confirmar los de hoy día en el Norte de Africa, en el que están sepultando vidas, hacienda, crédito, pujanza racial y porvenir de un pueblo hidalgo, grande que, como el fénix, sabe renacer de sus cenizas.

El arte, en su esencia, es inmortal, como lo es la belleza immanente de las cosas, interpretada por el cerebro y el sentimiento humanos. Si el alma artística no muere, el cuerpo, la técnica, los gustos, los procedimientos, la forma son caducos: desaparecen después de más o menos largos ciclos y a veces rápidamente el tiempo desvanece el ropaje artístico, como si fuera delicada flor de espino. Monumentos que creíamos eternos, son ludibrios de los siglos que los tocan débilmente con sus alas y los echan a tierra, como cantó el poeta.

«¡Oh de ambición y de miseria ejemplo!

El sacerdote yace, el dios y el templo».

Pero, en medio de las ruinas, el arte subsiste: la estética lo investiga, la ciencia lo construye. Aunque no sean con claridad meridiana, nos formamos aproximada idea de las viejas, de las remotas culturas artísticas, por más que seamos impotentes para delindar las influencias de unas en otras y el *quid obscurum* de los númenes pasados.

Suprema aspiración humana, el arte se sobrepone a todo, tomándolo en su fondo. Es águila que vuela siempre mirando de frente al sol, para ir a posarse en las más altas cimas de la cultura universal.

Reconstruir es muy difícil, por más que la historia sea cada día menos literaria y más científica. "Hay que rever las viejas concepciones para modificar en ellas, corregir o suprimir aquello que el tiempo ha invalidado; hay que enriquecerlos con los datos y elementos que un método más perfecto y un acopio de materiales antes no conocidos, ponen a mano del investigador del novísimo momento". (1)

Las lenguas, las religiones, han proporcionado mucha luz. El sabio Clemente Ricci recuerda la impor-

(1) Clemente Ricci.—Religiones y Mitos primitivos de América.

tante monografía *La civilización preincásica y el problema sumerológico* en que se da a conocer su tesis acerca del origen americano de los Sumeros. Dellenbaught supone que el continente precolombino estuvo poblado en la época preglacial y que fue después, por cambios en la conformación de la tierra, cortado, aislado del resto del mundo. Powell se ha empeñado en fijar el asiento de las tribus primitivas. El glotólogo Trombetti es de parecer que las lenguas americanas pertenecen al gran río de todas las lenguas. Para el doctor Manuel Domínguez el guaraní es polisintético.

Lo demuestra con la palabra que en castellano equivale a bella, pero que traducida literalmente del guaraní quiere decir «eres semejante a una flor». El doctor Ricci afirma que desde Alaska a la Tierra del Fuego todas las lenguas americanas son polisintéticas.

¡Cuántas rectificaciones diarias en el sondaje del océano de la historia!

Al estudiar el doctor Ayagarray el criterio con que debe escribirse la historia, dice, con profundo afecto nacional: «Antes de ser arrastrados por la vorágine hacia riberas desconocidas, contemplemos el panorama tradicional e histórico en sus crepúsculos postreros y sondeemos el subsuelo que sustentó a nuestros mayores y del cual extraemos buena parte de nosotros mismos.» (1)

Así ha procedido, con amor de artista, el doctor Navarro, procurando sentar las bases de la cultura colonial, con pruebas que entran por los ojos, no sólo en lo que nos vino de España, sino en lo que produjo, desde lo más antiguo, nuestro propio territorio en el que se levantan los Andes, las estupendas moles sentadas sobre bases de oro para equilibrar la tierra, según épicamente rimó Olmedo. (2)

Y en la substancia de todo, al través de vaivenes, investigaciones, creencias, escuelas y modas, el hombre es el mismo «Ninguno de nuestros «movimientos» ha modificado al hombre», escribe Splenger al enumerar las distintas éticas. «Una numerosa morfología de todas las morales es problema reservado para el futuro.

(1) Lucas Ayagarray.—*La Anarquía Argentina y el caudillismo*.

(2) J. J. Olmedo.—*Poesías* (La Victoria de Junín—Canto a Bolívar).

Nietzsche ha dicho sobre esto también lo esencial, y ha dado el primer paso decisivo que conduce a nueva visión. Pero no ha sabido cumplir él mismo con la exigencia que impone al pensador de situarse por encima del bien y del mal. Ha querido ser a la vez escéptico y profeta, crítico de la moral y heraldo de una moral. Son cosas incompatibles. No se puede ser psicólogo de primer orden cuando se signe enredado en las mallas del romanticismo. Por eso Nietzsche, en éstos como en todos sus decisivos atisbos, llega hasta el umbral, pero no lo franquea. Mas nadie hasta ahora lo ha hecho mejor. Hasta ahora hemos sido ciegos, para la inmensa riqueza que ostentan los idiomas de las formas morales. No hemos sabido verla ni comprenderla. El mismo escéptico no ha entendido su problema; ha elevado a norma definitiva en último término su propia concepción moral, determinada por disposiciones personales, por el gusto privado, y por ella ha medido todas las demás. Los más modernos revolucionarios, Stirner, Ibsen, Strindberg, Shaw, no han hecho tampoco otra cosa. Sólo han sabido ocultarse este hecho bajo nuevas formas y lógicos». (1)

¿Qué decir de los artistas? Si el arte es puro, es desinteresado, es sincero, si nada importa para admirarlo los más negros antecedentes de quien lo realizó. poeta de la rima, del pincel o del buril, con todo, refleja una recóndita moral, desde que es belleza y es sentimiento. El arte por el arte es límpida bandera; pero el historiador, el filósofo, el sociólogo perciben entre los pliegues de aquélla, las emanaciones de la moral de un pueblo, su modo de deleite espiritual; sus hábitos de bondad o de malicia; y más en las obras anónimas, colectivas, modestas, honchidas de ideales, cual las de la Colonia.

Las religiones se fundamentan sobre la moral: han sugerido a los artistas innumerables motivos que elevan el alma hasta lo infinito. En los templos, en los santuarios, en los sepulcros, en las moradas de meditación, han buscado los exteriorizadores de la belleza el estro para sus concepciones, de acuerdo con sus creen-

(1) Oswald Spengler.—*La Decadencia del Occidente* (Primera Parte. Volumen II).

das. De aquí que es inagotable mina el arte religioso. Le arranca suave y hermosamente de sus canteras el doctor Navarro, para delitarnos con el símbolo del culto cristiano, con los áureos y finos bordados de los paramentos sacerdotales, con las afiligranadas custodias, con los crucifijos, con los santos, con la devoción artística plasmada en el marfil, en la madera, en la piedra o proyectada en la tela maravillosa, en el cuadro mural, en el friso, en el capitel, en el retablo; dondequiera que el fuego de la estética purificó la obra, volviéndola divina, resultante de superior dinamismo. «La fuerza que mueve a la masa, es lo que Miguel Angel ha pintado en la bóveda de la capilla sixtina, lo que —desde el modelo de la iglesia Il Gesù— ha dado a las fachadas eclesiásticas la expresión grandiosa de della Porta y Maderna; lo que, a su vez, ha llevado al estilo musical de la fuga a las colosales masas tonales de la música religiosa del siglo XVIII, y lo que, por otra parte, llena las escenas de las tragedias shakespearianas, ensanchándolas sin fin; y lo que, por último, Galileo y Newton expresan en sus fórmulas y conceptos». (1)

El ilustre doctor Quesada, en las luminosas conferencias que en su curso académico dictó, como profesor titular de Sociología, en las Universidades de Buenos Aires y La Plata, explicando la doctrina relativista sociológica de Spengler, nos lleva de la mano a las majestuosas catedrales, a transmitirnos su emoción ante las bóvedas góticas, los templos romanos, las basílicas sirias, las selvas de columnas, a que escuchemos los sonidos del órgano, la historia de cuya construcción «es uno de los capítulos más conmovedores y llenos de sentido de la historia musical, porque es la del anhelo al bosque, al lenguaje de ese templo típico de la adoración divina occidental: anhelo que perdura fecundo desde el verso de Wolfram hasta la música de *Tristán*».

¡Qué indeleble impresión al entrar al solemne templo de San Francisco de Quito, emporio de arte, personificación de la mayestática pompa colonial, en medio del respeto, del soplo de austeridad, del religioso pasmo que inspira!

(1) Ernesto Quesada.—La Sociología Relativista Spengleriana.

Por analogía, me hallo tentado a reproducir esta inefable oración del doctor Quesada: «Porque las catedrales, dice, tienen algo de la misteriosa solemnidad de los bosques, con la estupenda elevación de la nave central respecto de las laterales, comparada con la basílica de techo poco elevado y de la cual es imitación el tipo de iglesias occidentales; así, el empleo de las columnas que de cosas aisladas en el espacio, con su base y capitel, se transforman en pilares y grupos de pilares, que nacen del suelo y cuyas ramificaciones y líneas, más allá de su terminación, parecen perderse en lo infinito y son por éste absorbidas, mientras que de los inmensos ventanales que se diría han hecho desaparecer los muros, se derrama en el interior una luz indecisa: todo ello parece ser la realización arquitectónica de un sentimiento tal del mundo». (1).

Aunque San Francisco no está distribuido así; pero se siente la emoción de lo monumental y ausgusto, como si el silencio de un bosque sagrado nos sobrecogiese. El espíritu se reconcentra, los ojos se abisman y la mente recibe el ilógico, el desconcertante deslumbramiento de lo sublime. No nos damos cuenta, de súbito, de tanta grandeza, de tanto derroche de arte, en altares, capillas, coro, artesonados mudéjares, patios, claustros, cátedra sagrada, frontales de argento, capas pluviales, puertas, columnas, fachadas, sacristías, escaleras, árcos, arcadas, retablos, lienzos, grupos escultóricos; miniaturas, detalles de armarios y cuanto hay digno de los siglos y de la valorización inteligente.

«Atraen esas obras, no sólo por su hermosura y grandiosidad, sino por el carácter de impersonal que tienen, observa el doctor Navarro. Sus obreros no las trabajaron por llevarse o adquirir fama. Humildes servidores de la religión y el arte, ocultaron sus nombres, porque juzgaron inútil estamparlos en obras que eran la resultante del esfuerzo de muchos. En aquellos tiempos no presidía el egoísmo que hoy tanto priva en la ejecución de las obras humanas: se trabaja por un ideal sin otra recompensa que la satisfacción del alma por haberlas realizado con la perfección con que se las había concebido. Puédese, por consiguiente, afirmar que

(1) Ernesto Quesada.—La Sociología Relativista Spengleriana.

las obras de aquellas épocas tienen el doble carácter de impersonal y colectivo».

Reseña la historia de la fundación franciscana: desfilan, rápidamente, las figuras de los padres Niz, Rieke, Gosseal, Rodeñas; el sitio elegido, las fechas de la unión y reinita de la gigantesca obra, la descripción famosa de la fábrica monumental: la de Córdova y Salinas, etc., las transformaciones sufridas y hasta los gastos.

Entra en las dudas acerca de la dirección de los planos y de los técnicos que los ejecutaron, origen que permanece en tinieblas. Con todo, cita el nombre del gran arquitecto quiteño Antonio Rodríguez, «autor que fue de una gran parte del convento y de otra joya de la arquitectura colonial: el templo de Santa Clara de Quito». Da noticias, tomadas del archivo franciscano, «de George de la Cruz y su hijo Francisco que tratabaron en la construcción del templo, durante la primera época, es decir, la de Fr. Jodoco Rieke, durante más de veinte años».

Largo sería seguirle en su detenida y documentada peregrinación artística por los templos de San Francisco, Oantuña, de tradicional recuerdo por el millonario hijo de Hualca, San Diego, San Buenaventura, Santa Rosa de Pomasqui y sus ruinas, por el convento máximo, por las capillas, por los otros asilos de meditación y reposo, encantándonos, de tramo en tramo, con la metódica y descriptiva enumeración de las riquezas allí aglomeradas, que, merced al amor que ha puesto en la difícil tarea, salen a recorrer, hábilmente reproducidas e ilustradas, como en triunfal teoría, las naciones más cultas de la tierra, preferentemente las hispanoamericanas.

Vivan, religiosamente conservadas, las inimitables joyas de arte. El celo puesto en su custodia no siempre fue ejemplar ni se han cumplido solemnes mandatos de restauración, singularmente la del retablo del altar mayor, ponderado por el cronista Córdova y Salinas; restauración que en más de doscientos años no se ha hecho.

Después del pristino descuido, el autor de las meritisimas *Contribuciones a la historia del arte en el Ecuador*, delicadamente presenta una queumbre en cabeza ajena: «Mas como entrado el siglo XIX y proclamada y asegurada la libertad americana, se fuese atlojando

notablemente la disciplina religiosa en los conventos por efecto de su misma separación de España y de las rivalidades que se crearon y desarrollaron en ellos antes de la guerra de la emancipación por la ley llamada de la alternativa en los cargos conventuales y durante la guerra por los partidos en que necesariamente se dividieron los religiosos, habiendo como había americanos y españoles; junto con esa flojedad en la disciplina se iba descuidando, como era natural, la conservación celosa de las riquezas artísticas del convento franciscano, razón por la cual, el Capítulo, en su sesión matutina del 22 de enero de 1838, prestó atención al Manifiesto que presentó Fr. Juan José de Terán en el que puso en consideración el estado de ruina en que se hallaban los conventos franciscanos», etc.

Todo lo que se recalque acerca de la obligación suprema de la vigilancia, en que estamos empeñados los ecuatorianos: autoridades y pueblo, legisladores y artistas, a fin de salvar de las garras del tiempo y de las vicisitudes terráqueas y bélicas los tesoros coloniales, no ha de holgar nunca. De labios del gran Sartorio oí, en acto solemne, hablar de la responsabilidad que pesa sobre los gobiernos.

Con la obra del doctor Navarro, ya poseemos un comprobante indeleble y palmario; un inventario artístico.

Ha publicado la primera parte de su afanosa y estética labor. Promete darnos a conocer en seguida el resultado de sus inteligentes investigaciones y correrías por los conventos de La Merced, El Tejar, Santo Domingo, El Buen Pastor, San Agustín, la Compañía de Jesús y por las iglesias de la Catedral, El Sagrario, el Hospital, Santa Clara, los Cármenes Antiguo y Moderno, la Capilla de los Corazones, etc., desde los atrios hasta las torres.

Dada la magnitud de la arcaica labor y el modo severo de acometerla, es una de las más originales en su género, quizá la única que hasta aquí, de tan completa manera, se haya dado a la estampa, lo que honra a la patria.

«Nuestro trabajo—lo dice el doctor Navarro con la plena conciencia de los hechos y la irredargüible autoridad de los testimonios,—más que en cualquier otro similar en América, reviste grandes proporciones, porque

Quito fue el centro del arte americano durante al menos tres siglos desde el día siguiente al descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, tuvo personalidad artística propia y adquirió una riqueza de arte incomparable, digna del estudio de artistas e historiadores y digna también de que ella figure en capítulo aparte en la Historia del arte universal».

No terminará este esbozo bibliográfico, intentado con cariño, aunque a vuela pluma, sin aplaudir el espléndido pórtico que el doctor Navarro, con acierto y patriotismo y en correcta versión, ha puesto a su obra: la carta del insigne artista Julio Aristides Sartorio, escrita a bordo de la nave ITALIA, antes de abandonar las aguas del Continente Sudamericano. La visita a Quito del eminente maestro, una de las figuras más culminantes del arte moderno universal, fue indescriptible sorpresa e inenarrable deslumbramiento para su talento genial. Las impresiones de Sartorio deberían traducirse a todos los idiomas. ¿Qué propaganda más noble y auténtica? Su epílogo, que desearía transcribir con caracteres de oro, deja constancia de que «monumentos completos, como por ejemplo la iglesia de la Compañía de Jesús de Quito, son raros aún en el viejo continente».

Grabemos también indeleblemente, para que sea seguido por las generaciones, este consejo de Sartorio: «La ciudad de Quito es un joyero precioso y germen espiritual, testigo de los lazos que unen al Ecuador con la latinidad renaciente. Quito, sin arte gótico, que nació para el futuro, no se deje defraudar jamás por la prisionante modernidad y conserve para el porvenir puro de la América Latina la forma y el alma, con la cual nació».

Más cívicos y más civilizados descollaremos, mientras más respetuosos seamos de la tradición artística, herencia legendaria y fulgurante de nuestros mayores. Sólo la ignorancia puede atreverse a renegar de la orfebrería auténtica, del arte sereno y perennial, del alma de la raza, por dar enfermizamente entrada al oropel, al simitor, a la fatuidad, al exotismo ridículo, a la brillante pedantería, que no han de durar lo que perdurarán las piedras de sillería de nuestros grandiosos monumentos.

Glorioso centenario de la cultura lojana

Loja, la risueña y fecunda región, regada por caudalosos ríos como el Zamora, Chinchipe y Catamayo, a los que alimentan múltiples tributarios, y enriquecida por abundantes minas áureas y de argento, cuenta, en la constelación magnífica de sus talentos, con tres faros que contribuyeron a iluminar los aneburosos piélagos de su educación salvando a un pueblo, dócil y laborioso de suyo, del temible naufragio en abismos de ignorancia.

Sus refulgentes nombres se recomiendan a la posteridad con sobra de merecimientos. Bolívar, Valdivieso, Ramírez, son las tres figuras de la filantrópica instrucción popular lojana.

No niego que otras cumbres destacaron, por entre pardos nubarrones, sus albas cimas respetables, poniendo algunas estrellas en el penumbroso cielo de la noche colonial, gracias a sus donativos. Al comienzo de la décima octava centuria, se recomiendan por su altruismo los doctores Fausto de la Cueva, Francisco Rodríguez, Miguel Valdivieso, Fernández Coloma y Pedro Javier de Valdivieso.

Mas, sin la franca intervención del héroe magno de la América, "árbitro de la paz y de la guerra", sin la prodigalidad del doctor Bernardo Valdivieso y sin la sublime testarudez del doctor Manuel Ramírez, encargado de la custodia del tesoro, ¡qué mortal retardo en la civilización lojana!

Fiesta del espíritu, himno de la educación, victoria cultural, resurgimiento de un pueblo, todo esto significa la sacra conmemoración de hoy día 22 de Octubre de 1926. El medio ambiente era estrecho en la Colonia, digan lo que quieran los soñadores historiógrafos. Se temía, como en varios lugares del Nuevo Mundo, enseñar a leer a las mujeres, para que nadie las requiriese de amores por escrito; se desdeñaba la educación de los plebeyos, casta menospreciada, para huir de la amenaza social de que los cholos se avivaran. El monopolio docente era de privilegiadas familias y determinados maestros.

A pesar de los nobles empeños de talentos esclarecidos como el orador y literato Alonso de Rojas y el moralista y profesor Pedro de Rojas, educados en Quito; como el paciente Antonio Ramón de Moncada, amigo de embrollarse en las redes escolásticas; como Diego de Oñán, cuyo prestigio está resplandeciendo en la Universidad de San Gregorio Magno y acentuando la fama de pensador que desde antiguo gozó tan austero varón; como el atildado orador académico Nicolás Jerónimo Carrión y Velasco, que se entretuvo en pescar excelencias eucarísticas; a pesar de estas valiosas muestras, repito, la cultura colonial no se prestó para mayores encumbramientos espirituales, si he de considerar, con criterio de Taine, la época, las circunstancias y el rigor histórico que no gusta de abullar excelencias.

Entonces, un filántropo de estirpe generosa legó, en julio de 1805, a su querida patria lojana, para la cultura saludable y moral de la infancia, su colosal fortuna. Aquellas haciendas, del fuste de "Oasanga", valdrían hoy millones, por el proligio del tiempo y de la administración inteligente.

Parentela del abnegado patriota, en lucha muy humana del centavo, trató de impedir que el cuantioso capital, como riego prolífico de las mentes juveniles, fuese a cumplir su benéfico destino a través de los lustros y las aulas. ¿Tal vez le creyeron loco de arar al doctor Bernardo por no haber llenado los arcones de su familia? ¿Cómo, rebotando de parientes, iba a distraer en una empresa pueril lo que al ilustre connotado pertenecía en lo absoluto? He aquí que surge el odioso pleito, que no es caso raro en los tristes anales de la disputa de los intereses privados que consideran como un crimen los públicos. Nunca faltan consejos apogadiles que interpretan torcidamente, no sólo las palabras del testador, sino su lucidez mental, para el caducioso intento de arrebatarse el oro que va al océano común, después de que las vidas, como los ríos de que habló el poeta, se acercan a la mar que es el morir. Se ha hecho guerra a la filantropía, lejos de apoyarla con mano abierta, a fin de impedir que las tinieblas definitivas cubran tantas tumbas que a última hora bien pudieron volverse luminosas. Sin los gestos de desprendimiento, no valdría la pena vegetar en el os

curo planeta, desapareciendo a continuación de él como misera y fugitiva sombra.

Mas, se eleva una barrera invencible: un humilde párroco, hijo de la plebe, sin antecedentes de sangüinidad real, sin pergaminos, pero de corazón de oro. Defiende esa fortuna con plausible tenacidad, con pasmosa entereza. No se le ha hecho justicia al cura rector de la Matriz. En los acontecimientos de la historia, las fuerzas al parecer débiles, los actos que se suponen insignificantes son propulsores de grandes tempestades, o de magnas empresas. Son las Sibilas minúsculas que anuncian glorias o tragedias, sin que el hecho pequeño, la palanca corta, la frase pigmea resulten respetados como se merecen. A lo mejor, la posteridad los desconoce. Es preciso sacar de las profundas aguas del Leteo al incomprendido Ramírez. Su honrado ideal es acaudalador a las bendiciones de Iruja, por más que la calumnia pretenda empañarle, dando el siniestro colorido de que ausió para él tanta fortuna, valiéndose de enredos y sugerencias en la agonía del testador acaudalado. En los archivos lejanos abundan los documentos auténticos acerca de la actuación del citado a la hora postrera doctor Mariano Valdivieso, una especie de ninfa Egeria del filástrofo, al que aconsejó la fundación de "una escuela de álgebra". A este paso, las intenciones humanas quedarían tan desvirtuadas, que hasta la santidad se tuviera por criminal, en el apasionado concepto de los descontentos. Oolón afirma categóricamente que es genovés. Después de siglos, los ociosos de la historia no le creen, y se entregan a la vanidosa búsqueda de comprobantes que le den el espaldarazo de caballero gallego, natural de Pontevedra, cuando la mínima insinuación del Almirante inmortal debió ser sagrada para las generaciones.

El curita Ramírez habría sucumbido al fin, dejándose fatalmente derrotar por los intereses creados y rancios prestigios de familia; pero, de carácter enérgico, se alza portado, astuto y enhiesto, desafiando tormentas.

Se le ocurre, como recurso desesperado, sabedor del viaje de Bolívar al Sur ecuatoriano, salir a su encuentro, hasta tres jornadas próximas a la ciudad del Capitán Alonso de Mercadillo. En el camino, con elocuente convicción, explica al Libertador lo que había respecto del caudal disputado. Bolívar se entusiasma

al brillo de la verdad. Llega a Loja, y dicta, en 1822, un decreto, cortando tramas de leguleyos y salvando los fondos sagrados, desde que son de la generación naciente que hará la celebridad de un pueblo. ¡Loor al pobre guardián que, a los 17 años, puso a flote la voluntad de un Bernardo Valdivieso!

El Colegio Nacional que lleva su nombre ha sido manantial de limpia cultura para los ciudadanos de los hermosos Valles de Cangochama y Ouxibamba. Asegurada su vida económica, ha ido ascendiendo la montaña de su perfeccionamiento. Se fundó el 22 de octubre de 1826.

Los miembros del Ayuntamiento lojano, señores José Maldonado, Manuel Espinosa de Aguirre, Francisco Jaramillo y el prosecretario José Onofre Palacio, encaricieron, desde el 26 de agosto de 1824, esta idea digna de loa?

Años más tarde, por disposición legislativa de 2 de diciembre de 1865, las rentas del Colegio Bernardo Valdivieso se bifurcan: la mitad de ellas son echadas en un touel sin fondo y desaparecen para siempre, sin que pueda la curia eclesiástica salvar ese dinero adjudicado indebidamente a la sustentación del colegio seminario. El plantel laico, justicia es confesarlo, conserva sus rentas y las ha aumentado; al decir de un cronista moderno, que asegura que "el segundo está a punto de liquidarse, por la penuria de sus cajas, pues que sus rentas han desaparecido como por encanto, sin poder hasta hoy hacerse efectiva la responsabilidad de su inversión".

Hace cien años que alienta un establecimiento de educación, del que han salido fuertes falanges de sembradores en los fértiles campos de la inteligencia; bravos luchadores en los palenques del derecho; respetables cumbres educadoras que destacaron su actividad abérrima en ciencia y doctrina desde muy altas magisteraturas; políticos sagaces y potentes que han pesado en los destinos del país; legisladores sabios, sociólogos, pensadores y periodistas, gala de la cátedra y de la prensa; una esforzada juventud que se ha esparcido por los jardines ecuatorianos a propagar la simiente de las más bellas flores y de los más sazonados frutos.

Preseas luminosas en cuyos escudos se han escrito los apellidos de los Cuevas, los Ayoras, los Riofríos, los

Samaniegos, los Valdiviesos, los Arias, los Alvarez, los Eguiguren, los Morenos, los Jiménez, los Jaramillos, los Carriónes, los Rodríguez, los Aguirros, los Alvarados, los Garcías, los Paces, los Ruices, los Lunas, los Loaizas, los Undas ¡un catálogo selecto y deslumbrante!—honran a la patria senatoriana, donde quiera que su familia marche a plantar su tienda y bajo cualquier cielo que tremole el tricolor nacional.

Año Nuevo

¿Escucháis los alegres repiquetesos por el niño que nace? Dar señales de vida es llorar casi siempre. Con agudos vagidos se suele venir al mundo. Del berrear primero, sacará la filosofía algunas enseñanzas.

El niño es una incógnita. ¿Qué nos traerá cuando empiece a desarrollar y darse cuenta de sus actos, a ser responsable y proceder con cabal conocimiento de causa?

¡Despeja los negros nubarrones el alba que despunta o los ennegrece más, preludiando tempestad?

Seamos optimistas, como una suprema consolación que fortifica voluntades y acciones buenas.

Si la vida es lucha y es reforma, aprestémonos resueltamente para el combate; trabajemos sin descanso por el resurgimiento del espíritu, acallando si nuestros presentimientos y secando lágrimas.

Detenernos cobardemente al comienzo de la jornada, es morir de impotencia: el carro del progreso que al fin se mueve pasará pisándonos, tal vez pulverizándonos.

¡Adelante, siempre adelante!, tal es el grito del que pule su personalidad, anhela el perfeccionamiento moral y quiere la felicidad de la patria, en el concierto de las colectividades y de las naciones.

Ingenieros, vigoroso cerebro de América, en un hermoso libro, nos habla sentenciosa y alegóricamente de las luces del camino. Esa luz que alumbró nuestros pasos, dirige nuestra barca, orienta nuestra conciencia, dignifica nuestras costumbres, no es otra que el ideal. Olama el filósofo por el fomento y custodia de

aquella lucecilla, sagrada como el fuego de las vestales, en el templo de la historia y de las armonías del solar nativo, de las creencias, de la lengua y de la cooperación humana de actividades, mentes y razas. Si la dejamos apagar, ¿cuándo volverá a encenderse? Quizá nunca: pasó la ocasión que la iconografía le estuvo pintando calva; se desperdició el momento propicio que va a perderse en el océano insondable del tiempo; huyó la oportunidad que es el tacto exquisito de lo singular y lo plural, de las personas y los pueblos; feneció el impulso vocacional, remediador de fracasos, guía de voluntades, gustos y labores; abogado fue el mandato de la conciencia, imperativo como el deber, melodioso como el amor, férreo como el carácter.

Si naciones e individuos formularan el firme propósito de mejorarse siquiera cada año, ya que no pueden cada día, de rejuvenecer material y espiritualmente, venciendo achaques, senectudes y decadencias; de procurar que florezcan las blancas rosas de la moralidad, el mundo no apagaría, con llanto pesimista, la antorcha de la esperanza.

Somos los dueños y responsables por la profundidad del pleuasmol de nuestras propias acciones: cultura, cultura auténtica nos falta, sobre la sólida base ética que vuelve justos y austeros a los corazones, lo mismo que a las repúblicas que los contienen.

Si el hombre, como primordial acto piadoso y filantrópico, raspa las escamas de la aspereza, si fuera honrado y verídico ¿cuántos males se remediarían!

La civilización no consiste en pasear en automóvil ni volar por los aires; no en marchar disfrazados pulcramente de caballeros, en traje flamante—levita o frac—siempre a la moda a cada hora de etiqueta, hablando fanfarronamente de pergaminos aristocráticos y diferenciación étnica ¡en este siglo!; la civilización no consiste en simular aseo y decencia cuando se lleva sucia el alma, pestilente la razón, cuando pronuncian los labios los foos, los repugnantes, los ruborizadores epítetos que en el pecho fermentan; la civilización se basa, no en aparecer como caballeros, sino en serlo realmente, por las obras, por los pensamientos, por las palabras, dignos todos del que avanza bellamente en refinamiento moral, delicadeza psicológica y cultivo de la virtud hermosa.

Naciones civilizadas, como almas civilizadas, son las que respetan el derecho, acatan la ley, aman la libertad, veneran la justicia, estimulan a la honradez, promueven las virtudes, colman de prestigio a sus grandes hombres, seleccionan a sus servidores, consultan méritos y aptitudes y demuestran galanura espiritual en todo.

¿Qué en la página en limpio que nos presenta el AÑO NUEVO escribamos estas normas nobles y sencillas, para ir en pos de su realización, siguiéndolas, observándolas con valentía y honrada constancia, quemando, en magníficos crisoles, la miseria pasional, purificando hogar, sociedad, costumbres, vida republicana!

¿Suspiros o sonrisas en el nuevo año?

¿Qué está escrito, en el libro de bronce del destino, para las familias y la patria?

Al pie del título, después del año que alborea, queda un enorme espacio

Es una hoja en blanco, en la que hay que agrupar ilustraciones hermosas y de provecho que arrojen un saldo a favor de la cultura patria y del perfeccionamiento individual.

Los pensadores, desde Renán a Rodó, han repetido la máxima de que reformarse es vivir. Si todo es susceptible de enmienda para orientar mejor nuestra existencia, no cabe otra confesión de fe más férvida en las personas de buena voluntad y en las naciones que aspiran al progreso positivo.

Se nos ha dado, al venir al mundo, como en la poesía de Martí, un yugo y una estrella como herencia. ¿Cuál escogeremos en el año que abre sus puertas al tiempo y al espacio? Muchos gozan con la coyunda: bueyes mansos, nada les importa la protesta altiva, la polémica honrada, la resistencia razonable, la lucha noble. Se resignan a lo que venga, inclinando la cerviz obedeciendo ciegamente, contentando a todos, con la engañosa miel del adulo, la sonrisa en los labios y la conformidad degradante. Quién elige la estrella, sabe que ha de sufrir por conservar su brillo, que ha de rechazar las arremetidas de los envidiosos, que ha de velar a fin de que la calumnia no le empuñe; que el combate ha de ser rudo, pero digno; interminable, pero glorioso.

Con todo, el reflexivo y valeroso hijo a que alude el poema cubano optó por el yugo: mas ved en qué sublime forma:

«Dame el yugo, oh mi madre, de manera
que puesto en él de pie, luzca en mi frente
mejor la estrella que ilumina y mata».

¡Ojalá pueblos y ciudadanos pudiéramos decir lo mismo desde el primer día de Enero!

Sea nuestra vida una eterna primavera, una perenne juventud: primavera de amores e ideales; primavera de resoluciones y frutos de belleza; juventud espiritual, como en la Grecia, siempre lozana; juventud de raza y de carácter, salud, vigor y frescas esperanzas.

No muera en nosotros el sol de la hermosura y del trabajo, la fuerza anímica, la generosa aspiración que transforma a los países y a los hombres. Pueblos mozos pueden prematuramente envejecer por falta de patriotismo, de acción, de espíritu público. Los ancianos, con alma joven, han dado muestras de energía sorprendente.

«La juventud no es una época de la vida; es un estado de ánimo, ha dicho un filósofo moderno, doctor en raras sabidurías. No es cuestión de mejillas rosadas, labios encarnados y articulaciones flexibles; es un temperamento de la voluntad, una cualidad de la imaginación, un vigor de las emociones. Es la frescura de la primavera profunda de la vida.

«Juventud significa el predominio del valor sobre la timidez en el carácter, del apetito de la ventura sobre el amor al ocio.

«Esto a menudo existe más en un hombre de cincuenta años, que en un niño de veinte.

«Nadie envejece por haber vivido un número determinado de años. Sólo se envejece cuando se abandonan los ideales....

«Los años arrugan la piel, pero sólo el abandono del entusiasmo arruga el alma.

«El pesar, la duda, la propia desconfianza, el miedo y la desesperación, son los años que encorvan el corazón y conducen el espíritu floreciente a las sombras.

«Ya se tenga diez y seis años o sesenta, siempre existe en cada corazón humano el impulso a la mara

villa, el suave asombro ante las estrellas y las cosas y pensamientos que son como estrellas, el desafío a los acontecimientos, el apetito infantil y jamás desmentido por lo venidero y la alegría de vivir.

«Uno es tan joven como su fe, tan viejo como su duda; tan joven como la confianza de uno mismo; tan viejo como su temor; tan joven como su esperanza, tan viejo como su desesperación.

«En el sitio central del corazón hay un árbol siempre floreciente, se llama amor.... Mientras este árbol, tenga flores, el corazón es joven. Si muere, entonces se torna viejo.

«En el sitio central del corazón hay una estación radiográfica. Mientras en ella se reciban mensajes de belleza, valor y poder, desde la tierra, desde los hombres, y desde el infinito, cualquiera es joven. Pero cuando esta estación cesa de funcionar y el sitio central del corazón se cubre con las nieves del cinismo y el hielo del pesimismo, entonces uno es viejo, aunque tenga sólo veinte años».

¡Qué el año que se inicia nos halle remozados en ejemplares propósitos y elevación de pensamiento!

La página está pidiendo que grabemos algo en ella: de nosotros depende escribir la palabra prosperidad o trazar con mano temblorosa el fatídico vocablo fracaso. Agentes somos de nuestros propios destinos.

En potencia estamos de que despunte, desde hoy, la descada aurora de la felicidad en la patria y en el hogar, pisoteando todos los yugos y aupándonos sobre ellos para que luzca con más brillo el astro de todas las libertades, vivificante, inextinguible.

Al abrir la página del año conviene, oh, lector, escribir una palabra milagrosa: la esperanza.

Última compañera del mortal, cuando ha librado la gran batalla de la vida, ella cierra los ojos a los desterrados del valle de quebranto que cesaron de sufrir; ella les imprime el ósculo de eterna despedida.

No hay agonía, como hermosamente observó Víctor Hugo, que en el instante más crítico no vea blanquear en sus profundidades la inexplicable aurora de la esperanza.

Última aparición que vagando quedas en la mente cuando todas se han disipado al sople letal del desencanto, bendita seas.

Ansiada y risueña imagen que trae suave rayo de valor y conformidad, ¡cómo aclaras las conciencias tenebrosas!

Convidando estás a que aguardemos siempre algo imprevisto que mejore la situación angustiosa; una voz que, como a Lázaro, grite al vacilante: levanta y camina; no te detengas en la jornada, no desmayes. Faro de claridades psicológicas, vive, vive permanentemente en el interior de las almas buenas.

¿Sabéis qué clase de amiga es, qué compañera, qué taumaturga? Oid la franca respuesta de los que padecen, de todos los tributarios del dolor acerbo.

Preguntadle al moribundo que, en duro lecho de aflicción, riñe con las enfermedades, es víctima de crueles padecimientos y blanco de sufrir; preguntadle en qué consiste la esperanza.

Seguid las desesperadas maniobras del náufrago que lucha con el monstruo traidor y ensoberbecido del océano, juguete de las salobres olas, en medio del rugido del huracán, del fragor del trueno y del rumorco incesante; seguidle para averiguar qué entiende por esperanza.

Conversad con la madre que angustiosa gime por la ausencia del hijo de sus entrañas que marchó a la guerra, conversad con ella sobre la esperanza.

Imponeos del viajero que, extraviado en noche obscurecida, teme aventurarse por el bosque desde donde llegan a sus oídos los ecos de la cólera de las fieras, su aterrador bramido, imponeos de él en qué consiste la esperanza.

Hablad con el mendigo que, después de recorrer con aire gemebundo la ciudad, acosado por el hambre y sin más apoyo que su nudoso bordón, se sienta, casi desfalleciente, a descansar; hablad con él de la esperanza.

Dirigíos al pensador desilusionado que, martirizando su corazón, se sumerge en angustiosas meditaciones, juguete de la duda, dirigíos a ese luchador y sociólogo en busca de una definición de la esperanza.

Y el enfermo os contestará: la esperanza es la salud, el consuelo en el sufrimiento y las ansias inexplicables por la vida.

La respuesta del náufrago será: la esperanza es la tabla de salvación, la fuerza que anhelo

para resistir los embates de las olas, el faro que inquiero en lontananza, la deseada costa y el feliz arribo.

Y la madre afligida exclamará: mi esperanza es la vuelta del hijo idolatrado que llevé en mi seno, su prosperidad, su triunfo y el beso de cariño y alegría que depositaré en su radiosa frente.

Y del viajero errante obtendréis este resultado: la esperanza es la luz del alba que guíe mis débiles pasos, el término de la jornada y el regreso al hogar.

Y la esposa que sufre, gimiendo observará: la esperanza es amor; ósculo de ternura, abrazo de santa satisfacción, paloma mensajera que me anuncie el retorno del dueño de mi alma.

Y el mendigo clamará: es la esperanza caridad bendita, silenciosa y eficaz filantropía, pan que da sustento y fuego que calienta.

Y el pensador deducirá: la esperanza es filtro aromático que concilia el afecto con la verdad, es luz para el cerebro, es quietud del pensamiento, es tranquilidad del espíritu.

Porque para casi todos los mortales, la esperanza es una estrella misteriosa que va invisiblemente sirviendo de lazarillo en el intrincado sendero sembrado de espinas. Por esa palanca que nos encumbra a lo alto, más de un infortunio ha de encontrar resignación, y más de una lágrima se ha secar.

Virgen que se presenta con cara sonriente para todos los que ansiando están ver su faz, lleva al corazón lacerado el bálsamo de la conformidad.

Para los miserables, los olvidados, los humildes, para esos seres que trajeron la triste herencia de la pobreza y del pesar escrita en la pálida frente, porque tuvieron la fatalidad de que sus nombres salieran sin premio del teruelo desgraciado en el que se juega la fortuna, para los que soportan, no como huesped de paso, sino como eterno morador, al infortunio instalado en el hogar, cuan útil es la esperanza, esa lámpara prodigiosa que al apagarse produciría en el desborde social, algo como una alud que descendiera de la montaña popular arrasando cuanto encontrara a su paso.

Porque su extinción sería la muerte rabiosa, la ausencia total de la resignación, la blasfemia y la re-

beldad alzándose, en consorcio íntimo, contra todas las felicidades y grandezas del cielo y de la tierra.

La esperanza se traduce por confianza: es virtud de las almas fuertes, es loriga de los pechos nobles.

En pos de aquella sombra se anda constantemente.

La vehemencia de alcanzarla vivifica el ánimo.

Las almas débiles, los seres pequeños, desesperan muchas veces.

La desesperación es abismo que atrae: se precipitan en él los que no pueden soportar el vértigo de la congoja.

Y al cerrar la página del año, el balance de las actividades, debe poner un saldo favorable: el del tras bajo. ¡Trabajar! ¡He aquí la ganancia!

El trabajo es una de las más fecundas oraciones de la actividad humana. En lo antiguo, se hablaba poéticamente de ríos de leche y miel y de arcadianas tierras de promisión en las que la felicidad sonreía a los mortales. Esas comarcas venturosas son las que abundan en robustos obreros, en hombres de trabajo tenaz, sea éste intelectual o físico.

Según las bellezas mitológicas, del cuerno maravilloso de la cabra Amaltea se derramaban toda clase de frutos y dones. Tal el símbolo del trabajo, manantial de inagotables tesoros. Cuando las tres gracias del siglo: honradez, constancia y economía se unen, el trabajo triunfa siempre. Transforma pueblos, hogares e individuos, salvándoles de las garras de la miseria y el envilecimiento. Es el gran redentor de las colectividades: Negra esclavitud la que la pobreza acarrea a los que por ella se dejan encadenar.

En la fragua del pensamiento, en el yunque del herrero, en el taller de carpintería, en el laboratorio, en la fábrica, las estrofas de luz del trabajo componen los modernos poemas que educan a la humanidad.

Son otros tantos templos los destinados al trabajo, que nos aleja de todos los vicios.

Un gran pueblo, que sabe aprovechar las horas en múltiples labores, ha convertido en un refrán nacional, fruto de honda filosofía, el de que el tiempo es oro. Cuando las naciones se penetren de esta verdad, enseñada desde la escuela, los ideales surgirán, poniendo la pluma, el martillo, el cincel, el palustre, el bacha en

manos de los soldados del progreso, zapadores que abren el camino de todas las reformas.

La disciplina de la economía individual es uno de los caracteres de la positiva independencia. Sólo son parias los holgazanes, a quienes ata la necesidad, junto con las bajas pasiones.

Resuene el hosanna del trabajo, cual el himno de la patria, que ha de hacer surgir, como el mágico tridente de Neptuno, al corcel ágil para las pacíficas batallas del trabajo, que realiza los increíbles milagros de nuestra civilización. Se trabaja con la mente y con el brazo, tendiendo a la redención espiritual y económica de nuestros semejantes.

Trabajar, he aquí la evocación admirable, digna de grabarse en todos los corazones, cual un mandato supremo, como la más eficaz de las plegarias.

Eduardo Mera

Humo, sólo humo son las vanas glorias mundanas, dijo el poeta secular, desengañado de la sabiduría de las cosas. Puñado de ceniza somos que se esfuma con el viento en pleno día, aun antes de los funerales del sol.

En la mitad de la jornada, ha vuelto al polvo de la tierra el claro talento que en vida se llamó Eduardo Mera, espíritu chispeante y volteriano, que práctica y graciosamente desmentía la austera fe de sus mayores, que simulaba conservar como una herencia de los viejos tiempos de penumbras, cual se retiene una querida joya pasada de moda.

En un poético rincón de la ciudad de Ambato—la barriada de Atocha—esclarecida por el recuerdo de los Martínez y los Meras, nació el genial Eduardo, y allí mismo rindió el postrer suspiro entre burlesco y quejumbroso, en la madrugada del 20 de Mayo de 1926.

¿Quién no conoció en Quito al periodista tolerante y abierto a todas las opiniones modernas? Popularmente difundido el nombre de Eduardo Mera, fue amplio el círculo de sus relaciones, que pertenecía a los más encontrados credos, a los bandos opuestos, a los partidos políticos de las adversas filas.

Tuvo dón de gentes para volver simpática su bohemía, seductora su conversación, donairoso su trato. Narrador formidable, amenizaba sus relatos, transformando en jugosos los más secos episodios, que provocaban deleite espiritual.

Por esto, sus polémicas, al par que llenas de gracejo, eran terribles: cubrían de ridículo al contrincante y desataban carcajadas.

Bastará que recuerde la derrota de un periodista su enemigo. Con sólo cuatro letras, le señaló a la risa de todos, volviendo imposible su campaña política. Había fundado un periódico semanal con el título de «La Pluma», cuyo primer número asomó en papel verde, por la crisis del blanco de imprenta, casi agotado entonces por la guerra europea, o no sé por qué causa.

Al saludar la aparición de ese engendro esmeraldino, Eduardo Mera se limitó a escribir: «Pluma, y verde?—De loro». Huelga agregar que el segundo número de esa mal tajada «Pluma» no se edita hasta la fecha.

Sus combates de periodista, desde 1895, le llevaron al destierro y a la persecución sectaria. Con este motivo, estuvo como dos años fuera de la patria, en París.

Muestra evidente de su gentileza, refractaria a toda intolerancia, fue el haber dado acogida a «La Prensa», tremendo diario de oposición en el hogar de «La Patria» que redactaba Mera. Cuantas veces pudo servir a la república, lo hizo desde las columnas de ese vocero conservador, de par en par franqueadas a los liberales. Jamás explotó a su partido, manteniéndose dentro de los límites de la moderación, siempre altivo para rechazar conveniencias, hijas de los intereses creados o de las claudicaciones. Prueba de esta conducta es que murió pobre, a pesar de que algunas ocasiones le tentó la fortuna política.

Como literato, había nacido para los bosquejos de costumbres y la graciosa pintura de las pequeñeces de la tierra, que sus bonitas descripciones acertaban a engrandecer y contagiar de entusiasmo.

Allí están sus inolvidables cuadros «Serraniegas», en los que palpita el corazón andino, con sus brochadas minúsculas, la vida de las remotas aldeas, las fiestas populares, las riñas de gallos, las corridas de toros, los diálogos *sui generis*, los matices de la montaña, los hábitos de los labriegos y el lenguaje popular.

Género difícil el de los artículos de costumbre, está solicitando el genio del delicioso Federico Proaño o la galanura de Emiro Kastos, cuando no la corrección de lenguaje de Vergara y Vergara.

Entrar en el alma del pueblo para, con derroche de gracia, entresacar su poesía y ver sus ridiculeces; descubrir las vulgarísimas escenas pintorescas para ennoblecerlas con la pluma; apropiarse del típico hablar de la muchedumbre, rica en donaires y modismos, es tarea sutil y paciente para la que se necesita fino espíritu de observación y un poquillo de malicia que pone su ironía en los hechos grotescos y los prosaismos de la vida.

En *Serraniegas*, novelitas cortas publicadas por Eduardo Mera en 1914, hay tela para motivos pictóricos de más fuste. Se esbozan acuarelas deliciosas, de ingenuo criollismo, que exhalan el suave perfume de la tierra y presentan figuras dignas de estudio.

Por ahí discurre groseramente, en estilo bárbaro, el coronel Pantoja, «bajo de cuerpo, panzón, moreno o más bien prieto, feo por dentro y fuera», apodado por sus heridas inverosímiles, que hacían pensar en la invulnerabilidad de Aquiles, el *Matomoros*. La figura, a tiro de ballesta, se conoce que fue tomada de la realidad, tal como en su infancia vió, cuando abundaban los soldadotes sin escuela, bárbaros y abusivos, que con la punta de la bota querían conquistarlo todo, inclusive el corazón de las muchachas, como intentó Pantoja. El autor solía fijarse en las caricaturas, que no son fruto de la imaginación, para desenredar sus almas, evidenciando hasta lo de blasfemo y vengativo con su oficialito rival en amores.

Son del vegetal común, auténticas en muchos hogares ignaros, las cartas a San Antonio bendito, como las que solía escribir doña Zoila para que el taumaturgo le iluminara la inteligencia y remediase muchos males, pidiéndole que haga lo que más convenga!

Todavía la fe florece en un templo pequeñito, situado al extremo norte del monumental atrio de San Francisco de Quito. Millares de devotos, generalmente personas del pueblo e infelices que sufren, acuden como en peregrinación a esa Meca.

Llueven las dádivas y las peticiones, verbales o por escrito. Cien cirios, desde el valioso y artístico hasta

la humilde bujía de cebo, arden constantemente en el altar de la izquierda del santuario, junto a la mampara. Se escuchan fervorosas súplicas y sollozos comprimidos. Los rezos son incesantes. Se alza, tallado en madera y dentro de urna de vidrio, el milagroso de Padua. La desesperación se ve reproducida en muchos semblantes. Húmedas las pupilas, besan los devotos el ara o se dan golpes de pecho.

Allá acudieron las que recibían a Pantoja. «Al día siguiente tres cartas fueron depositadas en el buzón de San Antonio, en la capilla de Cantuña: la de doña Zoila, que le pedía calurosamente al Santo bendito de su devoción que le tocara el corazón a su hija, a fin de que se casara con Pantoja y no con Angel; la de Maruja, que le rogaba por el arreglo de su matrimonio con Angel y no con Pantoja, *que era un malo*, y por último la de Paquita, que le encargaba la muerte de todos los novios. A esta carta, suelta a hurtadillas, acompañaron unas moneditas: las mismas que Maruja le diera para que comprara una muñeca».

Si el abogado de los imposibles y el amparador de pobres y pecadores no les complacía, el castigo no se haría esperar. La gente sencilla y supersticiosa suele amarrar al humilde y divino Antonio, como reza la letilla, sepultarlo en el fondo de un baúl, hacerle pisar algo que se relaciona con la profesión, lavarlo, etc.

El diálogo siguiente es de colorido y verdad:

—«Ven, hija, ven . . . Mira cómo está mi San Antonio bendito: cubierto otra vez de polvo, de telarañas, de . . . —Y dócil a su tema, pasóse a darle plumerazos.

—Pero, mamá,—arguyó Maruja,—si está limpio, hecho un anís.

Doña Zoila se quedó mirándola entre risueña y triste; luego lanzando un suspiro, tomó al Santo por los brazos, y sin ningún acatamiento, le plantó de cabeza.

—¡Pero, mamá! . . . —volvió a decir Maruja en tono de súplica.

—Si no hago nada malo,—contestó doña Zoila,—no hago sino ponerlo a mi Santo bendito con los pies para arriba, como lo ves; a fin de obligarle a que me obre un milagro muy grande: el de que el tal Pantoja no vuelva a pisar mi casa».

En Quito, casi en todos los inviernos, ponderados, en décimas chocarreras, por el padre colonial Juan Bau-

tista Aguirre, suele desencadenarse una tremenda tempestad, tal vez preludio de la estación lluviosa que llega. Al temible chaparrón, que inunda las calles, casi derribe algunas casas y abre múltiples goteras, destruyendo los decorados cielos rasos, suele llamársele «Cordonazo de San Francisco».

Esto le dio margen a Eduardo Mera para fotografiar saladas vistas, tomadas del original. He aquí una muestra descriptiva:

«El cielo, que por la mañana ostentaba su espléndido manto de gala, azul con encajes y adornos de transparente gasa blanca, fue poco a poco cubriéndose de uno ceniciento y sombrío; y a eso de las doce daba cada baño de agua helada a los transeúntes rezagados, y hacía retumbar la tierra con horribles truenos, que no había más que ver y oír. ¡Qué aguacerón! Si no parecía sino que las Señoras *Cataratas del Cielo*, encantadas con el buen éxito del *Diluvio*, se hubieran propuesto economizar por larguísimo tiempo sus líquidos caudales, para en aquel memorable día, no ya con el nombre de *Diluvio* sino con el de *Cordonazo de San Francisco*, hacer, siguiendo la moda actual, un simulacro».

Las faenas y costumbres del campo se copian hábilmente en *Serraniegas*. Lo mismo el molino de Pedro, que el matrimonio en el pueblito de San Pascual, son fieles reproducciones. Estas pinceladas lo demuestran:

«Madre e hija vivían en una casa cercana al molino de Pedro, tipo perfecto de las casas de la gente acomodada de nuestros campos: cuyo amplio tejado daba abrigo al corredor, a la troje, la cocina, y la faltriquera, atestada con las camas, una mesa llena de cachivaches, y los baúles con honores de asiento. Delante se extendía el patio, por el que circulaban unas cuantas gallinas presididas por un enorme y barbudo gallo rojo, que se pasaba el día entre llamarlas solícito para tenderles el ala y lanzar al aire, de cuando en cuando, su canto ronco y prolongado, una manada de pavos, que desde la mañana hasta la tarde, marchaban hinchados, lentos, graves, como satisfechos de su problemática hermosura, cuando no bailaban ridículamente encaramados sobre algún terrón, y, además: una partida de patos, que se contoneaban pregonando sin descanso: «paz, paz, paz!», flechando al mismo tiempo la cabezota tatuada de rojo y amarillo».

El argumento eglógico sigue con igual encanto. Después los días de diciembre, las fiestas de Noche Buena, el matrimonio en la aldea, el ordeño, el padrinzago, la procesión del pueblo, entre *voladores*, arcos vistosos, *sogas de truenos*, las cosas de Semana Santa, etc. Por último, no faltan las tristezas de la guerra civil, las refriegas en apartados sitios de sangre y desolación.

He aquí un esbozo, en el que se entrevé la penosa marcha militar y el furor de la pelea:

«La marcha de aquel día fue en extremo fatigosa. El ejército, cansado, casi exhausto de fuerzas, a causa de una serie de marchas forzadas, durante las cuales apenas habían tenido tiempo los soldados para llevarse a la boca el malísimo y escaso rancho, y para descabezar un sueño, tendidos a la intemperie, en las cimas de las cordilleras o en el fondo de algún valle lejano; había ido decayendo de día en día, y en aquél a que nos referimos, apenas si podía avanzar, sin orden alguno, disgregado en fragmentos y pelotones. Algunos soldados, los más débiles o más cansados, se dejaban caer cuando largos eran sobre la arena ardiente, y así se estaban, acesando, cubiertos de sudor y de polvo, medio muertos, hasta que la lluvia de insultos y cintarazos de los despiadados jefes, que iban y venían a caballo, les obligaban a levantarse y seguir adelante. Caminaban lentamente, silenciosos, con paso mal seguro, agobiados bajo el peso del fusil y la mochila.

«En el cielo, de un azul borroso, no había una nube que interceptara los rayos del sol, que brillando en todo su esplendor, no parecía entonces el rey de la creación que fecunda, alienta y vivifica, sino un tirano poderosísimo que se hubiera propuesto abrasarlo y destruirlo todo con torrentes de fuego. En la tierra, nada, ni una brisa que refrescara la atmósfera caldeada y asfixiante; ni un árbol, ni un arbusto siquiera, que proyectaran una sombra a que acogerse, ni una gota de agua que pudieran llevar los infelices soldados a los labios resecos y sedientos, nada. No se veía sino extensos arenales que parecían removerse y ondular, por la reverberación de los rayos solares, en millones de partículas brillantes que herían la vista con sus irradiaciones infinitas.

«Pedro, con la fatigada cabeza caída sobre el pecho, la mochila a la espalda y el fusil en balanza; con la

cara cubierta de polvo, en el que el sudor abría surcos, caminaba silenciosa, lentamente: al fin, rendido, sediento, exhausto de vigor, cayó a plomo, como fulminado por los rayos del sol, y cerró los ojos. Vagamente, como en sueños, su fantasía le trasladó a lugares conocidos, a su aldea, a su molino rodeado de árboles frondosos, acariciado por frescas brisas; le pareció oír el ruido del agua, e instintivamente se incorporó y miró a todos lados; vuelto a la realidad, se dejó caer nuevamente, e inmóvil como un cadáver se estuvo un momento: un momento, no más, porque los cinturazos y desnuestos con que un jefe bárbaro y sin entrañas le castigaba, le obligaron a ponerse de pie y a seguir a sus compañeros, desmazelado, oscilando como un beodo, irreflexivo como un autómatas. Cuando pudo coordinar sus ideas, exclamó de pronto:

«—¿Cobarde yo? ¿sinvergüenza? ¿flojo? . . .—Los insultos de su jefe le habían herido más que los mandobles. Luego pensó en Esperanza, en su abuela, y en lo que dirían al verle en semejante situación, tan barba-
ramente tratado. Los ojos se le llenaron de lágrimas . . .
.....

«Un prolongado toque de corneta se dejó oír a lo lejos. Los grupos de soldados se detuvieron instantáneamente, y todos escucharon con atención y en profundo silencio, mirándose unos a otros, con aire de inquirir algo.

«—¡Atención! ¡oyen? . . .

«Otro toque les puso en movimiento, e hizo exclamar a muchos:

«—¡Reunión! . . . ¡El enemigo!

«Pedro sintió una conmoción en todo el cuerpo, y que la sangre le afluyó al corazón.

«—¡El enemigo!—repitió inconscientemente—¡el enemigo!—y en junta de sus compañeros, avanzó a formar en su división. La corneta seguía sonando con sonos interminentes, vagos, como si tuvieran dificultad de difundirse por la bochornosa y pesada atmósfera. Al mismo tiempo, oficiales y ordenanzas iban y venían, distribuyendo órdenes, increpando a los retrasados y tratando de alentar a todos con enfáticas arengas.

«Pedro estaba intensamente pálido, como todos sus compañeros, y lanzaba inquietas y largas miradas a todos los puntos del horizonte, en el afán de descubrir

al ejército enemigo; y el tiempo pasaba y sólo veía a lo lejos, entre el polvo que las velaba, unas colinas que se escalonaban, tan áridas, al parecer, como la llanura desolada que había atravesado.

“Un nuevo toque de corneta, y el ejército, como un inmenso boia que se despedazara de súbito en multitud de fragmentos, se desplegó en guerrillas, formando una extensa línea de combate. El batallón de Pedro, recibió la orden de detenerse, mientras abanzaban los demás, formando las guerrillas un semicírculo, cuyos extremos se perdían en las primeras estribaciones de las colinas. Avanzaban rápidamente, levantando nubes de polvo.

“Un ruido sordo, como el de un trueno distante, se dejó oír.

“—Se rompieron los fuegos—dijeron unos.

“—*Ya se están dando* los de la vanguardia,—exclamaron otros.

“Las descargas, que al principio se sucedieron con ligeros intervalos, convirtiéronse a poco en un bramido continuado, que, llenando el espacio, iba a morir, repercutiendo, a la distancia. Algunas balas perdidas llegaban hasta la retaguardia: pasaban chirriando, zumbando, como moscardones invisibles, silbando sarcásticamente, como emisarias de la muerte que quisieran burlarse de la vida, y caían aquí, allá, delante, atrás, levantando pequeñas polvaredas que desaparecían para ser reemplazadas por otras y otras.

“Una nueva orden y los de la retaguardia se movieron acompasada y lentamente; luego emprendieron la carrera y, por fin, *entraron en fuego*. Avanzaban pálidos, jadeantes, encorvados, entreabierto la boca, la mirada inquieta: ¡pobre gente automática! muchos de ellos corrían al sacrificio, a la muerte; a la gloria. ninguno.

“Pedro, dominado por tristes presentimientos, que no sintiera otras veces al entrar en los combates, tenía miedo, mucho miedo, y avanzaba con la persuasión de que todos los disparos de los fusiles, todas las descargas, todos los cañonazos, iban dirigidos contra su pecho. Una vaguedad indefinible fue luego apoderándose poco a poco de su mente, y toda noción desapareció de ella. Allá, al extremo de la llanura y en las colinas, se veían muchas filas de copitos de humo, y se

percibían, a veces, aquí y allá sombras vagas que avanzaban, desaparecían, surgían de nuevo y de nuevo se perdían. Pedro se puso a disparar contra los copitos blancos, llevándose maquinalmente el fusil al hombro; y siguiendo el ejemplo de sus compañeros, tan pronto se tendía en el suelo, como avanzaba a la carrera, para volver a tenderse luego. Una lluvia de plomo comenzó a cernerse sobre ellos: las balas, zumbando, dando silbidos, mayando, cha-queando, formando, en fin, con los demás ruidos la orquesta horripilante de la muerte, caían por todas partes y levantaban una densa nube de polvo. Los ayes, los gemidos, las imprecaciones, los gritos angustiosos, comenzaron también a menudear; en torno de Pedro iban cayendo y cayendo sus amigos, sus paisanos, sus compañeros: unos, en el paroxismo del dolor, se retorcían y rebotaban como epilépticos; otros, tirados de pecho, con la cara en el polvo, agonizaban lentamente, raspando la arena con las manos crispadas; cuales temblaban ligeramente, dejando escapar estertores apenas perceptibles; algunos más felices, acostados sobre el brazo desmayado, dormían inertes el último sueño en una charca de sangre que la arena calcinada bebía sedienta. Por todas partes gemidos, gritos desgarradores, peticiones de agua, estertores, suspiros supremos. Parecía que el dolor, la sed, la desesperación, la angustia, la muerte, se hubiesen dado cita en esa planicie desolada y mustia.

—¡Adelante! gritó una voz,—y los sobrevivientes, poseídos de un furor ciego, se lanzaron a escape y comenzaron a tropar por las faldas de una colina con dirección a unos reductos, cercanos ya, y que como el cráter de un volcán en ignición, vomitaban fuego y humo.

—¡Adelante!

“Pedro, sin noción de nada ni de nadie, avanzó con los demás: estaba desfigurado, jadeante, con la boca entreabierta y los ojos inyectados de sangre; llegó al reducto y saltó sobre el parapeto. Un sér conocido surgió entonces ante su vista, de en medio del humo y del polvo, como una aparición fantástica. Después . . . algo candente le golpeó el rostro, y la sombra conocida, el polvo, el humo, la tierra, todo desapareció de súbito, como si el mismo sol hubiese sido extinguido instantaneamente por un sople destructor. Soltó el

fusil, giró rápidamente y cayó de bruces al fondo de una excavación practicada tras del reducto, mientras una voz, llena de angustia y desesperación, le gritaba:

—¡Pedrol! ¡Pedrol!..... ¡Soy yo!..... »

Morar en la altiplanicie andina, comprender su poesía, abismarse en la hermosura de los valles que se dilatán al pie de la abrupta montaña ¡qué encanto para quien ama los esplendores de la serranía!

Eduardo Mera los amó intensamente, con el cariño del nativo de la comarca encerrada entre montañas.

Si los trabajos literarios le hubieran sido más propicios y constantes en la lucha por la existencia, habría publicado la anunciada segunda serie de *Serraniegas*, que afirmó estar en prensa, con «El Profeta», «Carestía y presunción» y «Agua fuerte». La primera comprendió sólo «Angel», «Justos por Pecadores» y «Los Pobres de espíritus».

¿Alcanzó a concluir su proyectada novela «Al pie de los Andes»? ¿Qué suerte corrieron sus artículos humorísticos «Agri dulce»?

¿Quién puede saberlo? Poco escribió, al fin.

La sal está vertiendo en abundancia de estas páginas dibujadas con naturalidad. Deja cuatro cuentos inéditos. Entre otros, recuerdo aquel que es tan subjetivo, en medio del mundo exterior que presenta, por el nombre: «Parientes y trastos viejos». Su novela «Al pie de los Andes», aseguran inspiró al sutil talento de José Rafael Bustamante el borroneo del famoso libro «Para matar el gusano», del que he leído sabrosos capítulos que destacan el espíritu de observación y la egregia personalidad literaria de su autor, exquisito y atildado. ¡Lástima que no conozca toda la obra!

Mantuvo Eduardo Mera correspondencia con altas figuras políticas ecuatorianas como don Miguel Valverde, y conservaba cartas de distinguidos hombres de letras.

Relativamente pronto entró en el misterio pavoroso aquel temperamento siempre juvenil y ático. La elegía, murmurada en voz baja, ni siquiera puede repetir un anhelo de fecundidad por la tarea póstuma, pues fue reducidísima su obra literaria.

Todo ha concluido desde la madrugada fatal. Ya Eduardo Mera, no existe. Lloremos al amigo franco

y leal, agudo y perspicaz que supo captarse voluntades y que, rodeado de buenos camaradas, no amontonó odios; llorémosle, como lo hacen sus alumnos del Colegio Bolívar de Ambato, cuya cátedra de francés, por limitado tiempo servida, queda cubierta de negros crespones, sin el irónico maestro que poblaba de ensueños y amenidades sus bondadosas enseñanzas.

Recuerdos de Cuenca

Es en Quito y en casa del ilustrado Coronel don Angel Isaac Chiriboga, distinguido militar que va a la vanguardia, dando fulgor a la espada, por medio de su consagración a las letras. Ha desempeñado altos cargos, como el de Director de la Academia de Guerra, del Colegio Militar, Subsecretario del Ministerio respectivo, Inspector General del Ejército. Es miembro de varias instituciones, entre ellas la Academia Nacional de Historia. Posee algunas condecoraciones extranjeras. Fundó la revista "El Ejército Nacional".

En Junio de 1927, a su regreso de Cuenca, donde era Jefe de Zona, abrió una exposición, en la calle del mismo nombre, en la que se destacaban valiosas muestras del arte azuayo y de la prehistoria de las comarcas australes ecuatorianas.

El salón está adornado con panoplias y armas. Además está repleto de libros, entre los que se aprecia la extensa bibliografía cuencana.

Esta región se considera de plácemes por el avance de una obra gigantesca, que es uno de los más caros ideales del progreso: su ferrocarril.

Largo tiempo ha permanecido Cuenca encerrada entre sus montañas, viviendo una vida de quietud, de estudio detenido y de labor fecunda. Sin tentaciones bulliciosas ni cosmopolitas, ha alternado entre el intenso misticismo, la poesía religiosa y bucólica y las tareas académicas.

Como un viajero compatriota observaba, merece brillar cual una urbe universitaria. Pero la hora de despertar al ruido mercantil y a los agitaciones del tráfico y del tráfico modernos ha sonado.

Va aproximándose, tanto al corazón de la república como a nuestro puerto principal,—abreviando distancias, gracias a la obra del ferrocarril,—la patria de Solano, Borrero, Cordero y cien talentos eminentes.

Jadeante llega ya la locomotora a Tipococha. Es una jornada abierta al progreso, que irá avanzando sin pérdida de tiempo, hasta coronar la empresa.

Situada en un plano perfecto, Cuenca, la galana ciudad de los jardines, florece en cultura espiritual, fecundando su nimen con variadas creaciones de belleza. Encantadores los panoramas que rodean a la capital aznaya, sorprenden por el cultivo de sus campos y la intensa labor de sus hijos. Es una población laboriosa y rica, que se orna con modernos edificios, sin que por esto deje de ser considerada como centro de la paz. Une a la tranquilidad del paraje, las joyas coloniales, que la mantienen señorial y típica, con su inconfundible aire de prestancia.

Atraído por las galanuras que se hablan de Cuenca, fui a la morada del Coronel don Angel Isaac Chiriboga, recientemente llegado de las provincias australes.

En verdad, quedé gratamente sorprendido al recorrer las muestras elocuentes del arte cuenecano que enriquecen su museo. Es una exposición típica, en la que se admiran las obras en pintura, orfebrería, tallado, la perfección en los tejidos, la alfarería y cuanto la industria ha logrado cimentar en el Aznay, uniendo el buen gusto a la auténtica importancia. De la copiosa cosecha literaria no hay ni qué hablar: Cuenca es una colmena que produce miel para selectos paladares. La gentileza del coronel me hizo recorrer los variados ejemplares que trataré de recordar, siquiera en conjunto.

Allí están los bloques de mármol. Han sido arreglados en forma primorosa. El artista Sarmiento puso su inspiración en las figuras de la blanca piedra del Tarqui: Sucre se destaca en primera línea. Después constan las ilustraciones del Portete de Tarqui, la casa célebre donde se firmó el tratado de Girón, las vistas de Francés—Urco y Verdeloma.

En el trozo de mármol rosado de Mangán se han reproducido a maravilla los escudos de Cuenca y su Universidad. En pulida piedrecita en forma de dado se admira el escudo primitivo de Quito, de 1556. Algunas talladuras de mármol son del Dr. Rafael U García.

Aprecio los blasones de las distinguidas familias Vega y Muñoz. Aquel mármol heráldico lleva la leyenda "Ave Gratia Plena" y los campos de gules donde resaltan las cruces nobiliarias.

Objetos primorosos de mármol se fabrican, como figuras geométricas, boquillas, plegaderas, porta—plumas, adornos de mesa.

Finos y de vivos colores, están ostentando su esmerada factura los tejidos de Gualaceo. La alfarería cuencana ha llegado a destacarse por su agradable presentación. Tazas, teteras, fuentecitas, alcuzas, compoteras y servicio de vajilla son objetos que halagan.

En cinceladuras de oro y plata los artitas azuayos resultan inimitables. Me deleité ante las delicadas obras de Barros y Orellana.

Las hábiles manos de Tello Vásquez han pulido, áureamente, bellos escudos para el pergamino que la Cuarta Zona Militar ha enviado al señor Presidente de la República. Aquellos esmaltes son de suma valía artística. ¡Qué filigranas, qué relucientes anillos, qué esmaltadas mariposillas, qué relevante joyería la de Cuenca!

En 24 horas el artista Aurelio Crespo S., Presidente de la Confederación Obrera del Azuay, buriló en mármol la figura del famoso guerrero y representante de la fortaleza de una raza: Huaina-Cápac.

En labores de paja toquilla—cuyos sombreros son fuente de inagotable bienestar—se me presentaron las más variadas formas y los más industriosos tejidos, como petates, sombreros, sandalias.

Como trabajos de dibujo y pluma, el pergamino presidencial es sorprendente, lo mismo que los motivos que ilustran los títulos del Coronel Chiriboga, merecidamente discernidos, tales como el resistente pliego que la acredita como miembro del Centro de Estudios Históricos, suscrito por la firmas azuayas más ilustres; el de miembro honorario del Centro Colonizador Oriental y el nombramiento de Director de la Junta del Centenario de la Batalla del Portete.

Sería materia larga describir la reliquias incásicas y coloniales y las invalorable armas, prendas históricas traídas por el Coronel Chiriboga, que en 16 de abril de 1919, fundó el Museo Militar, dando al entonces Capitán Mendoza la parte administrativa de ese Centro.

Me despedí del culto Director de la revista «El Ejército Nacional», quien conserva los más armoniosos recuerdos de Cuenca y ha estimado en su valía cuanto brilla su selecta sociedad, engalanada por intelectuales de mérito y familias que, con pureza de líneas, conservan su aire caballeroso y distinguido.

En la segunda visita, me concreto a la prehistoria.

Honda impresión siento ante las evocaciones del pasado. Aquellas viejas reliquias, aquellos pálidos y borrosos documentos, aquellos mudos objetos me emocionan como al contacto de algo que ya no volverá y que conserva la pátina de los siglos.

La arqueología, en presencia de los raros ejemplares que extrae de la tierra, se abisma en cavilaciones y rectifica muchas de sus hipótesis. Cada nuevo hallazgo le da más luz para poder soldar los rotos anillos de la cadena arcaica.

En estos días se ha hablado del arte y de los hallazgos arqueológicos en los pueblos azuayos que tanto interés despiertan. La ciencia arqueológica, a falta de prístinos testimonios castellanos, ha tratado de reconstruir un grandioso pasado que se hunde en la noche de los siglos. Las deducciones del erudito irán a rastrear en fuentes filológicas, examinando este vocablo, descomponiendo aquel término, para deducir algo que ilumine al ayer nebuloso.

Con todo, el Azuay, patria del Emperador Huinacápac, es célebre desde muchos puntos de vista. Abundaron allí las construcciones gigantescas, honor de las fortificaciones guerreras y de las moradas regias. Los restos que se desentierran tienen, por tanto, imponderable valor. Hablando del poderoso hijo y heredero de Túpac-Yupauqui, dice el doctor Pedro Fermín Cervillos: «No se sabe cosa ninguna memorable de lo ocurrido en su largo viaje hasta esta ciudad (Cuenca), donde se detuvo, no sólo por lograr de su belleza y suavidad del clima, mas también movido de ese tierno afecto que todo hombre tiene por su propio techo, pues, como dijimos, había nacido en Tomebamba durante la residencia de su padre en ella. Púsose al punto a construir suntuosos edificios y dar la última mano a los principiados por su padre, y se esmeró principal-

mente en la edificación del palacio de Mullucaneha, cuyas paredes interiores fueron adornadas con embutidos de conchas de coral, y enriquecidas con unas cuantas planchas de oro y de plata trabajadas a martillo. Una estatua de oro muy fino que representaba a Mama-Rava-Oello, la madre del inca, fue colocada en una pequeña estancia casi toda tapizada de oro, y los cañaris fueron los especialmente encargados del servicio de este palacio». Después vienen los magníficos templos, los santuarios ofrecidos al sol, a Pachacámac, al rayo y el exclusivo de los sacrificios. Todos tenían buenas rentas, haciendas, rebaños para la conservación del esplendor del culto. En seguida sus caminos, sus tambos, y el célebre Inga-pirca.

¿Arranca desde allí la tradicional habilidad de los cuencanos para batir el oro y la plata y hacer filigranas que sorprenden?

Como pulieron el granito ¿se sirvieron alguna vez del mármol de sus canteras? Numerosas y aguerridas tribus poblaban las comarcas azuayas. En opinión del inmenso historiador Velasco, eran 25. He aquí que las dificultades del esclarecimiento histórico crecen. Como en el Egipto, habrá que violar sus tumbas. Según el doctor González Suárez, el antiguo Azuay estaba dividido en dos secciones: en la una se fundó el Cañar y en la otra Cuenca.

En Tomebamba habitó el Emperador Atahualpa, consagrado a edificaciones grandiosas, que desataron la furia envidiosa del curaca Urcu-Colla.

Los sangrientos entierros abundan en la rica región. Recuérdese la crueldad de Atahualpa que se entregó a interminables matanzas de cañaris. Las osamentas crecieron como las de Tamerlán. No salvaron ni los niños, ni las vírgenes que se ocupaban en funciones sacras. El rival de Huáscar asoló Tomebamba, por propia confesión. La risueña comarca se transformó, por el azote de la guerra fratricida, en un cementerio. Auqui-Toma fue testigo de feroces combates y alistamiento de tropas.

El doctor González Suárez niega la autoridad de Montesinos, que afirmó que el conquistador de los cañaris fue Huiracocha, abuelo de Huayna-Cápac.

Como la fábula helénica de Deucalión y Pirra, como el relato bíblico de Noé y el Arca, los cañaris rela-

taban la tradición de un diluvio, del que se salvaron sólo dos hermanos, refugiándose en la cumbre del Huay-ñan que significa el camino del llano, que no es otro que el actual Guaraynac.

Profesaban adoración al papagayo, de donde creían descender, al igual que otros pueblos aborígenes, como los mayas de Yucatán.

De aquí que en las tumbas abundaban las guacamayas de oro y barro, de plata y piedra. ¡Qué de tesoros hallados en Yunguilla y en Huapán y en Chordeleg!

He visto unos discos metálicos desenterrados en Narrio, Provincia del Cañar. Pertenecieron al doctor Luis Heredia Crespo, quien los obsequió gentilmente al Coronel Angel Isaac Obiriboga. ¡Qué aplicación daban los aborígenes a aquellos artículos, verdosos por los años? ¿Fueron adornos o materiales bélicos?

Como asiento del Emperador, Tomebamba vestía de gala muchas veces. De aquí los ornamentos metálicos para la frente, para las orejas, para los cinturones. Danzaban, así engalanados, tanto delante de la Luna y los árboles corpulentos, como en presencia de su motarea. «Antes de los Incas, en concepto de Garcilaso, adoraban los Cañaris por principal dios a la Luna y seguramente a los árboles grandes y las piedras que se diferenciaban de las comunes, particularmente si eran jaspeadas, con la doctrina de los Incas adoraban al Sol, al cual hicieron templo y casa de escogidas y muchos palacios para los reyes». El oso, cosa rara, recibió también adoración; una clase de oso, si no mienten las crónicas.

También he tenido en mis manos diversos contadores incaicos de chonta, procedente de la hacienda del doctor Márquez, en las llanuras del Tarqui. Esas largas varillas llevan cortes variados y pulidas incisiones, obedecen a distintos sistemas y convencionalismos.

Esos bastones labrados ¿eran quizá, como alguien ha opinado, una especie de libros de los azuayos, si se ha de aludir al testamento de Huaynacápac referido por Cavello Balboa? ¿O mas bien representaban variantes de quipos o cordeles?

Me habla de extraños procedimientos artísticos aquella auténtica olla cañari, que se diría débil

trasunto de ánfora etrusca. Fue desenterrada en las faldas del Guagualzuma.

Produce espanto oír el ronco y formidable sonido de la quipa, instrumento guerrero de los indios. Hasta ahora lo usan en sus somatenes contra los blancos, los rebeldes moradores de Checa, raza indomable que ha hecho un paréntesis a la civilización en las cercanías de Ouenca. No quiere comunidad con los descendientes de españoles. Viven aislados y recelosos, siempre en són de combate y dispuestos a alistarse y armarse cuando los convoca la estruendosa quipa de lúgubres bramidos.

He examinado uno a modo de tintero antiguo, de piedra, lo mismo que las famosas y tradicionales guacamayas, las hachas de sílex y otros objetos incásicos.

Es curioso un resto paleontológico que me hace sopesar el Coronel Chiriboga. Es un trozo de madera fosilizada de brillante color anaranjado que a primera vista parece un adorno de mesa barnizado.

Remontándome a épocas menos pretéritas, he contemplado un fragmento de sillón de cuero que perteneció a Bolívar, con el lagarto de cedro que aseguran fue de la quinta Huahuachimpana, a donde llegó el Libertador en 1822.

El doctor Octavio Cordero Palacios regaló al Coronel Chiriboga un documento de los tiempos heroicos: el ascenso a General del Coronel Arturo Sandes, suscrito en Lima el 19 de enero de 1825, sexto de la Independencia y 4o. de la República, por Simón Bolívar, Sucre, O'Connor e Infante.

El doctor Alberto Muñoz Vernaza le proporcionó liberalmente el oficio en que se solicita el ascenso del Comandante José María Oórdova a Coronel, por haber libertado todo el Alto Magdalena. Es de fecha 23 de julio de 1820. El doctor Ezequiel Márquez le obsequió la hoja de servicios del Coronel Juan Francisco Carrasco. Estos tesoros autográficos reviven un mundo de leyendas de nuestros mayores que bregaron por su independencia, en cien campos de batalla, de México a la Argentina.

En los de Tarqui se encontraron diversas armas, los fusiles de chispa, los trabucos antiguos y hasta algunas balas.

Conserva una escopeta fundida en Erbar (Vizcaya) en 1816; sables empuñados de la batalla de Porteto y un sable, modelo antiguo en el que se ha grabado «Viva el Gran General Simón Bolívar».

También me he detenido ante los restos de una vetusta silla del cantón Girón, del período en que se lo fundó. Se alcanzan a leer, perfectamente repujados, estos caracteres: «Sede Xirón». Por último, he admirado bellas muestras de la antigua loza de Paute y una diminuta calabaza en la que primorosamente se distinguen 18 clases de animales, en pirograbado.

Subsiste una gráfica muestra de la tiranía de Boves. Un cuadrito secular que representa la cruel escena de hacer cortar la oreja a un muchacho, «para que no gritase».

Impasible, sereno, como el niño griego de la leyenda, resiste el pequeñuelo la tortura, sin dar muestras de dolor. Boves le manda entonces a fusilar, haciéndose esta reflexión: «Si de tiernos años es tan valiente, cuando crezca será un patriota temible».

Por último, al terminar está crónica, el Coronel Chiriboga me muestra el célebre reloj de arena de la Universidad de Cuenca, que marcó la hora en los innumerables grados de doctor de la vieja urbe, llena de tanta prestancia por sus talentos y esplendores.

Habla con mucha elocuencia aquella máquina satirina, aquel instrumentito histórico, responsable callado de la justicia examinadora docente y académica; testigo de la incubación de millares de doctores, que no siempre fueron un bien social y sí a veces una plaga.

Nota. Como casi todas mis crónicas quiteñas, ésta fue publicada en «El Comercio», diario decano de la prensa de Quito. Apareció en tres partes, con los títulos de «El Arte Cuencaño», «Mirada retrospectiva» y «La grandeza de los Cañaris». Llevaba la crónica estas sumillas, antes de ser refundida en la forma que ahora aparece:

Rápida visita a una exposición. — Muestras valiosas del arte Cuencaño. — Diversidad de mármoles. — Finos tallados. — Escondos y blasones. — Los tejidos de Gualaceo. — Alfarería Cuencaña. — Los Orfebres. — Ejemplares en plata y oro. — Pergaminos artísticos. — Quedan para después las reliquias de la antigüedad.

Reliquias del pasado. — Viejos metales. — Contadores incaicos. — La temible quipa. — Una raza rebelde. — Los guacamayos. — Epocas menos protécita. — Autógrafos valiosos. — En los campos de Tarqui. — Armas empuñadas. — Sillones antiguos. — Una calabaza. — La crueldad de Boves. — Un reloj que habla.

Construcciones regias de Tomebamba. — Templos. — Moradas de Emperadores. — La crueldad de Atahualpa. — El culto al papagayo.

He corregido algo; pero, en el fondo, es la misma crónica que apareció sin firma en «El Comercio», como gran parte de estos artículos.

Los bustos de Quito

Ya son algunos los bustos inmortales que ornamentan la vieja y querida ciudad de Quito, que da el aroma de su gratitud a los que honraron a la patria y a la humanidad. Por esto, plasma, en el mármol o en el bronce, lección fecunda para las generaciones, erigiendo monumentos que transparenten gratitud y patriotismo.

En sitio umbroso de la Alameda, la atormentada figura de Dante, con el fresco lauro en las sienes, nos hace pensar en las vicisitudes del poeta divino que añoró tanto a su cara Florencia, como a su dilecta Beatriz, obsesión de su vida. En la amplitud de esos mismos jardines, Mejía y Espejo nos hablan de magnas luchas por la libertad de la tierra ecuatoriana.

En el Parque de Mayo se yergue un sabio alemán que visitó estas comarcas: el excelso Alejandro Humboldt, que llenó con su fama un siglo.

Admira el equilibrio mental, la lozanía del cerebro de algunos genios, a quienes ni la vejez avanzada apaga la hoguera de su espíritu.

Qual nuevo Sófocles, Federico Enrique Alejandro, Barón de Humboldt, comenzó a los ochenta años una obra inmensa, monumental, desafiadora de los siglos. De la serena senectud del ilustre berlinés, cual de nítida fuente juvenil, brotó el *Cosmos*. Pocos mortales pueden legar al orbe entero, en el invierno de la vida, concepciones perdurables que son otros tantos soles, no en el ocaso de la inteligencia, sino cual en mitad de su brillante carrera.

Descendiente de noble prosapia, hermano del poeta, crítico y filólogo Carlos Guillermo, emplea su riqueza, desde su temprana juventud, en educarse y visitar los más lejanos países. Con sed de arte, primero viaja por Alemania e Italia. En 1799, esto es, a los treinta años de edad, viene, en unión de Bompland, a la América del Sur, que la cruza en varias direcciones, por espacio de un lustro.

¡Cómo se abismó su alma en la observación de las

maravillas de la tierra, en el profundo estudio de la naturaleza! Sus infatigables correrías son, de preferencia, por el poco trillado Continente.

Viril y afanoso, va por las alturas de los Andes, sorprende los cuadros de hermosura de nuestras montañas, contempla la sublimidad de los volcanes, profundiza la geología, para dar a la ciencia el tesoro obtenido por su talento, descubriendo así un mundo nuevo en el Nuevo Mundo.

El Ecuador fue teatro privilegiado de sus andanzas y labores científicas. Con pasión de sabio, anduvo por páramos y cordilleras, saludó la majestad del Chimborazo, quedó atónito ante las ciclópeas fraguas del Cotopaxi y Tungurahua, se hundió en el océano de la vegetación tropical, soñó con los maravillosos eropúsculos ecuatoriales. Quito le tuvo en su seno y fue testigo de la sana alegría y el entusiasmo juvenil del extraordinario alemán, que se diría hijo de la enciclopedia. Elevaba en su cabeza todo el saber de un siglo. Columbró nuevos horizontes, con la sagacidad y paciencia del naturalista. Con razón se le ha llamado el Aristóteles moderno. Su *Cosmos* es uno de los prodigios del humano intelecto.

No contento con el cúmulo de conocimientos que poseía, estudió química en París, escuchando las lecciones de Gay-Lussac.

En 1829, le atrajeron otras exóticas regiones, y partióse al Asia.

Sus obras colosales versan acerca de infinitud de materias: ya cuadros de la naturaleza, ya análisis químicos de la atmósfera, ya viajes por América, ya impresiones y el examen del ascenso a sus monumentos, ya geología y anatomía comparadas, ya observaciones astronómicas, trigonométricas, geográficas, botánicas, barométricas, ya estudios isotérmicos, y doctrina volcánica, etc.

La olímpica cumbre del saber abatióse nonagenaria, legando a su patria y al universo la consagración pasmosa de su trabajo condensada en volúmenes luminosos.

A más de medio siglo de su fallecimiento, se levanta, desde el 7 de diciembre de 1924, como cálido homenaje de la respetable colonia alemana, el majes-

tuoso y artístico busto de Humboldt en uno de los parques más hermosos de Quito.

Allí está, sereno como un dios de la Grecia, contemplando, con los ojos de la inmortalidad, las elevadas cimas donde puso sus plantas.

Su figura es el símbolo de la grandeza americana cantada por el Homero de la ciencia.

Por su radiosa fisonomía parece que juguetea la bondad inefable del genio, cual si la virtud del generoso corazón y el mérito de la equilibrada inteligencia, despuntaran en un alba cautivadora, que es la ecuanimidad divina de los sabios.

* * *

El apóstol de la humanidad, el benefactor Pasteur, sonríe con bondad entre las flores del nuevo Hospital, como nuncio de bienes y consuelos.

El talento, puesto al servicio del bien, suele brillar más que en los otros géneros de actividad, en los que también se rinde culto a la belleza. ¿Qué acción más sublime que remediar los dolores humanos, secando sus lágrimas y acallando sus angustias? Probar con obras que, cual de claro manantial, emanan de la ciencia, que es posible fecundar a muchos corazones, nobilísima demostración es que deja expeditos los escalones de la inmortalidad, por donde ha de subir quien así procede. Probar que el irónico rey de lo creado no siempre es lobo para sus hermanos ¿qué lección más altruista y saludable?

La ciencia, estimulada por la bondad del espíritu, se sumerge en el piélago de lo infinitamente pequeño, estudia la virulencia de los microbios, recorre las patóticas salas de los hospitales, inquiere afanosa el bálsamo para las desconocidas afecciones, analiza los raros y flageladores morbos, restablece a los agonizantes, víctima de males que parecían incurables. Del prodigio de la vida diminuta, de las batallas de los fagocitos, del golpe alevoso de las bacterias, deduce inesperadas resurrecciones para los organismos débiles. Lo que ejecuta con los racionales, prodigándoles sueros maravillosos, vacunas admirables, pone en práctica ¡oh, pasmo de la caridad! con los seres que no pueden hablar ni precisar sus tormentos. Los brutos se salvan de la mar-

firzadora y cierta muerte que les va minando. Atendidos así hombres y bestias, producen, trabajan, multiplican sus faenas. La riqueza nacional, fruto de la salud y del movimiento fecundo, centuplica su reparto, llevando el bienestar a los hogares y a las razas.

Pasteur operó milagros como los ligeramente apuntados. Fue una excelsa figura consagrada al mejoramiento humano. Se alza en los altares de la virtud, en los atrios de la ciencia, a la entrada de los laboratorios, en los jardines de los hospitales, como médico auténtico, cual químico profundo, como bacteriólogo infatigable. De nada serviría el título académico si no fueran con él beneficiados nuestros semejantes. Paster no fue médico de diploma: el doctorado no le dió una simple universidad sino el mundo. Si la tierra se inclina y le bendice, ¿qué comprobante mejor, qué título mas luminoso, qué pedestal mayor para su gloria?

En el primer centenario del nacimiento de este varón bueno y sabio, la humanidad se estremeció al impulso de la emoción y la gratitud. ¡Cuán rara es la siembra del reconocimiento!

El ilustre hijo de Dote, con su consagración genial, derramó sobre el orbe la vivificante lluvia de la ciencia, sana, triunfal, ubérrima. Su vida ejemplar y sencilla se desliza modesta por los campos de la experimentación.

Cautiva su naturalidad, ajena a las arrogancias, a las vanidosas simulaciones, a las precocidades enfermizas y de prestidigitación y a cuántas fábulas suele inventar la soberbia de los pobres de espíritu que anhelan aparecer desde la cuna como genios.

¿Qué melodías son aquéllas que sacuden de entusiasmo? ¿Quién interpreta con tanto primor fantasías de Mozart, gavotas y fugas de Bach, sonatas de Beethoven, fragmentos de Schumann, Chopín, Debussy? ¿Qué mago del piano está transformando al *Plegel* en instrumento cólico? Es el chiquillo de siete años, Pedro Mazzini, nacido en el departamento del Ródano, en Charbonnières, hijo «de un periodista conocido en París y de la eminente cantante O. Benassi».

Nada prometió de niño Luis Pasteur, descendiente de los honrados ciudadanos franceses Juan José Pasteur curtidor de pieles, y Juana E. Roqui, madre hacendosa, diligente, pequeña, activa y sagaz.

¿Qué armonías estaban sonando en su alma, sin que sus ecos se propagasen todavía cuando empezó a cursar en la escuelita de Arbois, pintoresco y reducido lugar?

¿Se despertó la temprana vocación por las melodías de la ciencia desde cuando pescaba a orillas del Ouisance, o corría por las llanuras de Planches?

Cuentan que en la vieja casa de familia de la poética y hoy célebre ciudad del valle de Mesnay-Arbois, todavía se alcanza a leer, en caracteres casi borrados por el tiempo, este letrero que engrandece más a Pasteur: «Fábrica de curtidos».

La aspiración de su padre cifrábase en que el pequeño Pasteur fuese algún día profesor en el Instituto de Arbois.

Mas, un consejo, que era la iluminación del porvenir, inclinó a su progenitor a enviarle a París. ¿Qué ideas bulleron por la mente del niño en su melancólico viaje hacia comarcas desconocidas, lejos de los suyos, con la honda *nostalgia del terruño* y la preocupación del insospechado ambiente? Todas estas impresiones eran superiores a sus fuerzas. Débil, consumido, regresó en busca de salud a su querido Arbois. La aurora de los quince años despuntaba.

Ya bachiller en letras, le vemos empleado en el Instituto Real de Besanzón, con un sueldo mísero de 24 francos.

En 1842, se graduaba de bachiller en ciencias.

El sarcasmo de la pedagogía le honró con «la nota de mediano en química».

Reconfortando su voluntad, disciplina a esta fuerza, dando normas a la juventud. Su alma férreamente honrada le obligó a prepararse un año más antes de entrar en la Escuela Normal, en donde se reveló su vocación para la ciencia. De allí arranca su primer descubrimiento acerca de la disimetría molecular.

¿Para qué seguirle en su senda de observaciones por el Colegio de Francia, las facultades de Estrasburgo y Lille, la Escuela Normal de París que administró en 1857, el laboratorio de la calle de Ulm, la Academia de Ciencias donde resonó su palabra experimental, sus labores asombrosas en la grana de Pouilly-le-Fort, el Instituto Pasteur y la Sorbona?

Demasiado conocida es la biografía, llena de enseñanzas, del sabio bactericida, del inventor de la vacuna

del carbunco, del vencedor de la rabia, del genio de los fermentos y levaduras.

Fue combatido rudamente: tuvo enemigos y envidiosos.

No podían faltar estas espinas en la corona fulgurante del humanitario Pasteur. Triunfó su virtud, triunfó su constancia, triunfó su experiencia, triunfó la fe de sus conocimientos. Ante la realidad meridiana, como ante el sol, todos se inclinaron.

Ya se levanta su busto radioso, entre flores, en el Nuevo Hospital, como un centinela de la ciencia y un amable maestro que está diciendo a todos que la propaganda del bien nunca debe cesar; jamás, porque donde existen dolencias e infortunios, no hay derecho a la alegría, si no se agotan los medios para remediarlos.

* * *

En el extremo oriental de la carrera Rocafuerte, sitio de añejas tradiciones, el Municipio quiteño ha querido perpetuar la memoria de José Mejía Lequerica, sobre una secular columna de granito, que en otra época se elevaba en ese mismo silencioso sitio que contempla las profundidades del Machángara y los verdosos pliegues del Censo y Santa Rosa.

Ha sido una obra de reparación la del Concejo de 1927, recordando que antaño nuestros mayores habían erigido en la típica MAMAOUCHARA un monumento al defensor de la libertad de Imprenta en las Cortes de Oádiz. El arcaico busto de piedra fue derribado por la acción del tiempo y las veleidades de la fortuna, acaso por falta de prédica cívica entre el pueblo o por las conmociones intestinas.

Ya ha sido repuesto por el patriotismo de la Municipalidad de Quito.

Fundido en bronce por el artista Manuel María Ayala, se destaca, juvenil y airoso, con la expresión de la energía en su semblante y la llama del talento relampagueante en sus ojos. Los labios parece que van a desplegarse para lanzar una de sus oraciones persuasivas en bien de la América, en favor de la emancipación del pensamiento y de la conciencia y en contra del férreo tribunal que los ató, inquiriendo hasta los recónditos secretos del alma. La Inquisición cayó para

siempre, derrotada en España por el verbo de Mejía, batallador e inagotable, como es combativa la idea y magna la conciencia, fuerzas irreductibles.

Armonioso en conjunto, esplende simpatía, porque es cautivante el rostro del lozano tribuno, emblema de los frescores primaverales de la ciudad que fue su cuna.

De su radiosa cabeza de rizados bucles parece como que cayera una cascada de imágenes que engalanaban su oratoria parlamentaria, asombro, no sólo de la urbe gaditana y orgullo de los países del Nuevo Mundo, sino de toda la Península.

Los quiteños que paseen por la plazoleta final de la calle Rocafuerte, alzarán sus miradas cariñosas para saludar al ilustre compatriota que sacrificó sus años juveniles por la santa causa americana y halló temprana muerte a causa de las agitaciones de la lid y el abrumador trabajo que se impuso, que no le dieron punto de reposo ni campo para huir del flajelo de la fiebre amarilla que había invadido el memorable puerto entrañable para Oastelar.

Lección gráfica para los quiteños, el busto de Mejía, que se inauguró el inolvidable 24 de Mayo de 1927. Es perenne testimonio de agradecimiento al rival de Argüello; agradecimiento del pueblo. Lo han exteriorizado sus representantes, por las manos del arte y del civismo.

"Romanza de las horas"

Por Ernesto Noboa Caamaño

¿Qué es poesía? La eternal pregunta en vano es pera respuesta categórica. Sentimos la poesía, la intuimos, sin darnos del todo cuenta en qué consiste. A veces, la adivinamos; hallamos una explicación caprichosa que no ha de satisfacer a la plenitud de nuestros razonamientos.

—Es belleza, es belleza, suele repetirse con entusiasmo.

¿Pero qué es la belleza?—Poesía eres tú, contestó a su amada, Bécquer, ante la interrogación inefable. De mostración gráfica....

Lo que los psicólogos llaman fuerza psíquica, tornándola del cosmos universal, es débil ante otras vibraciones fluidicas que no acertamos a comprender. Este yo pensante y superviviente, compuesto o mejor engalanado con los atributos del intelecto, el sentimiento, la voluntad y el poder, se anonada ante los demás misterios del espíritu, como los de orden estético. ¿Qué influencia vincula al pavoroso perispíritu con la recóndita hermosura, fuerza psíquica que tal vez se cohesiona con desconocidas potencialidades? Al intentar entreabrir la puerta del misterio, el fantasma de la incoherencia, o el de la locura, o el de la tontería, nos aguarda en la sombra, para empujarnos al despropósito filosófico, a la hipótesis absurda, al febril disparatorio, como el que beborrotea un álcali.

Dejemos sin ahondar el problema de la poesía: contentémonos con tenerla muy cerca, como el vato a su Musa.

Si al abrir el libro de nuestras preferencias sentimos como que se ilumina el alma: que entra la aurora de la belleza y la inunda de luz; que acuden las silenciosas lágrimas, en una como teoría de inexplicables dulzuras, lo que leemos es poesía auténtica, que interpreta un mismo estado de conciencia. Sinceridad es prenda preciosa en arte. Saberla comunicar a los demás, he aquí un secreto triunfal del poeta que franquea las puertas del misterio y del sentimiento. Lloramos, porque el autor ha llorado antes, fiel al consejo horaciano. Tal me ha sucedido al penetrar, con religioso deleite espiritual, en los embalsamados jardines de Ernesto Noboa Caamaño a entonar, *sotto voce*, LA ROMANZA DE LAS HORAS. Es el poeta emotivo del amor y de la naturaleza. Amor melífluo, con dejo de nostalgia; amor sugerente y sediento de melancolía; tenue naturaleza de crepúsculo vespertino, de paisaje otoñal, alientan aquellas páginas que vivió, que sufrió, que brotaron de sus propio ser, espontánea, sencillamente. Su rendimiento caballeresco supo imprimir aire de hidalguía a su amor martirizado. *Madrigalica* con extremada delicadeza, como en pos de la presentida que huye para siempre. Su moderno espíritu elegíaco no es

calcado en las viejas turquesas que deploran desastres colectivos, catástrofes o desgracias personales, es tereotipados. Otras son sus desdichas íntimas.

Alguna sugestiva ocasión, al ritmar las horas de su existir, se acordó del buen viejo Anacreonte, que tan fáciles motivos buriló, fáciles y frívolos, porque a veces resultan los más difíciles de la vida:

*Terrible cosa es no amar,
y amar es terrible cosa,
y más terrible que todo
amar sin que correspondan,*

La cita primera, el abandonado jardín, el murmurar de la fuente, la caricia de mano cálida y sedosa, el recuerdo repentino de que las rosas van custodiadas de espinas, de que las flores exhalan aroma venenoso, ¡qué hondas remembranzas! ¡Cómo en el placer, cómo en el humano idilio, el hastío, el olvido, el desencanto, concluyen por aprisionarnos! ¿Qué nos queda? Aturdidos.

*Vivir de lo pasado
por desprecio al presente,
mirar hacia lo futuro
con un hondo terror,
sentirse envenenado,
sentirse indiferente
ante el mal de la vida
y ante el bien del amor.*

Ir después caminando «sobre un yermo de abrojos mordidos por el áspid de la desilusión», para terminar angustiosamente en la inconsciencia.

¿Qué filosofía en las desesperadas interrogaciones que el corazón formula a la que fué, que aún cuando exista todavía, no es ya lo mismo que un momento antes? No en vano macabramente danzan las horas.

*¿Por qué tienen los besos espinas?
¿Por qué ocultan ponzoñas las flores,
y el veneno las bocas divinas
y la hiel los más dulces amores?*

¿La terminante respuesta?—El mutismo y el llanto.

Cuenta la leyenda que los cisnes del Eurotas consagrados a las musas gozaban, antes de expirar, de una visión del Olimpo. Tal acontece a los poetas de apolínea cepa, a los de verdadera inspiración como No-
boa Oaamaño. Para probarlo, bastaría este pasaje:

*Para calmar las horas graves
del cubulario del corazón,
tengo tus tristes manos suaves
que se posan como dos aves
sobre la cruz de mi aflicción,*

*Para olvidar las horas tristes
de mi callada soledad,
me basta . . . saber que tú existes!
y me acompañas y me asistes
y me infundes serenidad.*

En esta intensa composición, el poeta pone una declaratoria suprema: «A mi madre» ¿No es para leer de rodillas, como en devoto encologio, tan ingenua oración, en la que el espíritu parece como que se anonada de sinceridad y de ternura? ¿Qué angustia del minuto puede prevalecer ante la filial plegaria subjetiva? ¡Me basta saber que tú existes! Es la síntesis más angustia, en encasillada frase comprimida; comprimida llanamente, sin epítetos ni hipérboles. Chateaubriand, de buen grado, le habría rendido el homenaje de esta acentuación: «Los poetas encontraron progresivamente, siempre ocultando y eligiendo, suprimiendo o añadiendo, formas que, si no eran ya naturales, eran más perfectas que la Naturaleza. Los artistas denominaron a estas formas el bello ideal. Este pueblo, por lo tanto, definió así: *El arte de elegir y ocultar*».

Como decir la rápida impresión ante cada uno de los compases de la ROMANZA DE LAS HORAS fue: ya alargar la armonía, la abrevio, citando sólo un soneto; el que traduce, de modo sublime, la *Evocación vespertal*, la hipertestesia del minuto, el ansia de lo desconocido.

*Hay tardes en las que uno deseearía
embarcarse y partir sin rumbo cierto,
y, silenciosamente, de algún puerto,
irse alejando mientras muere el día;*

*Emprender una larga travesía
y perderse después en un desierto
y misterioso mar, no descubierto
por ningún navegante todavía*

*Aunque uno sepa que hasta los remotos
confines de los piélagos ignotos
le seguirá el cortejo de sus penas,*

*Y que, al desvanecerse el espejismo,
desde las glaucas hondas del abismo,
le tentarán las últimas sirenas.*

El laureado poeta Aurelio Martínez Mutis, el de *La Epopeya del Cóndor*, cantó el sacudimiento nervioso que le produjo esta obra de arte, que reproduce estados de ánimo que todos, acuitados y felices, sintieran en la hora de la melancolía, de las lejanas sandades, del abrumador cansancio, del esplín sombrío, del negro despecho quizá, que se desespera por huir de sus penas, que no quieren abandonarle nunca.

El millonario Wladimiro Noronsoff, conversando con sus facultativos, asiente en estos términos: «Así es doctor; hay días que quisiera irme lejos, muy lejos, por el mar, y no volver nunca; otras veces quisiera que todos los hombres fuesen mis esclavos, todos, hombres y mujeres, para hacerles girar como trompos azotados por mis deseos. Y hay días, en fin, en que me apiado de todo el mundo y siento piedad de mí mismo, y quisiera dar mi fortuna a los pobres, despojarme, ser miserable y sufrir. En esos días me siento capaz de morir por los demás; pero hay otros en que quisiera matar a todo el mundo y matarme yo con muerte horrible, y llenar la tierra de terror» (1).

(1) «El vicio errante», por Juan Lorrain, pág. 302.—París.—Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas.

Cual más, cual menos, víctima de la neurastenia, ha reprimido estas torturas, anhelos y violencias que lo impulsan a recorrer la gama de las voliciones, agotado y esplénico, sin saber a punto fijo qué quiere ni a dónde irá a parar, en el mar tenebroso de sus desesperanzas, y seguido fatalmente del «Cortejo de sus penas».

Cada poesía de Noboa Caamaño incita al comentario, pues donde se abra el minúsculo libro, se comprueba que, como de un cofre de sándalo, se desprende el perfume suave de la belleza y del sentimiento.

Ofrecí transcribir un soneto únicamente, y por poco no copio otros muy diáfanos, sin complicaciones métricas ni verbales, como *Gravis dum suavis*, optación generosa, ansia de mejora anímica, que nos redime «del pensamiento bajo y el sentimiento impuro», o como *Never More*, sutilmente fatalista, que nos aproxima a lo que no tiene remedio, a lo que pudo ser y no fue, a la presentida que llega demasiado tarde; como *El dolor de la ausencia* que convida a las lágrimas, que oprime de nostalgia, que abrumba de tristeza ante el recuerdo querido y la crucifixión del tiempo; como *La Divina Comedia*, refrescador de la eterna lucha entre la cabeza y el corazón, farsa de todos los días, angustiada a veces por la duda; como *Biblica*, etopeya materializada, seductora pintura que nos transporta al ardiente pueblo de Magdala....

¿Cómo no reproducir *Vox Clamans*, *Cómo podré curarte*, *En la tarde del sol?*....

La tentación es irresistible. Cierro más bien el claro libro de la ROMANZA DE LAS HOEAS, para todos comprensible, ajeno al *dumeta poetarum*. Su inquietante y sencilla música queda sonando en lo más profundo de mi espíritu....

El Laúd en el Valle

El arte, aspiración infinita de perfeccionamiento, desgrana—como fructífera semilla—las perlas de belleza a lo largo del camino de la vida; unas caen muy hondo, en el mar del olvido; otras, en buena tierra; son

cultivadas con esmero y se ostentan brillantes. Lo que hoy nos parece sublime, mañana nos parecerá infantil. Natural es que las flores más vistosas se marchiten. Nuevos arquetipos de hermosura reemplazarán a las viejas imperfecciones. El ideal es inagotable, como la sed de un eterno peregrino del desierto. A veces, en el antiguo, apreciamos el avance sobre el medio, el esfuerzo personal, por más que el perfume haya desaparecido. Los cánones del arte se sirven cada día de flamantes elementos. De esta manera, la potencia criadora es inmanente, *indefinitiva*. Los que más se acercan a la meta están refrescando este apotegma: *Simplex sigillum veri*.

¿Llevará tal sello de verdad la estrofa sencilla y cultural, quieta y sentida a la par, que nos deja en la vaga penumbra de la tristeza, que en el corazón está clavando sus alfileres sutiles?

«La alegría que sientes es la alegría mía
Y las tristezas mías en tí son tan frecuentes,
Que el estribillo eterno de mi melancolía.
Es ver que estamos juntos y estamos siempre ausentes».

Habló el poeta y dió forma simplista a su psicología, que está enlutando el afecto y entristeciendo el espíritu, al saturarla de acidez heiniana que nos traslada al mundo del subjetivismo doloroso, en el que el eterno ritmo de la melancolía «es ver que estamos juntos y estamos siempre ausentes»....

—Por un pañado de exquisitos versos, en los que el sentimiento se hermana con el arte, perdonaría rarezas y refinamientos, ausencia de naturalidad y caprichosas rebuscas de algunos gimnastas de la rima, me dice un recóndito esteta que ojea *El Laúd en el Valle*.

—A propósito, saborea este soneto *mellitissimus*, vianda para los paladares de refinado gusto, le insinuo.

«Por el campo evangélico se extiende
La pálida dulzura vespertina,
Y he querido pasear por la colina
Con una alma que me ama y me comprende.

Al mirar el lucero que se enciende
Místicamente puro en la neblina,
He pensado en la gracia matutina
Que en los ojos del niño nos sorprende.

Líricas pastorales de otro día,
Cuando volver el Buen Pastor fingía
Con algún corderillo en orfandad!

Hoy, extasiado en su divina calma,
He venido a sentir la soledad
Del corazón en la orfandad del alma!»

—Vuelve a leer, porque es bellissimo y me ha sumido en inefable arrobamiento, como un atardecer místico en el que todas las cosas se pusieran en oración para secundar la alegría de la naturaleza.

—Lentamente repito la lectura, marcando la distinción de las imágenes, como aquella del lucero vespertino que se enciende en la neblina, y la «gracia matutina que en los ojos del niño nos sorprende».

—Hojeando el opósculo, encuentro esta selecta manera de expresión, anota mi amigo.

—¿Cuál? ¿La de otro soneto? Quizá el intitulado *Tu Cabellera?*

—Si el mismo. Escucha.

«Tu cabellera tiene más años que mi pena,
Pero sus ondas negras aún no han hecho espuma! . . .
Y tu mirada es buena para quitar la bruma
Y tu palabra es música que al corazón serena».

Y pensamos en una espiritual madona, de apacible «blancura de camelias», de sello de bondad en su semblante, en piadosa actitud, a la que bendecirla no nos basta. La palabra sincera sólo eugasta, en su pecho de inquietantes joyas, la virtud, el talento culminante de quien nos perfuma hasta con la magia de su nombre.

«Tienes una apacible blancura de camelia,
Ese color tan tuyo que me recuerda a Ofelia,
La princesa romántica en el poema inglés».

El suave madrigal continúa. La fantasía murmura frases acariciadoras. Acaso nos incita, nos convida al canto, y agregamos: admiran tus encantos infinitos; se alaban tus morales perfecciones. ¡Un mundo en tí de idealidad se encierra! ¡Invocamos la magia de la poesía!

El poeta, desde la soledad de su renombre, envuelto en vivos lampos, sube del genio en pos, enamorado siempre del arte, visionario siempre: olvidando a veces que es mísero hombre, a la región etérea se encumbra como un dios proteico. En alas de su numen, visita las esferas, oyendo melodías de un mundo suprarreal; concibe ingentes cosas y sueña con delicias, cantando conmovido historias sugerentes, idilios y poemas de amor inefable. A veces, también penetra en el dolor humano, baja a empaparse en la hiel de la realidad y nos describe todo su amargor, el drama femenino que en *Malvaloca* los hermanos Quinteros esbozaron con esta frase apuñaleadora: «Una cara bonita y una cabeza loca en una casa en donde hay hambre». ¡Qué embrujamientos los del bardo! . . .

—No conozco a Humberto Fierro, digo al inteligente joven que me presenta, en su nombre, *El Laúd en el Valle*, nítidamente impreso y con sedosa pasta, que seduce y halaga.

—Fierro es, como ahora se dice, *un silencioso*, dando al artículo indefinido *un* el valor determinado y concreto de lo enfático e insustituible, me contesta su compañero de labores. Su opúsculo de 68 páginas—el primero que publica—fué concebido ya en la soledad de Miraflores, amena hacienda de su propiedad en el fértil valle de Cayambe, ya en la de Pesillo que arrendaban sus connotados. Empezó a escribir adolescente: a los 17 años. La mayor parte de las poesías de *El Laúd en el Valle* son conocidas desde 1910, como por ejemplo *Sueño de Arte*.

—¿Aquella composición que empieza «Blanca estela dejaba el cisne blanco?»

—La misma.

—Noto en él que se aleja de la sobriedad de palabras de otras composiciones. ¿No le parece que sobra algo en este endecasílabo: «de repente salté muy sorprendido?» Pero son insignificancias. Continué ha-

blando del autor y del momento psicológico de su numen.

—Solía pasear a media noche por aquellas dilatadas dehesas, contemplando el estrellado cielo y tal vez conversando con “nuestra señora la luna”. Otras, acostumbraba internarse por “la avenida de espesas acacias”, en tanto que el astro de la noche vertiendo estaba “su color de lágrima” sobre la dormida tierra. Fierro es de temperamento retraído, tímido, hermético. No gusta del vanidoso bullicio ni de los atambores sociales. Frisa en los 30 años, y puede ya decir con Núñez de Arce que si no tiene blancos los cabellos su alma está fría y desencantada:

—¿Conserva otros poemas inéditos?

—Un segundo librito “Velada Sentimental”, corto, selecto. Probablemente trazará algo más con el título de “Estrella Vagabunda”

—En medio de la aristocracia de su rima y del corte moderno, respeta las prescripciones métricas y acoge lo que despectivamente han dado en llamar viejos moldes. Se ha ceñido con amor a los antiguos ritmos y recorre a los líricos españoles del siglo XVI. Como ellos, no ha olvidado a su Glori, ni a la mitología, ni al Dante. A veces, como en el añojo período, ensaya las composiciones monorrítmicas, como un *Romance de Cacería*, que resulta un tanto monótono, sobre todo por el repetido sonsonete del pretérito imperfecto de los verbos de la conjugación segunda y tercera, por más que el dejo arcaico y sencillo nos esboce una dulce añoranza medioeval.

En la calma de la hora, prosigue la charla sobre motivos de arte hispanoamericano, sin olvidar a la rebelde juventud que consume cien antojos literarios, en ansia siempre de lo original y nuevo.

En el autorretrato con que el lápiz de Fierro ha ilustrado *El laúd en el Valle*, aparece el poeta huraño y neurótico, sano de cuerpo y enfermo del alma, con un *ricтус* de temprana desilusión desconcertante, desdeñadora de los sonos fuertes y los versos rotundos de combate. Con ojos de convaleciente, como expresa en *La Tarde Muerta*, concibe sus desolaciones bajo sus canas infantiles.

La remembranza de la adolescencia, muerta para siempre, nos sume en la nostalgia, “con lejanías de en-

sueño y algún dolor de campanas" que adormecen el espíritu, "como una triste cantata". Inclínamos la cabeza resignados. El silencio es solemne. Palpamos que, sombría, viene otra vez la enemiga mortal de la quietud—la duda—a mancillar con sus melancolías las costas azules de la juventud del poeta. Entrando en su jardín interior, imaginamos que musita quedamente con su encogimiento característico: quiero vivir en paz, quiero que suave me abrigue el sueño bajo su ala cándida; quiero volar tranquilo como el ave de áureo plumón por la región ideal, que es como un tul desvanecido. No me mate la pena becqueriana, ni, como Hiene, me ría de mi propio dolor. El desesperanzado recuerdo no marchite las rosas rojas del amor, que convidando están, como las mañanas quietas y el brujuleante encanto de unas pupilas, a «pensar en el valle primaveral del Edén».

El ensueño termina, como suspiro de agreste caramillo que muriera a la distancia. Después del arte acústico, nos hacen falta el himno de la lucha, el salmo del esfuerzo, que nos conforten, dando tregua a tanto afeminamiento verbal y preciosismo.

Si, en horas de tormenta, miramos que en el fango político naufraga la virtud cívica; que el mérito es odiado, allí donde la estrechez de concepto y los férros cenáculos se amurallan, en el egoísmo y la transgresión de la justicia, a recitar la letanía recíproca de la lisonja; si la ingratitud social y la intransigencia se sientan en curul de honor; si palpamos que triunfa la ruindad o la vileza derrochadora de intrigas y dinero, en tanto que son víctimas de la preterición tantos, tantos que en la patria encendieron ideales como soles, nos tienta el indignado impulso de abandonar el laúd de argento, la flauta de ónix, la siringa pastoril, la lira apolínea, la mandolina juglaresca, por la épica trompa que llame a la batalla de la dignidad, para aliviar a la mártir nacional, a la *mater perperdita fictu*.

Educación Moral y Adiestramiento Táctico

Con atenta esquila de su autor, el laborioso Mayor Francisco A. Villaviceucio, he tenido el agrado de

recibir su voluminoso ensayo sobre la conscripción de las tropas en general y su educación moral y adiestramiento táctico. Antes de dar una idea de este extenso y prolijo trabajo, expresaré, muy sinceramente, que me encanta que los hijos de Marte se dediquen a tareas científicas y morales, tendientes a educar a la tropa y perfeccionar su disciplina, sobre sólida base ética.

El mayor Villavicencio, con recomendable constancia, ha trabajado largos años, quizá más de un lustro, en el arreglo de su obra, poniendo a prueba su salud que con la fatiga vino a resentirse un tanto.

Consta de tres gruesos tomos o partes, en los que, además de asuntos de técnica militar, esboza una muy útil psicología del mando y subordinación, uniendo abundantes consejos de carácter didáctico, no sólo para los soldados raso, sino para el Ejército en general.

Se ha constituido en maestro amable: procura que en el cuartel se enseñe a leer a los analfabetos, se les proporcione los rudimentos más indispensables para la vida, sin omitir algunas nociones gramaticales. En materia de civismo, se eleva el corazón de la tropa con nobles sugerencias, encaminadas a sembrar el espíritu de sacrificio, la idea del honor y cuanto afianza la subordinación ejemplar, base de social armonía.

He recordado las saludables páginas de Edmundo de Amicis, que hacen dulce la vida militar, al leer los capítulos del Mayor Villavicencio acerca de la bandera nacional, de la necesidad de arrancar el egoísmo, tempestad que todo lo destroza en el campo militar, de las esperanzas del camino profesional, etc.

«¿Qué es la bandera?, pregunta. Es un jirón de infinito, si por lo inmortal, si por lo bella. Es un símbolo genial con el supremo poder de llevar en sus pliegues las majestades de la Historia; la enorme palpitación del heroísmo, y los caudales de gloria acumulados en los horizontes patrios, por esos Capitanes cuya magna hazaña escribe y escribirá siempre un poema olímpico sobre la altísima roca del orgullo nacional».

En el tomo tercero se continúa el adiestramiento táctico de los conscriptos y su educación moral desde el sexto mes de aprendizaje, señalando la mejor manera de aprovechar las tardes y las noches, ordenada y

metódicamente, en trabajos serios y fructíferos, en el terreno y en el cuartel, tanto teóricos, como prácticos.

Habla de la enorme responsabilidad profesional y de la vocación guerrera.

He aquí la ideal semblanza del ciudadano armado: «El soldado ecuatoriano, nos ha hecho pensar siempre en el Boer, tan citado por el Coronel Villebois Mareuil, como un perfecto modelo de grandeza moral. Nuestro soldado—vosotros oficiales del Ejército lo habéis visto—, es sufrido, paciente, capaz; dotado de tal abnegación que, sin necesidad de cultivo, le hace soportar todo género de privaciones: atraviesa los páramos más inclementes, con vestidos delgados, con un calzado impropio; llevando el peso de su mochila y armamento al través de grandes jornadas durante muchos días, con parte de sus noches, y no se merma en nada su lealtad, su anhelo por encontrar comodidad para sus superiores; insensible al frío, al hambre y al cansancio; con una eterna sonrisa de buen humor, cual vivo reflejo de bravura, o la generosidad con que sabe caer atra-vesado por un proyectil».

La pintura es bella; mas, cómo no me ciega la vanidad nacional, murmuro, con la mano en el pecho, que tiene mucho de optimista. Para probar lo contrario, bastaría con abrir las tumultuosas y cruentas crónicas que nos relatan cosas que mejor es no meneallo, relativas a nuestras guerras intestinas.

Sembremos todos en el alma del soldado, en el alma del ciudadano, el amor a la severa disciplina. Somos ingobernables y partidarios del desorden y la holgazanería; males nacionales agravados por la falta de carácter, la enfermedad endémica del pueblo en que vivimos, que decía un férreo gobernante, doliéndose de miserias y servilismos.

Y ojalá, al licenciar a los conscriptos, podamos repetirles con el Mayor Villavicencio, el precepto de Benán, D'Annunzio y Rodó; «renovarse o morir». Que comprendan todos los jóvenes, sin armas o con ellas, que es imperativa la obligación de saber «amar, respetar y agradecer». Vivimos rodeados de odios y de ingratitudes, de bajezas que pronto olvidan los beneficios

La Galería Egas

El arte es el eterno devenir. El espíritu humano, insatisfecho siempre, tiende a exteriorizarse en mil formas, en el largo viaje hacia su perfeccionamiento. Busca emociones nuevas, concibe la vida desde múltiples puntos de vista, otea los horizontes, camina sin descansar, en el peregrinaje de la belleza y del sentimiento.

Difícil es, por preparación que el aficionado demuestre, que el admirador tenga, poder intuir lo que el artista intuye. Le seguimos con social simpatía, con aquella que Guyeau quería; pero no siempre le damos alcance. Para unos el artista será un león; para otros, un jabato; para aquél, un águila; para éste, un cormorán.

La dulce alegría o el ligero estrilo que nos producen algunas concepciones artísticas, dependiendo está del temperamento. El artista, en su chacnaco personal, funde minerales de plata o de oro, trabaja, se agota, sufre intensamente.

En todo esto iba pensando al acercarme a la exposición de pinturas de Camilo Egas, del afinoso profesor, durante seis años, de los cursos superiores de dibujo y pintura en la Escuela de Bellas Artes de Quito, cátedra que obtuvo por concurso. Genialmente decoró la biblioteca hispanoamericana del millonario don Jacinto Jijón y Caamaño. Tal vez en esos lienzos sintetizó su manera impresionista, dentro del marco de la hermosura. Egas ha evolucionado. La vida de París afirmó su personalidad. Se ha separado del realismo para entrar en lo que se ha convenido en llamar estilo impresionista.

Y entré en la galería, situada en las cercanías de un paraje ameno: la Alameda. Con honda melancolía admiré aquellas telas que evocan el viejo Quito, que se va para no volver. Aquellos balcones coloniales, aquellas casas aplastadas, aquellas calles tortuosas que se diría conducen "a los siete infiernos" ahí están, habiéndome elocuentemente de lo pasado. Reviven los pintorescos barrios, las alturas inconfundibles: la Tola,

San Juan, el ángulo de Guangacalle, la casona histórica de Santa Bárbara, donde existe una placa que conmemora la morada de los primeros geodésicos franceses, el recóndito San Sebastian, al sur de la ciudad.

Y vienen los motivos indios. Pasan caravanas abigarradas de indígenas otavaleños, que desfilan al són del doliente rondador. Cabezas de los primitivos habitantes de estas tierras, por allá asoman, típicas, tal como el pintor las vió en su psicología.

No faltan cuadros al desnudo, de técnica difícil y anatomía originalmente concebida por el artista.

Y quedo deslumbrado de tanta audacia, de tanto colorido, de la íntima poesía y del alma de las cosas. La belleza entra en nosotros por la magia del arte. Medito tristemente en tantos temas que fueron, de los que ya apenas quedan los fugaces recuerdos, y saludo al porvenir.

En algunas telas que Dyras exhibe, el desnudo es olímpica gloria de la naturaleza.

Inteligentes visitantes, damas que han viajado y recorrieron galerías europeas, aplauden el atrevimiento del pintor en los estudios anatómicos; pero no faltan quienes se asusten, pegadas a las rancias ideas confesionales, de los cuadros que ven, como se contrarían cuando en la representación escénica los "deseotes" son exagerados.

A propósito del desnudo en el teatro, he aquí una docta opinión, que ha de servir de doctrina estética.

Sabía y serena es la respuesta que la más alta corporación de Cuba, la Academia Nacional de Artes y Letras, ha dado a la consulta hecha por el Secretario de la Gobernación de la Habana sobre si los espectáculos teatrales en que se exhibe el desnudo y preferentemente los llamados *Bataclón* son «manifestación exclusiva del arte, o una exhibición pública que ofende, por la forma en que se presenta o exterioriza, al pudor y a las buenas costumbres».

Es sabido, dice la docta Academia, que el arte no es moral ni es inmoral, es sólo arte. El desnudo no debe condenarse. Y cita las telas y estatuas de que están llenos todos los museos, inclusive el del Vaticano, y el desnudo vivo de todos los escenarios del mundo. El desnudo «no se tiene por inmoral, agrega, sino cuando los actores abandonan las fronteras del buen gusto,

y con gestos inadecuados, o insinuaciones lúbricas y grotescas, se salen de las regiones del arte, que desde ese momento los ignora, para caer bajo la sanción de las reglas del buen gobierno. No son inmorales esos espectáculos por el desnudo que ostentan, sino por la intención perversa con que el actor les interpreta. Con ello se ofende al arte tanto como a la moral, y como el primero nada puede hacer en represalia de la ofensa que recibe, corresponde a la autoridad la sanción del acto contrario a las normas de la decencia».

Discorre la Academia, que preside el ilustre doctor José Manuel Carbonell, sobre la decadencia y depravación de las costumbres que se reflejan en el arte. El espíritu de un siglo desorbitado, nerviosamente enfermo, embrutecido por venenos como el alcohol y la morfina, quiere profanar al arte y deformarlo.

«El arte es inmutable. Cuando la obra artística es buena, lo es para la eternidad. Las grandes estatuas, los cuadros famosos, la sublime armonía de los felices trozos musicales, lo que nos emociona en el libro, lo que nos seduce en la obra teatral, perduran a través de los tiempos. ¿Cómo sujetar las manifestaciones del genio a las modalidades infinitas de una moral comercial?»

Lo malo es que algunos degenerados, víctimas de los vicios, entregados a una bohemia vergonzante del *sable*, en dinero o en copas, se creen genios. No estudiaron, no tienen base, no son caballeros, ni siquiera gente decente. Lo que ellos pretenden que sea arte es el reflejo de sus almas emporcadas, de sus hábitos tumultuosos y sin pudor, de su vida sin labores ni ideales. Lo que ellos, movidos por los excitantes, producen, hace daño y desvía del camino del arte auténtico a los incautos.

«Quien sabe qué distintos conceptos del honor y del decoro van a prevalecer sobre los que hoy tenemos de la hombría de bien y la decencia. Pero cualquiera que sea el porvenir del mundo en esas trascendentales disciplinas, y ateniéndonos a este momento de la vida artística, no puede negarse que entre nosotros, y amparándose con el divino manto del arte, se esconden reprobables ofensas a la moral». La Academia pide sanción, en nombre de la cultura.

Los desnudos de la hermosa «Galería Egas» pudieran ser ampliamente aplaudidos por la más exigente academia de buen gusto. Están ennoblecidos por el arte, con la serena visión de la naturaleza, como en la Grecia juvenil de los mármoles impecables y eternos.

La enseñanza de la Historia Nacional

A partir de la revolucionaria obra de H. G. Wells, en la que traza el «Esquema de la Historia Universal», la enseñanza de esta asignatura ha evolucionado hacia un objetivo más amplio y de más exacta finalidad comparativa. Los trillados caminos van quedando desiertos. Sólo transitan por ellos los pedagogos que no se modernizan.

¿Cómo se dicta historia en las escuelas y colegios ecuatorianos? Sería importante averiguarlo, no como simple brote de curiosidad estadística, sino como análisis de un capítulo de la educación nacional, que debería ser de alta moralidad y tolerante.

Se nos ha llenado el cerebro desde niños con un sinnúmero de vaciedades narrativas y legendarias que a nada conducen, si no es a volvernos podantes y orgullosos.

Las maravillas nacionales tienen poca consistencia; pese a los anticuarios que patrióticamente, con exceso de voluntad y fe de carboneros, se han engañado y han procurado engañarnos, para componer un cuadro brillante, falso en su mayor parte.

Nos hemos criado ahitos de vanaglorias y minuciosidades nacionales que de nada nos han servido, si no de corruptoras del carácter. Desde chicos, el regionalismo ha sido feroz. «Tú no tienes lo que hay en mi pueblo», dice el chicuelo. «*Atatay*, le contesta el granuja, tú careces de lo que se admira en el mío». El fermento no desaparece con los años, a causa de la pésima enseñanza de la historia.

Como observa Gaziél, todavía estamos en la época del cándido optimismo. El pobre doctor Pangloss, famosa creación volteriana, ha hecho escuela. Nos restre-

gamos las manos de contento ante la halagadora idea de que poseemos la plaza tal, que es la primera del continente, el monumento cual, que no encuentra parecido en el planeta, el hombre de la más grande talla en el mundo, el escritor de allende que no tiene rival, el filósofo de aquende que es el número uno en el orbe. Pura farsa patriótera.

Esta gloriola histórica nos pierde. Decimos histórica, aun cuando es mentirosa: falsea, se derrumba, no obstante la búsqueda de los desocupados que *ratonean* archivos.

Permanecemos muy pagados con el orgullito de aldea, satisfechos de los colosos pretéritos, sin fuerzas para imitarlos.

«Lo que los ciudadanos de las nacionalidades más civilizadas aprenden de niños en las clases de Historia es que su país —cada cual el suyo— ha sido, y debe ser el primero del mundo, como así lo demuestra la serie de acontecimientos que han venido sucediéndose desde la creación del hombre hasta nuestros días.

«El egocentrismo es un instinto humano mucho más difícil de desarraigar que el geocentrismo de las antiguas cosmologías. Costó indecible esfuerzo convencer a los sabios de que es la Tierra la que da vueltas al redor del Sol. Nadie ha podido todavía convencer a las naciones de que es absurda y dañina para la Humanidad la pretensión de erigirse cada una de ellas en centro y clave del Universo. La mentalidad de los europeos más y mejor educados a este respecto, cuando entre los diez y seis y los veinte años salen de los gimnasios y liceos para entrar en la vida, y casi inmediatamente, muchas veces, en el servicio militar, es de una estrechez y un exclusivismo deplorables.

«Añadida al egoísmo biológico de todo ser viviente, a la concentración casi morbosa de la personalidad juvenil, a las tradiciones familiares, a las costumbres de clan que suelen adquirirse en los colegios y a la atmósfera enrarecida de unas relaciones sociales poco extensas, en un barrio típico de una ciudad determinada, la interpretación nacionalista de la historia humana acaba de convertir a las juveniles en modelos de incompreensión y hostilidad respecto de todo lo ajeno, lo extrafronterizo, lo exótico, de cuanto excede de sus reducidísimos panoramas ideológicos y sentimentales.

les. Los círculos concéntricos de sus almas son, de mayor a menor: su respectiva patria, que es la mejor del mundo; su región, que es la mejor de la patria; su ciudad, su barrio, su liceo, sus amistades, su familia; siempre los mejores entre los primeros. Y en el centro de esta telaraña, que abarca todo el Universo, apretando sus mallas a medida que se concentra, el asqueroso insecto del yo, reduciéndole todo a su egoísmo. La fórmula de la creación, estrangulada en un nudo gordiano, viene a convertirse en esta: «Fulano de Tal, Montero, 84, tercero derecha».

Este implacable egoísmo nos inclina a odiar al extranjero. Nos entretenemos en buscar pequeñeces históricas, para alabarnos de que la batalla tal fue decisiva, la jornada cual dió el triunfo. Engendramos, sin quererlo, gérmenes de rivalidad y separatismo desde la escuela, a causa de la rutinaria enseñanza de la historia, que se fija en simplezas, antes que en la marcha social, en las costumbres, en el espíritu del pueblo, en el soplo humano y civilizador, en la ciencia auténtica y en la virtud de los que trabajaron. La política, las batallas, las historias de los que están en candelero, las vidas de las autoridades civiles y religiosas son el fondo del aprendizaje.

La marcha del pueblo queda en la obscuridad, el sincronismo histórico no se conoce.

De aquí que han sido nulas las enseñanzas de la historia. Más práctico provecho se sacaría de una página de Plutarco analizada a conciencia, de una de Laurent, de Montesquieu, del *Civilizador* de Lamartine, que del cúmulo de vaciedades y reyertas que nos amontonaron en el cerebro desde la escuela.

Asistir a ciertos exámenes de historia da pena. Siguen la carretilla los acontecimientos, sin pizca de lo que se llama filosofía de la historia. El doctor Pangloss continúa triunfando. Adaptando lo que dice Gaziel, debemos escribir en el pizarrón de los establecimientos públicos: «El Ecuador es algo que debe ser superado». Medita en el pensamiento; después, leed a Wells.

La enseñanza de la historia nacional requiere crítica severa. Las orientaciones modernas se fijan hoy día en otros puntos de vista sociales, que conviene que os niños aprendan a ver, dándose cabal cuenta del

ayer y del presente, rompiendo el prisma de colores que desfigura las cosas, y amando a la humanidad.

«El día que las historias nacionales se enseñen en función de Humanidad y universalidad, agrega Gaziél, se habrá hecho para la fraternidad de los pueblos mucho más de lo que alcanzarían actualmente una docena de Sociedades de Naciones. Proyectar el yo de los jóvenes hacia lo infinito y esparcirlo hacia fuera, en vez de concertarlo en la cueva de sus instintos ancestrales y encogerlo hacia su egoísmo interior. Darles a entender que la plena realización de la personalidad está en las empresas colectivas, y que aquélla crece precisamente en razón directa de la universalidad de sus destinos. Hacer, entre nosotros, que se acostumbren a amar a España, no en una postura estatuaría, de museo, y bajo un contorno pétreo, sino en la forma alada de una bella mujer que anda y andará, y lo que importa no es pararla, sino seguirla».

Una biblioteca colonial

No abundan en Quito los centros públicos de lectura. Apenas pueden citarse la Biblioteca Nacional, la Municipal, la de la Universidad y del Instituto Mejía. Varias escuelas y colegios están formando con fervor sus bibliotecas, lo mismo que algunos cuarteles. Igual entusiasmo reina en la penitenciaría, para redimir al delincuente por medio de la sana lectura. La Dirección de Estudios de Pichincha ha comprado muchos libros pedagógicos para repartirlos entre los establecimientos de instrucción pública.

Mas, la mayor parte de la riqueza bibliográfica está en los conventos, ricos en innumerables ediciones raras, documentos arcaicos y curiosos archivos.

Visité la biblioteca de San Francisco de Quito. En el corazón del claustro, en lugar apartado, propicio para la meditación, se levanta el santuario de los libros. El aspecto exterior es el de una capilla, con sus enormes puertas, férreamente enclavadas. Está aislada de las monumentales construcciones. Para llegar a ella, se atraviesa un largo corredor de piedra. Le rodean patios húmedos, cubiertos de vegetación. Más allá, una

amplia galería alta, con vastos escaños de colosal extensión y consistencia, es un sitio a propósito para la siesta o para abrir las obras y pasear lentamente estudiándolas.

Cuadros seculares custodian la entrada de la biblioteca franciscana. Rechinan los mohosos gouces de las apollilladas y pesadas puertas. Dos vastos salones están divididos por un arco central formado de estantes de doble uso. Amplios registros sirven de catálogos. En otro gordo cuaderno se deja constancia de los volúmenes que llevan a sus celdas los habitantes del laberíntico y majestuoso convento.

Libros y libros, como un torrente, pasan delante de nuestra vista, produciendo vértigo; allí están las toscas ediciones anteriores al siglo XVI y de principios de la floreciente centuria. Aquellos incunables, con típicas viñetas y singular letra gótica, acreditan su antigüedad. Quizá se esconden en esa selva la *Biblia de los pobres* y el *Espejo de la salvación*, incunables xilográticos, y la *Biblia mazarina*, incunable tipográfico. Tal vez abundan los *elzevirs*, de aquella célebre familia cuyo progenitor es Luis Elzevirio, el célebre impresor, y el último Abraham, tataraniero de aquél.

Se anuncia el pensamiento con sólo la venciencia de tan copiosa labor intelectual. Pastas de madera, pastas de recio cuero, pastas de duro cartón, pastas de pergamino con caracteres casi ilegibles desfilan. Es el ejército de la idea, envidiosamente atinado desde el suelo hasta el cielo.

No alcanzaría la vida humana a leer una sola de las secciones de la biblioteca. Aniquila, onloquece, refleja en la consagración que representa la escritura de esos folios de teología, en letra apretada, con variedad de notas y acotaciones. ¿A qué tiempo llenar con tantos millares de páginas en latín? Anublaría la vista el ojealas hoy día. Es el heroísmo de la constancia, puesto a prueba por escritores olvidados que gastaron sus años en una labor titánica, muerta para el siglo. Si se convocara un concurso, con atractivos premios, para los que lean esos enormes volúmenes, quedaría desierto el torneo. Ni el de más carácter, ni el más erudito, ni el más santo se atrevería a quemarse las cejas recorriendo aquel cementerio de conceptos en desuso.

Muyen las consideraciones filosóficas en presencia de la agotadora tarea mental, comprimida, encerrada, condensada en los viejos libros de los que ni siquiera los títulos se encomiendan hoy a la memoria. ¡Oh, miseria humana!

¿Y ésta es la gloria de las letras? Polvo son los Alonso Tostado y Pico de la Mirandola, con su fecundidad abrumadora, con su tratado del *Univeral océano* y la refutación a la *Astrología judiciaria*. Estantes que son como los nichos sepulcrales de luminosos talentos, fecundos e infatigables, sumidos están en el completo desconocimiento, en el desconsolador olvido, como en honda huesa.

¿Así los encontró el sabio Humboldt cuando, al llegar a Quito el 6 de Enero de 1802, visitó ésta y otras bibliotecas coloniales?

Tiene la colonial biblioteca una sección moderna y un depósito de libros duplicados para el servicio de canje.

Al salir del frío recinto, se siente la impresión del mareo.

¿Cómo dar una lista de los preciosos ejemplares? La enumeración sería agotadora.

Drama obscuro

Era una institutriz joven y simpática, con ocho años de magisterio. Servía en apartado caserío de menor importancia que una parroquia rural. A pocas cuadras, pasaba el tren, después de proveerse de agua en el tanque. Fácilmente se podía llegar a pie a la estación, la primera viniendo de la capital de la República.

Huérfana de padre y madre, sólo tenía lejanos parientes: unas primas que desempeñaban el cargo de normalistas en Manabí.

La carestía de la vida urbana le obligó a quedarse durante las vacaciones en el campo, costumbre económica seguida por muchas de sus colegas. De pronto, traidora enfermedad—la tifoidea—le devoró de rápido y aleve modo. Estaba al cuidado sólo de una anciana sirviente, a la que también le atacó el mal implacable.

Sin que se lo hubiera podido trasladar al hospital de Quito, falleció en el más angustioso abandono. A espaldas de indios fue llevada al poblado próximo, a que le recibiese en sus brazos la madre común.

¡Oh, la tristeza infinita de los cementerios de aldea! Ni callejas, ni monumentos, ni flores. Aroma selvático, soledad de jardines en ruinas, cruces destruidas por el tiempo, negros nichos con inscripciones olvidadas y horribas fechas . . . Al entrar por la mohosa puerta, hacen lúgubramente las campanas del alma.

Hallábanse en el popular bullicio de toros, en festejo de los días patrios y de la instalación de la luz eléctrica. La plaza estaba con barreras por sus cuatro costados. Flotaba en los balcones una que otra bandera nacional. Venta de frituras y fruta en bateas en el umbral de las tiendas. Algunas mesas con botellas de chicha y aguardiente. Obagos e indios agolpados en las tabernas. Vestigios de arcos junto a la iglesia. Al frente, el tablado de los músicos. Cuatro burladeros resguardando algunos corredores.

En medio de la febril jarana y salvaje alegría, la muerte ha puesto su nota desconcertante. Desgarrador y hasta grotesco resultaba el contraste.

De tránsito, había llegado no hacía una hora con algunos amigos. Hasta nuestro hospedaje vino la fatal noticia. En el acto organizamos sentida demostración, humilde y sincera. Tejimos de flores silvestres, musgo, helechos y ramas de ciprés una regular corona y fuimos a depositarla sobre la tumba de la maestra sin ventura. Acreció la comitiva un grupo de profesores, de paso ocasionalmente por el pueblo de gala. La procesión fúnebre, extraña, antitética en esos momentos, iba precedida de la bandera de la Sociedad Pedagógica. Atravesamos diariamente la plaza. Hubo que saltar las barreras, que antes se habían desbaratado y reconstruido para el paso del automóvil del amo que prestó lo novillada, abriéndonos con dificultad campo. La impresión al penetrar en el cementerio no se amortiguó en breve. Golpeó con tanta fuerza en el corazón, que repercutió hasta lo más hondo. Era una como dehesa, llena de grama y matorral, había un manchón negro. Era la húmeda tierra removida. Allí dormía el sueño eterno la juvenil educadora. Sobre la superficie del santo suelo depositamos con respeto el postrer homenaje.

Permanecemos descubiertos y en silencio, como en muda oración. Lo que nuestros espíritus murmuraron será indescriptible. Quizá nunca pueda decifrarse. Nos parecía leer extrañas criptografías en esa oscura tierra abierta bruscamente y pisoteada después. Tocaba a muerto el campanero que todos llevamos oculto en nuestro corazón, al que ordenamos llorar de pena o repiquetear de gozo. En el ardor del verano, en medio de la barandia popular, asistíamos a un drama primaveral, súbitamente interrumpido por la suerte.

Duerme en paz, ignorada mártir de deberes que, aunque tenidos por prosaicos y rutinarios, son cotidianamente civilizadores. Silencioso fue tu dolor. Entre-gaste la vida en la desolación y el infortunio. Ni familia, ni amigos, ni compañeras de labor asistieron a tu agonía. En brazos de moribunda criada cerraste para siempre los ojos. Consagrada a la luz, quedaste en la completa, en la definitiva sombra, sin más testigos que un alma leal e ingenua. Y más desoladora que la muerte fue la ingratitud humana. Sufriste mucho, sin que sobre tu corazón flotara el rocío del consuelo. Hasta ese insignificante puesto te disputaron. ¿Quién podrá narrar tus amarguras, tu orfandad, tus combatidos trabajos de magisterio? Te hincó su venenoso colmillo la emulación y la maledicencia.

Ya descansas, pobre maestra. Que la memoria de tus recónditos afanes de escuela sea noble ejemplo para todos los que se sacrifican sin esperanza de estímulo, sin una voz amable de reconocimiento.

El cura de la aldea no nos acompañó a la demostración doliente. Tal vez, si no es del todo inhumano, habrá rezado este piadoso *Le Profundus*: "Que muera como un perro la maestra laica!"

La trágica escena aconteció en Uynbicho, en donde antaño murió de hambre una institutriz, el viernes 13 de Agosto de 1920, día de corrida de toros. La triste protagonista se llamaba L. María Núñez, Directora de la Escuela de Cutuglagua, cerca de la estación Santa Rosa, a cuatro leguas de Quito.



MIGUEL VALVERDE

I

Miguel Valverde, varón de virtudes, no condensó en el libro toda su pujante labor de poeta, literato y periodista, que anda desparramada por diarios y revistas. Apenas existen de él, como obra concreta, dos o tres folletos, y el poema que briosamente tradujo del francés. Me refiero a *Religiones y Religión*. En el ocaso de su vida, publicó su honda conferencia sobre Sócrates y Jesucristo, edición española, y el primer tomo de memorias «Las Anécdotas de mi vida», edición italiana.

Hay muchos libros nacionales, desconocidos y olvidados, que conviene que la juventud los desempolve, no sólo por mera curiosidad, sino por amor al estudio y a la crítica. Es doloroso que pasen inadvertidas no pocas publicaciones que revelan honda meditación y trabajo.

Una de estas obras es la intitulada «Sócrates y Jesucristo», que el escritor ecuatoriano Miguel Valverde dio a luz en Madrid, en 1915. Un año antes fue trazado el corto prólogo, en Estocolmo. «Se ha dicho, comienza, que no hay ningún libro, por malo que sea, que no contenga algo bueno, y para que con éste no falle la regla, le ha incluido la Apología de Sócrates, de Platón, que es el mejor entre lo muy bueno que se ha publicado desde la remota antigüedad hasta nuestros días; porque aun cuando la traducción castellana que

presento sea como mía y la afeen muchos defectos, éstos no serán nunca tantos como las bellezas que resplandecen en todo el cuerpo de la obra, que es, indudablemente, una de las joyas más preciosas de las letras humanas. Sirva, pues, ella de escudo a mi osadía, ya que con ella doy también a la estampa escritos míos, los que carecen probablemente de todo mérito literario».

Se abre el volumen con ligeros apuntes biográficos de don Miguel Valverde, fechados por una mano amiga en la capital de España.

Reune sus recuerdos de la infancia, desde el año 1865 en que estudia latín en el seminario de San Ignacio de Guayaquil, y las extrañas palabras con que lo auguró un porvenir de lucha ideológica el rector del colegio y obispo de Berissa doctor Luis de Tola. Con emoción cuenta la bella anécdota de Selma Lagerlof acerca del sueño de un niño sobre la pétrea grada de la puerta de su casa, lo que le produjo fuerte resfriado que le cegó la fuente de la vida. Se confiesa soñador; pero prefiere la verdad a la mentira. «Y en último resultado, dice, habrá que convenir en que todos tenemos razón: los que fundamos y los que demolemos; los que piensan que el hombre necesita de embustes y patrañas para mejorarse moralmente, y los que opinan con Spencer y Zola que la verdad y la sinceridad son preferibles a la doblez y la mentira, como sistemas para educar a los niños y a los pueblos».

A los sesenta años de edad, acomete la ardua empresa que da título a su libro. Su asunto fue materia de una conferencia que dictó en la Universidad Central de Quito, a petición de la Sociedad Jurídico Literaria.

Si de la discusión algo queda, cuando la serenidad inspira los razonamientos, no sería perder tiempo analizar la obra de don Miguel Valverde, ya que los más arduos problemas son susceptibles de análisis, y más si un compatriota los presenta.

Nos aqueja el ruinoso defecto de menospreciar los libros nacionales, cualesquiera que sean ellos. Raros son los que se toman la molestia de leerlos. La conspiración del silencio mata muchas labores del intelecto. En pueblos más cultos, la aparición de una obra

es motivo de largas apreciaciones, que llenan las columnas de los diarios.

Aquí nos contentamos muchas veces con acusar recibido en cuatro líneas, en términos tan manoseados, que a leguas se conoce que el libro no sufrió la despleadura de sus hojas.

Y lo mismo que decimos del paralelo que don Miguel Valverde hace de Sócrates y Jesucristo, podemos repetir de cuanta obra sale de las prensas, sea de la naturaleza que fuere. Ni es analizado, ni combatido, ni refutado, ni merecedor de aplauso o de anatema.

La indiferencia lo cubre. De vez en cuando alguna dispersa crítica asoma, como una voz perdida en el desierto. Adolecemos de falta de diligencia mental y de cariño a lo que la patria produce.

La bibliografía nacional merece el culto fervoroso de la juventud. Así construiríamos un monumento literario, y la comunión de las ideas tendría simpática resonancia afuera.

Ni las meritísimas obras de García Moreno, González Suárez, Montalvo, Proaño se han familiarizado, por la frecuencia del estudio bibliográfico.

«Sócrates y Jesucristo» revela profunda reconcentración espiritual y valor que desafía tormentas de los que no comulgan con el credo del autor, hombre sin miedo que presenta la figura del filósofo griego con resplandores inmortales, sobre todo al referirse a su muerte angusta y sublime, sin vacilaciones ni quejas; muerte de un varón justo que no pierde un instante la serenidad. La única respuesta que darán los intransigentes, será llamar «libro blasfemo» al que me ocupa, digno de ser analizado racionalmente.

Verter a Víctor Hugo en castellano es ardua empresa, y más ardua todavía en la primorosa ánfora del verso, al que debe, con la habilidad de orfebre, amoldar el burilador los atrevidos pensamientos del coloso, su roborativa concepción, venciendo, con orgullo de artífice, las estrecheces del metro, las dificultades de la rima. Esto en cuanto a la parte material, cadencia, forma, gusto; ¿y la idea? Esforzarse en respetar fielmente la del autor, conservando el espíritu que domina en el poema, sin falsear la rebeldía del vocablo extranjero, es labor de largo estudio.

Acometen poéticos trabajos magistrales los que sienten el aleteo misterioso de la inspiración, ave que en las reconditeces del alma despierta con su dulce trinar las energías del genio. El inmortal e inimitable Quijote es imitado con andaz éxito por el Cervantes de la América, Montalvo, poeta de la frase; la estatua de Moisés cincela un asombroso bardo de la plástica, Miguel Angel; a los trágicos griegos interpreta un esteta refinado, M. Menéndez Pelayo; a Víctor Hugo, gigante de la idea, le vierte al melifluo idioma de Castilla un noble soñador, Valverde, el mismo que lloró con sentimiento y profunda reflexión a Grimaldo, penetrando en los desolados misterios de la muerte, a entonar en su solemne recinto el canto funeral de la elegía, dramático por su fondo y vestidura.

El colosal poeta y novelista que de una botella de tinta negra sacó chispas y rayos de luz que fulguraron en *Nuestra Señora de París* es traducido por un apóstol que ha consagrado su vida a la adoración de esos grandes ideales que se denominan libertad de pensamiento y de conciencia. Es jornada de proezas: entenderse con Víctor Hugo, primera hazaña; traducir el difícil poema filosófico *Religiones y Religión*, segunda; aventajar tal vez al original, tercera. ¿Será profanación afirmar que ha sobrepujado al maestro? Es preciso el análisis, la prolija comparación de la obra francesa y española, para convencerse de la verdad, sin que ella en nada empañe el brillo del astro rey. El sol no se opaca aunque existan otros luminares, ni el Chimborazo abate su frente porque se yerga hasta las nubes el Aconcagua.

Las concepciones serias que inclinan a meditar, las de esfuerzo de doctrina, las de tesis religiosa son manjar de escogidos paladares. Lo que gusta a la vacua generalidad son los versos eróticos a cualquier rabsalsera, la ziringaña, el simbolismo de pega que crece como la goma tragacanto, los juguetitos literarios de falsa filigrana; mas las encumbradas producciones del talento, los toques de altivez, los artículos de sustancia, viven como plantas exóticas que jamás se aclimatan en el jardín de las preocupaciones y del intransigente misticismo, descuidado carmen donde a las veces brotan las de la rutina y de la estrechez de miras, que sólo recrean a parte de la juventud barnizada a la moda. Hay quienes, dándoseles de admiradores de Verlaine y Ma-

harmé, siguen, al pie de la letra, la idolatría de la forma, que hizo rezar a Flaubert que «un verso hermoso que no dice nada es superior a verso menos bello que significa algo». Por eso, va inundando la América el turbión decadente, la ola sibilante de declamadores sin noción de estética, que no han saludado a Croce, a Guyau, a Gauckler ni a Luciano Bray.

La poesía de combate no germina en campos pobres y afeminados. Sagrado deber es propagarla. A este género pertenecen *Religiones y Religión*. El prólogo es robusto y clásico, digna portada de un poema excelso. Es como los altos relieves y cariátides del Erechtheión; columnas que sostienen un templo soberbio, el de la moral. El principio filosófico se ensancha, llevado en alas de la poesía, por regiones desconocidas, y el pensionado libre, como un visionario, vuela muy lejos.

III

Antes de proseguir con la traducción de *Religiones y Religión*, pongo un antilambda, a fin de encerrar en él cuatro rasgos acerca de su vida.

Miguel Valverde entró en el eterno silencio después de los sesenta años. Su laborioso existir, un ferviente apostolado en la prensa y en la cátedra. Desde esa como barbacana de «La Nueva Era», arrojó, junto con el inolvidable Federico Proaño, las saetas de la propaganda doctrinaria con desentado juvenil. Además, ha sido redactor propietario de «El Comercio», «El Teléfono», «El Correo del Guayas» y «El Pobrecito Hablador» que reuerda a Larra.

Con admirable modestia me escribía poco antes de su viaje a Europa, en la intimidad de una carta: «Mi biografía se pudiera condensar en dos palabras:—«Vivió sesenta años y no hizo nada que valga la pena de recordarse». Esta frase que pudiera traducirse por amarga ironía o satánica soberbia, de no conocerse el carácter de Miguel Valverde, en él es llaneza y sinceridad. ¡Que la aprendieran de memoria tantos de por ahí que se dan de genios y andan muy campantes, tirados para atrás y mirando a las estrellas, sólo porque con niñerías y garbo (esto sí, con mucho garbo) cobraron

fama y se echaron a dormir! Si se les pregunta por sus obras, responden con gestos olímpicos y talante de misterio.

Miguel Valverde nació en Guayaquil el 6 de diciembre de 1852. Cursó latinidad en el Colegio Seminario, y Literatura en el San Vicente, hoy Rocafuerte, de la misma ciudad.

¿Quién no ha oído hablar de sus bríos juveniles, y de cómo se encaró con el sabio tirano? García Moreno lo desterró a las selvas orientales; Veintimilla trató de infamarle.

Sus artículos han sido muy valientes. Recuerdo que en «La Prensa Libre», de Quito, escribía con el pseudónimo de *Benigno Manso*.

Su acusación a Alfaro ante la Convención, que se reunió a raíz de la revolución de 1906, era aplastante. García Moreno, Caamaño, Veintimilla criminalmente lo habrían hecho, por toda respuesta, fusilar. El mártir Eloy Alfaro, cuyas cenizas fueron aventadas en una ciudad católica, respetó al formidable juez.

La vida administrativa de Valverde se resume así: ha desempeñado los cargos públicos de Juez del crimen, Bibliotecario, Jefe Político y Alcalde de Guayaquil; Ministro del Tribunal de Cuentas, dos veces; Diputado también dos ocasiones, Ministro de Estado varias veces. En el primer período de Plaza, estuvo al frente de la Cartera de Relaciones Exteriores y se encargó de la de Hacienda. Fue Ministro Plenipotenciario en Río Janeiro, Cónsul General del Ecuador en Nueva York y en Ottawa y Senador de la República. Era Rector del Colegio Nacional «Pedro Carbo» de Bahía de Caráquez; pero, por despropósito de una anticuada ley de instrucción pública—especie de buzón de odios políticos—tuvo que renunciar el cargo, porque Miguel Valverde, este prohombre, no era *bachiller*. La ley exige este requisito. Por igual causa le birlaron el rectorado del Instituto Nacional Mejía al eminente Abelardo Moncayo. Pretxtos de una ley que se ha estrellado contra los hombres más grandes de la Patria. Cuando se quiere asestar la puñalada de pícaro, la venganza rastrera contra los que algo valen, no falta algún cojo judaico, barba de zamarro, o algún ciego chabacano y corrompido que en cualquier congreso o sanedrín reforme la ley de instrucción pública, provoque *reorganización*.

zación de planteles y ponga la cortapisa del bachillerato. Miserias de la política ecuatoriana que lleva su inquisición hasta a los colegios y escuelas. Es ridículo que Miguel Valverde, que merecía el solio presidencial de la república, no haya podido ser, a causa de estupideces legales, rector de un liceo de provincia, cuando patanes y analfabetos de faca al cinto se encaraman hasta las nubes.

Valverde murió en Roma el 19 de abril de 1920. Ignoro si dejó concluidos los recuerdos de su existencia que comenzó a publicar, sincera y erudamente. En su libro «Las Anécdotas de mi vida» palpitan episodios sorprendentes, casi novelescos.

III

Aludí al prólogo de *Religiones y Religión*. He aquí uno de sus nobles pensamientos:

«Todos comprendemos fácilmente la armonía de los cuadros y de las estructuras, tanto en la naturaleza como en el arte. He oído a un niño de diez años, muy inteligente y precoz, expresarse con una desenvoltura propia de un hombre de mundo, y mi asombro no se ha sobrepuesto a mi invencible repugnancia. Una jota aragonesa no sería justamente apreciada, si se la incluyera en el estudio de una sinfonía de Beethoven; y un jardín inglés parecería un adelfesio, si se le colocara al pie del Cotopaxi.

«Así, yo no concibo a Sócrates con la belleza de Narciso, ni a Fríno, con los talentos del César, ni a César con la anstera virtud de Cincinato. Y así también serían, a mi modo de ver, figuras desnaturalizadas y monstruosas un Dante libre-pensador, un Flamarión materialista y Víctor Hugo ateo. ¿Por qué? Hallo difícil una explicación satisfactoria; yo lo comprendo así, y así lo enuncio; sin invocar otra razón plausible que la de un sentimiento artístico indefinido y que no encontraría en mi otro fundamento que el que tiene su extrañeza respecto del deísmo de Voltaire y del misticismo filosófico de Schelling».

El filosófico introito rompe por las contemporizaciones y los prejuicios y exige pruebas para los actos de

la fe que la claridad de la razón no admite. Valverde ama la verdad y en pos de ella camina, desbrozando las zarzas, derribando la selva del camino, a través de la tradición y de los errores consagrados por las religiones.

«Durante millares de años, vivió la humanidad firmemente convencida de la verdad de la cosmogonía geocéntrica, enseñada por la religión y corroborada por la ciencia. Durante una dilatadísima sucesión de siglos y de civilizaciones, nada fue más cierto y más generalmente reconocido que el hecho evidéntísimo de que la tierra era el centro del universo, y de que el sol, la luna y las estrellas giraban al rededor de nuestro globo.

«Sin respeto alguno por la creencia universal consagrada por una antigüedad tan venerable, se dejó oír un día en Europa la voz de un loco que afirmaba precisamente lo contrario de lo que había sido antes y siempre enseñado por los sabios y los sacerdotes.—No es la tierra, dijo Galileo, sino el sol, el centro del sistema. La tierra no está inmóvil: ella gira, como los demás planetas, al rededor del sol; y cualquier hombre de mediana educación y buen sentido, si atiende a mis explicaciones, podrá comprobar fácilmente por sí mismo estas verdades.

«Sucedió entonces lo que era lógico que sucediera. Nadie quiso entender los argumentos revolucionarios del ilustre astrónomo, quien se vió obligado a ceder y retractarse, no obstante haber resultado después que aquel loco famoso había tenido razón contra los cuerdos que le condenaron.

«Si un minero me asegura que en un punto exactamente localizado hay una mina de oro, no estaré obligado a creerle; pero sí tendré el derecho de pedirle las pruebas de su aserto. Si no me las da, y alguien quiere mi dictamen, no podré aseverar que en el sitio indicado haya una mina; mas tampoco podré afirmar nada en contrario, desde que no tengo constancia de una u otra cosa:

«Nadie puede exigir racionalmente que otro crea en lo que no puede creer, dados los conocimientos y las fuerzas y tendencias cerebrales del incrédulo. Y éste tendrá siempre razón, cuando pida pruebas a los que defiendan la existencia de sus minas de oro.

«Los creyentes continuarán siendo muy dueños de cerrar los ojos a la luz y los oídos a todo raciocinio. La naturaleza de los topos no puede ser cambiada, por grande que sea la compasión que nos inspire su ceguera.

«Entre tanto; la verdad, oculta o demostrada, subsiste por sí misma, sin que puedan modificarla en un ápice las opiniones encontradas de los hombres.

¡E PUR SI MUOVE!»

El grito de Galileo, que se subleva contra la imposición dignática, fue en el Valverde de *Religiones y Religión* una especie de invariable mote de sus empresas: él no entendía, no, de claudicaciones y torceduras de conciencia.

La fiel versión del filosófico poema, en medio de la variedad de metros—desde los compuestos de 17 sílabas hasta la décima, desde el doble octasílabo hasta el romance combinado—esplede por su sinceridad y sencillez. En ocasiones, por hermostearlo, parafrasea.

Véase esta ligera muestra:

Víctor Hugo dice:

Le remède est ceci. Pais le bien.

*Le levier. Le voici: Tout aimer et ne rien envier
Homme, veux-tu trouver le vraie? cherche le juste.*

Valverde traduce:

.....—Tu remedio está en tu mano:
Hacer el bien. Y la palanca sólida:
Amar, amarlo todo,
Y no odiar ni envidiar ninguna cosa.
Hombre, ¿quieres hallar lo verdadero?
Busca lo justo

IV

La noble prédica de Valverde en pro de la humanidad, complétase con sus generosas ideas feministas.

En memorable conferencia, bregó así por que termine la esclavitud de la mujer, y por que la ley ponga coto a la clausura religiosa.

«Yo respeto la libertad de los individuos, hasta el punto de que tal vez no presentaría ninguna dificultad a la inmediata abolición de las leyes civiles y penales relativas al suicidio; y, salvando las prescripciones de la moral y la decencia pública, no pondría obstáculos a la aplicación de las torturas voluntarias de los faquires del Indostán y de los santones de la Arabia, aunque se tratara de las mutilaciones más odiosas y repugnantes y de las mayores extravagancias a que pueden conducir al hombre contra sí mismo los extravíos de sus pasiones o de su demencia. Es, pues, en nombre y en defensa de ese derecho precioso que el hombre tiene para disponer de su propia personalidad en todas las circunstancias normales de vida social, que levanto mi voz para protestar contra el desconocimiento más irritante de ese derecho, y abogar por la parte más débil e indefensa de la sociedad, tan oprimida relativamente por nuestras leyes y costumbres».

Más tolerancia sería inverosímil, e invocándola con amor, Valverde solloza al contemplar que la humanidad no ha entendido todavía el legítimo progreso moral.

«Desde la mujer a quien la civilización mongólica oprime y deforma los pies, hasta las hermosas nuestras a quienes la civilización europea comprime el talle y taladra las orejas; desde la ley que permite el conecotaje hasta la que reglamenta el servicio militar obligatorio; desde la ceremonia que nos impone una creencia hasta la moda que nos impone una tortura, ¡cuántos restos de barbarie contemplamos aún por todas partes!»

Acorazados por la tolerancia, hija de la decantada libertad, nos vamos volviendo indiferentes y vemos como con aplanética lente las desgracias del espíritu. Valverde no puede encogerse de hombros y seguir la rúa como tantos testarudos sectarios del libre albedrío.

«Nosotros, los liberales, toleramos que existan en nombre de la libertad, entre otros abismos sociales, la taberna, que apaga las inteligencias, el garito, que lanza su soplo de muerte sobre los hogares, el lupanar, que contamina los cuerpos, y el templo, donde se perturba la razón y se llena de tinieblas la conciencia; pero, en defensa de esa misma libertad tan falsificada y calumniada, no deberíamos contribuir con la complicidad de nuestro silencio a que continúen perpetrándose a lo menos sin que sean severamente denunciados.

delinquimientos odiosos, que nuestra sociedad tolera todavía, como se toleraron en otro tiempo los sacrificios humanos sobre los altares, y como la culta Inglaterra ha tolerado hasta hace poco en la India la fiel observancia del rito religioso que dispone que las viudas de los príncipes sean quemadas vivas con los cadáveres de sus maridos.

«La mujer, la mitad más débil del hombre, ha soportado con injusticia manifiesta, condiciones muy pesadas y duras para su existencia. Bestia de carga primitiva y esclava siempre, desde las más remotas edades; sierva o prisionera de la edad media, no conquista aún en la edad moderna el puesto que corresponde a su dignidad, a sus sentimientos delicados y exquisitos y a su inteligencia imperfectamente cultivada, y continúa siendo, a lo menos entre nosotros, casi con el carácter de menor o pupila, víctima de la protección que a su inferioridad relativa dispensan nuestra sociedad y nuestras leyes. Y, respecto de la clausura religiosa, desde las épocas más lejanas, entre los egipcios, los persas, los griegos, los romanos, los aztecas, los peruanos, los quitus, en medio de todos los pueblos donde la civilización ha permitido que se organice rica y poderosa, la clase sacerdotal, se ha organizado también el apartamiento de ciertas mujeres escogidas para el servicio del culto o del soberano o de los sacerdotes, o para un servicio mixto entre lo sagrado y lo profano y velado por misterios impenetrables para el vulgo, las que se han llamado sacerdotisas, vírgenes del sol, vestales o monjas, y han sido en todo tiempo el medio o el objeto de satisfacciones clandestinas o de especulaciones infucas».

Al recorrer la historia, horripílaste, el paladín de la conferencia, de los crímenes que no se atreve a delatar, cometidos en antros tenebrosos, en los que en apariencia impera la tranquilidad de los justos. ¡Cuántos callados dramas que en la impunidad de las tinieblas quédanse! Valverde, ruborizado, salta sobre esas miserias y delitos.

«No quiero investigar si la codicia y la lujuria o ambas bajas pasiones asociadas son las que ponen más frecuentemente su cebo de deleites terrenos o de delicias celestiales a la credulidad y a la inocencia. No quiero discutir la podredumbre que se desarrolla en

esos fermentos de carne viva almacenada, al calor de todas las tendencias y necesidades de la naturaleza humana. He oído referir y he leído muchas veces pavorosas crónicas, salidas, como resudaciones de sepulcro, de esos antros donde se arrastran, a la sombra del misterio, no sé qué especie de ignoradas larvas. Cuétan que en raras ocasiones, aquí, en Quito, como en Lima, y en Viena y en Lisboa, la geología de la criminalidad ha sacado a luz de los conventos en ruinas todo un osario de párvulos recién nacidos. Cuéntanse también historias abominables de adquisiciones de cuantiosas herencias, por medio de la seducción y la clausura monacales. Pero prescindiendo de todas las contingencias de la personalidad dentro de esos muros donde no penetra la investigación del periodista ni las miradas de la policía, concretémonos a examinar el aspecto jurídico de ese como secuestro ilegal, antisocial, inhumano y absolutamente incompatible con el grado de adelanto y cultura intelectual que los ecuatorianos hemos alcanzado en ochenta años de vida independiente y de educación democrática y republicana».

Con la Constitución en la mano, prosigue luchando por la abolición de aquel anacronismo que en plena libertad esclaviza a los humanos y los *hace morir para el mundo* en pleno mundo y en plena vida. Destruye vigorosamente el argumento de que son esclavos voluntarios, se encara contra la indiferencia de la sociedad que soporta estos males, y pone en su punto lo que entendemos por *libre albedrío*, tratándose de niñas, de ilusas y de sujestionadas.

Oídle:

«Son esclavos voluntarios, objetan los esclavizadores; pero sobre que la ley no distingue entre esclavitud impuesta y esclavitud aceptada, ¿cuántas infelices cautivas, víctimas de su irreflexión, de su ignorancia o de su fanatismo, estarán actualmente dispuestas a dar todos los días horribles que les restan de su vida, en cambio de una sola hora de libertad, y cuántas preferirán, tal vez en este mismo momento, a la infame existencia que soportan, buscar desesperadas un refugio libertador en el seno de la muerte?»

Continúa apoyándose Valverde en la suprema ley de la República que a las veces no sirve sino para doblar los abusos.

«Nadie puede ser detenido, arrestado ni preso,—dice el artículo 26 de la Constitución,—sino en los casos, en la forma y por el tiempo que las leyes lo determinen.

«Diez y seis años de presidio, este es el *máximum* de las penas que las leyes imponen al asesino alevoso, al incendiario, al parricida. Diez y seis años: esta enormidad de tiempo es la montaña que debe pesar sobre los crímenes enormes».

Es patética la manera de plasmar la pérdida de las ilusiones y de la vida, el lastimoso desperdicio de un tiempo más rico que el oro y que ¡ay! nunca vuelve. Insiste Valverde así:

«¡Diez y seis años! Contadlos, señores, día a día, hora tras hora, dentro de la estrecha celda de una penitenciaría; medidlos y calculadlos, haciendo un esfuerzo supremo de reconcentración imaginativa, y os estremeceréis de horror y de conmiseración ante esa dilatada y no interrumpida serie de suplicios, cada vez más terribles y crueles.

«¡Diez y seis años! Y sin embargo, el infeliz prisionero, por viejo que sea, sueña con la libertad de que gozará algún día; piensa en la fuga posible, espera la concesión de la gracia solicitada; cuenta los días que le faltan para salir de la cárcel aborrecida y recorrer las calles, los campos, los caminos, libre, feliz, lejos de esos calabozos estrechos, de esos cerrojos brutales y de esas rejas opresoras, que representa, en su ánimo acorralado y en su conciencia oscurecida, el colmo de la perversidad y la injusticia de los hombres.

«Este *máximum* aterrador de diez y seis años de presidio va pareciendo con razón a nuestros criminalistas una pena desproporcionada y excesiva; y es de esperar que la sociedad humana, más humanada cada día, será en lo porvenir menos severa para corregir las faltas de los infelices a quienes la sociología moderna se siente inclinada a considerar, no como a criminales, sino como a enfermos, no menos dignos de lástima y de consideraciones que los que encerramos y asistimos en nuestros manicomios y hospitales.

«Pues bien, señores, hay en el Ecuador una secta religiosa que impone a mujeres inocentes la pena imponderable de la prisión perpetua, esto es, veinte años, cuarenta años, tal vez hasta ochenta y más años de

reclusión absoluta y de martirio, sin otra culpa, sin otro motivo, sin otro pretexto que un voto imprudente, arrancado a la exaltación religiosa o al despecho, sin esperanza de redención dentro de las prácticas de nuestro formalismo asiático, por más que la víctima se arrepienta al siguiente día de su espantoso sacrificio y clame, dentro de la tumba en que quiso encerrarse voluntariamente, por la libertad y la vida que le negarán, con la obstinación feroz del fanatismo, sus implacables e insensibles carceleros.

«¿Qué importa que esa mujer sea hermosa, buena, tierna, apasionada, inteligente, ilustrada, apta para la maternidad, para la vida social, para formar y embellecer un hogar, para constituir y educar una familia? ¿Qué importa que sufra? ¿Qué importa que se vuelva loca, que se lamente, que agonice y muera? Su voto es cadena perpetua que no puede romperse, y no puede romperse, señores, sólo porque esa infeliz esclava de añejas prácticas de superstición y de barbarie ha tenido la desgracia de nacer, en esta era de su emancipación, en el seno de una sociedad imponente para libertarla.

«Ella hizo libremente sus votos, objetan los que continúan ejerciendo, a su modo y como pueden, el santo oficio de sus antepasados los inquisidores. Pero, aún admitiendo una completa libertad de acción y una espontaneidad inalterable en la vocación supuesta, ¿de cuando acá la ley civil se ha de constituir en patrocinadora de los que se comprometen a violarla?

«Si yo firmara libremente un contrato de esclavitud, ese pacto sería legalmente nulo:

«Si un hombre rico y poderoso quisiera establecer en Guayaquil o en Quito un serrallo, formado por mujeres libremente contratadas, las intenciones de ese hombre, una vez conocidas, caerían bajo la acción inmediata de la policía.

«Cualquiera que intentara o perpetrara la retención arbitraria de uno de sus semejantes, sería juzgado de conformidad con el código penal, por más que alegara la buena disposición y el consentimiento espontáneo de la persona ilegalmente retenida. ¿Por qué razón ha de ser menos inmoral y punible este delito, sólo porque para cometerlo se alega un motivo religioso? ¿Y por qué razón los motivos religiosos, por inmorales que sean, han de supeditar a nuestras leyes?

«Tiempo es, señores, de que volvamos en este punto por los fueros de la razón y la justicia; tiempo es de que defendamos, en la mujer, uno de los más sagrados derechos del hombre; tiempo es de hacer efectiva la soberanía de la Nación; libre e independiente constituida, y de que levantemos muy alta la bandera de la república, para que ella flamee también sobre los muros de esas bastillas de la edad media, llamadas monasterios, anacronismo casi imposible en estos tiempos en que no hay ya cuerpos opacos que se opongan al paso de la luz radiante; petrificada protesta de la inmovilidad egipcia contra el progreso ecuatorial, con burla, injuria, desprecio y desconocimiento de nuestras libérrimas instrucciones.»

Cada idea, cada vigorosa corazonada, cada observación cada encolerizamiento santo son líneas de firme buril que abundan y perfilan la figura de Valverde.

Atended a sus fervores, que, preocupado siempre del bien ajeno, arranca de lo más íntimo, con verba apostólica:

«Quiero hacer todas las concesiones posibles a nuestros adversarios; quiero suponer no sólo la constancia inquebrantable en la resolución de las reclusas, sino también una vida feliz, dentro de las reglas del instituto y dentro de los goces del más inofensivo misticismo, quiero conceder el absurdo que no exista una sola excepción en esa hipótesis de perfección beatífica: que todos los instintos humanos se aplaquen y se modifiquen; que la imaginación se encierre siempre en el molde estrechísimo de la contemplación ascética; que la memoria se atrofie; que los ojos no vean nunca la carne tentadora de las vírgenes vestidas y de los crucificados desnudos; que la voz de los confesores tiemble alguna vez por efecto de la senectud y no por el de la pasión mal comprimida; que el contacto de la mano del médico no despierte ninguna sensación adormecida; que la sinceridad de todos los gestos, de todas las ceremonias y de todos los afectos no se cubra un solo instante con la máscara de la hipocresía; que el amor no se trueque en odio, la caridad en envidia, la espontaneidad en despecho, la castidad en desesperada lujuria; quiero conceder la posibilidad de un cielo dentro de ese infierno, de una sociedad de ángeles puros en esa oscura hibridación casual de pa-

siones encadenadas y de caracteres deprimidos, y pasar sobre todos los establecimientos monacales un nivel de igualdad absoluta, para la igualdad y felicidad de esas forzadas voluntarias que han encontrado el ideal de sus aspiraciones en el fondo tenebroso de su sacrificio. Pues bien, señores: esa ablación feliz, sería un atentado. Y para que dejara de serlo, sino ante la ley, a lo menos ante la conciencia racional de los que ningún provecho obtenemos de todas esas deformaciones monstruosas de la naturaleza humana; para que dejara de serlo ante el espectro de una posibilidad aterradora, la de que una sola voluntad se revela alguna vez contra la obligada sujeción a una regla aborrecida, sería indispensable que no pudiera citarse un solo caso de relajación de votos monásticos o de fuga de claustró o de traslación de la celda de un convento a la de un manicomio o de una cárcel.

«Para que la clausura religiosa de la mujer no fuera ya un crimen en el Ecuador, precisaría tal vez que la sociedad ecuatoriana toda pudiera estar convencida en todo instante de que el sacrificio, o, si se quiere, el método de vida, aceptado por cada una de las monjas, es siempre voluntario, libre siempre de toda coacción perturbadora del ejercicio de su albedrío en cualquier momento al alcance de la crítica social y de la vigilancia de las autoridades constituidas, a fin de que dejara de ser una mentira de que la Constitución garantiza eficazmente la vida, la libertad y la propiedad de todos los ecuatorianos.

«Mas, ¿qué digo, señores? Esa imaginaria y absurda inquisición social sería a su vez la imposición odiosa de muros y cadenas morales, para asegurar la inviolabilidad de un voto que se considera inquebrantable; de modo que, aún en el caso utópico propuesto, la clausura evidentemente espontánea y voluntaria, bajo la fe de una promesa obligatoria, continuaría siendo una verdadera atrocidad, casito de suicidas, con propaganda libre para aumentar el número de los adeptos.»

Es una lástima que no pueda reproducir íntegra su luminosa conferencia *La clausura religiosa de la mujer*; pero, después de su lectura, todo hombre honrado siente la necesidad de abrazar a su autor y de llorar

de entusiasmo con él después de protestar contra tanta iniquidad humana.

Con razón, los editores de la *Conferencia* decían en la introducción intitulada *Excelsior*:

«Hombre de corazonadas de libertador, como las de Bolívar, que encontraba pequeño los Andes si era necesario destruir para levantar en América el sentimiento del derecho, el señor Valverde merece ese apasionamiento con que les seguimos cuantos amamos todas las libertades, hasta la que menos nos importa: y no creemos que resistirá a las explosiones de la crítica racionalista ni aun ese hacinamiento de siglos de sombra, que ha carbonizado mil y mil generaciones consumidas en adorar todo un mundo de quimeras e ilusiones.

«Otras, ya desencantadas, levantarán luego la negra capa fósil, y si allí no brota una resurrección completa, por lo menos desaparecerán para siempre esos sepulcros de la vida.

«Las tenebrosas oquedades se llenarán con instituciones de ciencia y caridad, únicas sendas de salvación por donde la familia humana puede no llegar a una quimérica inmortalidad, sino a la plenitud de sus hermosos ideales en el mundo de la verdad.»

Confesad, pues, con pruebas tan elocuentes, si don Miguel Valverde no ha consagrado su vida al bien de la especie humana.

En punto de patriotismo, tan grandes son sus problemas que llegan a la utopía.

Recuérdese lo que en el Brasil proyectó, en una estipulación de estadista inspirado, con el excelso Barrón de Río Blanco.

De realizar su concepción diplomática, el pleito limítrofe con el Perú se habría solucionado sin sangre ni sonrojos.

Tal se destacó el gran hombre en esta estrechez moral que llamamos patria. En el silencio he venido simpatizando con las virtudes de este santo moderno que, desde niño, supo amar la libertad y erguirse en los trances más difíciles con indomable y hasta temerario valor a defenderla. «Ser grande y verse tratado como pequeño», dice el señor Raymundo Aviega M., aludiendo al olvido en que se acostumbra sepultar a los de mérito. En el fondo de estas palabras, late la tris-

teza, que se hermana con el rubor al pensar que vivimos en una república en la que no surgen los mejores, sino que, al contrario, se encumbran ¡ay! no sólo las medianías, sino también las ineptitudes que, como timbres de valía, exhiben ufanas su audacia y su poca vergüenza. Mientras tanto, Valverde continuó modesta y silenciosamente en un puesto secundario de maestro de escuela de provincia, hasta que le llegó la hora de partirse, en funciones consulares, a Europa, en vísperas del viaje final del que no se vuelve.

¡Llor al moderno Francisco de Asís que vivió humildemente en el reinado del espíritu, pese a las risotadas de los que creen todavía que es criminal acordarse de estos santos que disciplinaron su voluntad!

Y al concluir, el pálido reverso de la medalla, para probar que fue hombre: la inquina que profesó, hasta más allá de la tumba, al General Alfaro, habiendo sido su amigo, y tan íntimo, que hasta se tuteaban. Le volteó las espaldas implacablemente, y hasta ¡oh error desconcertante! aplaudió el horrendo sacrificio, en un telegrama dirigido desde Manabí en hora de ofuscación, que, de no ser así, constituiría un *inri* en la historia. Sin duda alguna, fue una *violencia* de la que debió arrepentirse.



UNA POETISA DEL HOGAR

Cantar las dulzuras domésticas, entrar en el seno de la familia a esparcir ternezas, conocer las virtudes de las madres, su abnegación, el sacrificio por el fruto de sus entrañas; puntualizar los deberes filiales, santa misión de la poesía, que se transforma en arpa sagrada del amor.

Los distintivos de la poetisa guayaquileña Mercedes González de Moscoso brillaron en el hogar, en donde su lira vibró al calor de los más sinceros afectos.

Esta sentimental dama todo lo debió a su autoeducación, al cultivo de los inefables sentimientos domésticos. Nacida en Guayaquil, el 12 de octubre de 1860, apenas pisó por dos años los umbrales de una escuela que entonces dirigía el preceptor don Wenceslao Echaniue. A los quince años, comenzaron a brotar de su alma las primeras flores poéticas, sencillas y llenas de unción, que se publicaron en un periodiquito llamado «El Orden» que su hermano, el escritor Nicolás Augusto González, redactaba en Quito.

No sólo las composiciones líricas sedujeron a la poetisa del hogar. Cultivó el drama, en el que, la misma cuerda resonaba, la de la casa donde la familia desata a veces tragedias oscuras, heroísmos dignos de loa, que pasan inadvertidos.

El doctor Luis Eduardo Bueno cuenta las impresiones de la representación de «Martirio sin culpa», drama puesto en escena en Quito, hace cuatro lustros.

Narra, con prolijidad, el argumento de los tres actos y reproduce no pocos octosílabos. Entrando en la crítica, se interroga así: «¿Defectos de la flamante obra dramática? Los hay indudablemente. El buen juicio de algunos de los espectadores los apuntó mientras se la representaba; y la crítica se ha encargado de corroborarlos luego, con fallo severo quizá, pero merecedor en todo caso de estima. Hay escasez de vigor en el desenvolvimiento de la acción; entorpecenla incidentes innecesarios para el resultado definitivo; succeden las escenas sin naturalidad, de manera poco espontánea; y, por último, ninguno de los personajes descuelga por sus dotes, por su carácter enérgico, inquebrantable. ¿Graves, imperdonables pecados, de aquéllos que no merecen indulgencia ni aún en artículo de muerte? No lo son los anteriores, ni los hay tampoco. La trabazón de la obra, si no es de factura perfecta, satisface en lo general. Los caracteres no son indiscutibles o de hierro; en cambio, tampoco son de cera contrahécha. En el mismo argumento hay realidad viviente, *idealizada*—perdónese la palabra—por la fantasía creadora de la poetisa; es decir, verosimilitud tal cual la exigen los preceptistas». (1).

Otras de sus obras teatrales son «Por la Honra», «La Madrastra», «Abuela». En este último drama, en tres actos, consagrado a doña Rosario M. de Martínez, «ángel de virtud y hermosura, esposa abnegada, madre heroica y excelente amiga», desenvuelve un sano feminismo, saliendo por los fueros de la mujer que cultiva su inteligencia con el cultivo literario. Se diría que hace su propia defensa, cuando expresa que desde muy niña comenzó a borrinear versos, sin desatender, por esto, sus obligaciones de esposa y madre. «Mis mejores poemas, dice, fueron escritos en medio de las fatigosas labores que nos impone la pobreza; acompañando en sus juegos a Cristián y más tarde conociendo la enna de Lea». «Escribo, añade, no por alcanzar gloria, sino por acallar muchas penas que me roen el corazón; por consuelo, más que por ambición de renombre.... A pesar de esto, hubo escritorzoelo mal intencionado, que me aconsejó rompiera la pluma

(1) Nadexias.

y tomara la calceta: ya lo ves, a pesar del adelanto del siglo, la mujer es siempre esclava del hombre. ¡Cadenas en el alma y cadenas en el pensamiento!.

Se subleva con razón ante la estrecha idea, sin poder conformarse, ni por un momento, con el reducido papel familiar que le prohíbe dar alas a su imaginación. Tiempo hay para las domésticas labores, para la aguja, la plancha y el puchero, y tiempo para las nobles enseñanzas, ya que el vuelo del espíritu no está reñido con las más prosaicas tareas. "El estrecho círculo del hogar, observa la poetisa, es todo un universo para la mujer de corazón bien formado; centro de puros y sublimes afectos, en él está la vida engalanada de hermosas esperanzas o ilusiones que nos sonríen; pero la imaginación necesita de horizonte más amplio en donde desplegar las alas, bien así como el alma necesita remontarse al cielo en sus secretas luchas. Más fácil lo sería a ese sér delicado y gracioso, el cumplimiento de su santa misión en la tierra, si el estudio serio, los conocimientos profundos, le prestaran fuerza para el combate diario, combate en el que, a veces, hasta la fe sucumbe. Oprimida en círculo de hierro, hasta hoy apenas ha podido ser abnegada esposa y heroica madre, títulos que engrandecen, pero que, para llevarlos con nobleza, necesario se hace desterrar las densas brumas en que la envuelve la ignorancia, para que se levanten verdaderos hogares en los que la virtud y el honor tengan un trono, y en los cuales la esposa y la madre, como las sacerdotisas antiguas, inculquen la moral, comprendiéndola".

Y lo que afirma en prosa, lo ratifica en verso. Allí está su tomo de poesías "Cantos del Hogar", publicados en Quito en 1909. "Toda esa inmensa poesía, le murmuró su hermano Nicolás Augusto, existe en tu corazón de esposa y madre, como existe el azul en el cielo, el verdor de las selvas de nuestra tierra, la hermosura en la garganta de las aves que pueblan esas selvas y la inspiración en el cerebro del genio".

Al dedicar el bello y puro volumen a su esposo, derrocha sus afectos con cautivante ingenuidad, le pide que le ponga junto a su oído para que pueda escuchar cómo se quejan sus dolores y cómo murmuran sus plegarias y que lo guarde hasta después que la muerte hiele las manos que trazaran esas lloriqueantes páginas,

esas inefables frases, ya que considera ese libro como su tesoro, desde que puso en él su alma.

«Como pétalos suaves de magnolia
son de mi libro azul las hojas blancas,
pero en éstas se miran hondas huellas
de apasionados besos y de lágrimas».

Relata cómo suele escribir, componiendo de memoria sus estrofas, estimulada por la remembranza de los genios queridos. Afirma que su musa no conoce el arte ni las deslumbrantes vestiduras, sino que se presenta "triste y enlutada, envuelta en el misterio de las sombras". ¡Con qué hondo cariño visita la tumba de su madre! A su evocación, apaga sus rencores y calma sus pesares. Vuelve consolada al hogar, a dedicarse a sus dos íntimos amores; a su niña risueña y a su esposo idolatrado. Su constante cuidado es la dicha de su hija, a quien prodiga consejos y formula ardientes votos por la conservación de sus ilusiones y la custodia de la virtud y la honra, junto a una conciencia limpia "en la que vierta la inocencia su aroma". Donde se abran las frescas hojas de "Cantos del Hogar" se hallará suave perfume, impregnado de poesía, que tonifica a los sufridos corazones. Es un breviario de ternuras; un ramillete de tristezas y remembranzas. Familia, amigos, recuerdos, ósculos de afecto, lágrimas sinceras, todo lo dulce y santo está viviendo en ese libro, inspirado por la más adorable de las causas, que vierten, sobre el infortunio de la vida, el más eficaz de los bálsamos, el del amor eterno como el mundo.

Su otro libro de poesías «Rosas de Otoño», publicado también en Quito, en 1911, abunda en los mismos ideales, porque la cantora del hogar no se aparta un punto de su tema favorito. La fuente de su melancolía es inagotable.

«Lo que con el alma se expresa, al alma va directamente, dice la prologuista doña Lastenia Larriva de Llona, esposa del fecundo bardo Numa Pompilio. Los versos de Mercedes González han penetrado en la mía como por derecho de conquista, y se han enseñoreado de ella. Los siento; pero no puedo ni quiero analizarlos. La mujer, la madre, les da todos sus votos en favor y no consienten en escuchar el dictamen de la es-

critora que podría venir armada del criterio de la fría razón. Si la autora ha sabido tocar las fibras más sensibles y delicadas de mi sér; si me ha hecho gozar, si me ha hecho llorar, ¿qué más puedo pedirle?»

Y éste es el más grande elogio de una obra: despertar emociones.

Sería un bien para el corazón de las niñas que los delicados versos de Mercedes González de Moscoso fuesen texto de lectura en las escuelas. ¿Qué principio educador más grande que pulir los sentimientos de la infancia?



CESAR BORJA

Poeta bravo en sus concepciones, vibrante. El paisaje ecuatorial le sedujo. Su pincel ha triunfado en varias descripciones. Como buen médico, se ocupó en algunos problemas y morbos sociales, tratándoles en sus versos. El mismo declaró que sólo escribía en los ratos de ocio. Atenciones de otro género le consumían el tiempo. Tomó cartas en la política y fue aventado lejos. Hallábase desterrado en 1895, cuando le sobrevino una terrible desgracia: falleció su madre. Arrancando protestas y sollozos de su corazón, compuso una viril elegía. Fue enemigo del General Eloy Alfaro. No pudo ocultar su rencor en el doliente poema intitulado *Madre* que publicó en San José de Costa Rica. Años más tarde, llegó a ser Ministro del Viejo Luchador, como por antomasia decían a Alfaro. En el Congreso, como Secretario de Estado, pidió, en rauda y vehemente arenga, una estatua de oro y argento para su adversario de marras, aplaudiendo la obra del ferrocarril del Sur.

Su inspiración quiso abarcar lo más humano, el hogar y la familia, y también la armonía divina del verso. En «Primavera del espíritu» decía así a su musa:

«Tú, la lira y el ritmo y la cadencia;
tú, la escala cromática y la gama;
tú, la miel eucarística y la esencia
y el verbo y el espíritu y la llama».

«Patria» es poesía civil, de encumbradas ideas. «Fin de Siglo» es un robusto poema, escrito con motivo del hallazgo de los restos de Sucre. «Paisajes y recuerdos» reúne los esplendores de la selva ecuatoriana, el ornamento andino, los inmensos ríos como el Esmeraldas.

—Borja no es poeta popular, para ser cantado en coplas al són de la guitarra, me decía un amigo; sino de otro género de popularidad.

—¿Qué es, al fin y al cabo, un poeta popular, le pregunté.

Un poeta francamente social,—me repuso el colega que tanto había ahondado en la crítica,—que marche con las urgencias de la época. Como notase mi sorpresa, añadió:

—César Borja es de los poetas de espíritu moderno y en cierto modo popular, salvando sus traducciones parnasianas, en que el estilo es manjar escogido.

Un poeta para el pueblo debe, sin aparatoso ceremonial, llegar, bella y sentidamente, a su corazón; remover ese fondo de poesía primitiva que reposa en las entrañas de la multitud; abundar la mina de sus ingenuas emociones. Entre los cantares legítimamente del pueblo, burdos y todo, hay universos de poesía y de intenso sentimiento. Por lo mismo que son sinceros, dicen las cosas con vigor y hermosura. El bardo recoge esos decires, pone un poquito de su arte, les da un baño de técnica, sin alterar la esencia, y los devuelve, retocados así, al pueblo de donde brotaron, como las benéficas lluvias vuelven a la madre tierra de donde salieron. Con subjetivismo emocionante y calor pasional, conmovedor y humano, la plebe desgarrar sus entrañas y muestra con sencillez, no por ruda menos conmovedora, sus dolores y pústulas sociales. La poesía los sintetiza, a veces en una décima, en una redondilla, en una endecha que el vulgo manosea y metamorfosea en lugar común, sin que por esto haya disminuido su filosofía sutil y su emotividad.

Recuerda este papel mágico y lacónico el famoso diálogo del ironista Anatolio France, tan discutido después de su muerte, acerca de los cuentos de hadas. Pone en boca de Reimundo estas frases de frescor eterno, contestando a su prima Laura, a la que saben a delicia los cuentos de hadas, aun los más nimios y absurdos: «Convegamos, priimita; convengamos en ello»

francamente. La *Ilíada* es también infantil, y es el poema más hermoso que puede leerse. La poesía más pura es de los pueblos nacientes. Los pueblos son como el ruiseñor de la canción: cantan bien mientras tienen el corazón alegre. Envejeciendo, se vuelven graves, sabios, cavilosos, y los mejores poetas no son más que magníficos retóricos. Ciertamente, *La hermosa durmiente del bosque* es pueril, y por esto puede compararse a un canto de la *Odisea*. Aquella adorable sencillez, aquella divina ignorancia de los primitivos tiempos, que sólo se encuentra en algunas obras literarias de las épocas clásicas, se conserva en flor con todo su perfume en las canciones populares y en los cuentos».

Hace falta en el Ecuador poetas realmente populares que penetren en el alma nacional y vayan hasta lo más recóndito, al tugurio y a la cabaña, a consolar y traducir lágrimas y pesares que inadvertidos pasan en el tráfigo cotidiano.

Anatolio France, sin dogmatizar, ha expuesto la doctrina del poeta popular, del que necesitan algunos países, para no establecer el anacronismo entre la falsa cultura europea que aparentan y su auténtico modo de ser, colonial en el fondo.

Aquilatar la paradoja, ser un bardo infantil, descender a los cantos sociales, aproximarse al tugurio, visitar la misera estancia amorosa doliente y plebeya, es interpretar la ignorada belleza del rebaño humano de los pueblos chicos, apartados de la civilización, sin caminos ni vías férreas, a miles de kilómetros de las tradicionales y simpáticas ciudades, en las que florecen los ingenios y se forman los cenáculos de las letras; contritos tranquilos y sin preocupaciones, libres de los inconvenientes y las mentidas comodidades de las enormes urbes, donde son deplorables los escándalos sociales y los abusos de la inteligencia.

La poesía popular describe los lugares edénicos, adecuados a los festejos místicos de la fe primitiva, los rezos sabáticos, los meses de María, las procesiones, los florilegios, la erección de altares, las ocupaciones sin mácula, los versitos religiosos, de preferencia marianos. Algo más todavía, que se relaciona con el estado social, con la vida económica, con las rudas labores, con los mórbos psíquicos y los materiales. Tímida y len-

tamente va evolucionado hacia lo profano y mundanal, para estudiar problemas de más trascendencia.

Flores Tardías es el título de la composición en la que, con un dejo hondamente humano, cantó la piedad infinita de las cosas, hasta que el eterno descanso envuelva humildemente al poeta, sin árbol frondoso que le cubra con su sombra, sin lápida ni túmulo. En medio de la desolación sepulcral, quiere que le sobrevivan las flores que él engendró tardíamente.

“Sobrevividme ¡oh flores!: mi corazón enfermo
 os dió su amor, su fibra, su sangre y su latir,
 nacisteis, cual la zarza, de la aridez del yermo—
 piedad de intenso revivir.
 Creced sobre la piedra que cubra mi cadáver,
 en bella, impenetrable, fecunda floración;
 creced cual la amapola que brota del papáver—
 opio de paz del corazón”.

Estrofas esculpidas en granito por el alto poeta César Borja, dejan a la vista las tristezas de la vida; las diarias escenas de amargura de los que se sienten agobiados bajo la angustia de las profundas heridas abiertas por la implacable mano del dolor. Poema desgarrador como algunas elegías de Carrere, y de arte más sincero que muchas orfebrerías de Darío. Pensando en tantas lágrimas y penas de los desheredados del destino para quienes abrojos y cadenas son las flores que hallan en su duro vía crucis; pensando en aquellos dramas angustiosos que ocultos y sin remedio permanecen, vibra el plectro de César Borja. Manda sus ecos quejumbroso, los ayes de su lira, a la entraña social. Así, en medio de la duda, del tedio y del indiferentismo reinantes, increpó a la sociedad que dejaba morir a un angelito en brazos de la pobre madre, que lloraba sobre un jerjón de harapos. El único supremo consuelo en la miseria, la muerte. Pero “no siempre el dolor mata, dice el poeta; no siempre es generoso; no siempre son sus golpes heraldos del reposo”. Vivirá la madre para exigir la vindicta social.

“Mas no será dichosa, jamás tendrá ventura;
 serán sus enemigos su hambre y su hermosura.
 Su corazón, vacío de amor y de esperanza,
 le llevará repleto de encono y de venganza.”

De encono contra el mundo que le burló el cariño;
de encono contra el Cielo que le mató a su niño".

De *Sombras*, volvamos a *Piedades*. Son palabras de agonía, recónditas plegarias a favor de los que desfallecer se sienten. Confía en la piedad humana, y se subleva, sin embargo, al mirar tantos pesares y clama con épica resonancia que conmueve las entrañas. Impreca a la naturaleza y anhela piedad para todos, para los abrojos, los espinos y las piedras. Pide flores humildes y que sangran—las del martirio—para su tumba, en la que la yedra que forme tupida alfombra sea como un nido para el ruiseñor azul de sus versos. Paréceme como que implorara el poeta así: ¡Déjame divagar! No desvirtuéis el sueño halagador que me alimenta cuando pienso en mi sepulcro; no me volváis a la fuerza de la vida, a su angustiosa realidad y pena. Si yo viajo por mundos de ilusiones ¡por qué descender al fango de la tierra? ¡Oh piedades! ¡Por qué queréis que borre mis ensueños con la cruel decepción del que despierta? Sí, cruel engaño. ¡Por qué se ha de volver polvo mezquino el castillo dorado que sustentá todas mis esperanzas, mis ideales y cuanto forja un alma de poeta?

El Dr. César Borja reunió en un solo tomo intitulado «Flores tardías y joyas ajenas» los versos que compuso en su vida, robando un poquillo de tiempo a sus faenas profesionales y después a las gubernativas. «Hace algún tiempo que colgué mi péñola literaria,—decía en 1908,—justamente desde que me trasfugué en la prosa administrativa, la cual anda reñida con la bella literatura, acaso por razones de incompatibilidad o incongruencia». (1)

En el citado volumen no consta la elegía «Madre» ni la cantata que compuso en el centenario del primer grito de la independencia, cuando se inauguró el palacio de la exposición que es hoy escuela militar.

Son hermosas sus traducciones de Baudelaire, Leconte de Lisle, Verlaine, Sully Prudhomme y José María de Heredia.

Fulja como de ejemplo el soneto escultural *La vie de Morts*:

(1) Carta—prólogo a «Lujo de Pobre», artículos literarios de F. J. Falquez Anpuero.

«Cuando claven la cruz de nuestra fosa,
seguirán nuestros almas sin martirio;
y nacerá de tu cerebro un lirio,
y, de mi sangre, purpurina rosa.

La muerte compasiva y silenciosa,
que tus versos cantaran con delirio,
vendrá a llevarnos a la dulce Sirio,
el astro de la vida esplendorosa.

Llegaremos al sol, y, eternamente,
tú y yo, fundidos en su llama ingente,
y luz y lumbre de su eterna pira,

viviremos la vida perdurable,
el bardo del amigo inseparable,
en la Gloria, en el Numen, en la Lira.»

Otro tanto pudiera decir del primer de versión del soneto que presenta a los conquistadores que zarparon de Palos con rumbo a Cipango, del que habla de la idea obsesionante de Ponce de León al buscar el manantial de juventud, «la Fiesta de Salud en el Océano,» recorriendo varios países de las Bermudas a Florida; del que describe la selva de corales «que guardan en los hondísimos cristales su inerte fama y su brillante flor»; del que olvida la siesta en el quieto dormir del bosque, en pleno sol del eusueño; del que pinta la muerte del águila, y otros.

De co-cha propia, a las ternuras de padre, unió la honda observación del analista. Sus sonetos comprendidos en «Madre Natura» servirían de modelo. De su examen psicológico brota la soberbia de su temperamento.

«¡Soy así porque soy!..... La culpa de ello
Natura tiene que me dió la vida:—
mi ánima, en carne, a su pesar nacida;
trajo a este mundo destintivo y sello.

Dióme natura el sentimiento bello
de su alma inmensa, con mi sér unida;
su imagen llevo en mi razón, fundida,
su altiva mente y su genial destello,

Dióme su hermosa libertad salvaje,
y, en la gana de luz de su lenguaje,
templó mi verbo y acordó mis nervios

No te arrepientas de mi sér, ¡Natural
y renuéva, en tu génesis, mi hechura,
con espíritu y átomos soberbios.»

De estos bardos, rebeldes, que lanzan su apóstrofo a la sociedad, que descubren los cuadros sombríos que ella trata de disimular, necesita la época. El dolor universal ha de hallar el verbo viril de los poetas que anhelan bienes para la humanidad, curando sus lacerias y hablando sin miedo, libres de voces fingidas, de afeminamientos y falsos misticismos. Por algo se dirigió a los humildes y heroicos luchadores para decirles, en un himno al esfuerzo:

«Los héroes sois vosotros, los fuertes, los viriles
y atléticos, de brazos fornidos y desnudos,
que devastais las selvas de robles y pambiles,
al filo de las hachas de rápidos perfiles,
que hacen llorar los troncos ancianos y nervudos.»

~~~~~

# ABELARDO MONCAYO

---

El historiador que, movido del ardiente deseo de investigar la verdad, a través de las deformaciones del tiempo, quisiese establecer normas educativas regresando su vista a un ayer no muy lejano, quedaría absorto ante el cambio sufrido por la República del Ecuador en cortos seis lustros. Un cuarto de siglo ha bastado para que la política, después de fuertes sacudidas, se transformase profundamente hasta en sus formas gubernativas.

Los hombres históricos, los de la lucha infatigable por la libertad, los que hallaron resistencias y tuvieron que combatir transformando su pluma en un haz de rayos o acudiendo a la espada, todos han caído para siempre en el sepulcro.

Las nuevas generaciones ven las cosas con un poco más de tolerancia y bondad, porque no encontraron un medio hostil ni les salió al encuentro el anatema. Los apóstoles del liberalismo, las glorias más deslumbrantes pasaron. Poderosos al parecer indestronables se abatieron al soplo del huracán político.

¡Cuántas cumbres descendieron sin dejar rastro de su momentánea grandeza! La opinión pública dió en la flor de llamarles *ilustres*, poniendo más sarcasmo que buena fe en el epíteto.

Abelardo Moncayo fue uno de los últimos campeones en descender a la tumba. Poco antes de morir, la política le había aventado lejos. Sufrió las amarguras del destierro; pero, como los astros de luz propia, ni

en la desgracia dejó de alumbrar, porque Abelardo Moncayo fue uno esos claros talentos: inspiraba respeto, aunque no le sonriese la fortuna. Esto prueba que tuvo méritos propios, que no eran desprendidos de la ocasión propicia.

En la primera administración de Eloy Alfaro brilló como su primer ministro, el de Gobierno, con amplios poderes que le dieron omnipotencia en el mando. En la segunda administración del presidente mártir, antes de que le fuese adversa la política, estuvo encargado del Poder Ejecutivo por haber presidido la Cámara de Senadores. Después vinieron los días de persecución. Tan encarnizada ésta, que hasta se le discutieron las aptitudes para el rectorado del Instituto Nacional Mejía, con el fútil pretexto de que no era bachiller.

En tierra las figuras del liberalismo, los congresos fueron cada vez degenerando, entregados a sostener campañas bancarias, a recargar de impuestos al pueblo, a adular al militarismo y a dictar leyes de conveniencia personal, inspirados en casos particulares. Las disposiciones legislativas favorecían a determinados círculos. La red de los intereses creados volvía las tareas legislativas obra de inacabable factura, como el tejido y desteje de la tela de Penélope. Los padres conscriptos de otros días, angustos e incorruptibles, enrojecían de vergüenza. Varios logreros sólo pensaban en el aumento de las dietas a los senadores y diputados. En 1925 llegaron a subirse al doble la renta diaria. De veinte sueros que cotidianamente ganaban, de golpe se adjudicaron cuarenta, en tanto que el pueblo agonizaba de hambre.

Los viejos políticos, las cumbres de la sagacidad e inteligencia, declinado, habían, al peso de los años o de la ingratitud. Iban desmoronándose aquellas columnas. Cayeron los Alfaro en 1912, víctimas de horrenda tragedia. Dr. Abelardo Moncayo bajó serenamente a la tumba el 29 de Junio de 1917. Los Valverdes, los Fernández, los Cárdenas, los Velas, los Borreros ya no existen. Estas pérdidas nacionales han pesado grandemente en la política del país.

Mas no quiero hablar del político, sino del educador y del literato. Figura como uno de los más decididos fundadores del Instituto Nacional Mejía. Desempeñó el rectorado del establecimiento desde 1903, reemplazando al

Dr. Agustín Yerovi que cayó súbitamente, para no levantarse, víctima de mal cardíaco. Hasta 1910 desempeñó el cargo. Le reemplazó el doctor Abelar o Montalvo, Jefe del colegio, su período fue áureo. Con sagacidad, introdujo severa disciplina, supo estimular a la juventud, modeló su carácter y atrajo alumnos hasta de las opuestas filas. Se preocupó de la parte material del edificio y levantó un tramo para gabinetes y laboratorios. Incrementó la biblioteca y organizó plan de estudios, honorarios, museos, internado, leyes, reglamentos, etc.

En el convento de la Compañía de Jesús se graduó, en 1862, de maestro, título análogo al que hoy se llama Bachiller. Desde entonces, comenzó a ejercer el profesorado en los colegios de Quito, Guayaquil, Riobamba y Cuenca, regentados por jesuitas, dictando las clases de ínfima, media, suprema y retórica, hasta 1870.

Su espíritu, como el de Renán, como el de Voltaire, experimentó ruda sacudida. Las lecturas iluminaron las interioridades de su conciencia. Protestó contra la doctrina jesuita aprendida, y salió del claustro. La filosofía pedagógica que prefirió abrió un abismo entre el colegio de los hijos de Loyola y el que con el nombre de Escuela Superior fundó en 1871, con la cooperación de los señores Acosta, Guerrero Toro y doña Josefa Salazar, para dirigir a la niñez. En este plantel estuvo hasta la trágica alborada del 6 de agosto de 1875. Se destacó, quizá, como el más sesudo de los conjurados y el de más años. Caído García Moreno, el gran carácter, al golpe de los machetazos del colombiano Rayo, empezó el vía crucis para Abelardo Moncayo. ¡Veinte años de sobresaltos, persecuciones y penoso escondite! ¡Imaginaos lo que el obligado encierro significa! Su juventud se marchitó en esas décadas. ¡Cuán to debieron enseñarle la experiencia y la adversidad, sabios consejeros! En veinte años era posible, de gozar de la tranquilidad requerida, que escribiese una biblioteca. Sin embargo, su producción literaria es muy corta. Algunos artículos doctrinarios en periódicos, algunos folletos políticos y nada más. Usó el seudónimo de Athos. Entre sus opúsculos se cuenta «Aclaraciones», «El monstro de Calle» y «El Ferrocarril del Sur», que son dos discursos ante el Senado de 1903 en defensa de la magna obra. Ensayó el drama en

uno histórico: «El Diez de Agosto», pieza en cinco actos, escrita en La Quinta (Otavalo) en 1883 para conmemorar el primer centenario del nacimiento de Bolívar. Nos hace asistir al suplicio de Midoros, por abuso de la autoridad militar de Arredondo, confiada por el Conde Ruiz de Castilla. Lola, esposa de Midoros, llega tarde en compañía del anciano Presidente de Quito, cuando se oyen las descargas de fusilería. Poeta clásico, canta a la soledad del campo y al Chimborazo, en odas de profundidad filosófica y elevación pindárica.

Reunió sus producciones en prosa en «Añaranzas» que comenzó a editar, cuidando escrupulosamente de las correcciones. Recuerdo que me leyó, entre otros de sus artículos, el consagrado a enaltecer una elegía de Miguel Valverde, dándola tales excelencias que la presenta como obra maestra de la poesía ecuatoriana. Lector admirable, comunicaba a sus pensamientos la intensidad y la fuerza que sintió al trazarlos. «Un drama en miniatura» es el nombre que puso al doloroso poema de Valverde «Ante la muerte». La doctrina estética sintetizo así, en armonía con Taine: «Las producciones artísticas son como un hecho consumado; se las ha de examinar como son, como ha querido el autor que sean, y no como un crítico vulgar quisiera que fuesen o como se ha imaginado que forzosamente debieran de ser. Enrostrad a Napoleón la escasez de fuerzas o cualquier otro detalle, al final de la batalla; pero no le digáis que vos, en lugar de él, no hubieseis aceptado el combate en Waterloo.»

Dijo su admiración ante los versos delicados y de ternura maternal de la poetisa Mercedes González de Moscoso, aplaudiendo la sinceridad de sus afectos y el dolor que le atormentaba. «Pesares efectivos y graves han sido en realidad el lote de nuestra cantora, en la primavera de su vida; pues el destierro, la orfandad prematura, las estrecheces en el hogar, y éste no siempre seguro, cosas son para nublarnos bastante el alma.»

Defendió ardientemente el teatro en 1881, contra la cruzada de frailes y clérigos. Su extensa carta «El Teatro en Imbabura» dirigida al periódico «El Diez de Agosto» de Quito, es luminoso alegato contra el fanatismo de los capuchinos y las excelencias de la escena, pulverizando el principio sostenido por éstos de que «el teatro corrompe el corazón». Su sátira volteriana



triunfa siempre. La erudición imprime mayor autoridad a su defensa. Con punzante ironía, se burla del prelado que llamó al ferrocarril «camino de los demonios» y contra el otro que pidió se destruyese el edificio del teatro que se construía en Quito. «Valga la verdad, observa victoriosamente, si hay palestra en donde el triunfo del ingenio humano se ostente espléndido, completo, sin igual, es el teatro. No se nos oculta el poder de la tribuna ora sacra, ora profana; pero sabios e ignorantes más se estremecerán de horror contra el crimen al ver a Lady Macbeth, sonámbula, desesperada, con un corazón tan vacío y tenebroso como el caos, y con los ojos fijos en esas manos «ay, en esas manecitas que todos los perfumes del Oriente no alcanzarán a purificar!»; si, más se aterrará nuestro corazón con este cuadro que con un sermón de los más fulminantes de un Bossuet».

No consta en *Añoranzas* su monumental y dialéctico «Alegato sobre la prescripción», obra que le acredita de docto en jurisprudencia y especialista en ciencia penal.

Hábil para la polémica, sus masas hercúleas son contundentes y persuasivas. Sabe dorar sus sarcasmos dentro de la más hábil pulcritud, como un buldo puñal que estuviera escondido en estuche de oro. Así se batió con el doctor Luis Cordero, contestándole sus razonamientos a «Nuestra cuestión de límites», cuestión transcendental, digna de ser tratada por tales plumas: la de un poeta, orador y magistrado insigne como el doctor Cordero y la de un escritor correcto, talento preclaro y político ducho como don Abelardo Moncayo. «Por lo difícil y delicado del asunto, dice, a más de ilustración no común y levantado patriotismo, él exige tal sagacidad y tino en quien lo toca que, a no poseerlos, preferible sería mil veces el silencio». El insulto no fue nunca su arma. Varón caballeroso, al derrotar al enemigo, le mostraba un puente de plata para que huyese. Con alfilerazos matadores combatía, sin usar el deuses-to ni la frase descomedida. No hay colores políticos al tratarse de la patria, clamaba. Déjense los odios aparte, no se invoquen los bandos azules ni rojos en los importantísimos temas internacionales. Obsesión fue de Alfaro estos problemas, en el afán de arreglarlos definitivamente, llevado del más puro patriotismo. El mis-

mo doctor Cordero lo reconoció, preocupándose, hasta en su agonía, de la suerte del mártir del liberalismo. El doctor Crespo Toral expresó también que Alfaro fue un gran patriota. Igualmente lo han repetido cuantos no cegaron por el odio sectario.

Moncayo cortó la polémica gentilmente, al saber que su adversario había enmudecido para siempre. Conducta digna de imitarse allí donde la prensa no suele ser cátedra, sino que sirve para desahogos ruines, para feroces arremetidas, para ataques canallescos hasta a los difuntos. «Estaba ya en prensa, anota, la reproducción de este escrito cuando nos llegó la noticia de la muerte de nuestro ilustre contrincante. ¡Paz en su tumba! Como hombre de Estado no es quizá muy honda la huella que él deja en nuestra historia. Pero al literato insigne, al incansable cultivador de la ciencia y antes que todo al Director y Maestro de quienes hoy son la gloria, no del Azuay solamente, sino de toda la República no habrá equatoriano que no rinda sincero homenaje de reconocimiento y profunda admiración».

Horrible es el cuadro que esboza, a partir de 1912, de los sucesos políticos que afligieron a la patria. El asesinato al General Julio Andrade fue el colmo de los horrores, después de tanta sangre vertida y tanto furor canibalesco puesto en acción por menguados ambiciosos que iban enterrando a la República.

La campaña humanitaria que agiganta la figura de Abelardo Moncayo es la empeñada en favor del indio, del esclavo moderno. Inventó la palabra *concertaje* para que el mundo conozca el horror que encierra. Si el indio oprimido por el brutal patrón y explotado por el cura inmisericorde fuera capaz de razonar, ya habría llamado a sus iguales para levantar una estatua a Moncayo, el redentor de una clase escarnecida. «La abdicación absoluta de la libertad, el enagenamiento de la voluntad y de la inteligencia, la muerte, pues, de la voluntad misma, tal es el concertaje». ¡Qué escenas de espanto nos pone delante de los ojos con pasmosa realidad! Entra a fondo en la vida del mísero campesino, unido de generación en generación, como buey de arado, al yugo ominoso de una ley bárbara. Conoce las intimidades del indio, sus costumbres, y le defiende con piedad sublime. En nombre del catolicismo se le ha embrutecido, incitándole a fiestas groseras, para chun-

parle la sangre. Se lo ha vuelto pagano, idólatra, al gañán que sólo piensa en las orgías religiosas para saciar sus apetitos y vender la camisa hasta de sus hijos y nietos para dar su producto al cura, después que el amo, como horrible vampiro, le absorbió no sólo el sudor de su frente, sino también la vida, hasta la cuarta generación, y más todavía.

LEYENDO «El Concertaje de indios» se levanta formidable grito de protesta en nombre de la humanidad. La obra de Moncayo es el eterno anatema contra los que nunca se dolieron de la misera condición de acécula del primitivo dueño de estas fértiles tierras. ¡Queda tanto por hacer para civilizar al indio, lavándole la mancha de esclavitud que por siglos se le pusiera en la frente, despertándolo a su dignidad de hombre! Moncayo se encumbra en su prédica de vivísimos colores, digna de ser recordada en bien de la especie. ¡Cuánto ha observado y con qué precisión lo cuenta! Aboga por el indio con la elocuencia de un apóstol cristiano, la fe de un convencido y el genio de un jurista.

Ensayó la biografía al trazar la del doctor Mariano Acosta, gala de Ibarra. Tolerancia está sonando como un himno. Al canónigo de opuestas ideas a las de Moncayo, de diametral modo de pensar, separado con insalvable distancia, no le niega merecimientos. «Pero entre adversarios leales, dice, y en el campo de la justicia y la verdad, no creemos imposible un cordial apretón de manos: frecuentes sí los conflictos entre las doctrinas de la libertad absoluta y las de la hoscía tradición; pero la ojeriza irreconciliable entre quienes las profesan nada tiene de civilizadora ni es siquiera humana». Sacó de la obscuridad al doctor Acosta, presentándole como varón de altas virtudes y maestro de la juventud, que mejoró el colegio nacional de Ibarra. Desde entonces, nadie ha vuelto a citar a esa dignidad eclesiástica imbabureña. Tomó los datos de un álbum íntimo o diario escrito por el propio interesado.

Como educador, le preocupó grandemente el problema de los premios. A veces, en el Instituto Mejía distribuyó libros, en tal concepto, a los mejores alumnos. «En una sociedad bien constituida, la Justicia no se contenta con la simple represión del delito: también exige premios para las acciones que las merezcan», rezaba al lamentar que el Senado del año 90 rechazase el

proyecto de coronación al anciano historiador nacional doctor Pedro Fermín Cevallos.

¿Ha educado la raza latina el carácter, como lo han hecho las sajonas? Las enfermedades de la voluntad son múltiples en los países de la América que floren mucho de sangre hispana. ¿Qué se debe pensar acerca de los estímulos? ¿Necesita galardón el cumplimiento del deber que en otras partes se basa en un férreo hábito? Los premios entre nosotros resultan a veces contraproducentes, como las alabanzas. Esta forma de estímulo pierde en ocasiones a los jóvenes que empiezan a subir la montaña del aprendizaje. Cualquier esbozo artístico, cualquiera manifestación de inteligencia o de belleza no llegan a su perfeccionamiento, porque el temprano aplauso mareó a sus autores. Y lo que en otras partes sería noble acicate, aquí toma los sinistros colores de un daño al que empieza. Se descuida de la técnica, cierra libros y taller, porque se imagina un genio, presentando como prueba las felicitaciones y voces de encomio.

Dado el carácter nacional, mucho se ha disentido acerca de la conveniencia o inconveniencia de los premios. Poderosas razones militan en pro y en contra; mas el estímulo no ha marchado de acuerdo con el medio ambiente en que vivimos, con las condiciones étnicas y el grado de cultura general.

Hermosa la doctrina del imperativo categórico kantiano que nos pondera el valor ético de cumplir el deber por el deber mismo, sin esperonza de premio ni temor al castigo. Este principio filosófico ¿ha llegado al corazón del pueblo?

Muy marcada entre nosotros la tendencia a imitar lo que ponen en práctica los pueblos viejos, los europeos, cuando los americanos son jóvenes, de distinta formación, no sólo racial, sino ética, geográfica y política, con diversa herencia que nos vino de la Colonia y todavía no se ha gastado por completo o ha sido reemplazada por otro capital moral y sociológico. Lo que se efectúa en las sólidas y anticuadas monarquías queremos aplicar a la república, y viceversa. Carecemos del instinto de la asimilación prudente y provechosa, y nos sobra el prurito de imitación que no razona, que sigue lo que otros ejecutan, como el rebaño va detrás

de su guía. La lógica del caso es: esto se hace allá; ¿por qué no se ha de hacer aquí?

¿Se debe o no premiar a los niños? Tal es la difícil pregunta. En principio, la dignidad humana rechaza los galardones y se atiene, en un plano superior, al citado imperativo categórico del deber, por el deber mismo. ¿Será utópico para el hombre consciente portarse bien, sin miedo a sanción ni movido por el anhelo de la recompensa?

Pero nada es absoluto en este pícaro mundo. Conviene a veces los premios, sobre todo en el campo del civismo y de la siembra del ejemplo. El abuso de las dádivas es ruinoso.

Coronar a cada paso a la infancia; abrumándola con mimos y premios; volver a éstos tan vulgares, tan al alcance de todos que se prostituya al mérito; establecer odiosas distinciones, acostumbrando a los chiclelos a la vanidad con la proclamación de fantásticas excelencias, es profundamente inmortal, es terrible para el carácter del niño.

En este zalamero proceder entra, como contribución de ciertos maestros, el adulo a una sociedad que se contenta con apariencias y mendiga favores, porque no quiere acatar el austero merecimiento. Inflando la vanidad nacional desde la escuela, no iremos a ningún progreso. Se mata el esfuerzo propio, la tenacidad en la lucha por la vida, la noble autoeducación que vigoriza voluntades y fortifica sentimientos.

Si, al fin y al cabo, vence la premiación, los premios deben ser muy raros, como algo que está en la sombra: conviene a todos ascender para arrebatarlo. La justicia más escrupulosa y el examen de los valores intelectuales y morales, son los que adjudicarán la casi inalcanzable recompensa, rechazadora del temprano orgullo y del futuro quijotismo.

Acerca de la manía premiativa que debilita el esfuerzo personal y entre los niños arraiga preferencias, aconseja un médico del alma, que ha ahondando los problemas infantiles, que se evite empeñosamente «hacerlos entrever, desde su más tierna infancia que son los únicos capaces y los únicos privilegiados de la intelectualidad. El que desde niño adquiere la «hipertrofia del yo», como dice el Profesor Grasset, no será más

tarde sino uno de los tantos sabios a la violeta que encontramos a cada vuelta de esquina».

Sin duda por estos males, difundidos por algunas escuelas, han desarrollado no pocos frívolos jóvenes con la «hipertrofia del yo», que por cada cuatro líneas que escriben se ven saturados de falso incienso que los hinche de soberbia. El autobombo les tiene enfermos de vanidad, en tanto que otros, los cuerdos, trabajan desde la sombra, callada y modestamente, sin pertenecer a las asociaciones del aplauso mutuo, a círculos de hierro que han monopolizado hasta el talento, vulgarizando los premios . . . sólo para ellos.

Prémiese, en buena hora, a esclarecidos jóvenes, a ciudadanos de la talla de un Cevallos, de un Borrero. De éste último, se expresa Moncayo con laudatorio entusiasmo: «Espléndida fue la corona que el 9 de Diciembre de 1875 puso el Ecuador en las sienes del Sr. Dr. Dn. Antonio Borrero Cortázar; y ¡hubiesen querido los hados que con él se iniciase una serie de varones como él, para la Presidencia de esta República! Dicha corona simbolizó el homenaje de todo un pueblo a la ilustración y la virtud, y el ansia a la par de ese mismo pueblo por el establecimiento y la consolidación de la democracia en el Ecuador.—Menos radiante quizá, pero más hermosa e inmarcescible es la guirnalda que ese mismo señor acaba de conquistarse con la luminosa *Refutación* de un librazo calumnioso». Se refiere a la vida de García Moreno escrita por el padre redentorista Berthe.

Condiscípulo de Moncayo fue su *alter ego*, el doctor Felicísimo López, luchador infatigable del liberalismo, que cayó lejos de la cuna de sus mayores, en uno como ostracismo voluntario. Impelido por el santo anhelo de contribuir a la regeneración de la patria ecuatoriana, levantó polvareda en el parlamento y la prensa.

Las modernas generaciones, que en paz van acercándose a la ahora incruenta ara de la libertad, a coimulgar con presupuestos y gollerías, no tienen ni una débil idea de lo que fueron aquellos negros tiempos de combate acérrimo por la doctrina pisoteada y desconocida en los convencionales períodos de componendas vergonzosas. Hoy se les viene todo a pedir de boca, inclusive periódicos y libros, sin esfuerzo alguno, sin riesgo de la vida, sin agrias polémicas.

Antaño, todo era difícil, y lo más difícil, lo más arduo, pensar con desenfado, separarse de las mayorías envilecidas y del vulgo idiotizado; lo más peligroso e insuperable levantar voces de protesta a nombre de la civilización y del espíritu humano sin trabas.

Septuagenario ya, si bien los años apaciguaron sus ímpetus, no por esto, se olvidó de la suerte del país: sus luchas pacíficas, si pasa la paradoja, se concretaron a la correspondencia y al suelto de periódico.

El doctor López, que perteneció a la borrascosa época y no por ello menos gloriosa, en la que se peleaba con las armas del talento y del carácter, supo retar a los mitrados pérfidos y sanguinarios como el sombrío Schumacher, de recordación triste. El doctor López pulverizó los sofismas de ese Torquemada teutón. Cayeron sobre él las iras de la clerecía, le excomulgaron, le separaron como a un apestado. Pero, soldado de férrea contextura moral, varón de veras apostólico, no se amilanó ni retractó.

Se encaró contra los favorecidos del poder, contra los dueños de la conciencia, y los desafió con talento y brío, con tenacidad sorprendente. Padeció persecuciones por la justicia, pero supo triunfar, porque no claudicó ni en los más aflictivos trances.

La provincia de Manabí era pacífica y de costumbres patriarcales. La sencillez de sus moradores y el encanto del hogar no se habían empañado con ninguna sombra de rivalidad, con ninguna nubecilla disociadora. A esa Arcadia llegó un extranjero testarudo e intolerante. Pronto sembró la desunión, estableció místicas emulaciones entre las familias, habló de castas y de clases, formó aristocracias con títulos pomposos a nombre de un culto explotador. Brotó la suspicacia, rayó en lucha el afán de distinguirse en la pompa religiosa. Con arrojo, censuró todo ello el doctor López. La respuesta a sus brillantes y rigurosas polémicas? El anatema. Se le hizo el vacío por parte de una mayoría intonsa y tristemente aleccionada para el mal y la intolerancia. Los clamores de los que le defendían fueron ahogados en la ola de la cobardía social y del temor a las penas del infierno.

Risible parece hoy tanta ridiculez y miedo. Sin embargo, es la desnuda verdad histórica. En pocos lustros, la conciencia nacional ha cambiado radical-

mente. Las maldiciones de los que se creen ungidos por el cielo son hoy pólvora gastada en salvas. Nadie se preocupa ya de las excomuniones. Son palabras vanas, amenazas que suenan en el vacío, si el vacío es capaz de transmitir esta grito. El siglo exige otra cosa. Más graves y prácticos problemas preocupan en lo moderno a los conductores de las almas. El huracán iconoclasta, el soplo irreverente, la carjada voltariana han vuelto juguetes a los mitos. La ciencia va borrando sus mentirosas inscripciones antes sacratísimas. «Ludibrio son del tiempo que con su ala débil las toca y las derriba al suelo», según cantó Olmedo, el legendario épico. Ante la razón, esas argucias han sido pulverizadas «¡Oh de ambición y de miserias ejemplo! el sacerdote yace, el dios y el templo!» Ahora respiramos libremente, a pulmón lleno. Ahora nos saturamos de oxígeno y de heregía. ¿A quién le forman causa por que crea esto o aquello, predique lo azul o lo blanco?

Mas Pedro Schumacher estigmatizó a Felicísimo López.

Y tuvo tal resonancia entonces aquella medida, hoy infantil, que los graves padres conscriptos discutieron larga y acaloradamente si podía ingresar en el seno de la Legistatura el putrefacto miembro maldecido por un extranjero que se había burlado de la Constitución de la República, un monstruo, un Satanás redivivo, porque así lo afirmaba un hombre, infalible y fatalmente.

En las cámaras había curas incantativos. Cuentan que el doctor Gonzalez Suárez separóse de ellos, no contribuyó con su voto a tal iniquidad. Su protesta, silenciosa. Augusta fue su prescindencia. Cabizbajo, retiróse a la Secretaría.

Con el pseudónimo de *Athos* dirigióle Moncayo algunas cartas políticas a Ochoa, riéndose de «la excomunión de Manabí», con aquel su característico lenguaje salpicado de atenuaciones, hiriente en el fondo, que despechaba a sus contrincantes sin demostrar mayor esfuerzo.

Mas ¡qué hidalguía en el combate! Y no sólo con las mujeres, por galantería a las del bello sexo, sino con las tradicionales enemigos. Sólo con el periodista cubano Manuel J. Calle fue despiadado. Quizá le mortificó que la misma pluma que le había ensalzado en



una cálida semblanza le atacase después deslealmente. Lo cierto es que, desde el título, el folleto es crudelísimo, si bien no abundan en él las dicciones descomedidas sino las alusiones que, aunque veladas, son matadoras. «Y cuánto, cuánto sentimos que la naturaleza de ciertos puntos tocados por la desenfadada escritora nos obliguen a veces a descalzarnos el guante blanco, al que por su sexo y sus relevantes méritos tiene ella derecho», decía en sus reparos al librito «Páginas del Ecuador» de la enorme alma femenina llamada Marieta de Veintemilla.

Defiende con brío, batiéndose bravamente, al General Lamar, del estigma de traidor puesto por el doctor Honorato Vázquez. Con todo, lo acaricia así: «Palmario está que nuestro ánimo, en este escrito largo ya por demás, no es ofender ni levemente al simpático autor de «Arte y Moral»: nos complacemos al contrario de los triunfos merecidos que en nuestra Sociedad y en el campo de las letras va ganando sin interrupción. Pero para propio provecho suyo, reconozca y confiese su pecadillo. Por ese su plausible tesón en anteponer la moral sobre todo, confunde a menudo ideas en extremo hasta elementales: con otro ejemplo al canto, daremos, si no por bien desempeñada, por concluida a lo menos nuestra tarea. No hemos menester de largas y engorrosas disquisiciones filosóficas para convencernos de que verdad, bondad y belleza son tres cosas absolutamente distintas y que muy holgada y pacíficamente pueden brillar del todo indepedientes en cualquier lugar. Si al hombre especialmente nos referimos, feliz mil veces quien logre hermanarlas en su corazón; porque entonces sus días, en la tierra y en la eternidad, serán solamente luz y armonía. Y feliz también el artista que, compenetrándose en sus obras, toca ese ápice de perfección, no a todo mortal concedido».

Pasaje elocuente, lleno de enseñanzas. No fluyen menos cristalinas de este trozo dedicado a los dos patriarcas del liberalismo don Pedro Moncayo y don Pedro Carbo, ilustres ancianos que sembraron de armosos ejemplos para la juventud sus austeras vidas. Atinadamente les domina don Abelardo Moncayo «incontestables varones de Plutarco, herederos inmediatos del espíritu de nuestra magna Epopeya, hijos legítimos

del 89 francés, en su grandiosa significación; solitarios representantes del liberalismo genuino, esto es, de la invencible tendencia al perfeccionamiento de las instituciones y costumbres sociales: firmes e incontrastables en sus principios, aun en medio de las más violentas borrascas; infatigables y denodados en el combate, nunca abatidos en la derrota, así como en la victoria jamás orgullosos ni desaforados; ambos fecundos y onbustos como las palmas centenarias de nuestra costa, ambos sin mancilla en su acrisolado republicanism». . . Al referirse al homenaje que les tributaron la Municipalidad de Ibarra y el Congreso Liberal de Quito en 1890, añade: «Temprano o tarde acatamos el mérito; esto es, la Justicia no nos abandona aún.... no desesperemos, por tanto, de nuestro porvenir! Pero los retratos, las estatuas, los monumentos de un pueblo, no son únicamente para su gala y orgullo: lecciones vivas de las virtudes de nuestros mayores y más elocuentes que la mera palabra, sean éstas objeto constante de nuestro estudio e imitación; y profundamente grabadas en el alma, ellas contribuyan a la dicha y esplendor de ese mismo tan suspirado y glorioso porvenir que apetecemos.»

Estuve refiriéndome a la cortesía que derrochó aun en sus más acres polémicas con quienes mucho le aborrecieron. Quiso afirmar la escuela de la decencia, dando un puntapie a las rencillas como de verduleras que han exhibido tristemente por la prensa tantos que se afanaban de periodistas. Se figuraba luchar entre caballeros, como en las justas de los paladines cortesanos, hasta el extremo de que cuando el triunfo de una sincera causa sostenida adversamente por grupos opositores, resultaba razonable, no tenía empacho en confesar noblemente su error y reconocer los méritos del enemigo. Magnanimidad es virtud que está engrandeciéndolo al vencedor; pero el vencido muestra igualmente grandeza de alma al confesar su ofuscamiento o derrota. Aplicados tales conceptos al estadio de la prensa, se imponen, cuando la gentileza toca a las puertas del santuario educativo, los deberes de rectificación, las voces de aplauso al contendor, la ecuanimidad y el moderado tono. La prensa batalladora ¡ha procedido siempre así en el Ecuador, en la diaria fusilería de las acaloradas polémicas, asesinas de honras, devorado-

ras de reputaciones? Se ha descendido al hogar, se ha entrado en el seno de las familias, se ha charlado hasta por los codos, ridiculizando aun lo más sagrado. Péssima consejera, la calumnia, sin escrúpulo alguno, ha vuelto negro lo blanco, sombrío y aborrecible lo luminoso y laudable.

Y, cosa rara, el periodista Abelardo Moncayo, que colaboró en «La Candela», «El Combate» y «El Diario de Avisos», no creía en las conquistas civilizadoras del invento de Gutenberg: No en general, sino en el reducido teatro ecuatoriano. Sin duda se acordó de las furibundas arremetidas de que fueron víctimas los que algo valen y del prejuicio que, como huracán, ha deshojado muchas famas en flor. Quizá también consideró que la mayor parte de las publicaciones han muerto casi al nacer, después de cumplido, a mal y mal cabo, el dañado objeto con que se fundaron, en el que la mortificación al prójimo es comidilla principal.

Llamó desvalida a la prensa ecuatoriana. Las campañas han de ser de hecho, repetía. El pueblo no lee, no le llegan las doctrinas. Para naciones adelantadas, las letras de molde son respetables y la prensa el cuarto poder del Estado. «Pero también ahí está la historia para convencernos hasta la evidencia de que, por elevado y justo que sea un ideal, jamás se ha impuesto en las multitudes por el libro o la mera impresión del pensamiento, creciendo formidablemente esta imposibilidad en razón directa del atraso y la ignorancia de los pueblos donde ha querido plantarse. El pensamiento es como la levadura, una porcioncilla insignificante que fermenta en pocas almas generosas, más a menudo en una sola; pero de la acción de ésta o de esas depende la suerte de la masa toda.» Sostenía que aún era ficticia la vida del periodismo en el Ecuador. Mueza de desprecio consagraba a la gente de pluma calumniadora y escandalosa, que se vuelve célebre por las malas artes del insulto.

No alcanzó a ver terminada la edición de sus pre-delictas «Añoranzas». Por resentimiento político, se mandó suspender su publicación en la imprenta nacional. Largo tiempo permanecieron empolvados los pliegos de la obra, pasto de los ratones en dichos talleres. A su vuelta de Lima, en donde estuvo desterrado, igual resistencia para que se concluyese la im-

presión, porque quienes se engalanaban con el pomposo nombre de liberales, tenían que Abelardo Moncayo condenase la conducta de los inconsecuentes. Sobre todo les requemaba la nota que en 1912 puso a la réplica «Nuestra cuestión de límites», después del no-fando asesinato del General Julio Andrade, cuando con indignado y doliente verbo expresó que en las lágrimas de los hijos de Imbabura «parece que es la Patria, abrazada de ese cadáver, la que llora la muerte hasta de la esperanza.»

Pensaba cerrar el libro con su carta de 9 de junio de 1915, que él mismo la bautizó de «Montalvo Civilizador», cuando se iba a publicar en la Habana. (1) Apenas alcanzó a revisar la mitad de ella, en las pruebas de la revista, muy acreditada entre la juventud, «La Idea», que llamó la atención en Quito.

Después de su muerte, y al cabo de no pocos años —en 1928— el amor de sus hijos consiguió que saliera de la imprenta nacional el volumen «Añoranzas». Lleva, a manera de introducción, un extenso estudio del doctor Pío Jaramillo Alvarado, de fecha 24 de Mayo del mismo año. Más que de las obras literarias de Moncayo, trata del ambiente histórico de la segunda mitad del siglo XIX, del liberalismo de entonces, de la atmósfera que rodeó al insigne político, de su actuación dentro del partido y de la conjuración que terminó el 6 de Agosto de 1875. De paso, analiza la herencia española y desmienta la Constitución del año '69. Cae en la vulgaridad de llamar tirano a García Moreno, sabio reformador de la instrucción pública, apóstol de la ciencia en la «Escuela Politécnica», salvador de la medicina, maestro de hierro que férreamente puso las bases de la cultura nacional. Nada le reconoce. ¿Qué grandeza, entonces, combatirlo? ¿Por ventura el coloso no parece más grande si el enano se le arrima?, pregunta el fabulista ascético Cayetano Fernández.

(1) Carta dirigida desde Lima al autor de estas líneas, a propósito de la segunda edición de su libro «Algunas ideas acerca de Educación». La conservo original como un tesoro. Se publicó en la revista juvenil quiteña «La Idea», órgano de la Sociedad Literaria «César Borja». Don Abelardo Moncayo pudo leer, en capillas, la primera parte de la carta. «La Idea» circuló en vísperas de la muerte del autor de «Añoranzas».

Brava es la defensa del liberalismo emprendida por el doctor Jaramillo Alvarado; pero esto no quita que se haga justicia a los gigantes contra quienes se combate: de diamante mios, como García Moreno; de barro otros; despreciables los demás, como el fanatismo, la ignorancia, la intransigencia, arpas que infestaban a los pueblos.

¿Errores en García Moreno? Y muy grandes; mas también asombrosas virtudes, siendo la principal la fuerza de carácter. Su granítica voluntad le impulsó a obrar milagros de progreso. Activo como pocos, fue el hombre-múltiple, el profesor de energía, la perseverancia hecha carne y sangre de su poderoso organismo, vencido sólo por la traición. ¿No le atacó el ignaro Faustino Rayo por la espalda? Otro rumbo habría tomado el Ecuador de vivir veinte años más aquel carácter indomable. Necesitamos disciplina. Somos ingobernables. Con la ciencia, con las matemáticas, con el análisis, con la experimentación, la verdad se hubiera impuesto. Y el liberalismo habría surgido sobre bases fundamentales de doctrina, conscientes o inmovibles, con la cultura popular difundida por todas partes, con el orden arraigado en los hogares, con la escuela llevada triunfalmente de uno a otro confín de la República.

Y no nos acorbada la educación jesuita: sería dar muestras de impotencia, como si faltasen armas para combatirla. ¿No fue el mismo Abelardo Moncayo educado por los secuaces del testarudo Loyola?

Recientemente se comienza a hablar de la «política de la vitalidad». García Moreno ya la había columbrado cuando construyó la gran corretera del Sur, testimonio palpable, en lo material, de su espíritu trabajador. En lo intelectual, se levanta un monumento: la Escuela Politécnica. Conscientes los ciudadanos, por obra de la sabiduría, habrían seguido después sin obstáculos cualquier camino ideológico. El auténtico liberalismo se habría sustentado sobre la ciencia, sobre el libro, cerrando la puerta a la pereza mental y abriendo las ventanas del pensamiento libre, irreverente, prometeico.

Quando ya no ejercía ninguna influencia jerárquica, cuando se había dedicado a la tranquila vida del hogar, la Junta General de Profesores del Instituto

Nacional Mejía dictó expresivo y honroso acento para el ex rector del plantel, mandó colocar su retrato en el salón de gala y le condecoró con áurea medalla, tomando en cuenta sus largos años de educador, diestro piloto que libertó de las tumultuosas oleadas políticas a la navecilla colegial y la imprimió seguro rumbo.

Y en efecto, encaminó con sagacidad a la juventud, rodeándola de acicates morales, consiguiendo para los talentosos becas en el exterior, incrementando la biblioteca, surtiéndola de numerosos libros científicos e iniciando el servicio de canjes. Concluyeron su lucida carrera en Europa y Norte América algunos alumnos aprovechados que guardan para el maestro honda gratitud. No sólo eran afanes intelectuales y éticos, sino también de cultura física. En abril de 1903 contrató un profesor de gimnasia, el experto Diego Pimentel, para los educandos internos y externos. Más tarde, pidió un gimnasio moderno.

Ansioso que la preparación práctica de la vida se completase, creó para los jóvenes las cátedras de dibujo, caligrafía y lengua inglesa.

De la valía de los profesores que trabajaron bajo su gobierno hablan, con sobra de merecimientos, nombres como los del sabio Francisco Gonnessiat, astrónomo de reputación mundial, Augusto Martínez, Manuel María Sánchez, Isidro y José María Ayora y una falange selecta de jóvenes de vasto saber. No descuidó de dotar al colegio de cuadros de ciencias naturales y otros elementos indispensables. Dispuso que los inspectores dictasen clases de historia, lo que prueba que el personal era idóneo.

Escrupuloso en la inspección de las rentas, ordenaba repetidas veces el examen más severo de las cuentas de colecturía, exigiendo detallados informes y documentos comprobatorios de la inversión legal del dinero.

Si el político llama la atención por sus dotes administrativas y sagacidad, el educador se encumbra sobre sólidos pedruzcos.

Hombres como él ya son raros. Dió ejemplo a la juventud hasta en la hora de su muerte, serena, sin claudicaciones, consciente de sus ideas, que las mantuvo con filosófica entereza hasta entrar en la agonía, confundiendo a los amigos del bando opuesto que

fueron a tentarle. Con la sonrisa en los labios, los derrotó, pasando después a preocuparse de su familia. El astro se hundió en una madrugada trágica.

Había venido al mundo en Quito, el 6 de junio de 1848. La casa de su nacimiento, en la carrera Guayaquil, debería ser adquirida por el Estado y destinarse para escuela, a fin de perpetuar la memoria del maestro.

La grandeza de un pueblo no se mide únicamente por el esplendor de sus monumentos materiales, sino también, y de modo preferente, por su riqueza espiritual, representada en los talentos que la cultivaron.

El arte, la literatura, la ciencia, la enseñanza dilatan el campo de las atenciones mundiales: los predilectos de la belleza, los escritores, los poetas, los sabios, los pedagogos, los que dieron vuelo a sus imágenes y pensamientos son cosmopolitas. Las puertas del respeto se abren para ellos del uno al otro confín del planeta.

Grecia nos está dando la razón desde lo más antiguo. A su eutritmia y hermosura monumentales, unió las de los pujantes cerebros que desfilaron, en la teoría de los siglos, a la vanguardia de la poesía, de la historia, de la lección filosófica, de la elocuencia, del saber humano, en fin, que alcanza fulguraciones siderales. Tan dignas de estudio son sus obras físicas, como los de la inteligencia. Las letras helénicas son inmortales, porque la gracia espiritual retoza en ellas.

No tendrían derecho de llamarse naciones cultas las que callaran, las que desconocieran, las que despreciaran la producción intelectual, cegadas únicamente por el material poderío del oro.

Un escritor —cumbre anímica— es más digno de veneración que las galas de la naturaleza. Escritores nos honran de tal modo, que propasan las alturas del Tungurahua, del Cotopaxi, del Cayambe, del Chimborazo, con sus geniales concepciones aplandidas afuera, solicitadas con ávido interés.

Historiadores, literatos, maestros, críticos, poetas están reclamando la atención pública, la opinión de los que saben, el análisis concienzudo, la nota bibliográfica, la lectura del mayor número.

*Añoranzas* debería circular de mano en mano entre el pueblo. Desgraciado del que desconoce a los suyos:

a sus redentores, a sus apóstoles, a los conductores de multitudes, a los que guiaron a la niñez y fueron consejeros de la juventud. Tal la blanca cima, Abelardo Moncayo.

Como todo ser humano, pudo alguna vez entrar en la penumbra a rodearse de sombras —la conspiración contra García Moreno fue su pecado mayúsculo—; pero su nombre es el de un robusto sembrador de ideas que acertó a unir, a la prédica verbal, numerosas iniciativas que resultaron de provecho para la patria ecuatoriana. La libertad, amplia y luminosamente considerada, sin venganzas ni fanatismos, le debe reformas de importancia que apoyaron con la acción la santa doctrina. No fue rígido demoledor de preocupaciones y errores: construyó también, levantando el edificio de la tolerancia y el de la educación, para que el porvenir contemple, no simples ornatos arquitectónicos, sino sólidos monumentos.

**Nota.** El mismo día del fallecimiento del ex Rector del Instituto Nacional Mejía, la Junta General de Profesores se reunió en sesión solemne y dictó, por unanimidad, un hondo acuerdo de condolencia. Dispuso costear los funerales y colocar una lápida funeraria trabajada por el artista quiteño Luis F. Velez. También nombró al profesor de Literatura D. Alejandro Andrade Coello para que llevara la palabra oficial en el comentario general, en el momento del sepelio. Asistió en corporación a los funerales. En cumplimiento del mandato y con el alma oprimida por la pena, pronunció estas palabras:

Señores:

Menos aquí ante el arcano de una tumba por muchos títulos egregia. El que fue como patriarca de un hogar respetabilísimo y como apóstol de una prolongada resurrección educadora, ya no existe. No podrá nunca olvidarlo gran parte de la juventud estudiantil a la que alentó con sus sabios consejos, impulsó con sagacidad a la terminación de carreras académicas y supo ser eficaz guía y amigo bondadoso. Lógico es que se conmovan hondamente los espíritus de quienes oímos de sus labios palabras de verdad y de estímulo; de quienes presenciarnos su consagración al magisterio, de quienes atendimos sus pláticas llenas de erudición, en las aulas y hasta en los actos familiares.

Su voz quedará resonando por mucho tiempo en el Instituto Nacional Mejía—para cuya fundación tanto contribuyó—, en donde sus fructíferas labores nadie podrá desconocer, como nadie niega la luz del sol que disipa nubarrones y anuncia un claro día. Sus desvelos de Rectora fueron de incansable actividad en beneficio del establecimiento y de la instrucción pública en general. Amó a la juventud entrañablemente, y a la del colegio Mejía como un padre.

Desde su temprana adolescencia, allá por 1864, ya dicta, con aplauso, clases de latín y castellano. En 1871, funda un colegio en compañía de los señores Acosta y Guerrero Toro. Bella obsesión de su vida, la enseñanza, en la escuela, en la cátedra, en la prensa. Recordemos su incansable tarea periodística, civilizadora y liberal, de 1874 a 1906, en los principales heraldos de combate. ¿Qué son sus altos cargos de Vicepresidente de la República, Presidente de la Asamblea, Secretario



de Estado, Gobernador de Imbabura, etc., ante los lustros de lustros de constante magisterio y los veinte años de escritor educativo? . . .

El santuario ya quedando desierto: ¿quién alimentará el sacro fuego de la ciencia? . . .

La fondura y complejidad de sus conocimientos ilustran una inmensa vida de trabajo: político de prudencia y profundidad, publicista versado en el arduo problema limítrofe, legislador consciente, poeta clásico y cantor de alta inspiración, dramaturgo, pensador castizo, experimentado humanista, discreto y luminoso profesor jubilado, con una práctica de medio siglo; todo, señores, dominó con brillo.

No fue ajeno a la polémica: sus frases cáusticas, sus pensamientos incisivos, sus argumentos contundentes le conquistaron triunfos, convencimientos y respetos hasta de sus adversarios.

Y todo encerrado en un lenguaje correcto, pulcro, donairoso, que acusaba perfecto señorío del idioma castellano.

Hablar bien, escribir mejor, tal su empeño en donde quiera que ejerció la enseñanza, enmendando aquí una dición, allá una impropiedad léxica, acullá un barbarismo, donde los encontraba, hasta en la intimidad de las tertulias juveniles.

Profesó el culto del gajo decir español. En su anhelo por el florecimiento de la patria y de la raza, solía repetir que la independencia étnica y nacional están en directa relación del fomento y pureza de la lengua vernácula.

¿Cómo no ponderar la grandeza de su alma? Ni infortunios ni ostracismos le abatieron. Eufónico, sereno siempre, sobrellevó sufrimientos y arremetidas, ingratitudes y dolores.

A una edad en que tantos declinan física y moralmente, abrumados por el peso de los años y de las enfermedades, por estos dos inviernos a qué él se refería con calma estoica; septuagenario ya, regresó del destierro con alma tan rotaplada y viril, que dírase derramaba las gracias de una fresca juventud, remozada por el acerbo padecer, tierna por la proximidad de los suyos, más expansiva por las auras de la patria, más cariñosa cuando veía en su torno a sus leales y antiguos discípulos, a la libérrima floración del mañana.

Y, sin embargo—desconcertante realidad—sólo la muerte le ha dormado. El rudo golpe es tanto más angustiador, cuanto más admirables son su ancianidad angusta, su robustez de acero, su talento.

Inclinémonos, señores, con el pasmo y respeto de lo inexplicable, ante los mortales despojos de este grande hombre, de este hombre-cúspide antorcha del liberalismo, gala de la literatura, norma del magisterio, mentor de la juventud, columna salomónica de su emancipación.

Aquí mismo, en este sagrado recinto, crecido número de los que fueron sus alumnos, le consagran una lágrima en silencio al distinguido ex Rector del Instituto Nacional Mejía.

Y a nombre del Plantel, por sentido y solemne encargo de la honorable Junta General de Profesores, vengo, con el alma deatrozada, a decirle el adiós postrero; vengo, húmeda la pupila y sangrando el corazón, a despedir el que un día fue su noble jefe y sabio consejero.

Viejo maestro, preclaro amigo Abelardo Moncayo, adiós, adiós . . .



## EL ARTISTA MIDEROS

---

Víctor Mideros, artista fecundo, es infatigable en sus creaciones apocalípticas. Bulle en su cerebro la literatura del maravilloso y pueril pueblo de Israel, henchida de hipérboles, metáforas, promesas y amenazas. Ha entrado en el corazón de la predilecta grey que escuchó el tonante verbo de Moisés y cantó, con el verstu legislador, el himno de triunfo después del paso del Mar Rojo. Revive al antediluviano patriarca Henoc, quizá empapado en su remota y problemática obra, saturada tal vez de los perfumes que embriagaron a Daniel. Acaso estuvo absorto ante la peregrina impresión etiópica de Laurence. Cuentan que el mágico libro se salvó del cataclismo universal flotando en los frágiles maderos que unió Noé para su arca legendaria. El primitivo iluminado describirá el idílico vegetal del paraíso y el ajusticiado agonizar del Oreo; dará cuenta de los inefables amores de los ángeles con las hijas de los hombres; será el heraldo de castigos tremebundos. En vano su voz, que todo lo sabe, implorará clemencia. Sus sueños de pesadilla no han de ser nunca del perdón ansiado. Su prédica, reflejo de los viajes fantásticos por la tierra y los espacios, está humedecida con las desesperadas lágrimas de los malvados que lloran el espectáculo de su ruina irremediable. Cansado de su misión anunciatrix, será arrebatado más arriba de las nubes, a penetrar en los secretos del Universo.

Mideros, genial en sus composiciones, las enriquece más con el envidiable dón de sugerir ideas. A él se

aplicarían, como artista sincero, las palabras de Víctor Hugo: «La justicia en la inteligencia es la justicia en el corazón». Este poderío, signo auténtico de alta estética, es distintivo de los verdaderos artistas, saturados por el hálito de la Sibila de Cumas, o de la alucinante Pitonisa de Endor que, desde su sombría espelunca, corporiza los males de Samuel y dice a Saúl los béticos horrores de Gelboe.

Ante la majestad de sus cuadros, relacionados muchos con el misterio de la vida y el arcano divinal, se nos antojan frágiles figurillas las de los amenos paisajes que ponderan la galanura de los prados y el encanto eglógico de los rebaños de la serranía. Hasta los imponentes parajes andinos, coronados por las albas cúpulas de las cordilleras que besan el límpido horizonte, nos hacen la impresión de cosas de miniatura, lindas, afiligranadas, arte de paciencia y copia; pero no de invención extática.

Mideros es gigantesco y simbólico en sus cuadros: supera las reproducciones del Chimborazo, la mole cien veces cantada y empequeñecida dentro de un mismo marco, como la parábola, elocuente y alegórica, se yergue victoriosa por encima de los soberbios montes. No de otro modo el cálido sermón de la montaña es más enumbrado que la granítica cúspide que le sirve de púl pito.

Su fuerza de sugestión vuelve pequeño lo que antes creíamos colosal, lo que prueba que las comparaciones son peligrosísimas ante la talla mentalmente hercúlea del artista.

Atormentado Víctor Mideros por una como fiebre dantesca y nazarena, ahonda, infatigable visionario, el arcano, busca la luz, corre en pos de su estela, apostrofa al sol y a la luna, va por los círculos infernales, llevando por guía, no al suave cisne mantuano del exámetro de oro, sino a los fogosos corceles bíblicos, a los que despiden llamas y son présagos de calamidades. En muchos de sus lienzos hay una pátina anticipada. Están rodeados de penumbra, y la imaginación acalorada cree descubrir monstruos y fantasmas, los leviatanes de Job, los osos vengadores de Elías, los lobos carniceros que aúllan en la sombra, implorando caritativo gesto. Derrocha coloraciones fuertes, sorprendentes, prometeicas

animadas por el numen y el atrevimiento del pincel, al que no arredran el miguelarcangélico tema ni las iras de Isaías.

Los estudios bíblicos son para él fuente inagotable de pensamientos convertidos en raras prosopografías. Por el milagro del arte pictórico y a través de los siglos remembrados, contempla las legendarias figuras de aspecto saturniano, cual genios del tiempo; patriarcas centenarios de lengua barba y ojos hipnotizadores, que conducen multitudes y fustigan pueblos, manejando, como un haz de rayos, las terribles conminaciones que arrojan a la faz de los déspotas. Cual flamígera espada, como la que vibró contra los expulsados del paraíso perdido, blanden el sarcasmo y la imprecación contra los inicuos.

Ya es Elías el que fulmina cruel anatema contra Acab, anonada con la sequía al edificador de Samaria, intimida a su esposa Jezabel que quiso aniquilar al profeta; ya es Henoc que marcha infatigable, recordando la abominación de los impíos; ya el de la plegaria hierática, desarrapado y hambriento, que implora el pan espiritual, el afecto, la filantropía entre los mortales.

Empapado en las sentencias bíblicas, su paleta nos conducirá por tierras de promisión, a través del desierto, como aquél que descansa su fatigada cabeza a la sombra de un enebro. Oiremos escuchar el ruido del torrente de Carith o el rumor de las aguas del Jordán que atravesó Elías andando en la superficie. Refrescaremos la leyenda de los cuervos que alimentaron al anstero anciano; su viaje a Sarepta en donde recoge leña la pobre viuda que ha de obrar el prodigio de amasar, con un puñado de harina y unas gotas de aceite, el pan de los encantos que los nutrirá por largos días. El infante enfermo, su hijo, muere. El peregrino lo resucita. Allí, en la penumbra, nos parecerá que contemplamos a los 480 sacerdotes de Baal, encarándose contra el oriendo de Thesba, ciudad de la tribu de Galaad. Este, solo y animoso, les provocará a la prueba de los dos bueyes, tomando las emblemáticas doce piedras para elevar el ara sacratísima, visitada por la cunctella purificadora. Pasa la silueta de Naboth, lapidada y sangrando. Lejos queda la viña codiciada. ¿Qué legiones son aquéllas, reducidas a cenizas? Las que envió el tereco Ochozías. Más allá rueda en el espacio el fla-

mígero carro, cuyos bridones de fuego se remontan a la altura. Eliseo recibe la suprema herencia del desaparecido que interesa aún a los orientales . . . .

La escuela que ha cultivado Mideros es personísima, única en su género en el Ecuador. Nada es, en este respetable templo, la estimabilísima joya del *Dies irae* de Pinto, el costumbrista admirable.

Asisten a Mideros las valentías del vate. Surge la imagen de un Doré dando proporciones colosales a sus lienzos. Intuye la poesía hebrea, trágicamente sublime, para transmitirnos la grandeza de sus episodios infantiles. Esculpe, más que pinta, en la dilatada tela, sobre la que ha de meditar largas horas.

Desconcertante misticismo se apodera de él, lo mismo cuando nos describe las torturas psicológicas de Mariana de Jesús, santa de Quito, que cuando reproduce el ángulo de su tranquila morada de sacrificio donde sientra las azucenas del candor; lo mismo cuando nos presenta la prosopopeya de la oración dominical, que cuando asoma el rey de burlas para los judíos ante el furioso populacho; que cuando nos hace oír, desde un cúmulo de brumas grisáceas, la séptima trompeta, en el día de las iras y de las venganzas, entre la muerte y el vórtice espantables . . . .

Y hasta en rasgos de la primitiva historia nacional, el soplo religioso toma proporciones de huracán. Diganlo, en la noche furtiva, los funerales de las reliquias de Atahualpa, del sol del imperio, que es conducido por sus fieles hijos en las andas del dolor, en lúgubre y silenciosa teoría, y la aparición del Inca, meditativo y de luto, que se empina, adusto y desolado, presintiendo la pérdida de sus dominios, ante la inmensidad del firmamento y la agonía del astro de su excelstuid americana.

Rostros du'císimos, fisonomías dolorosas laceradas por los siete puñales de la angustia, en las que los ojos se cierran en infinita tristeza que deja adivinar inenarrables sufrimientos; semblantes serenos de maestros, (1) gestos airados de precursores, fulguraciones titáni-

---

(1) La I. Municipalidad de Quito, el 10 de Agosto de 1927, le otorgó el gran premio «Mariano Aguilera» por su precioso cuadro «El Maestro» que, según expresaron los miembros del jurado que nombró el Concejo, supera con mucho a todo lo expuesto. «También merecen especial mención, añadieron, y el Jurado declara obras notables, los cuadros titula-

cas, incendios espantables, suaves lampos, luces tenues, diestras fatales que señalan rutas nebulosas o ostelas que marcan inciertas vías, trepifantes llamaradas, nimbos, llanuras sin fin, portadas infernales, calaveras y serpientes, el caos de los círculos dantescos, todo escorza el artista para despertar espíritus.

Se inicia el camino de la vida. El filósofo o el profeta, cargado de años y de experiencia, como secular pastor que hubiera abatido no pocos cayados y destruido muchas sandalias, muestra la senda de la existencia. Estrecha es y rodeada de sirtes. Tallada fue en roca viva, como retorcido puente entre la vecindad de cien abismos. Es el relieve del peligro, fascinante, angustioso. La tortuosa vía, cual terrible y verdosa culebra, serpea hasta perderse en lontananza, allá, donde el crepúsculo se insinúa con resplandores cárdenos, donde irradia el horizonte la paz rosicler de las ensombraciones, donde sonríe la ciudad tranquila y eternal, la urbe platónica de los que cumplieron su deber y perseveraron en la jornada. El ideal brilla en la lejanía, después del fatigoso empeño. La razón, fría como el rígido anciano, está inclinandonos a pensar en los pesares y miserias, en las dificultades del camino, circundado de vorágines. Empiezan a ascender por él los peregrinos de la vida, cada cual cargado de su cruz, cual nuevos Sísifos con el pesado fardo. Por el enorme cuadro descende la angusta visión de Hugo y alborea la excelencia de una parábola shakespiriana.

Abajo, está el símbolo de la muerte: el cráneo puntiagudo y descarnado. ¿Para qué las fatigas del viaje con tan gráfica percepción? Mas, si alzamos la vista, contemplaremos al gigantesco anciano, al nuevo Homero de la epopeya humana, que extiende su diestra para señalarnos la ruta, hasta donde va a perderse en la lejanía, a desembocar en la ciudad de los ensueños que la voluntad realiza, si sabe disciplinarse y perseverar en lo que se ha propuesto. Todos, con carácter, ansiamos llegar a la meta, cualquiera que sea y como quiera

---

Los «El Camino de la Vida», de concepción grandiosa y de gran riqueza de colorido; «La Dolorosa» de expresión hermosísima y de bien estudiada luz; «El Libro de la Vida», en el que el artista ha sabido sacar el mejor partido de la sobriedad del color y retrato, cuadro en el que se hace admirar una modalidad distinta de la observada en las obras anteriores».

que se dibuje en la fantasía, según la educación, las creencias, los gustos y aspiraciones.

«El Camino de la Vida» es un poema en el que Mideros meditó mucho tiempo, antes de que brotase de la paleta, fiel al impulso artístico que emienda los deliquios. Volvió tangible, con acentuadas coloraciones y tonos que se esfuman, la tragedia terrenal de los errantes peregrinos que, si flaquean un punto, pueden ser tragados por las simas insondables; si se desvían de la honradez, pueden ser devorados por el precipicio de los vicios.

Borrosas cruces aparecen al comienzo de la peregrinación, como indicándonos que en el valle de quebranto, si lejos brilla la esperanza, todo es universal dolor y desdicha lamentable. Mas la conciencia, rígida como el dedo del anciano, marca la trayectoria, como la del proyectil que va a dar en el blanco. Si se desenfoca, perderá fatalmente en el bátrato social, a manera de la piedra que se hunde en el piélago profundo. «El camino de la vida» convida a reflexionar, es acicate para las ideas. El cerebro trabaja y envía sus órdenes al corazón, austera, indeclinablemente, ceñido a los dictados de la moral y la experiencia. Quien no adquiere el hábito de pensar, no fecundará su jardín interior, no arrancará flores para regarlas en el camino de la vida, sembrado de cardos y espinos y orillado por espantables boquerones.

En el desaforado combate de hoy por la conquista de la singularidad estética, es heroílica realización la del arte que se empeña en llegar al corazón del mayor número, como música deleitable para todos los oídos, como una mirada dulce para todas las almas.

Cada día el anhelo de belleza, la insaciable sed de sobresalir, la fiebre de la inteligencia se empeñan en el ensayo de nuevas formas artísticas, en el dibujo de inauditos caprichos, en la corporización de las más fantásticas imágenes, en el afán de complacer a los devotos de la hermosura, al cenáculo de predilectos que se creen incomprendidos del vulgo, cual si morasen en Olimpos excelsos, lejanos de la miseria gregaria. Se desvelan por acercarse al santuario del arte, en demanda de novedades y gustos exigentes.

Muchas manifestaciones, por lo mismo, son hijas del egoísmo, aconsejado por númenes geniales que abo-

recen la democratización. Si estudian, si se fatigan, si trabajan como benedictinos, las catedrales de arte que pretenden levantar tendrán base perdurable; mas si obran de ligero y se precipitan, frágiles serán sus producciones, porque despreciaron la inspiración en contorsiones fútiles, picados de la comezón de buscar velozmente algo que parezca nuevo bajo el sol.

En esta época vertiginosa y de improvisaciones, difícilmente el numen artístico produce aquellos cantos de pueblos para pueblos añorados por el autor de Juan Oristóbal. «Difícil, dice, hallar asuntos de inspiración que pudiesen, como la Biblia en tiempo de Haendel, despertar emociones comunes en los pueblos de la Europa contemporánea. La Europa de hoy no tiene ya un libro común: ni un poema, ni una oración, ni un acto de fe que fuera patrimonio de todos. ¡Oh, vergüenza que debería abrumar a todos los pensadores de hoy día! Ni uno solo ha escrito, ni uno solo ha pensado para todos. Únicamente Beethoven ha dejado algunas páginas de un nuevo evangelio consolador y fraternal; pero sólo los músicos pueden leerlo, y la mayor parte de los hombres no lo entenderá jamás. Wagner ha intentado levantar sobre la colina de Bayreuth un arte religioso que ponga en relación a todos los hombres. Pero su alma grande no era bastante sencilla y se hallaba marcada con todas las tachas de la música y del pensamiento decadentes de su época: a la colina sagrada, no han acudido los pescadores de Galilea, si no los fariseos».

Rara comunión espiritual es ahora la del arte fuerte, la del arte puro, la del arte sincero que congrega a los admiradores a batir palmas ante lo auténtico, sencillo y comprensible.

En pintura, se esbozan siluetas caprichosas, se da forma al hombre, sobre todo al indio, al rey americano, en el prurito de adquirir distinción, dando monstruos en vez de racionales, o haciendo brotar de la gama de los colores notas inverosímiles, amaratas, violáceas, acardonaladas, que no se observan en los cuerpos con vida.

La poesía pontifica desde varios planos, escribiendo versos marginales, a la manera de las *Synopses* de Beauvain.



La música tiende a que se lo oiga con programa, marcando a trechos los puntos en que uno ha de reír o ha de llorar.

Todo esto es amanerado, superficial, de factura falsificada, retorcido, pequeño por el esfuerzo vano y sudoroso de los que han hambre de rebuscamiento y distinción, monedas falsas, arte de oropel.

Víctor Mideros, con fe en su técnica, aspira al arte auténtico.

La sugestiva «Exposición Mideros», rica en interpretaciones, semillero de ideas, será rememorada como bíblico vía crucis de arte que ha de conducir al Ecuador hasta la cima, en la que la Victoria de Samotracia, en la noble actitud de Ariel, despliega sus alas luminosas, al conjuro de la inspiración de Víctor Mideros.



# ACOTACIONES

---

No hay libro, por insignificante que sea, que no merezca alguna notita marginal. Bueno o malo, sugiere ideas que pueden ser acotadas. La alabanza o la censura, al caer sobre él, le bañará en claridades o le oscurecerá con anatemas.

En esta virtud, este segundo tomo, que es el último, aunque los «motivos nacionales», deberían ser interminables, ha de alcanzar algún comentario al margen de sus páginas. ¿De qué clase? No lo puedo sospechar. Se edita al cabo de no pocos años, por causas ajenas a la voluntad del autor; y, por lo mismo, está sujeto a distinto plan que el concebido al principio, hace tres lustros.

La inundación de gran parte de mi biblioteca, en la casa donde nació, de la que no existe ahora ni rastro por la prolongación de la «Avenida 24 de Mayo»; el cambio de domicilio más de cuatro veces, en el que perdí varios libros y manuscritos, todo contribuyó a la confusión de originales de imprenta. He tenido que reconstruir el libro, añadiendo asuntos ya publicados en diversos diarios y revistas y otros de último hora, y restando muchos renglones que, por las vicisitudes apuntadas, desaparecieron definitivamente.

Sobre todo el estudio que había dedicado a don Abelardo Moncayo me he visto obligado a reconstruirlo casi de memoria, pues los papeles y apuntes que del grande hombre trataban se perdieron para siempre. Otro tanto sucedió con el capítulo acerca de Eloy Al-

faro: varios rasguitos que pintaban su personalidad múltiple, algunos episodios de su vida íntima, austera y ejemplar, catoniana hasta la exageración, he abandonado la esperanza de encontrarlos.

No impunemente vuela el tiempo transformando las cosas y cambiando las humanas aspiraciones. Lo que desde el comienzo del primer tomo de «Motivos Nacionales» estuvo listo para darse a la imprenta, es lo que menos completo sale, como el análisis de los versos rotundos y viriles de César Borja y los poemas del hogar de la dulce y espiritual Mercedes González de Moscoso, a la que había consagrado más fervorosas líneas.

Para el padre que quiere a sus hijos, no es menuda pena ver que desaparezcan sin remedio. Tal el dolor del que contempla, devorado por los años y los contratiempos, el material de un libro, aun cuando el escritor no sea de la talla de los hombres que immortalizan en el bronce el genio de Victorio Macho, que ha revivido a Elcano, Galdós, Hostes y cien figuras más, con la magia de su buril. No sería raro que modelase la escultura de Bolívar para pueblos de América donde tanto se venera al Héroe Epónimo, como el Senador.

Esto, en cuanto al fondo de los motivos que se inspiraron cariñosamente en la patria.

¿Y la forma?

No gusto de llenar las hojas en blanco borroneando en ellas larga *fe de erratas*, que es desagradable escollo para la lectura; por esto, las acotaciones se refieren a lo de más bulto. El ideal para el ensayista es que el volumen se imprima nítidamente, salvando siquiera los errores tipográficos. Mas si tal utopía no es posible por falta de elementos, quede, al menos, constancia de la buena voluntad.

Se ha puesto, por ejemplo, al pie de la nota N° 1 de la página 14, un paréntesis, para indicar que es tomada de la Historia General del Ecuador, escrita por el doctor González Suárez, dicha nota, cuando lo transcribo de ella pertenece a la llamada anterior, página 13.

Se advierte en la 73, un *humorismo*, en vez de *humorismo*, que ha de quitar la alegría a los que lo vean con malos ojos.

En la 76 un *pité* por *pintó* empaña, sin dañada intención, la gloria del insigne costumbrista Proaño; y

en esa misma desventurada plana vuelve más odiosa a la beata Casimira el haberse agregado una *n* al verbo *fumiscuir*, al indicar que metía sus narices en vidas privadas y matrimonios. Hay por allí, en las crónicas quizeñas, una mansión (Pág 196) artística, que como va con *x* estuvo en un tris de perder su encanto, por la tarántula ortográfica del título.

Por allí se esconde un Splenger mal escrito, que ha de sulfurar al gran sociólogo alemán, autor del comentado libro «La Decadencia de Occidente», que analizó con magistralidad en América el secundo Ernesto Quesada.

¿Para qué seguir acotando equivocaciones tipográficas? El lector (que siempre es benévolo e inteligente) sabrá subsanarlas, para que el martillo de la censura, siquiera por este lado, no descargue sus rudos golpes sobre el pecador empedernido que trazó «Motivos Nacionales», con el ánimo patriótico de que todos despidan el aroma de la querida tierra ecuatoriana, en la que es obligación preferente ocuparnos para cultivar con más frecuencia y entusiasmo los jardines de la literatura nacional.

Por lo demás, al cerrar esta modesta labor, recordaré, con el viejo aforismo latino, que cada libro lleva en sí su propio destino. *Hábent sua fata libelli*.

FIN

# Motivos Nacionales

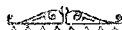
## CRONICAS QUITENAS

### Tomo segundo

#### INDICE

| Materias                                                          | Páginas |
|-------------------------------------------------------------------|---------|
| Una Figura Americana . . . . .                                    | 3       |
| Eloy Alfaro . . . . .                                             | 27      |
| PAGINAS DE AYACUCHO—La Sangre ecuatoriana . . . . .               | 54      |
| "    "    La Obra del Libertador . . . . .                        | 57      |
| "    "    Sol de Ayacucho . . . . .                               | 59      |
| "    "    Una frase épica . . . . .                               | 61      |
| Una obra inédita de Montalvo . . . . .                            | 65      |
| Los Consagrados . . . . .                                         | 79      |
| Quintiliano Sánchez . . . . .                                     | 99      |
| ROBERTO ANDRADE—Su libro «Montalvo y García Moreno» . . . . .     | 103     |
| "    "    La mujer y la guerra . . . . .                          | 111     |
| La Novela Nacional . . . . .                                      | 117     |
| Luis A. Martínez—Su Novela «A la Costa» . . . . .                 | 135     |
| Roberto Espinosa A. . . . .                                       | 150     |
| Cómo se escribe un artículo . . . . .                             | 155     |
| El espíritu inquieto de Eugenio Noel . . . . .                    | 164     |
| Nuestra organización social y la servidumbre . . . . .            | 174     |
| Estudios sobre legislación ecuatoriana y medicina legal . . . . . | 180     |

|                                                         |     |
|---------------------------------------------------------|-----|
| CRONICAS QUITENAS                                       | 187 |
| " " Visitando un viejo claustro                         | 190 |
| " " La Exposición «Eugenia Mera»                        | 194 |
| " " La artista del paisaje                              | 193 |
| " " Una mansión artística                               | 196 |
| " " Un artista humilde                                  | 198 |
| " " Santuario de arte                                   | 200 |
| " " «Las Florcillas de San Francisco»                   | 206 |
| " " La Capilla del Consuelo                             | 211 |
| " " La tradición artística del pueblo de Quito          | 213 |
| " " Contribuciones a la Historia del Arte en el Ecuador | 215 |
| " " Glorioso centenario de la cultura Iojana            | 228 |
| " " Año Nuevo                                           | 232 |
| " " Eduardo Mera                                        | 240 |
| " " Recuerdos de Cuenca                                 | 250 |
| " " Los bustos de Quito                                 | 258 |
| " " Romanza de las Horas                                | 264 |
| " " El Latid en el Valle                                | 269 |
| " " Educación Moral y adiestramiento táctico            | 274 |
| " " La enseñanza de la Historia Nacional                | 280 |
| " " Una biblioteca colonial                             | 283 |
| " " Drama obscuro                                       | 285 |
| Miguel Valverde                                         | 288 |
| Una Poetisa del Hogar                                   | 306 |
| César Borja                                             | 311 |
| Abelardo Moncayo                                        | 318 |
| El Artista Mideros                                      | 339 |
| Acotaciones                                             | 347 |



# O B R A S

D E

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

- Rodó.—(1a. edición.)  
Nociones de Literatura General.—(2a. edición.)  
Vulgata Higiénica.—(1a. edición.)  
Algunas ideas acerca de Educación.—(2a. edición.)  
Vargas Vila.—*Ojeada crítica de sus obras.*  
La Ley del progreso.—*El Ecuador en sus últimos*  
15 años.  
El Vía Crucis del Orador.  
Perfil del Varón Cívico.—*Federico González Suárez.*  
Figuras Educadoras.—*Antonio Zozaya.*  
Manuel Benigno Gueva.—(Semblanza de un Educador.)  
La Tentación.—*Versos en agrad.*  
Las Brumas de Antonio C. Toledo.—*Estudio Crítico.*  
Tragedia Floral.—(Poemita infantil.)  
Nicolás Beaudouin.—*El Paroxismo*  
Orientaciones Periodísticas.—*Don Manuel de J. Calle.*  
Al margen del Camino de Paros.  
Hacia Inbabura.—(Impresiones de viaje.)  
Eduardo Zamacois.—(Semblanza a vuelo pluma.)  
El Titán de la Tragedia.—(Versos dedicados a los  
Bomberos de Guayaquil.)  
El Ecuador Intelectual.—(Edición argentina tomada  
del «Boletín de la Universidad Nacional de Córdoba»)  
Juan León Mera considerado como crítico.—(Confe-  
rencia editada por el «Magisterio Ecuatoriano»)  
Tres poetas de la Música.—ANDRÉS.—(Edición es-  
pecial de la «Revista de Estudios Jurídicos de Quito».)  
Juana de Ibarbouron.—(Estudio de la poetisa uru-  
guaya.)  
La Condesa Emilia Pardo Bazán.—*Ensayo.*  
Héroe Epónimo y otros poemas americanos.  
La Educación del Hogar.  
Motivos Nacionales (Tomos I y II.)  
Escenas de la tierra.—(Ensayo de novela nacional.)

LIBRO  
DE  
CANTOS